CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

LA CULTURA MODERNA DE LA HISTORIA
Una aproximación teórica e historiográfica

Guillermo Zermeño Padilla



EL COLEGIO DE MÉXICO

907.2
Z585c

Zermeño Padilla, Guillermo.
La cultura moderna de la historia: una aproximación teórica e historiográfica / Guillermo Zermeño Padilla -- México : El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2004, 2002.
246 p. ; 22 cm.

ISBN 968-12-1080-8

1. Historiografía. 2. Ranke, Leopold, 1795-1886 -- Crítica e interpretación. 3. Historia -- Filosofía. 4. México -- Historia -- Historiografía.

Segunda reimpresión, 2004
Primera edición, 2002

Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.
www.colmex.mx

ISBN 968-12-1080-8

Impreso en México

Con el mismo acto por medio del cual el hombre
va tejiendo desde sí mismo la red del lenguaje se va
quedando enredado en ella y cada lengua traza,
en torno a la nación a la que pertenece,
un círculo del que sólo es posible salir
en la medida en que se entra al mismo tiempo
en el círculo de otra lengua.

WILHELM VON HUMBOLDT

CONTENIDO

A mis padres

A *Benjamín Zermeño y María de Jesús Padilla*

PREÁMBULO

Este libro es el fruto del trabajo de varios años dedicados a reflexionar sobre la naturaleza del oficio de la historia en la época moderna. Pretende situarse en las fronteras de la reflexión teórica y de la investigación histórica, y ofrecer algunas pautas para entender la génesis moderna de la historia así como señalar algunos de sus retos y posibilidades actuales.

Cada uno de sus apartados intenta ser una reacción frente a algunos de los problemas que se fueron presentando en nuestro país desde la década de los ochenta en torno al carácter y la función pública del oficio de la historia.[1] Ya entonces parece advertirse un cierto desencanto respecto del poder de la historiografía —y de las ciencias sociales en general— para entender y orientar el mundo social. Esta situación coincide con el abandono de los marcos de referencia teóricos que dominaron la interpretación histórica y sociológica en los años setenta, una década, por otro lado, de expansión de la educación superior y de los estudios de posgrado en particular. En su momento las teorías estructuralistas o de corte dialéctico ofrecieron las pautas para entender los nexos que podía haber entre la producción de conocimientos sobre el pasado y la comprensión y orientación del presente. Salvo algunas revisiones críticas[2] —generalmente de orden filosófico— no ha habido una reacción equivalente por parte de los historiadores para cubrir ese vacío "teórico". En su lugar, ha tendido a prevalecer un cierto desdén por la "teoría" y a reafirmarse una supuesta vocación "empirista" de la historia, que no ha hecho sino profundizar la distancia que separa a las investigaciones teóricas de las empíricas, o acentuar la división que ya existía entre las distintas ramas del saber social y humanístico e, incluso, a debilitar el diálogo entre disciplinas diversas y entre los mismos estudiosos del pasado.

Así pues, tomado en conjunto, este libro *La cultura moderna de la historia* intenta ser una respuesta a algunos de los desafíos que enfrentan actualmente las disciplinas histórico-sociales. Posee un carácter explorato-

[1] Véase, por ejemplo, Alejandra Moreno Toscano, coord., *Historia, ¿para qué?*, México, Siglo XXI, 1980; Josep Fontana, *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica/Grijalbo, 1982; Aldo Gargani, coord., *Crisis de la razón. Nuevos modelos en la relación entre saber y actividad humana*, México, Siglo XXI, 1983.

[2] Por ejemplo, Carlos Pereyra, *El sujeto de la historia*, Madrid, Alianza Universidad, 1984.

rio, en la medida en que su intención no es proporcionar una solución definitiva a los problemas vislumbrados, sino ofrecer algunas hipótesis, plantear algunas interrogaciones, con el objeto de invitar al diálogo y a proseguir o iniciar nuevas investigaciones historiográficas. Nos interesa identificar, sobre todo, algunos problemas teóricos heredados por la historiografía moderna, así como delinear algunas posibilidades de reflexión y de estudio a futuro. Se podría decir en ese sentido que se trata básicamente de un ensayo de elucidación teórico-histórica estructurado alrededor de un tema central: la descripción del origen moderno de la historiografía, considerando algunos de sus alcances y de sus limitaciones gnoseológicas. Las cuestiones tratadas se estructuran principalmente alrededor de dos preguntas: ¿Qué condiciones permitieron la aparición y desarrollo de esta clase particular de conocimiento sobre el pasado? ¿Qué posibilidades pueden delinearse para el futuro?

Para enfrentar este reto se han seleccionado algunos temas y segmentos clave de la historia moderna de la historia al conformarse como una ciencia autorizada del pasado. Se quiere enfatizar que no se trata de las reflexiones de un "filósofo", sino de un historiador reflexionando sobre su oficio. Si bien algunas de las consideraciones pueden remitirse a la biografía del autor, su interés es trascender ese umbral para pensar problemas teóricos más generales como el de la razón de ser de la historia y las reglas que organizan su práctica. Es desde la "institución historiográfica" que se intenta llevar adelante estas reflexiones de carácter teórico y no propiamente filosóficas como podría suponerse. Se trata de "una aproximación teórica" en la medida en que se realiza como parte de la misma operación de historiar, y no como algo paralelo a la investigación histórica. Aquí sigo la noción de "teoría de la historia" desarrollada por Michel de Certeau, entendida como el conjunto de expectativas que regulan su práctica así como las reglas que estructuran y organizan sus procedimientos.[3] Por ejemplo, en la historiografía moderna la búsqueda de objetividad e imparcialidad orientan su actividad, al tiempo que esta expectativa se plasma en un conjunto de reglas con las cuales se busca asegurar la consecución de sus fines.

Estos rasgos han sido percibidos generalmente como dos esferas separadas, la de la teoría y la de la práctica, esta última asociada finalmente a la noción de método. Quisiera, por el contrario, poder mostrar en este estudio de qué manera estos dos aspectos están implicados en la misma operación de historiar. Esto significaría, entre otras cosas, que una "teoría de la historia" ha venido a suplantar a la tradicional "filosofía de la historia".

[3] Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, tr. Jorge López Moctezuma, México, Universidad Iberoamericana, 2a. edición, 1993, p. 68.

Una de las implicaciones de la inserción del historiador en la misma historia que produce —destacada por De Certeau— es que la historia y sus métodos ya no están en condiciones de ofrecer conocimientos puros y plenamente acabados sobre el pasado, ni tampoco cabe esperar que la historia provea a la sociedad de una representación global y completa de su origen.[4] Esta formulación de un historiador francés coincide con la de un poeta y escritor mexicano, Octavio Paz, quien en esos mismos años —fines de los sesenta y principios de los setenta— expresaba algo similar. La historiografía moderna, escribió, no es sino la fabricación de una nueva clase de "realidad de papel", que si bien refiere a "las cosas del mundo", ella misma —la historiografía— es "una nueva cosa en el mundo". Esto significa que cuando el historiador lleva a cabo su laborioso trabajo de traducir las cosas del pasado a un lenguaje comprensible para la sociedad del presente, en ese mismo acto, el historiador está haciendo la historia. De esa manera el historiador ya no puede concebirse al margen del presente.

Sin embargo, este giro teórico significa sólo el comienzo de nuevas interrogaciones acerca del estatuto y función de la historiografía en las sociedades modernas. En ese contexto hay un hecho que reviste especial importancia al preguntarse por la historia: su relación con la escritura. Paz entrevió la cuestión en los siguientes términos: "la historia que vivimos es una escritura; en la escritura de la historia visible debemos leer la metamorfosis y los cambios de la historia visible. Esa lectura es un desciframiento, la traducción de una traducción".[5] Es verdad que si se asume esta perspectiva, las pretensiones originales de la historiografía moderna en cuanto a sus alcances cognitivos se tornan mucho más modestas; pero, a cambio, la comprensión de la aparición de la historia y su desarrollo pueden ayudar a entender mejor de qué manera las sociedades modernas han ido articulando sus relaciones con el pasado por medio de la escritura así como el tipo de realidades que éstas producen.

Esta investigación se sitúa, entonces, en los linderos en que el interés en el conocimiento del pasado y la formación de una esfera de opinión pública propiamente historiográfica se dan la mano. Si bien se concentra particularmente en la observación de un tipo de enunciados y temas relacionados con la teoría de la historia.

El arranque de este libro se remonta a Oaxtepec en 1988, cuando

[4] De Certeau, *La escritura de la historia*, pp. 82-97.

[5] Octavio Paz, "La nueva analogía", *Memoria de El Colegio Nacional*, 1967-8, pp. 63-80. La idea de que el historiador "hace la historia" fue desarrollada ampliamente por De Certeau en los capítulos I y II de su libro sobre *La escritura de la historia*. Ahí menciona "las producciones del lugar" para referirse a la presencia de un tipo de instituciones que han hecho posible la existencia de la historiografía moderna.

por primera vez expusimos los avances de una investigación documental sobre las "Dimensiones teóricas de la historiografía en México".[6] Ya entonces se advirtió la dificultad para ordenar un tipo de discursos sobre la historia que, si bien se reiteraban, tendían a encimarse unos sobre otros. Producían el efecto de la pirámide de Cholula construida sobre capas superpuestas que terminan por ocultar la base más antigua o el origen de todo aquel cúmulo de tierra y de piedras. Sin embargo, la reiteración de temas, como el de la verdad y la objetividad de la historia, mostraba que seguían abiertas algunas cuestiones que no habían sido resueltas del todo. El encuentro con problemas propios de la epistemología histórica —en apariencia sin una resolución satisfactoria— ha significado un reto permanente para todos los historiadores interesados en el estudio y la investigación de los "problemas teóricos de la historia". Así, nos ha parecido que una posible vía para enfrentarlos se relaciona con el tratamiento histórico que debe darse a esa clase de materiales. Éste es el punto de partida de las preocupaciones que atraviesan la escritura de esta historia.

El libro está dividido en dos grandes apartados. El primero se refiere a la génesis de la historiografía occidental en general, fundamentalmente europea. El segundo aspira a presentar el mismo fenómeno, pero ya en relación con el caso mexicano. Este planteamiento no debe prestarse a confusión. La primera parte sobre Europa y la historiografía sudasiática no sugiere, como podría pensarse, que lo mexicano tenga que explicarse a partir de un factor externo o que la cuestión mexicana requiera de Europa para su explicación y contextualización. No es el pensamiento europeo el que hace posible la existencia del pensamiento histórico mexicano. Más bien, se pretende observar la génesis moderna de la historiografía mexicana desde sí misma, pugnando por incluir también el modo como los mismos problemas han sido registrados en otras historiografías afines. Como se sugiere en el epígrafe, sólo es posible indicar lo que distingue a la historiografía mexicana, entrando en otras historiografías. No se trata, como se verá, sino de evocar el mismo gesto que dio origen a las historiografías modernas.

Después de un capítulo introductorio que amplía lo expuesto en este preámbulo, la primera sección está formada por tres apartados orientados a clarificar la forma específica en que el mundo moderno se ha relacionado con el pasado y algunos de sus problemas no resueltos. Si bien cada uno de los apartados tiene un peso específico, se entrelazan en tor-

[6] Guillermo Zermeño, "La historia, ¿una ciencia en crisis? Teoría e historia en México, 1968-1988. Una primera aproximación", *Memorias del Simposio de Historiografía Mexicanista*, México, CMCH/IIH-UNAM/Gobierno del Estado de Morelos, 1990, pp. 26-32.

no a la cuestión de la naturaleza teleológica de la explicación histórica, dominante en la modernidad, y su posible superación.

En el segundo capítulo se interroga al presente —desde una perspectiva histórica— afectado por una nueva ola modernizadora. Si el mundo moderno es solamente el fragmento de una historia más extensa que se hunde en el tiempo, nos obligamos a preguntarnos por aquellos rasgos que lo distinguen de otros periodos. Hemos encontrado que uno de esos elementos —acaso el más importante— concierne a los usos del tiempo o a la manera como este nuevo mundo estableció sus relaciones con el pasado y el futuro. Sin este factor, como lo muestran las investigaciones del historiador alemán Reinhart Koselleck,[7] no es posible entender la aparición y desarrollo de una escritura moderna de la historia. Hoy contamos además con la posibilidad de descubrir que bajo el velo de la idea de modernidad se ocultan otras modernidades, e incluso que podamos preguntarnos acerca de lo moderno de lo moderno y su relación con la historiografía como lo hacen diversos autores desde diferentes perspectivas y enfoques disciplinarios. Esto significa solamente que nuestra modernidad ha generado también las condiciones para historizarse a sí misma.[8]

El tercer capítulo trata del modo como la historia adquirió en el siglo XIX el estatuto de una disciplina científica y autónoma con respecto a otros lenguajes disciplinarios, como la literatura o la filosofía. Para realizar esta tarea se ha seleccionado el itinerario seguido por el historiador prusiano Leopold von Ranke, considerado el padre fundador de la historiografía científica moderna. Se trata de hacer un viaje a través de un imaginario que se condensa en aquella frase célebre adjudicada a Ranke ("describir las cosas tal como sucedieron") y que tipifica el ideal de objetividad e imparcialidad propio del oficio moderno de la historia. Este ideal, como sabemos, consigue propagarse más allá de las fronteras idiomáticas, geográficas o temporales, adscritas en principio a la academia prusiana de la ciencia, y constituirse en "el modelo" de historiar moderno. Este apartado se relaciona estrechamente con el quinto capítulo en el que se rastrean las huellas de Ranke, pero en México. Al transitar por

[7] Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, tr. Norberto Smilg, Barcelona, Paidós, 1993.

[8] Se pueden consultar al respecto Hans Robert Jauss, *Las transformaciones de lo moderno. Estudios sobre las etapas de la modernidad estética*, tr. Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina, Madrid, Visor, 1995; Niklas Luhmann "La modernidad de la sociedad moderna", en *Observaciones de la modernidad. Racionalidad y contingencia en la sociedad moderna*, tr. Carlos Fortea Gil, Barcelona, Paidós, 1997, pp. 13-47; Ulrich Beck, Anthony Giddens y Scott Lasch, *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*, tr. Jesús Alborés, Madrid, Alianza Universidad, 1997.

el camino seguido por Ranke, el objetivo ha sido también —a la luz de la discusión teórico-historiográfica contemporánea— identificar algunos puntos no resueltos de la epistemología rankeana, como son el de las relaciones entre objetividad y crítica de fuentes, o el que podría haber entre la investigación de los hechos del pasado e historiografía y entre historia y filosofía.

La cuarta parte del libro —y última de este primer apartado— se sitúa en las antípodas del modelo rankeano y abreva en la crítica historiográfica más aguda de este fin de siglo. Para países como México contiene un ingrediente adicional ya que las reflexiones críticas del modelo de ciencia histórica rankeana se realizan desde una posición de subalternidad. El espíritu que anima al grupo de historiadores del sudeste asiático para conjuntar investigación histórica y reflexión historiográfica es, a mi entender, uno de los más estimulantes para pensar nuevamente las posibilidades de la historia. Si bien este proyecto intelectual emerge de una de las historiografías sociales de la posguerra más importantes (la británica), la posición desde donde se observa la historiografía les permite a los historiadores de la subalternidad dialogar críticamente con Europa,[9] sin caer en el nativismo ni quedar apresados en el eurocentrismo.[10]

En este primer bloque, en resumen, se delinean algunas de las cuestiones que serán retomadas en el siguiente, cuyo objetivo es realizar una historia de la historiografía moderna en México. Su propósito es estudiar el modo como se construyó el saber histórico moderno en nuestro país, tarea que no consiste solamente en la recuperación de fuentes —labor en sí encomiable y necesaria— o en hacer una relación de las ideas que en ellas se contienen, sino en aprender a observar cómo la historia al observarse se fue constituyendo en un saber necesario para la sociedad. Este interés confirma además a los estudios historiográficos como un campo de estudio relevante en sí mismo, y no sólo subsidiario de la investigación histórica.[11]

El tema del proceso de formación del discurso histórico moderno mexicano está presente en el quinto capítulo. Esta tarea se realiza mediante la exploración de las huellas del modelo rankeano en la historiografía mexicana antes de su profesionalización. Si bien hay indicios de la

[9] Véase Dipesh Chakrabarty, *Provincializing Europe. Postcolonial Thought and Historical Difference*, Princeton, Princeton University Press, 2000.

[10] Véase por ejemplo el libro de Saurabh Dube, *Sujetos subalternos. Capítulos de una historia antropológica*, México, El Colegio de México, 2001.

[11] En relación con la historiografía moderna son notables los trabajos de François Hartog, *Le XIXe siècle et l'histoire. Le cas Fustel de Coulanges*, París, Éditions du Seuil, 2001; y Ranajit Guha, *An Indian Historiography of India: A Nineteenth Century Agenda and Its Implications*, Calcuta, K.P. Bagschi, 1988.

presencia de la escuela alemana de historia, lo más importante durante esta etapa consiste en observar las transformaciones que se van operando en las formas de escribir sobre el pasado. Como sabemos, la profesionalización de la historia en México es reciente y muy probablemente el impacto de la escuela alemana llegó a nuestro país a través de la escuela francesa, la cual a su vez había sido influenciada por la alemana hacia el último tercio del siglo XIX. Nuestra hipótesis, entonces, es que cuando el modelo historiográfico tomó forma institucional en México en el siglo XX, existía ya previamente un terreno abonado en esa dirección; un terreno que no era sino el de la fabricación de un nuevo lenguaje sobre el pasado, conectado íntimamente con la edificación de una identidad nacional mexicana.

En el capítulo sexto se pasa revista a la implantación de un modelo liberal de ciencia histórica durante su etapa institucional. Es inevitable asociar este proceso de formalización institucional de la disciplina al otro gran proceso político conocido como la Revolución mexicana. Estos dos últimos capítulos están relacionados, pues ambos periodos comparten el modelo de verdad histórica que surge de la escuela histórica alemana del siglo XIX. Después de considerar el peso específico del discurso histórico que se dibuja en el periodo prerrevolucionario, y de observar la formalización de reglas de procedimiento de la historia en la etapa institucional, conviene señalar que en esta fase "revolucionaria" están también presentes reflexiones que tienden a tomar distancia con respecto al modelo original heredado del siglo XIX.

En este apartado se lleva a cabo un análisis historiográfico más puntual sobre las convergencias en torno a un modelo liberal de entender la disciplina de la historia. La convergencia que se presenta entre un historiador jesuita como José Bravo Ugarte y un historiador liberal como Daniel Cosío Villegas, podría no entenderse si se considera solamente la variable político-ideológica en la constitución del modelo historiográfico. Sin embargo, su convergencia en torno a un conjunto de reglas de procedimiento para hacer y escribir historia permite ver el peso específico que fue teniendo la institucionalización de la disciplina. Se intenta mostrar con ello que la institucionalización de la historia está asociada a un modelo liberal de hacer historia. Es una historiografía que, por lo menos hasta la década de los sesenta, contiene los elementos básicos del modelo historiográfico rankeano proyectado en el siglo XIX.

Por último, en el capítulo séptimo se recupera el planteamiento inicial sobre la particularidad de la historia moderna y algunos de sus predicamentos actuales. Esta revisión se efectúa a partir de dos nociones igualmente modernas: la de "crítica" y la de "crisis". En el centro de la discusión se pone la noción de "crítica" y la necesidad de su revisión to-

mando en cuenta otros dos elementos constitutivos y constituyentes de la modernidad: las nociones de *cultura* y *opinión pública*. Se asume el postulado propio de la modernidad, de que sólo una teoría de la observación de observaciones puede avivar nuevamente la llama de la "crítica", sin la cual el presente no sería observable.

Reconocimientos

Esta investigación es deudora en primer lugar de varias instituciones y espacios académicos. La Universidad Iberoamericana alentó siempre la conveniencia de cubrir un cierto vacío teórico reinante en la historiografía a través de su promoción en cursos y seminarios de su programa académico. En la Escuela Nacional de Antropología e Historia he compartido con Alfonso Mendiola un espacio de reflexión crítica relacionado con la historiografía y la teoría de la historia y recuerdo también con especial afecto aquellos "jueves teóricos" del programa de posgrado impulsado y coordinado por Guy Rozat. Finalmente, El Colegio de México ha sido fundamental para la continuación y terminación de esta investigación. En especial agradezco a Andrés Lira, su presidente, y a Javier Garciadiego como director del Centro de Estudios Históricos de El Colegio su interés en desarrollar y proseguir esta clase de investigaciones teóricas e historiográficas. En la fase final, el estímulo de Javier Garciadiego y de Guillermo Palacios, nuevo director del CEH, fue decisivo para la conclusión de este trabajo. En el Centro de Estudios Históricos he encontrado en colegas y alumnos un espacio privilegiado para el trabajo, el estudio y la reflexión crítica. De hecho, la mayor parte del contenido de este libro ha sido elaborado gracias a las condiciones óptimas que ofrece El Colegio para realizar las labores propias de la docencia e investigación. Mi reconocimiento y agradecimiento se extiende también a mis alumnos y colegas que a lo largo de estos años han nutrido estas reflexiones con su interés, sus dudas y sus cuestionamientos.

Algunos de los capítulos que componen este libro son versiones corregidas y aumentadas de ensayos que vieron la luz por primera vez en libros y revistas especializados con motivo de algún simposio o coloquio relacionado con la historia intelectual y cultural (*cf.* Bibl., 1994, 1999, 1999, 2000). Quiero agradecer a sus editores su interés y las facilidades recibidas para su publicación. Gracias al trabajo editorial y a la organización de las reuniones y al estímulo de los participantes, muchos de estos materiales pudieron concretarse. En primer lugar agradezco a Jesús Galindo su invitación en 1991 a presentar los avances sobre las relaciones entre historia y modernidad publicados en su primera versión en el libro *Metodo-*

logía y cultura. La revista *Historia y Grafía* ha significado una incitación al diálogo y un espacio decisivo para perfilar una perspectiva propia en torno a los enigmas de la historiografía moderna. La segunda parte del libro, en especial, ha encontrado en los foros internacionales organizados por Hugo Cancino y Susanne Klengel sobre historia intelectual latinoamericana el favor necesario para avanzar en el estudio de la formación de la cultura moderna de la historia en México. Esta investigación se ha visto beneficiada también por el apoyo de una beca recibida del Deutscher Akademischer Austauschdienst, Servicio de Intercambio Académico de Alemania, durante el verano de 1996 en Berlín, gracias a las gestiones de Reinhart Liehr, y por una estancia como profesor invitado en el St. Anthony's College de la Universidad de Oxford, a instancias de Alan Knight. Por último, aspectos centrales que atraviesan el planteamiento de este libro se han visto reforzados por la participación de amigos y colegas que forman parte de la investigación colectiva sobre el "Impacto de la cultura del escrito en la historia de México" auspiciada por Conacyt. Estoy seguro que en algunas de sus partes verán lo útil y fructífero que han sido las discusiones durante nuestros seminarios.

Alfonso Mendiola sabe que desde sus comienzos ha acompañado y enriquecido este proyecto de muchas maneras. Este trabajo indudablemente se ha nutrido de su mirada crítica y de su erudición historiográfica. En la fase final de la formación y redacción del libro he sido beneficiado por la lectura atenta, desinteresada y puntual de Luis Aboites, amigo y colega muy querido. Espero que el tiempo dedicado a la lectura de este material se vea reflejado en el texto. También he podido gozar de la solidaridad intelectual y agudeza crítica de Saurabh Dube, historiador y amigo, que ha colaborado decisivamente en la conformación final de este trabajo. Dentro de lo posible he tratado de incorporar sus valiosas sugerencias y puntuales observaciones críticas.

Quiero igualmente expresar mi agradecimiento a amigos y colegas que en diferentes momentos han mostrado interés por esta investigación y la han enriquecido con sus apoyos, sus conversaciones y su amistad: Jorge Alonso, León Bieber, Germán Franco, François Hartog, John Kraniauskas, Carlos Marichal, Abdón Mateos, Mary Kay Vaughn, Marco A. Velázquez, Guy Thomson, Gustavo Verduzco y Juan Pedro Viqueira.

Finalmente, sin el aliento de Pilar, mi principal crítica y apoyo, este libro simplemente nunca habría visto la luz, y menos en la última forma que tuvo. Luis, María y Diego están también presentes en todo el trabajo como certeros y comprensivos acompañantes de este viaje por la historia.

1. INTRODUCCIÓN. LA HISTORIOGRAFÍA, ENTRE LA TEORÍA Y LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICA

1.1 Los conceptos

El primer problema que enfrenta este estudio sobre "la cultura moderna de la historia" consiste en saber qué vamos a entender por los vocablos utilizados: *cultura, historia* y *modernidad.* Son tres términos que generalmente no poseen un significado preciso. Sin embargo, es común que se les utilice de manera axiomática, como si su significado fuera evidente por sí mismo. Su uso se asemeja al de unos recipientes en los que de antemano se sabe la clase de objetos que hay que depositar en ellos. Así, con mucha facilidad al lado de los objetos culturales, históricos o modernos se irán depositando sus contrarios: los objetos naturales, literarios o tradicionales.

Este procedimiento que divide al mundo en dos partes es propio de una teoría de la modernidad que basa su identidad en la lucha de contrarios, cuya resultante es la concepción de un desarrollo histórico continuo y ascendente. No toma en cuenta los posibles intercambios que pueden darse entre las partes antagónicas. Desde una perspectiva histórica, el problema de esta taxonomía estriba en que las nociones utilizadas para designar cada uno de estos objetos presuponen de antemano lo que debe ser explicado. La dificultad radica en que se procede deductivamente para designar una clase de objetos en los que la noción utilizada está implicada en la descripción de los mismos. Esto significa que tanto la *cultura,* como la *historia* y la *modernidad* son creaciones conceptuales que sirven para describirse a sí mismas. Este planteamiento parece conducir a un callejón sin salida. Para su solución el pensamiento moderno clásico desarrolló las nociones opuestas —las del atraso, las del mundo natural y de la ficción—, como si se tratara de realidades independientes del observador.

Se puede encontrar una salida alterna a esta tautología metodológica si, en cambio, concebimos a las palabras que utilizamos para describir el mundo como "conceptos históricos". En sentido estricto, sólo de esa manera estas nociones pueden ser funcionales para el análisis

histórico.[1] Esta posición nos permitiría sentar las bases para indicar que a lo largo del tiempo —e incluso dentro de un mismo espacio temporal—, pueden existir diferentes culturas, distintos usos del tiempo y diversas modernidades (véase el capítulo 2). Entender estas nociones como categorías históricas presupone además concebirlas como producciones sociales. De hecho, hacia la segunda mitad del siglo XVIII propiamente aparecen nuevos usos de las palabras *cultura*, *historia* y *moderno* —y dispensando la tautología— propiamente "modernos". Esta nueva semántica que determina los usos que hacemos en la actualidad de dichas palabras, está caracterizada en lo fundamental por la inclusión de la dimensión temporal, que permite su utilización como conceptos históricos, y sobre todo, su uso en plural y no meramente en singular. Su condición histórica los hace ver no como el producto de una deducción mental, sino como elaboraciones sociales que invitan a su vez a darles un tratamiento histórico.[2]

La adopción de esta perspectiva presupone una relación particular con el lenguaje o uso de las palabras. Dentro de esta concepción metodológica, el lenguaje no es percibido como un mero instrumento del habla, sino sobre todo como algo constitutivo de nuestra manera de observar o describir el mundo. Esta posición permite acercarse a las transformaciones semánticas que tienen lugar *en* y *por* el lenguaje, vistas como formas mediante las cuales las sociedades enfrentan sus problemas. El lenguaje es a la vez la condición y guía de la misma experiencia. Por ejemplo, se puede advertir cómo la noción de "derecho natural" prevaleciente todavía en el siglo XVIII en Europa fue dando lugar a la de "constitución", o la inclusión del neologismo "ideólogo" sirvió para describir al observador moderno que se conduce mediante la producción de ideas. En ese sentido, el conocimiento que se tiene del mundo está mediado por el lenguaje.

El mundo moderno fue productor de una nueva semántica o conjunto de palabras que a la vez que le fueron útiles para designar el mundo, le sirven para designarse a sí mismo. Dentro de este nuevo léxico es-

[1] Véase Niklas Luhmann, "La cultura como un concepto histórico", *Historia y Grafía*, 8, México, Universidad Iberoamericana, 1997. A este respecto cabe destacar el proyecto historiográfico de la *Begriffsgeschichte* (historia de los conceptos) desarrollado, entre otros, por Reinhart Koselleck. De su libro *Futuro pasado*, véase en especial "Historia conceptual e historia social", pp. 105-126. Es de recomendar la introducción de José Luis Villacañas y Faustino Oncina, en Reinhart Koselleck y Hans Georg Gadamer, *Historia y hermenéutica*, Barcelona, Paidós/UAB, 1997, pp. 9-53.

[2] N. Luhmann, "La cultura como concepto histórico", p. 14. Para profundizar en esta aproximación desde el lenguaje filosófico se puede consultar con mucho fruto el libro de Cristina Lafont, *La razón como lenguaje*, Madrid, Visor, 1993.

tán palabras como *cultura, historia* y *moderno*, que en sí mismas dejan de referir a un conjunto de objetos independientes del observador y llegan a ser constitutivas de su manera de describir el mundo. Por esa razón, estas nociones nos permiten inferir la forma como esta modernidad se ha observado a sí misma.

Así pues, vamos a utilizar los vocablos *cultura, historia* y *modernidad* como perspectivas histórico-conceptuales desde donde se puede observar la conformación de una determinada cultura histórica. Gracias a su misma condición histórica, estos conceptos nos permitirán a su vez descubrir otras posibilidades de uso en otras sociedades y frente a otros problemas. Esto sólo significa que, no obstante que hay cultura e historia desde que la humanidad existe, su uso diverso nos enseña que la sociedad humana no siempre ha sido la misma.

Con base en lo anterior nos proponemos investigar el uso específico que nuestra modernidad ha hecho de estas palabras en relación con la aparición y funcionamiento de la historiografía moderna. Uno de los efectos colaterales de esta investigación será la posibilidad de su comparación y diferenciación semántica en la que se incluye el mismo término *modernidad*. De esa manera, aun cuando las mismas palabras pueden encontrarse en los textos antiguos o clásicos, su funcionamiento como conceptos históricos sólo se presenta hasta la segunda mitad del siglo XVIII. Como ya se señaló, se caracteriza por la inclusión de la dimensión temporal que sienta las bases —como uno de sus efectos— para la elaboración y fabricación de una historiografía propiamente moderna.

Podríamos definir provisionalmente, entonces, a la historiografía moderna como una práctica cultural que crea un nuevo sentido de temporalidad fundado en la escritura. Podríamos afirmar que —consideradas en conjunto— las escrituras sobre el pasado producidas por los historiadores constituyen una suerte de memoria histórica o forma como las sociedades modernas se han observado a sí mismas en términos temporales. Sin embargo, como veremos más adelante, esta forma de describirse a sí mismas contiene un aspecto problemático que no puede soslayarse. Por un lado, esta forma permite hacer una descripción que vincula al pasado con el presente por medio de la escritura. Pero, por el otro, en esta modernidad la unión entre el pasado y el presente se hace depender no de un factor externo para su elaboración; es decir, que su descripción no debe estar subordinada a un designio externo o extratemporal —de carácter teológico o natural—, sino al mismo proceso en el que se realiza la descripción. El problema estriba en que términos históricos como *cultura, historia* y *modernidad*, al tiempo que suscitan la observación histórica, ellos mismos se tornan en sujetos del análisis histórico.

1.2 De la conciencia a la comunicación o de la necesidad de un "giro epistemológico"

Escrito está: "En el principio era la Palabra"...
Aquí me detengo ya perplejo. ¿Quién me ayuda a proseguir?
No puedo en manera alguna dar un valor tan elevado a la Palabra;
debo traducir esto de otro modo si estoy bien iluminado por el Espíritu.
Escrito está: 'En el principio era el Pensamiento'...
Medita bien la primera línea; que tu pluma no se precipite.
¿Es el pensamiento lo que todo lo obra y crea?...
Debiera estar así: 'En el principio era la Fuerza'...
Pero también esta vez, en tanto que esto consigno por escrito,
algo me advierte ya que no me atenga a ello.
El Espíritu acude en mi auxilio. De improviso, veo la
solución, y escribo: "En el principio era la Acción".[3]

Goethe, *Fausto*

El resultado de esta evolución histórico-conceptual fue examinado y elaborado en el siglo XIX a la luz de una filosofía de la conciencia. Son comunes todavía expresiones que relacionan a la historiografía con la formación de una "conciencia histórica". El problema de entender de esa manera el giro moderno hacia la historia reside en la utilización de una noción como la de conciencia para describir fenómenos que pertenecen esencialmente al ámbito de la sociedad o de las colectividades.

Como sabemos, Wilhelm Dilthey, uno de los más conspicuos historiadores y epistemólogos alemanes del siglo XIX, dedicó buena parte de su obra a la fundamentación científica de la historia buscando equipararla con las ciencias de la naturaleza. Las bases de su teoría del conocimiento histórico se pueden sintetizar en la siguiente frase: "La realidad auténtica la poseemos únicamente en los hechos de conciencia que se nos dan en la experiencia interna".[4] Es decir, sólo podemos tener certeza de lo que experimentamos internamente. El proyecto de Dilthey no hizo sino proseguir el modelo cartesiano de ciencia al preguntarse por las condiciones válidas para la producción de ideas claras y distintas sobre el mundo. Uno de los trabajos de Dilthey lleva por título *La construcción del mundo histórico en las ciencias del espíritu.*[5] La misma noción de espíritu se

[3] J.W. Goethe, *Fausto y Werther*, México, Editorial Porrúa (Colección "Sepan cuantos..."), 1992, pp. 21-22.

[4] Citado en A. Gabilondo Pujol, *Dilthey: vida, expresión e historia*, Madrid/Bogotá, Editorial Cincel, 1988, p. 74.

[5] Wilhelm Dilthey, *Der Aufbau der geschichtlichen Welt in den Geistes wissenschaften*, Franc-

relaciona con la de mente, y se contrapone a la de materia o naturaleza. Esta distinción sentó las bases para el desarrollo de una historiografía que, por un lado, se ocupa de hacer la historia de las ideas y, por el otro, intenta rescatar la vida material de los individuos. A partir de esta distinción —podríamos decir muy antigua—, la que existe entre espíritu y materia, entre naturaleza y cultura, la historiografía moderna ha intentado dar cuenta de lo que sucede en el ámbito de las cosas humanas.

La noción de conciencia —ese lugar donde se realizan las actividades espirituales o mentales— está asociada a una filosofía de la percepción que encuentra su fundamento en la psicología. El mundo es concebido como el conjunto de datos que se ofrecen de manera inmediata y espontánea a la conciencia del observador. Esta concepción supone que existe un mundo que se ofrece al conocimiento independientemente del observador. El mundo histórico siempre ha estado ahí y sólo resta encontrarlo y recogerlo para conocerlo.

Una de las consecuencias de esta posición se relaciona con el intento de asimilar la historiografía a una noción de ciencia natural dominante en la segunda mitad del siglo XIX. Al respecto, una formulación elocuente es la declaración del historiador francés Hyppolite Taine en su tratado sobre *Filosofía del arte* de 1882:

> El método moderno que yo sigo y que comienza ahora a penetrar en todas las ciencias naturales, consiste en considerar las obras humanas... como hechos y productos cuyas propiedades hay que mostrar y cuyas causas hay que investigar. Considerada en esta forma, la ciencia no tiene que justificar ni condenar. Las ciencias morales tienen que proceder del mismo modo que la botánica, que estudia con el mismo interés el naranjo y el laurel, el pino y la haya. No son otra cosa que una especie de botánica aplicada, sólo que, en lugar de tratar con plantas, tiene que tratar con las obras de los hombres. Este es el movimiento general con el cual se van aproximando en la actualidad las ciencias morales y las ciencias naturales y por el que las primeras alcanzarán la misma certeza y realizarán el mismo progreso que las segundas.[6]

Algunas reminiscencias de la crítica de esta epistemología basada en los hechos de conciencia aparecen en México en la argumentación de Edmundo O'Gorman en contra de la noción "descubrimiento de América", que presupone que América existe antes de la llegada de los euro-

fort, Suhrkamp, 1970; W. Dilthey, *Introducción a las ciencias del espíritu*, prol. José Ortega y Gasset. Madrid, Alianza Editorial, 1980 (1956).

[6] Citado en Ernst Cassirer, *Antropología filosófica*, México, FCE (Colección popular 41), 1993 (15a. reimpresión), pp. 282-283.

peos. Sus intérpretes y los seguidores de esta descripción dan por sentado que la realidad llamada América existe independientemente del observador.[7]

En el campo de la crítica filosófica, Richard Rorty planteó durante la década de 1960 que la noción de "giro lingüístico" podía ser útil para enfrentar los retos de cómo pensar históricamente a la historia de la filosofía, las relaciones entre los lenguajes ideales y los ordinarios, y la comprensión de la distancia que separa a lo que son meras opiniones y la posibilidad de establecer un saber cierto.[8] Rorty atribuye a la filosofía de Wittgenstein, Heidegger y Dewey la aportación de haber abandonado una noción de conocimiento como "representación exacta" del universo originada en "procesos mentales especiales e inteligible gracias a una teoría general de la representación". En su libro más conocido, *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, Rorty establece que si se prescinde de la idea de mente como un gran espejo capaz de registrar representaciones diversas de la realidad, unas más exactas que otras, entonces la filosofía se ve obligada a transformar el vocabulario heredado del siglo XVII, que hizo otro tanto con el vocabulario del siglo XIII. Rorty concluye que el conocimiento más que mental pertenece al orden del lenguaje, por lo cual, para su esclarecimiento requiere más de la filosofía analítica del lenguaje que de la psicología o de la crítica trascendental.[9]

En el medio intelectual alemán, Hans Georg Gadamer ha realizado, sin duda, la crítica más consistente a la teoría del conocimiento histórico desarrollada por Dilthey.[10] Jürgen Habermas ha destacado que bajo la influencia de Hegel, Gadamer ha puesto al descubierto la engañosa posibilidad de objetivación de los hechos de conciencia que impide el desarrollo de la reflexión histórica.[11] Recientemente un grupo de prestigiados intelectuales y científicos alemanes se han abocado a la tarea de transformar la semántica moderna tradicional acuñada bajo la noción

[7] Edmundo O'Gorman, *La idea del descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos*, México, UNAM, 1976 (1951).

[8] Richard Rorty, *El giro lingüístico*, introducción de Gabriel Bello, Barcelona, Paidós/ICE-UAB (Pensamiento contemporáneo 11), 1990. Para una discusión relacionada más directamente con la historia intelectual, véase también de R. Rorty, "La historiografía de la filosofía: cuatro géneros", en R. Rorty, J.B. Schneewind, Q. Skinner, comps., *La filosofía en la historia. Ensayos de historiografía de la filosofía*, tr. Eduardo Sinnott, Barcelona, Paidós, 1990, pp. 69-98.

[9] R. Rorty, *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, Madrid, Cátedra, 1989, pp. 15-21. En relación con los aportes de la filosofía analítica del lenguaje, véase John Searle, *Actos de habla. Ensayo de filosofía del lenguaje*, Madrid, Cátedra, 1980.

[10] Hans Georg Gadamer, *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1988.

[11] Jürgen Habermas, *La lógica de las ciencias sociales*, Madrid, Tecnos, 1988, p. 239.

ciencias del espíritu. Un cambio de palabra puede significarlo todo en las ciencias. Su propuesta por ejemplo se basa en la sustitución del vocablo *Geist* por el de *Kultur* a fin de intentar describir el modo como opera la producción del saber histórico y sociológico en la modernidad.[12] La expresión "giro lingüístico", por lo tanto, viene a sintetizar la nueva importancia de las ciencias del lenguaje en la comprensión del mundo histórico y social. De hecho, se trataría más bien de una atención renovada en los usos del lenguaje y su relación íntima con la formación de una cultura histórica moderna.[13]

El problema central que enfrenta una epistemología centrada en la conciencia es su incapacidad para dar cuenta fehaciente del mundo social e histórico a partir exclusivamente de percepciones individuales. No considera suficientemente que esos actos de conciencia sólo adquieren significado hasta que son comunicados. Como se verá en el caso de Ranke (capítulo 3), el aspecto problemático reside no tanto en que no se contemplase la dimensión comunicativa al momento de dar cuenta de los hallazgos, sino que dentro del horizonte de expectativas propio del siglo XIX no se disponía de una teoría general de las formaciones discursivas o de comunicación históricamente condicionadas.[14] A partir de esta consideración la sociología de Niklas Luhmann adquiere su relevancia en cuanto a su propósito de suministrar una teoría general de las sociedades modernas complejas y el modo como éstas han construido su saber sobre la historia y la sociedad.

La propuesta de Luhmann elaborada a partir de la teoría de sistemas es una invitación a concebir el mundo conformado no por percepciones sino por comunicaciones.[15] Simplificando mucho, significa que el acceso al mundo siempre está mediado por observaciones previas cuya com-

[12] Véanse al respecto, Wolfgang Frühwald, Hans Robert Jauss, Reinhart Koselleck, Jürgen Mittelstrass y Burkhart Steinwachs, *Geisteswissenschaften heute. Eine Denkschrift*, Francfort, Suhrkamp, 1991; y Klaus P. Hansen, ed., *Kulturbegriff und Methode. Der stille Paradigmenwechsel in den Geisteswissenschaften*, Tubinga, Gunter Narr Verlag, 1993.

[13] Para el debate historiográfico generado en los Estados Unidos, véase Elías José Palti, *Giro lingüístico e historia intelectual*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1998.

[14] Es una cuestión que ha ocupado la atención —desde diferentes tradiciones sociológicas— de estudiosos como Jürgen Habermas, *Teoría de la acción comunicativa*, 2 vols., tr. Manuel Jiménez Redondo, Madrid, Taurus, 1987; Niklas Luhmann y Raffaele de Georgi, *Teoría de la sociedad*, tr. Miguel Romero y Carlos Villalobos, México, Universidad Iberoamericana, 1993; y, Michel Foucault, *La arqueología del saber*, tr. Aurelio Garzón del Camino, México, Siglo XXI, 1970.

[15] Para la distinción entre conciencia y comunicación o sistema psíquico y sistema social véase el capítulo 1 del libro de Niklas Luhmann *La ciencia de la sociedad*, tr. Silvia Pappe, Brunhilde Erker y Luis Felipe Segura, México, Universidad Iberoamericana, 1996, pp. 13-54.

posición básica es de carácter lingüístico. El historiador del arte, Michael Baxandall por ejemplo, para dar cuenta de su profesión, comenta que no consiste tanto en explicar cuadros en sí sino en explicar "observaciones sobre cuadros" realizadas a la luz de esquemas conceptuales de carácter fundamentalmente lingüístico.[16] Podemos hacer extensiva esta proposición a nuestro interés en observar no el mundo histórico en sí como Dilthey, sino en explicar la aparición de la cultura moderna de la historia a la luz de conceptos tales como los de *cultura* e *historia* que han sido elaborados a su vez por la misma modernidad para observar su inserción específica en las coordenadas de la temporalidad. En ese sentido, los términos *cultura* e *historia,* entendidos como conceptos históricos, son dispositivos verbales que permiten entender de qué manera y cómo se ha conformado la sociedad contemporánea.

A diferencia de la memoria vivencial, en la historiografía se trata de la facultad de reproducir ideas o impresiones sobre el pasado proyectadas hacia el futuro, no en el medio de la conciencia sino en el de la comunicación escrita. El desarrollo de un metodología de la historia consistió en diseñar una forma que garantizara que las emisiones sobre el pasado no fueran sólo el producto de una conciencia individual sino que reflejaran una realidad transindividual. Lo que la epistemología del siglo XIX no pudo vislumbrar es que el paso de la percepción propia a la ajena, de lo subjetivo a lo objetivo, se realiza por medio de una acción que tiene lugar en el espacio de la comunicación, y en particular, en el de la escritura. Y éste es un hecho eminentemente social ya que requiere por lo menos de dos personas para que haya comunicación. Y su realización depende del estadio que guarde la evolución social de los medios a través de los cuales circula la comunicación escrita. Por lo tanto, para entender el funcionamiento de la historiografía moderna necesitamos aislarla del funcionamiento de la memoria psíquica o vivencial.

A partir de lo dicho hasta aquí, se puede formular la hipótesis de que la cultura de la historia es la forma como las sociedades modernas han elaborado una imagen o representación de sí mismas, ordenada temporalmente y estructurada a través de comunicaciones, y no a través de percepciones como era común pensar en el siglo XIX. Para que haya comunicación no es suficiente tener la percepción de algo, hace falta trascender el ámbito de la conciencia para hacerla observable por el otro, y sólo hasta entonces se puede hablar de comunicación. En ese sentido, la comunicación es un hecho social por excelencia.

[16] Tomo el ejemplo tal como lo sugiere Alfonso Mendiola, "El giro historiográfico: la observación de observaciones del pasado", en *Historia y Grafía,* 15, México, Universidad Iberoamericana, 2000, p. 181.

1.3 ¿QUÉ PRODUCE LA ESCRITURA?

En la conformación de la historiografía moderna han sido determinantes las formas comunicativas que pasan a través de las notificaciones por escrito. En el espacio de la comunicación escrita es donde ha tenido lugar preponderantemente la formación de la cultura histórica moderna. Sin embargo, para comprender su alcance hace falta distinguirlas de las comunicaciones que transitan a través de la oralidad.[17] Incluso, todavía se podrían realizar nuevas distinciones al examinar la formación de distintas clases de escrituras que permiten documentar la historia. Por ejemplo, no es lo mismo trabajar con la correspondencia entre particulares que con la correspondencia oficial o diplomática; con los informes y reportes de la burocracia gubernamental que con los debates periodísticos ocupados en reportar o informar sobre los sucesos o disputas entre congresistas del día anterior. A pesar de la importancia creciente de la cultura escrita, las fronteras entre oralidad y escritura pueden ser tan infranqueables como porosas. Lo que puede quedar claro, en todo caso, es que en la medida en que la historia se hizo depender del poder de la escritura y su conservación, se generó la ilusión de que el conocimiento sobre el pasado podía ser acumulativo y progresivo, de que si se sentaban bases sólidas la humanidad podría ser cada vez mejor y más sabia respecto de su pasado y de sí misma.[18] Esta utopía moderna no se explica fácilmente si no se considera el impacto de la cultura del escrito en la historia.

Sin la transformación de la escritura en una forma de comunicación no es fácil entender el desarrollo de lo que se conoce como la crítica interna y externa documental que acompaña la constitución del oficio moderno de la historia. Mediante la extensión de la crítica documental se intentó fijar el sentido e interpretación de los textos, en medio de su proliferación y multiplicación favorecida por el desarrollo de la imprenta. Asimismo, a diferencia de las interacciones sociales mediadas por la oralidad, la tecnología del impreso permitió que las comunicaciones pudieran ser examinadas y valoradas a voluntad sin tener que depender del momento en que fueron producidas. La conservación de los documentos y de los impresos les dio un halo de intemporalidad. Generó la ilusión de establecer contacto directo con autores de otras épocas, sin reparar que pudiera tratarse de obras escritas o recogidas por sus discípulos para

[17] Véase Walter Ong, *Oralidad y escritura*, México, FCE, 1999.

[18] Una excelente muestra de ello se tiene en la selección de los escritos de Kant traducidos y presentados por Eugenio Ímaz. Emmanuel Kant, *Filosofía de la historia*, México, FCE, 4a. reimpresión, 1985. La 1a. edición en español es de El Colegio de México en 1941.

cumplir otras funciones y para otra clase de público, incluso que su producción hubiera obedecido a un régimen de comunicación oral y no de escritura.[19] Estas consideraciones han creado la necesidad de refinar el sentido de la crítica y análisis documental.

La distinción entre oralidad y escritura no está suficientemente trabajada en el siglo XIX. En una sociedad dominada por la escritura que ha hecho de la alfabetización la panacea del progreso se entiende aquella afirmación taxativa de fines del siglo XIX de los historiadores y metodólogos franceses, Charles V. Langlois y Charles Seignobos, en el sentido de que no hay historia sin escritura y que, por lo tanto, los pueblos que desconocen la escritura no tienen historia.[20] Esta aseveración sólo se entiende si se le sitúa dentro de una sociedad que tendió a privilegiar un tipo de comunicación basada en la escritura en detrimento de la palabra hablada.

Actualmente estamos en condiciones de relativizar afirmaciones como las expresadas por Langlois y Seignobos debido al desarrollo de los medios electrónicos en la segunda mitad del siglo XX.[21] Como uno de sus efectos está el nuevo interés por el análisis de la escritura, el tipo de regulaciones que la gobiernan y lo que produce.[22] Algunas de las reflexiones pioneras de historiadores como Michel de Certeau se relacionan particularmente con el "estudio de la escritura como práctica histórica" que nos remite a una historia moderna de la escritura y su función social en occidente en los últimos cuatro siglos.[23]

[19] Florence Dupont, en un ensayo rico en sugerencias, hace la crítica de "las apropiaciones de lo oral" desde la escritura en la lectura moderna de los "escritos" de la antigüedad grecolatina. *La invención de la literatura*, Madrid, Editorial Debate, 2001.

[20] C.V. Langlois y C. Seignobos, *Introducción a los estudios históricos*, Buenos Aires, Editorial La Pléyade, 1972.

[21] Véase Harald Haarmann, *Historia universal de la escritura*, tr. Jorge Bergua Cavero, Madrid, Gredos, 2001. Se trata de un estudio que abre nuevas perspectivas para entender la evolución del fenómeno de la escritura alfabética; se enfoca precisamente a mostrar cuán relativa se ha vuelto actualmente la importancia de la escritura alfabética "para el progreso de la civilización", lo cual no significa su desaparición, al igual que en las sociedades modernas han sobrevivido técnicas figurativas o simbólicas —que parecían superadas— para fijar y transmitir información. Hoy en día, como sabemos, la mayor parte de la información pasa a través de los medios electrónicos.

[22] Véase Walter Ong, *Oralidad y escritura, tecnnologías de la palabra*, tr. Angélica Scherp, México, FCE, 1999, en especial el capítulo, "Lo impreso, el espacio y lo concluido", pp. 117-136.

[23] Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, pp. 12-3. Una de sus preocupaciones centrales es mostrar la secularización de una Escritura (sagrada) que habla para ser leída e interpretada, la fabricación constante de un conjunto muy diverso de escrituras vinculadas al trabajo artesanal e industrial. Los procedimientos aplicados en esa práctica discursiva remiten a una manera de "hacer la historia". Por eso escribir se asemeja a la experiencia de un viajero.

La historiografía moderna es inseparable de la evolución de los sistemas de escritura. Fundada en el distanciamiento creciente entre el presente y el pasado, la escritura moderna de la historia asume una relación ambigua con el pasado: de deuda a la vez que de rechazo. Se trata de una forma peculiar occidental de relación con el pasado, como bien lo apunta De Certeau.[24] La historiografía es una palabra compuesta de dos términos opuestos —lo real (la historia como acontecer) y el discurso (la historia como relato)—, sin que se advierta claramente lo que une a esa diferencia.

Las reflexiones críticas desarrolladas por este historiador francés se dirigen precisamente a mostrar la relación que guarda el objeto —producto de esa práctica— y la realidad de la que habla. La propia concepción de documento o testimonio histórico entendido no sólo como un dato que nos informa del pasado, sino sobre todo como el síntoma de lo que lo ha producido, permite advertir la ambigüedad en la que se encuentra la historiografía; por un lado es el testimonio de una presencia —ahí pasó algo— y, por el otro, es expresión de una ausencia —la de quien lo ha producido. De ahí que De Certeau convenga en que todo documento y texto histórico sólo se hace inteligible si se le remite a su lugar de producción.

Lo real de la historia proviene entonces de las determinaciones de un lugar que hace posible la fabricación de un tipo de discurso sobre el pasado mediante un cierto instrumental. De Certeau define a la historiografía por ello como una práctica que al separar el pasado del presente por medio de la escritura, es capaz de distinguirse del mismo discurso producido. Su carácter de ciencia proviene de su capacidad para transformar "la tradición recibida en un texto producido".[25] De esa manera sustituye la opacidad del presente por un cuerpo de escrituras representativas del pasado que aspiran tanto a conocer el pasado como a controlar el presente.

El desarrollo y difusión de la cultura escrita favorecida por la imprenta tuvo al mismo tiempo un efecto paradójico, ya que profundizó la distancia que existe entre la realidad representada por medio de la escritura y la realidad producto de la experiencia. Como se mencionó, frente a la multiplicación de las escrituras se desarrolló la crítica documental para discernir los verdaderos de los falsos. Fortaleció además la capacidad de análisis —para lo cual se requiere de tiempo y la posibilidad de ver lo mismo cuantas veces sea necesario— así como el desarrollo del pensamiento lógico inductivo. El pensamiento cartesiano y su

[24] De Certeau, *La escritura...*, pp. 18-19.
[25] De Certeau, *La escritura...*, p. 20.

evolución en el siglo XVIII testimonia hasta qué grado la escritura tipográfica como medio de comunicación se había ido incorporando en la sociedad europea.[26]

El giro hacia el pensamiento lógico inductivo presupone una mayor familiaridad con el mundo del escrito. Sugiere además el desarrollo de prácticas de lectura en las que el texto se constituyó en un fin en sí mismo, profundizando la separación entre la palabra hablada y la escrita. En ese sentido, Kant —padre de la filosofía moderna— al depositar toda su esperanza en el impreso para el desarrollo de una opinión pública libre de prejuicios, basada únicamente en el juicio propio racional, no hace sino recoger un lugar común de su época. Su elevación a norma generalizable sienta las bases a su vez para la amplificación de la crítica tradicional de los textos, presente en el nacimiento de la historiografía moderna.[27]

1.4 Verdad, historia y opinión pública moderna

Hay razones suficientes para relacionar el desarrollo de una determinada filosofía de la mente y del conocimiento con la generalización y profundización del lenguaje alfabético, el cual para existir presupone la escritura.[28] Las letras, las palabras, y gracias a éstas, los pensamientos, podían ahora ser fijados "para siempre" en los escritos y textos impresos. Su durabilidad dependía solamente de la calidad y fortaleza de los soportes materiales (tipo de papel, por ejemplo), sin los cuales no sería posible la difusión y conservación de las ideas. La capacidad de reproducir mecánicamente los textos abierta por la imprenta reforzó la percepción de que las ideas podían tener una vida propia y mantener siempre el mismo significado, al margen del contexto vital de producción, es decir, al margen de la historia. La noción de una verdad como correspondencia entre el significante y el significado, entre la palabra y la cosa, la representación y lo representado, que se deriva de esta filosofía de la mente,

[26] Alfonso Mendiola, "Retórica, comunicación y realidad. La realidad referida por los relatos de batalla en las crónicas de la conquista de México", tesis de doctorado en historia, Universidad Iberoamericana, 2001; y, de manera más puntual, "Las tecnologías de la comunicación: de la racionalidad oral a la racionalidad impresa", ms. inédito.

[27] Al respecto, véase también el diálogo de Goethe con Diderot sobre la pintura. D. Diderot y J.W. Goethe, *Ensayo sobre la pintura/Comentario al ensayo sobre la pintura*, tr. y notas Armando D. Delucchi, Jorge O. Demarchi y Emilio Estiú, La Plata, Universidad Nacional de la Plata, 1963.

[28] En relación con esta discusión, véase K. Ludwig Pfeiffer, "Dimensions of Literature: A Speculative Approach", en Hans Ulrich Gumbrecht y K. Ludwig Pfeiffer, eds., *Materialities of Communication*, tr. William Whobrey, Stanford, Stanford University Press, 1994, pp. 45-

se volvió todavía más cuestionable en el siglo XX a la luz de las investigaciones en el campo de las ciencias del lenguaje y de la comunicación.[29]

Un autor de filosofía moral del siglo XVII, por ejemplo, para situar los alcances de su obra ante sus lectores, utiliza la analogía que compara a la escritura con la pintura. Está adelantando los problemas que podría presentar su lectura de Aristóteles frente a sus críticos. Para aclarar su posición parte de la distinción entre *copiar* e *inventar.* Tanto el pintor como el escritor pueden hacer una u otra cosa, pero cuando se trata de *copiar* algo se tiene ante la mirada el modelo, en cambio, cuando se trata de *inventar* algo sólo se cuenta con el "entendimiento". El problema está en que mientras en el primer caso, un tercero puede juzgar acerca de la exactitud o inexactitud de la copia mediante su cotejo con el "original", en cambio en el segundo no hay manera de que un tercero realice la misma operación, pues el original permanece escondido en la mente de su creador. Este encontrará grandes dificultades para probar que su "idea" se corresponde con la realidad, que su "pensamiento" se ajusta a lo expresado. En ese sentido, tiene razón Luhmann cuando afirma que la mente no comunica nada, sino sólo es la comunicación la que puede comunicar.[30]

Para una sociedad —como la de nuestro filósofo del XVII— habituada a alimentarse de las tradiciones intelectuales previamente autorizadas, el desarrollo de la escritura abrió la posibilidad de cotejar los "originales" con sus interpretaciones o "traslaciones" como las denomina. Nuestro autor advierte que su intención no es inventar nada nuevo, sino tan sólo "copiar" a Aristóteles, su "exemplar". Pero añade, mientras para el "Filósofo" fue más fácil "trasladar a la pluma su Idea", en cambio para él fue mucho más difícil "trasladar su Idea, y su pluma", además de que por tratarse del original "fue sin comparación más glorioso" el trabajo de Aristóteles, "y más expuesto a la censura" el suyo propio, ya que existe la posibilidad de que un tercero —el crítico— coteje su trabajo con el original.[31]

El desarrollo de la cultura impresa abrió nuevas posibilidades de comunicación, pero también generó nuevos problemas. Nuestro filósofo que hace uso de la retórica para transmitir el saber moral aristotélico a

[29] *Cf.* Mendiola, "Retórica, comunicación y realidad. La realidad referida por los relatos de batalla en las crónicas de la conquista de México", 2001; Rafaelle de Georgi y Niklas Luhmann, *Teoría de la sociedad,* pp.103-126. Cristina Lafont, *La razón como lenguaje,* Ong, *Oralidad y escritura,* p. 121.

[30] Niklas Luhmann, "How can the mind participate in communication?", en Gumbrecht y Pfeiffer, *Materialities of Communication,* 371-387.

[31] Véase el "Prólogo" de la obra de Manuel Thesauro, *Filosofía moral derivada de la alta fuente del grande Aristóteles stagirista traducida al español por Don Gómez de la Rocha y Figueroa,* Madrid, Imprenta de Ángel Pascal, 1682-1718.

sus contemporáneos, hace explícita la distinción entre el hablar de cerca, propio de las comunicaciones orales, y el hablar a distancia, propio del arte de la escritura. Y así la escritura le permite "conversar con todo el mundo, llegando las palabras donde no alcanza la voz".[32] La escritura generó, en ese sentido, un ámbito propio, abierto a nuevas observaciones y a otra clase de conversaciones a distancia.

Jürgen Habermas dedicó un estudio temprano —que sigue siendo válido en muchos sentidos— para examinar la aparición y desarrollo de ese nuevo ámbito conversacional donde los participantes no están presentes y cuyas voces silenciosas pueden venir de muy lejos o de muy cerca. Habermas describe este proceso como el paso de una "publicidad representativa", propia de un código de comportamiento de la nobleza, al de una publicidad propia de un código de comportamiento "burgués", que ha de aprender "el arte del raciocinio público en comunicación con el 'mundo elegante'", una sociedad cortesano-aristocrática que, obviamente, iba distanciándose, a su vez, de la corte y formando un contrapeso en la ciudad a medida que el moderno aparato estatal se autonomizaba frente a la esfera personal del monarca".[33] Como se podrá advertir más adelante en relación con la génesis de la historiografía moderna, el movimiento de la Ilustración —y la historiografía es una de sus expresiones— viene a trastocar las relaciones de "autoridad tradicionales" obligando a generar un nuevo lenguaje sociológico e histórico.

Según lo muestra Reinhart Koselleck, el pensamiento ilustrado transformó el campo de la historia en un proceso. Mediante la "crítica" la *historia* se convirtió asimismo en *filosofía de la historia*, es decir, en una especie de tribunal supremo orientado a dirimir la guerra de las opiniones, que ahora frente a la ley eran todas, en principio, igualmente válidas. El modo de impartir justicia sobre toda clase de acontecimientos —pasados, presentes o futuros— se torna "subjetivo" en la medida en que dejan de operar las medidas o magnitudes tradicionales de corte universalista fundadas en el derecho natural y divino. Esta modalidad transformó a la historia en un proceso cuyo desenlace queda en suspenso hasta que no aparezcan las categorías analíticas adecuadas para dar cuenta de los acontecimientos que ellas mismas colaboraron a desencadenar. La

[32] Manuel Thesauro, *Filosofía moral derivada de...*, p. 141.

[33] Jürgen Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, tr. Antonio Domenech, Barcelona, Gustavo Gili, 1981, p. 67. Mientras el burgués es lo que produce, el noble es lo que representa. La transformación cultural de la esfera de opinión pública presupone la invención de un nuevo lenguaje universal e igualitario, reconocible por todo el mundo, sin importar los atributos personales del locutor, propios de los gestos, hábitos, retórica, insignias de la "publicidad representativa" cortesana, pp. 47-50.

escatología cristiana salvífica adquirió —en ese sentido— la forma de una planificación constante del futuro fundada en el propio proceso histórico. La idea de la historia como un proceso "progresivo" sustituyó a la escatología cristiana, transfiriendo a la historia algunos de sus elementos constitutivos como la idea de tribunal de justicia y la idea del juicio final fundado ahora en el imperativo kantiano del juicio racional.[34]

Es un tema trabajado ampliamente por Koselleck que muestra el proceso que condujo a la pérdida del sentido de ejemplaridad del pasado y de sus obras y la apertura de un nuevo espacio de complejidad comunicativa. Si el pasado ha perdido su aura magisterial, entonces todo texto producido y por producir se convierte automáticamente en objeto de discusión y de polémica. El problema es saber cómo en esta sociedad podrán generarse "nuevos acuerdos" surgidos de la discusión efectuada en el ámbito de las notificaciones escritas. Los documentos históricos ya no serán cotejados con un conjunto más o menos delimitado de "clásicos autorizados", sino con un cúmulo de "papeles originales" que pueden multiplicarse hasta el infinito. La crítica de textos —del pasado y de la actualidad— se convirtió paulatinamente en un fin en sí mismo, sin que pudieran advertirse sus límites, su principio y su final. En cierto modo una filosofía del progreso vino a cumplir la función de dar marco a este trabajo historiográfico que, de otra manera, podría tornarse inmanejable y fuera de control.

Cómo valorar cada época y cada evento desde sus propios términos sin recurrir a un principio externo para su explicación, es entonces, una de las cuestiones epistemológicas centrales que tuvo que enfrentar la historiografía moderna. Esta interrogación, al parecer, se relaciona menos con el problema del relativismo histórico, y más con la cuestión de entender cómo se han establecido las relaciones entre la evolución de la sociedad y las formas como ésta ha sido tematizada.[35] De ahí la importancia de observar el espacio de opinión pública en el que se desarrolla la transformación del lenguaje histórico.

[34] Reinhart Koselleck, *Crítica y crisis del mundo burgués*, tr. Rafael de la Vega, Madrid, Ediciones Rialp, 1965.

[35] *Cf.* Niklas Luhmann, "Tiempo universal e historia de los sistemas", en Silvia Pappe, coord., en colaboración con Guillermo Zermeño, *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*, México, Universidad Iberoamericana/Universidad Autónoma Metropolitana, 2000, pp. 359-424. Desde la perspectiva de la teoría de los sistemas sociales se postula la teoría general de la observación de observaciones como una de las opciones para hacer frente a algunos de los predicamentos en los que se encuentra la historiografía moderna. Esta idea ha sido desarrollada por Alfonso Mendiola, "El giro historiográfico: la observación de observaciones del pasado", en *Historia y Grafía*, 15, Universidad Iberoamericana, 2000, pp. 181-208.

Es verdad que el juego de opiniones está presente en la sociedad premoderna y sirve de base para la construcción de los relatos históricos. La pregunta es acerca de qué caracteriza la formación de un espacio público propiamente "moderno". El término *opinión pública* es de hecho también un concepto histórico nuevo.[36] Al igual que el de cultura aparece formando parte del léxico de los hombres y mujeres del siglo XVIII. Es utilizado para indicar esa esfera que rompe con la lógica del secreto y la simulación, y crea las condiciones para que los particulares hagan uso público y libre de su razón. Funciona en sus orígenes para debatir cuestiones estéticas, y más tarde será traspasado y ampliado al campo político cuando se vea la necesidad de sustituir la figura del rey como autoridad máxima. La publicación y circulación de los impresos —como la prensa periódica— permiten que ese espacio sea observable por quienes participan en él. Al intervenir en ese espacio anónimo no únicamente a título personal sino a nombre del "público" se obligarán a desarrollar un tipo de comunicación especial.[37] La formación de una nueva historia de corte universalista, no teológica, se asocia por tanto al espacio de opinión pública moderno, al desarrollo de los medios impresos y a la fabricación de nuevos regímenes políticos, democráticos y republicanos.

Según Luhmann, la *opinión pública* es el medio a través del cual las sociedades modernas reducen la complejidad implicada en la sustitución de *lo uno* —la figura del Rey y del dogma— por *lo múltiple* y lo diverso— la nueva figura que adquiere la historia. Es la forma como la sociedad y la historia intentan reducir la complejidad de emisiones que, en principio, son producto de individuos particulares y todas igualmente válidas, acerca de lo que jurídica y políticamente es posible y deseable.[38] Como efecto de la disolución del antiguo régimen, se hizo imposible resolver la complejidad de las decisiones que articulan a una sociedad en términos de un todo unitario. En esa situación, el juego tradicional de opiniones y de comentarios fue profundizado y establecido como *el instrumento* regulador de las distinciones entre verdad y falsedad, propias del sistema científico al que pertenece la historiografía moderna.

Sin embargo, la *opinión pública* es una noción ambigua dominada por su carácter histórico y abstracto a la vez. Destinada en sus comienzos a li-

[36] Habermas ubica su aparición hacia la segunda mitad del siglo XVIII, *Historia y crítica de la opinión pública*, p. 64.

[37] Luhmann, *La realidad de los medios de masas*, tr. y prol. Javier Torres Nafarrate, Barcelona, Universidad Iberoamericana/Anthropos, 2000, p. 149; Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública*, pp. 67-68 y 74-80. Para una aproximación al "reino de la opinión" en los países iberoamericanos se puede consultar François-Xavier Guerra, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, México, FCE, 1993, pp. 296-305.

[38] Luhmann: "La opinión pública". (Tradución inédita del italiano).

berar a la política de su trabazón con una noción de verdad fundada en el derecho natural y racional, la noción de opinión pública fue asimismo utilizada para reemplazar una noción intemporal de verdad que había entrado en crisis debido a los avances del conocimiento científico. De esa manera, se sustituyó por una noción histórica de verdad percibida en principio como mera *opinión*, es decir, como un juicio provisional sujeto a comprobación como condición de su aceptación como *certeza*. Sin olvidar que este proceso tiene lugar en el ámbito del control racional efectuado en el seno de la esfera de *opinión pública*.[39]

La importancia de este espacio radica en que se convierte en la única forma con que cuenta esta modernidad para debatir acerca de la verdad y del rumbo que toma el acontecer histórico y social. Luhmann todavía es más enfático al respecto al señalar que es la única forma que se tiene para entender a una sociedad que opera y se regula bajo el principio de lo contingente. En la medida en que aspira a comprenderse ya no deductivamente, es decir, a partir de principios de autoridad preestablecidos, en ese grado su noción de verdad adquiere la forma de una verdad en permanente construcción. Se trata de una noción de verdad abierta por los dos lados, es decir, sin un origen preciso ni un telos predeterminado. Su expresión pasa a ser constitutiva de su propio acontecer, pero éste sólo es observable a través de las emisiones que se producen en el ámbito de la opinión pública. Así, en esta modernidad la observación de ese espacio de comunicaciones impresas es fundamental para entender cómo estas sociedades se han comprendido a sí mismas en su marcha permanente hacia la verdad, que no es otra cosa que su propio acontecer.[40]

La observación histórica de ese espacio puede ayudar a responder la cuestión acerca de qué tan relevante puede ser la historiografía para el presente, pero además, puede dejar ver cómo la historiografía es una de las formas como el presente se describe a sí mismo en términos temporales. Se puede añadir, finalmente, que en esta modernidad la verdad histórica es relativa al funcionamiento y evolución de los medios de opinión pública.

[39] Habermas, *Historia y crítica*..., pp. 124-136. En la línea de la propuesta habermasiana, véase Renán Silva, "Prácticas de lectura, ámbitos privados y formación de un espacio público moderno. Nueva Granada a finales del Antiguo Régimen", en François-Xavier Guerra y Annick Lemperiere, eds., *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*, México, FCE, 1998, pp. 124-136.

[40] Ernst Tugendhat, "Acerca de la relación entre ciencia y verdad", en *Ser, verdad, acción. Ensayos filosóficos*, Barcelona, Gedisa, 1998, pp. 127-141.

[illegible]

[illegible]

PRIMERA PARTE

EN BUSCA DEL LUGAR DE LA HISTORIA EN LA MODERNIDAD

2. MODERNIDAD, REVOLUCIÓN E HISTORIOGRAFÍA

Desde la década de 1980 la palabra modernidad se apoderó nuevamente del léxico de los políticos y economistas, de los planificadores y de los empresarios, por nombrar sólo algunos de los ámbitos más publicitados. Sin embargo, podemos preguntarnos —desde una perspectiva histórica— ¿qué tanto estos discursos modernizadores que se pronuncian por dondequiera evocan un gesto tradicional o, por el contrario, son presagio de una revolución cuyo desenlace y curso desconocemos? Si la historia, al ocuparse del pasado, pretende dar luz sobre el presente, ¿qué podría indicarnos sobre la situación contemporánea? ¿Cómo saber si estos discursos que prometen el cambio no son sino los gestos de un ritual que se repite periódicamente desde que el mundo moderno es moderno?

En este marco pretendemos situar las siguientes reflexiones en torno a la historiografía moderna —que surge a la par con las revoluciones políticas y científicas— y su función pública. Nuestra hipótesis general es que toda modernidad encierra la paradoja de que toda creación implica el abandono de algo al efectuarse la sustitución de una cosa por otra evaluada como más conveniente o apetecible. Si anteriormente se tenía como de buen gusto vestirse de una manera, en un momento posterior puede considerarse como de mal gusto porque la forma de vestir ha sido sustituida por otra. Así, cuando la historia se propone al pasado como su objeto de estudio, a primera vista concentra su atención en aquello que toda modernidad ha rechazado y convertido en lo que podría caber bajo la acepción de lo obsoleto o tradicional. No obstante, podemos preguntarnos ¿hasta dónde la historia se ocupa sólo de los residuos que la modernidad va dejando tras de sí y que en su avance hacia lo siempre nuevo dejan de afectar al presente? Un aspecto adicional de esta cuestión se relaciona con el hecho de que toda modernidad está llamada, tarde o temprano, a convertirse en una tradición más, es decir, a formar parte de las cosas "inútiles" del presente. Dentro de esta cadena que parece no tener ni principio ni fin, ¿qué función social puede esperarse de la actividad historiográfica?

En suma, la paradoja estriba en que la modernidad actual se estableció como un lugar en apariencia sin límites, que no requiere de lo que

deja fuera para existir ya que se concibe como puro acontecer.[1] Por esa razón, cabe preguntarse por las relaciones que se establecieron o se pueden presentar —según la distinción en alemán— entre la *Historie* (la historia como un saber del pasado) y la *Geschichte* (la historia como experiencia). La pregunta se orienta en el sentido mismo de la modernidad: ¿qué hace y ha hecho esta modernidad con ese cúmulo de aspectos residuales propios de un pasado que aparentemente ha dejado de tener sentido para el presente?

La segunda parte de la cuestión se relaciona con la anterior y es un poco más compleja. Si en la modernidad el pasado sólo existe como residual y no como sustancial —en la medida en que dominan las expectativas puestas en un futuro siempre abierto—, entonces ¿dónde reside la importancia de recuperar y conservar el pasado? ¿hasta dónde podemos afirmar que dentro de esta dinámica propia de la modernidad el pasado sigue afectando al presente y cómo? Podemos plantearnos estas interrogantes porque existe *de facto* además una disciplina productora de historias en la modernidad. Una manera de responderlas es preguntándonos por las condiciones que hicieron posible la aparición de un saber social sobre el pasado. ¿De qué manera la modernidad se las ha arreglado para construir su memoria y con qué objeto?

Para enfrentar estos desafíos, en primer lugar nos interesa mostrar lo que puede distinguir a esta modernidad de otras modernidades a través de la historia del uso de la palabra; y segundo, después de determinar la cualidad o propiedad de esta modernidad, reflexionaremos sobre el papel que el discurso histórico ha jugado o podría jugar en la modernidad. Recordemos, según lo anticipamos en la introducción, que sin lenguaje no hay manera de observar la historia, de manera que las experiencias englobadas en ese término no son interpretables sin recurrir al lenguaje. Pero, como lo señala Koselleck, cabe aclarar que no todos los acontecimientos ni todas las experiencias se agotan en su "articulación lingüística".[2] De manera que es verdad que las "estructuras prelingüísticas de la acción" y las de la comunicación se entrecruzan mutuamente, pero sin llegar "a coincidir totalmente". Así, el análisis de los usos de la palabra modernidad queda circunscrito a aquellos espacios de experiencia mediados por el tipo de comunicación en los que circula.

[1] A la luz de esta premisa se pueden entender algunos trabajos de pensadores como Hegel, Marx, Nietzsche, Weber o Heidegger y otros. Véase Jürgen Habermas, *El discurso filosófico de la modernidad (doce lecciones)*, tr. Manuel Jiménez Redondo, Madrid, Taurus, 1989.

[2] Reinhart Koselleck, "'Modernidad'. Sobre la semántica de los conceptos modernos del movimiento", en *Futuro pasado*, 1993, p. 287.

2.1 Hacia una historia del concepto *modernidad*

Hans Robert Jauss, historiador de la literatura, realizó una historia del concepto modernidad, cuya particularidad radica en llevarla a cabo a partir de los modos como el mundo cambiante ha sido percibido y expresado por medio del lenguaje.[3] Dentro de esta concepción fenomenológica de la experiencia humana se sostiene que la percepción del mundo de los objetos no se presenta de manera inmediata a la conciencia, sino que está mediada por el lenguaje que elabora el impacto de un mundo que es recibido como necesidad, pero que sufre modificaciones en el proceso de su elaboración. Lo que es recibido como algo que no puede modificarse, al momento de su recepción es transformado en algo contingente al referirlo a situaciones específicas en las que se presentan las acciones o se da el contacto con el mundo. El corolario de esta posición es la afirmación de que sólo a través del lenguaje la experiencia individual y colectiva adquieren forma y un significado propio.[4]

Para entender el uso del término modernidad que caracteriza nuestra época debemos considerar al menos tres puntos problemáticos señalados por Jauss. Primero, el término que supuestamente define a nuestra época no fue acuñado para ésta, ni parece apropiado para establecer lo específico de una época determinada. Segundo, la palabra que define la modernidad actual pertenece a una tradición más amplia basada en la contraposición *modernus-antiqui*; al momento de desprenderse de este modelo histórico, la "modernidad moderna", por así decirlo, va a generar la ilusión de deberse únicamente a sí misma al margen del modelo original, y además con un derecho exclusivo a lo nuevo. Tercero, derivado de lo anterior, el uso contemporáneo de la palabra modernidad señala la extrañeza de un presente que ya no se reconoce en el pasado a no ser por la intermediación del saber histórico.[5] Así, el pasado "renacentista" como periodo literario y político o el del barroco relacionado con el arte y la arquitectura serán percibidos paulatinamente desde la segunda mitad del siglo XVIII como "incomprensibles", convirtiéndose entonces en objetos de *culto* de los coleccionistas o de *conocimiento* de los especialistas, historiadores del arte, de la política o de la literatura. Como veremos en el capítulo 2, este "extrañamiento" respecto de las obras del pasado es el origen del desarrollo de una nueva escritura científica de la historia que sustituirá lentamente a aquella enmarcada por la preceptiva de la retórica clásica.[6] Sin este gesto

[3] Hans Robert Jauss, "Tradición literaria y conciencia actual de la modernidad", en *La literatura como provocación*, tr. Juan Godo Costa, Barcelona, Península, 1976, pp. 13-81.

[4] H.R. Jauss, *La literatura como provocación*, p. 146.

[5] H.R. Jauss, *La literatura como provocación*, pp. 13 y 17.

[6] A partir de la teoría de sistemas desarrollada por Niklas Luhmann y de la crítica del

moderno de separación y distanciamiento de las tradiciones heredadas no se puede entender la aparición de una nueva clase de historiografía.[7]

Así pues, con la historia de la palabra modernidad intentamos mostrar lo siguiente: 1) se trata de un término polivalente, 2) la palabra *modernus* en sus diferentes acepciones es expresión de experiencias históricas diversas y, 3) que si bien se entrelazan logran distinguirse una de otra por el modo particular de establecer su relación con el pasado.[8] Paradójicamente, como lo subraya Koselleck, la posibilidad de observar esta diferenciación semántica del término modernidad fue abierta por la misma modernidad gracias a la introducción de un tiempo específicamente histórico. La distinción clásica que ha dominado esta nueva clase de observación es la que se presenta entre presente y pasado, tiempo nuevo y tiempo tradicional.

La primera pareja "modernus-antiqui"[9]

La palabra *modernus* aparece por primera vez en la última década del siglo v de nuestra era, durante el periodo de transición de la antigüedad romana al mundo cristiano. Con este término se anuncia el fin de la época antigua y el comienzo de la era cristiana. A la vez que expresa la per-

---

uso indiscriminado de las crónicas novohispanas como "minas de información" —un problema historiográfico vigente de gran relevancia— Alfonso Mendiola muestra de qué manera el mundo clásico elaboraba su experiencia mediante el uso de la "retórica" en contraposición con la forma como la modernidad cientificista ha tendido a trabajarla. Véase "Retórica, comunicación y realidad. La realidad referida por los relatos de batalla en las crónicas de la conquista de México", tesis de doctorado en historia, Universidad Iberoamericana, 2001.

[7] Véase, Reinhart Koselleck, "Futuro pasado del comienzo de la modernidad", en *Futuro pasado*, 1993, pp. 21-40.

[8] Esta conexión se ha presentado generalmente en la modernidad en términos causales, pero —como se verá— esa relación puede también apreciarse en términos de deuda. La noción de "deuda" está presente a lo largo del estudio historiográfico de Michel de Certeau, por ejemplo, *cf.* "una identidad por una diferenciación", *La escritura de la historia*, 1993, p. 62. "Si por una parte la historia tiene por función expresar la posición de una generación en relación con las precedentes al decir: 'Yo no soy aquélla', añade siempre a esta afirmación un complemento no menos peligroso, que obliga a confesar a una sociedad: '*Soy algo distinta de lo que quiero ser, y estoy determinada por lo que niego*'". (Las cursivas son mías). Luis Vergara desarrolla la idea del historiador como "deudor insolvente" a partir de la lectura que Paul Ricoeur hace de Martin Heidegger. Luis Vergara, "La producción textual del pasado. Una lectura crítica de la teoría de la historia de Paul Ricoeur", tesis de doctorado en historia, Universidad Iberoamericana, 1999, pp. 233-238.

[9] En este pequeño excurso histórico seguimos básicamente el estudio ya mencionado de H.R. Jauss, "Tradición literaria y conciencia actual de la modernidad", en *La literatura como provocación*, 1976, pp. 13-81. Para una historia del concepto 'moderno' como categoría analítica, véase Hans Ulrich Gumbrecht, "A History of the Concept 'Modern'", en H.U. Gumbrecht, *Making Sense in Life and Literature*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1992, pp. 79-110.

cepción de un suceso, indica la voluntad de una diferenciación. Técnicamente la palabra designa en sus inicios sólo los límites de la actualidad. *Modernus*, que proviene del latín como sinónimo de *hodiernus*, significa tanto lo nuevo como lo actual. Sin embargo, la afirmación del hoy presupone una relación con la fase anterior. De esa manera, el papa Gelasio I (492-496) al preguntarse por los orígenes del cristianismo, éstos no se remontan más allá de los santos padres o de los sucesores de los apóstoles, que equivale a un periodo no mayor de cincuenta años atrás. En contraste con la antigüedad renacentista, la "cristiana" no toma en cuenta el pasado pagano-romano. Esto nos indica de alguna manera el predominio de la transmisión oral en la formación de la identidad cristiana primitiva. A comienzos del siglo v, Orosio utiliza la contraposición entre la paz de Augusto y la ausencia de paz del periodo anterior para caracterizar a la época por primera vez como propiamente cristiana.

Solamente hasta después con Casiodoro (c. 490-583) se desarrolla la contraposición entre lo actual-moderno y lo antiguo-normativo o ejemplar. Sólo hasta después de la destrucción de Roma y de su cultura, el cristianismo como su sustituto está en condiciones de recuperar y transformar la grandeza del imperio romano y de su cultura. En la medida en que el pasado deja de representar una amenaza, hasta entonces se realiza la tarea de ennoblecer el presente propio a través de la recreación del anterior. Pero hay un elemento —advierte Jauss— que hace diferente a este periodo de los posteriores medievales o modernos. En la incorporación admirativa de "los antiguos romanos" por parte de los cristianos primitivos no está presente la idea de progreso, decadencia o renacimiento. También excluye la idea de igualdad o de superioridad que será desarrollada en los posteriores renacimientos o romanticismos. Esto significa que el cristianismo se instituye como el origen de sí mismo, en el que apenas se advierten los límites entre el presente y el pasado.[10]

Los "moderni" *medievales y la aparición de la* "modernitas *cristiana*"

Nuevos usos de la palabra *modernitas* se anuncian ya en los círculos de Carlomagno (siglo IX) y su desarrollo posterior durante el "renacimiento medieval" del siglo XII. En un nivel general la contraposición entre la "actualidad o *modernitas* cristiana" y la "*antiquitas* pagana" se amplía cronológicamente y se profundiza entre los eruditos —monjes y clérigos—

[10] Para este "resurgimiento occidente" cristiano posromano, véase el espléndido libro de Peter Brown, *El mundo en la Antigüedad tardía. (De Marco Aurelio a Mahoma)*, tr. Antonio Piñero, Madrid, Taurus, 1989.

del imperio carolingio. En este periodo la palabra *modernus* obtiene un mayor grado de difusión. El siglo IX —el *seculum* moderno— es englobado como el nuevo reino universal cristiano de Carlomagno en clara contraposición a la época de la antigüedad pagana romana. Durante este periodo la *antiquitas* como concepto del pasado ejemplar se transfirió a los siglos de los santos padres de la Iglesia y se mantuvo básicamente la oposición entre los *antiqui* paganos y los autores cristianos.

Asimismo, dentro de esta *modernitas* cristiana se intercalan nuevas distinciones derivadas de la pareja *modernus-antiqui* aplicadas a los estudios y las enseñanzas de la filosofía y de la poesía. Se aplica, por ejemplo, para establecer la frontera que señala a Boecio como límite temporal en relación con los autores de la antigüedad grecorromana; esta distinción se utiliza también para dividir dentro de una generación a los *antiqui* de la escuela de París (1190-1220) de los *moderni* que hacen de Aristóteles el estandarte de la "nueva" filosofía. Después en el siglo XIV la filosofía se dividirá entre la "vía moderna" de los seguidores de Escoto y Santo Tomás defensores del "realismo" y la "vía antigua" de los discípulos de Ockham defensores del "nominalismo".[11]

Sin embargo, el llamado "renacimiento" del siglo XII está lejos de ser una mera disputa generacional. Quienes se oponen a la antigüedad se conciben como portadores de una nueva era de esplendor que deja atrás los ideales de la imitación o de la renovación de la tradición clásica (como en el renacimiento italiano), para entenderse más bien como parte de una época que supera a las anteriores y encuentra su plenitud en sí misma. No se trata como lo subraya Jauss, de una superación cronológica, sino "tipológica", es decir, se asume como una era radicalmente distinta de todas las anteriores, pero en la cual lo antiguo al tiempo que es suprimido sobrevive en lo nuevo, pero sublimado.[12] Anuncia en ese sen-

[11] Investigaciones recientes sobre la historia de los modos de la lectura sugieren que en este periodo (siglos XII-XV) se llevó a cabo una "revolución cultural" en relación con los textos. Se pasó de una lectura "epifánica" abierta a múltiples interpretaciones, a una "lectura literal" que buscaba ante todo fijar el significado de las palabras. Se deja de "leer entre líneas" para leer solamente lo que "está en las líneas", razón por la cual se dará mayor importancia a la información explícita y a la pregunta por la intención o el modo como el autor quiso ser interpretado. Frente a la gama de posibilidades, Santo Tomás fue uno de los que optó en el siglo XIII por la *vía moderna* o "lectura literal" de los textos. Véase David R. Olson, "Una historia de la lectura: del espíritu del texto a las intenciones del autor", en *El mundo sobre el papel. El impacto de la escritura y la lectura en la estructura del conocimiento*, tr. Patricia Willson, Barcelona, Gedisa, 1998, pp. 167-183.

[12] "La tipología coloca lo separado en el tiempo en la relación lógica de sublimación de lo antiguo en lo nuevo. Lo nuevo suprime lo antiguo, lo antiguo vive en lo nuevo. Lo antiguo es redimido en lo nuevo, lo nuevo se edifica sobre los cimientos de lo antiguo". H.R. Jauss, *La literatura como provocación*, p. 24.

tido la famosa frase emitida por primera vez por Bernardo de Chartres: "los *moderni* como enanos sentados sobre los hombros de unos gigantes".[13] Por esa razón la *modernitas*, es decir, la actualidad cristiana alcanza a ver más lejos que el pasado, o como lo interpretó María de Francia en lengua vernácula: "Los antiguos ya sabían que los que vendrían después de ellos serían más listos porque ellos (sus sucesores) podrían glosar las palabras del texto y con ello enriquecer su sentido".[14]

Así, a través de la palabra *modernitas*, acuñada entre el siglo XI y XII, el presente se experimenta como superior frente a la antigüedad. Pero, al mismo tiempo, busca traer a la memoria viejos preceptos que la *modernitas nostra* (correspondiente al lapso de tres generaciones) había olvidado. La conciencia del tiempo ya no se formula simplemente como oposición entre presente y pasado, sino, por un lado, como final del tiempo ejemplar de los *antiqui* y, por el otro, como destinado a restablecer aquella remota *antiquitas*. "La *modernitas* aparece... como un tiempo intermedio en el proceso que conduce a un tercer grado superior, que ha de alcanzarse en el futuro por medio de una *reformatio*".[15] Esta edad intermedia de los "*moderni* cristianos" está concebida como un periodo de expectación que sólo se cumplirá con la segunda venida de Cristo. En ese clima cultural emergerán las nuevas fundaciones de órdenes religiosas. Esta misma idea aparecerá luego en el Renacimiento, pero con un signo completamente diverso.

La "modernitas" *renacentista*

El renacimiento italiano evoca el regreso de los tiempos remotos en el exilio y el abandono del pasado inmediato. Mientras la Edad Media toca a su fin, la época antigua renace. Los tiempos se invierten: cuando unos regresan a la luz, los otros son arrojados a la oscuridad. Hay un intercambio de signos.

Desde el siglo XIV hay indicios que señalan el desarrollo de una modernidad que construye su identidad a partir de la negación del pasado inmediato. La Edad Media es transformada en un espacio vacío y oscuro, mismo que será ocupado, en la mente de los *moderni* humanistas, por la *antiquitas* romana. Los humanistas utilizan la distinción *antiqui-moderni* para observar el presente a través de la lente de la *antiquitas* greco-latina.

[13] *Ibidem.* También en Robert Nisbet, *Historia de la idea de progreso*, tr. Enrique Hegewicz, Barcelona, Gedisa, 1996, pp. 130-133.

[14] Citada en H.R. Jauss, *La literatura como provocación*, p. 25.

[15] H.R. Jauss, *La literatura como provocación*, p. 28.

El restablecimiento de las fuentes antiguas permite el desarrollo de una crítica histórica más acuciosa, indicio también del problema político y cognoscitivo que representa este juego ambiguo de distanciamiento y de fascinación por el pasado, tanto el próximo como el remoto.[16] Lo que separa a los humanistas renacentistas de los medievales, de acuerdo con Jauss, no es tanto el orgullo de pertenecer a una nueva época en la que despierta también la antigua, sino la metáfora del intervalo oscuro que implica, por primera vez, una separación formal entre la actualidad y la antigüedad. Con ello, se abandona la idea de un presente continuo de carácter teleológico y se le sustituye por el de un tiempo cíclico: aquel que se designa como el de un nuevo comienzo o re-nacer, establecido mediante la distinción entre la antigüedad grecolatina y la actualidad constituida a partir de sí misma.

Si la oscuridad de las épocas antiguas fue iluminada por la venida de Jesucristo, ahora la luminosidad de las culturas antiguas era la que permitía alumbrar al presente. Mediante el regreso de un pasado ideal prototípico, la *modernitas* renacentista adquiere conciencia de sí misma. Incluso se llega a plantear la posibilidad de que mediante su imitación y emulación se podría algún día llegar a superar ese pasado glorioso de los antiguos maestros.

La modernidad ilustrada

En opinión de Jauss, Charles Perrault inicia la destrucción de esta imagen clásica-universalista durante la sesión de la Academia Francesa del 27 de enero de 1687. En el marco de la *querelle* entre los *anciens* y los *modernes*, el paso de lo viejo a lo nuevo se realiza bajo un signo contrario. Los

[16] Por ejemplo, durante el Concilio de Basilea (1431) se abrió el debate acerca de los poderes seculares legítimos a los que la Iglesia podía aspirar. El cardenal Nicolás de Cusa argumentó que esos derechos se fundaban en un documento antiguo, *La Donación de Constantino.* Con base en este documento, Constantino el Grande (siglo IV) había dividido supuestamente al imperio romano en dos partes, la occidental y la oriental y además se consagraba al papado como "sacro emperador romano". A continuación Nicolás de Cusa se aplicó a la tarea de mostrar la inautenticidad del documento al descubrir una serie de anacronismos: sus ideas, el estilo, el uso de las palabras no correspondían a las del siglo IV. Unos años después —en el contexto de la caída de Bizancio frente al imperio otomano— su secretario en el concilio, Lorenzo de Valla, desarrolló el argumento en un tratado y lo aplicó con fines políticos para favorecer los intereses del rey Alfonso I de Aragón, Sicilia y Nápoles. Actualmente se cree que el documento *La donación de Constantino* fue elaborado alrededor del año 760, cuando el papa Pablo I intentaba cortar sus vínculos con las autoridades iconoclastas de Bizancio. Véase, Stephen Toumlin y June Goodfield, *El descubrimiento del tiempo*, Buenos Aires, Paidós, 1968, pp. 101 y ss.

precursores de la Ilustración —que luego se llamarán a sí mismos *Les Modernes*— no eran conscientes de hallarse en el comienzo de una nueva época, sino más bien lo contrario: creían que la humanidad, después de la fase de juventud (antigüedad) y de la madurez (renacimiento), había entrado en la fase de envejecimiento. Rompía así con la concepción tradicional de una relación entre los tiempos, de la antigüedad como "la maestra de vida" y la modernidad (lo nuevo, lo actual) como el aprendiz. Ahora resultaba que los más expertos (los sabios), por ser los más viejos, eran los "modernos". Así, habría que entender la afirmación de Roger Bacon, de que la verdad era hija del tiempo presente.

Sin embargo, asimilar de esa manera la "antigüedad" a la modernidad, implicaba, siguiendo la metáfora, que pudiera no tratarse de la edad perfecta, pues a la vejez podría sucederle la decrepitud, e incluso la muerte. El dilema al que se enfrenta esta modernidad —animada por el progreso científico— en su rebelión contra la antigüedad vista como su comienzo normativo, radica en cómo poder "comprender el propio presente como una época tardía de la humanidad y, por otra parte, ver a la historia, a la luz de la razón crítica, avanzando sin cesar en la época del progreso".[17]

De hecho, Perrault, portavoz de los *modernes*, concede la razón a los *anciens* al reconocer que la comparación entre el arte antiguo y el moderno era problemática. Los modernos, por su parte, no creen que la antigüedad fuera la medida de todos los tiempos. Basados en la idea de la igualdad natural entre los hombres y los tiempos era más bien el *bon goût* según la época clasicista el principio normativo para juzgar las producciones de los antiguos. *Les anciens* por su parte, sostienen que cada época tiene sus propias costumbres, es decir, también su gusto propio. Así, habría que juzgarlos de acuerdo con su propia medida.

Finalmente, la cuestión de la norma o medida entre los tiempos se resolvió entre los bandos al introducir la idea de que al lado de la belleza atemporal se hallaba también una belleza relativa condicionada por el tiempo. De ahí se pasó a la concepción acerca del carácter diverso de las bellas artes, según la época, y la idea de la particularidad e individualidad de cada una de ellas. Así fue como la Ilustración fue conformando su identidad como la de un siglo original, diferente e irrepetible. No se puede pasar por alto que esta visión fue reforzada por la difusión de las ciencias naturales de los años 1680 y por la importancia de la crítica histórica en el protestantismo.

Basado en las investigaciones de Werner Krauss, Jauss sostiene, sin embargo, que la principal característica de la mutación experimentada

[17] H.R. Jauss, *La literatura como provocación*, p. 38.

por los *modernes* en su concepción histórica reside en el cambio de óptica respecto del futuro y su relación con el presente. Desde el famoso análisis del presente del abate de Saint-Pierre en 1735, se comenzó a considerar la propia época, ya no frente al jurado del pasado, sino al del futuro. A partir de los años de 1760, la pregunta insistente gira en torno a "si los hechos de la actualidad podrían resistir las perspicaces miradas de una humanidad progresista". Con la inclusión del futuro como un horizonte abierto en constante perfeccionamiento, contrapuesto a la imagen de un pasado ejemplar, la modernidad ilustrada se aparta radicalmente de las modernidades anteriores.[18]

Separadas la antigüedad y la modernidad, vistas cada una como perfectas, pueden florecer entonces los estudios comparativos: la física aristotélica y la cartesiana, la moral antigua y la cristiana, los héroes antiguos y los modernos, las revoluciones antiguas y las modernas, las culturas europeas y las americanas, la historia de la literatura italiana y la española, etcétera. No obstante, según lo dicho anteriormente, toda comparación presupone un punto de vista superior. Los modernos ilustrados apelaban a un principio estético trascendental para comparar lo bello en diferentes épocas. De esa manera no escapaban a la analogía del crecimiento orgánico o de las edades de vida de los humanistas. El presente y el pasado dejaban de ser épocas singulares cualitativamente diversas, y sólo eran comparables mediante el recurso a una medida superior que exige su imitación o su superación. El problema no resuelto se origina en el mismo punto de partida de la Ilustración: si una misma experiencia histórica engloba tanto a la antigüedad como a la modernidad, entonces todas las épocas son igualmente perfectas o —como diría Ranke más tarde— igualmente próximas a Dios. ¿Cómo delimitar, entonces, los márgenes para juzgar equitativamente una experiencia histórica como superior o inferior, progresiva o decadente, tradicional o moderna? Se trata de una consideración crítica que está en el corazón del debate abierto por la historiografía de la subalternidad (véase el capítulo 4) y, en general, de una de las vertientes más serias de lo que ha sido etiquetado editorialmente como "pensamiento posmoderno".

Si, en cambio, cada época es singular y por principio incomparable, entonces —como concluyó el vizconde de Chateaubriand en 1826— la sociedad moderna puede aprender muy poco de la antigua.[19] Según

[18] H.R. Jauss, *La literatura como provocación*, pp. 42-43.

[19] "La sociedad antigua y la moderna son básicamente distintas, o sea, tampoco son lícitamente comparables. En la historia no se repite nada, por consiguiente, tampoco se ha de demostrar o aprender nada del pasado que sea aplicable al presente". Jauss, *La literatura como provocación*, p. 46.

Jauss, Chateaubriand atestigua la completa victoria del historicismo. Con ello se refiere a la revolución intelectual iniciada al término de la disputa entre los *modernes* y los *anciens* que dominó en el pensamiento histórico de la Ilustración y que, finalmente, fue coronada por una nueva generación que entendía su modernidad a partir de una nueva oposición con respecto a la antigüedad, elaborada ahora explícitamente a partir de la experiencia de su pasado cristiano y nacional redescubierto.[20]

El retorno de la Edad Media o la "modernidad romántica"

Durante este periodo lo *moderno* no constituye una oposición absoluta frente a lo *antiguo*, pues se reduce a una cuestión de gusto. Por ejemplo, el estilo gótico en la arquitectura será considerado como de mal gusto. El gusto moderno marcado por el neoclasicismo está obligado a recobrar el gusto de lo *antique*. El romanticismo surge, entonces, como su contraparte modernista. Cimentado, sobre todo, en las primeras novelas históricas y en el *Genio del cristianismo* de Chateaubriand, el romanticismo es un movimiento estético que combina la vuelta a la Edad Media con el distanciamiento de la antigüedad clásica, percibida como un pasado irrecuperable desde una perspectiva histórica. Se intercambian una vez más los signos: retorno de ese intervalo oscuro —la Edad Media— de los renacentistas y preservación de la antigüedad clásica como una cuestión de *bon gout*.

Según Jauss, la oposición *clasique-romantique* modernista ya había sido elaborada en Francia en el siglo XVIII —antes que los alemanes Herder y Schlegel, sus supuestos mentores. Asimismo, conviene tener en cuenta que el regreso de la Edad Media no significa —como suele entenderse— una revuelta en contra del pensamiento ilustrado, sino más bien como una prolongación de la *querelle* entre *modernes* y *anciens*. El desenlace de esa disputa tuvo lugar hasta que fue aceptada la imposibilidad de reducir un mundo histórico a otro, y el reconocimiento de que cada pueblo, cada nación, posee un genio particular e intransferible.

Sólo en ese marco es posible entender que la Antigüedad y la Edad Media pudieran convertirse en modelos de imitación o de rechazo, de idealización literaria o de condena. En ese sentido, el medievo o la antigüedad podían recobrarse como pasados ejemplares para el presente, como periodos que podían mostrar el ejercicio de virtudes heroicas en continuidad con el presente. La búsqueda de estos gérmenes antiguos y/o medievales del Estado moderno serán reforzados por la investigación y el

[20] Véase también, Hans-Georg Gadamer, *La actualidad de lo bello*, tr. Antonio Gómez Ramos, Barcelona, Paidós/ICE-UAB, 1991.

descubrimiento de las literaturas antiguas "nacionales".[21] Mientras el periodo renacentista buscó asemejarse a la antigüedad clásica, la recuperación de las tradiciones por parte del romanticismo no deja de denotar una cierta "nostalgia",[22] debido a la fractura creciente entre el pasado y el presente, por un lado, y la tensión impuesta por las expectativas futuras, por el otro. El creciente interés en la novela histórica se puede interpretar a la luz de la necesidad de "restaurar (mediante el disfrute estético) la coherencia temporal que faltaba en el presente del lector."[23]

La singularidad de Chateaubriand al introducir su poética moderna propia del romanticismo radica en que el pasado medieval aparece como la cima de la actualidad moderna. La poesía medieval es bella y, por tanto, digna de imitación: 1) porque el caballero cristiano al contraponer su sociedad y su religión con la del "otro" representa el concepto más elevado de lo heroico y lo bello y, 2) porque esta poesía, al surgir de la distancia histórica, produce el efecto de trascendencia de lo actual al creer experimentar lo *bello* en lo que ha dejado de ser; y lo *verdadero* en la vuelta sentimental a lo ingenuo, lo primitivo, lo original, lo natural.

> Lo que constituye el encanto de lo romántico no es tan sólo el redescubierto pasado nacional y cristiano, sino su otro presente irremisiblemente desaparecido, la aventura del tiempo vivido, aventura inverosímil para el mundo actual y que, con todo, fue verdadera en otro tiempo. La historia como cuadro de la naturaleza perdida de otro tiempo que se nos ha vuelto ajeno y, sin embargo, familiar.[24]

Para esta generación, la palabra "romántico"[25] —que en principio alude a los libros de caballería— sirve para enlazar el mundo del pasado

[21] Véase también el trabajo de Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, tr. Eduardo L. Suárez, México, FCE (Colección popular), 1993. En especial el cap. V. "Lenguas antiguas, modelos nuevos", pp. 102-122. Es un punto que se amplía en el siguiente apartado de este capítulo.

[22] "Nostalgia" es una "palabra acuñada en la mitad del siglo XVII para denotar una forma de melancolía producida por la prolongada ausencia de la patria o el lugar, por ejemplo la nostalgia del hogar, el anhelo de un espacio familiar. Aún no era un anhelo de un tiempo familiar, pues la continuidad del pasado al presente seguía siendo una red inconsútil". Donald M. Lowe, *Historia de la percepción burguesa*, tr. Juan José Utrilla, México, FCE (Breviario 430), 1986, pp. 81-82.

[23] Donald M. Lowe, *Historia de la percepción burguesa*, 1986, p. 84.

[24] H.R. Jauss, *La literatura como provocación*, p. 60.

[25] El adjetivo *romantic* aparece en Inglaterra entre 1650 y 1660 para significar "como en la viejas novelas, pero no en la vida real". Contiene un sentido peyorativo y otro positivo: por un lado significa lo inverosímil, lo ficticio, lo quimérico, lo exagerado, y por el otro, algo digno de admiración, de fascinación. Su significado avanza de lo novelescamente irre-

y el de la naturaleza, el de los relatos heroicos y el del paisaje; conjuga la fascinación por lo exótico y el sentimiento de atracción por la naturaleza sin ataduras. Por lo tanto, en el romanticismo no hay fundamentalmente un antagonismo entre moderno-medieval, o moderno-antiguo, porque el acercamiento o distanciamiento entre las épocas obedece más bien a una cuestión meramente estética, como lo estableció Federico Schlegel.

Con base en múltiples testimonios históricos y literarios, podemos afirmar que el romanticismo es expresión de un periodo en el que los individuos comenzaban a experimentar la distancia creciente entre el mundo de vida cotidiano y las posibilidades abiertas por el desarrollo industrial y las revoluciones políticas. En la novela se encontró una forma de satisfacerlas estéticamente, así como un espacio para la crítica originada por la experiencia de observar la distancia entre el mundo de la actualidad y el de sus posibilidades. Esta percepción es visible incluso en el "antirromántico" Goethe:

> Lo que se dice romántico de una región es un sereno sentimiento de lo sublime bajo la forma del pasado o, lo que viene a ser lo mismo, de la soledad, de la ausencia, del aislamiento.[26]

En el romanticismo el paisaje y la historia entran en una relación recíproca. La distancia del "pasado" se corresponde con la lejanía de la "naturaleza" que ha desaparecido o a la que ya no se pertenece. Esta separación será elaborada como sentimiento de pérdida y de extrañeza ante un mundo histórico y natural que fue en algún tiempo "verdadero y bello". Paradójicamente señalará también —como se verá en el capítulo 3— el nacimiento de la historia científica en busca de la verdad del pasado antes de su corrupción.

> En esta relación —concluye Jauss— se basa el sentimiento que de sí misma tiene una generación que, paradójicamente, ya no experimentaba su moder-

al a lo poético a través de lo insólito en la vida cotidiana; de lo inverosímil y, no obstante, verdadero. La vida ordinaria contiene un momento poético que permite trascender lo trivial y prosaico de la cotidianidad. En ese sentido el momento romántico es el cumplimiento de una promesa, que por lo general, sólo se alcanza en la realidad novelada. Este sentimiento se va a transferir paulatinamente de los "viejos castillos, reliquias, ruinas y escenarios literarios a la naturaleza". Ahí se separa el *romantic* inglés del *romanesque* francés. Este último mucho más novelesco, hasta significar "menos una belleza objetiva de la naturaleza", y más el efecto subjetivo, melancólico que se deriva de su contemplación. Herder (1774) con el término *romantisch*, llevará hasta sus últimas consecuencias esta connotación: "en otro tiempo fue naturaleza, fue [...] verdad". H.R. Jauss, *La literatura como provocación*, pp. 56-60.

[26] H.R. Jauss, *La literatura como provocación*, p. 61.

nidad como oposición a lo antiguo, sino como discrepancia con la época presente. No importa si esta generación creía encontrar su imagen histórica ideal en la distancia transfiguradora de la Edad Media cristiana o si esperaba alcanzar la cumbre de la cultura moderna del futuro con la revolución estética de F. Schlegel, lo cierto es que *el descontento con el propio presente imperfecto* constituye el denominador común de los románticos, tanto conservadores como progresistas.[27]

La modernidad "revolucionaria"

En opinión de Jauss, existen dos acontecimientos políticos decisivos en los cambios que experimenta la conciencia de la modernidad romántica: la revolución de 1789 y la de 1848. Stendhal elaboró la idea de que el año de 1789 divide en dos partes a la historia, el mundo de antes caracterizado por el atraso y la inmovilidad, y el que viene después singularizado por el movimiento y la aceleración que proviene de sí mismo.[28] Esta representación de la modernidad basada en la idea de revolución señala una separación definitiva con el mundo "clásico". El presente se desgaja del pasado no sólo por una cuestión de *bon goût*, sino porque aspira a regirse por otras costumbres e ideas y por su nueva actitud ante lo bello. Lo que en el pasado pudo ser deleitable y generar entusiasmo, ahora lo único que puede producir es aburrimiento. Lo que sucede es que lo bello y lo verdadero se ha constituido en sinónimo de permanente actualidad y novedad. No es casual que la palabra *vanguardia* o *precursor* se apodere del mundo del arte, de la ciencia y de la política. En ese sentido, como veremos, la concepción del pasado como mero residuo de lo que el presente deja a su paso en su marcha ascendente hacia el futuro,[29] sólo puede tener estrictamente un interés histórico.

La Revolución de 1848 expresa ese nuevo modo de ver y entender el mundo caracterizado principalmente por su ruptura con las ataduras del pasado. Al diseñar un nuevo programa en el campo de la estética, Baudelaire considera el trabajo de Chateaubriand *Las memorias de ultratumba* de 1849 como una contribución fundamental. Erich Wolf, por otra par-

[27] H.R. Jauss, *La literatura como provocación*, p. 61. Las cursivas son mías.

[28] Para el uso de esta distinción en el contexto de la revolución francesa, véase Reinhart Koselleck, "Criterios históricos del concepto moderno de revolución", en *Futuro pasado*, pp. 67-85.

[29] Es conocida la descripción alegórica del cuadro *Angelus Novus* de Klee para evocar la experiencia prototípica de la "modernidad revolucionaria" de Walter Benjamin, *Para una crítica de la violencia*, tr. Marco Aurelio Sandoval, México, Premiá, 1982, tesis IX sobre filosofía de la historia, pp. 113-114.

te, pondrá de moda el término "moderno" en Alemania al presentar su obra *Prinzip der Moderne* en 1887. La definición de lo moderno como aceleración referida a sí misma, elaborada apenas por la generación de Baudelaire, determinará en buena medida la comprensión estética e histórica del mundo dominante en el siglo xx.

La palabra *modernus* utilizada al comienzo de la era cristiana y referida a la duración de una generación, se transformó hacia la mitad del siglo XIX en una palabra que designa sobre todo el "cambio de la moda de tendencias actuales del gusto literario...", dejando de oponerse "cronológicamente a un determinado pasado".[30] En esa medida, irá perdiendo peso la rivalidad clásica entre antiguos y modernos o entre románticos e ilustrados, y en su lugar irá ganando peso una contraposición extraída del campo de la economía política, la de conservadores y liberales o la de pueblos atrasados y pueblos avanzados, por mencionar sólo algunas. Sin embargo, unos y otros no podrán ser sino modernos debido a que en el horizonte de esta modernidad sólo existe la posibilidad de contrastación consigo misma.

Al imponerse la actualidad histórica del presente como valor supremo, los conceptos clásico y romántico pasaron a ser meras funciones de lo moderno comprendidos como acontecimientos históricos y por lo tanto sujetos de la historiografía. En el momento en el que el pasado pretende constituirse en el árbitro moral del presente, en ese momento será visto con recelo y desconfianza. Dentro de la concepción estética de Baudelaire, lo bello y lo verdadero no encarnan sino únicamente una promesa de felicidad. Estos valores están presentes ante todo en la moda, ese nudo en el que se encuentra el amarre de la estética moderna. La seducción frente al "último modelo" será proporcional a su capacidad de simbolizar lo poético en lo histórico, lo eterno en lo transitorio, lo infinito en lo contingente.

El nuevo uso de la palabra modernidad, siguiendo a Jauss, señala entonces ese lugar limítrofe entre lo distante y lo familiar, ese lugar en el que ningún pasado determinado, incluida paradójicamente la misma "modernidad", puede constituirse como antítesis de lo bello en el arte moderno. De su núcleo se requiere destilar lo duradero para poder establecer el contrapeso necesario de lo *eternel*. En Baudelaire, el *spleen* o hastío por el que las cosas han perdido su aureola al convertirse en un mero estado de naturaleza sólo se verá sublimado si se realizan actos recordatorios. Las escrituras de Proust son un modelo que testimonia el precio de la fusión irremisible en el presente de la experiencia vivida y la recordada.[31]

[30] H.R. Jauss, *La literatura como provocación*, p. 62.

[31] Al respecto un estudio fascinante sobre la industria cultural del siglo XIX realizado a partir de las notas dejadas por Walter Benjamin es el de Susan Buck-Morss, *Dialéctica de la mirada. Walter Benjamin y el proyecto de los Pasajes*, Madrid, Visor, 1995.

De lo expuesto hasta aquí podemos sacar algunas conclusiones. La aparición de la palabra modernidad en la historia es expresión de diversas experiencias históricas. El uso actual de la palabra es sólo su manifestación más reciente. Hay quien piensa, como Kostas Papaioannou, que la "modernidad" —esa conciencia radical de la "diferencia" se ha convertido en una especie de esencia humana. La modernidad funciona como una suerte de coraza que impide ver lo que hay del otro lado. De ahí se sigue la gran dificultad para saber en relación a qué se es propiamente moderno.[32]

Con base en el uso de la palabra en diferentes idiomas (latín, italiano, francés, inglés, alemán) se han detectado por lo menos seis modos diferentes de relacionar el presente con el pasado. Por eso el término *modernidad* es un concepto equívoco que requiere para su comprensión ser contextualizado, lo cual implica en sí mismo su pluralización. Su significado, lo mismo que otros conceptos como el de *cultura* (véase la "Introducción"), se relaciona menos con la descripción de objetos exteriores que con los modos de establecer las relaciones con la temporalidad.

No obstante, existe una característica básica que distingue radicalmente la modernidad actual de las anteriores. Mientras en las "modernidades tradicionales" los pasados y su significado son intercambiables, el pasado remoto o más inmediato son actualizados de diversas maneras, en cambio en esta modernidad el pasado deja de tener un carácter ejemplar o normativo para el presente. Así podemos preguntarnos ahora, ¿cuál podría ser entonces el sentido de una actualización del pasado en la modernidad? Éste es el tema del siguiente apartado.

2.2 Historia, revolución y mito o los usos políticos del pasado en la modernidad

Hacia una historia de la palabra "revolución"

La palabra *revolución*, como se ha podido ver, se asocia estrechamente a la de *modernidad*. Sin embargo, dado su carácter ambiguo conviene situar también su uso y significado en una perspectiva histórica. Generalmente asociamos el término *revolución* a los eventos que tuvieron lugar en Francia en 1789. Lo relevante, sin embargo, es observar cómo un concepto

[32] Kostas Papaioannou, *La consagración de la historia*, México, FCE (Breviarios 485), 1989, pp. 200 y ss. "Convertida en global, total y totalitaria, la modernidad se ha echado a correr por las calles. Por lo tanto no hay razón por la cual sorprenderse si también ella arriesga perder su aureola, y entonces, como diría Baudelaire, ¿quién la recogerá, y en qué estado?", p. 215.

antiguo —utilizado para describir estados de cosas en la astronomía y la medicina— se transfiere al estado de las cosas jurídico-políticas y temporales. La cuestión consiste en identificar las condiciones que hicieron posible que el año 1789 se convirtiese en el emblema de toda clase de revoluciones —políticas, artísticas, científicas, tecnológicas, industriales, educativas, culturales, etcétera— en sentido moderno.[33]

La historia del concepto que se remonta al verbo latino *revolvere* no tiene originalmente una connotación política. El sustantivo *revolutio* va a ser utilizado por San Agustín hacia el año 400 d.C. para indicar las transformaciones que se operan en el alma después de la corrupción del cuerpo al morir. ¿A qué cuerpo regresa el alma después de tantas revoluciones "y haber andado vagante por diversos cuerpos?" se pregunta San Agustín en *La ciudad de Dios*.[34] Más tarde en la literatura medieval referida a la astrología la palabra designa la forma como los cuerpos celestes giran o cambian de fase, idea que será retomada por Copérnico en su trabajo sobre las *Revoluciones de las órbitas celestes* de 1543. En el siglo XVIII el término *revolución* se generaliza para describir los cambios ocurridos dentro de los gobiernos. Así por ejemplo el abate de Verlot (1719) aplica el término para explicar la historia de la república romana en plural, es decir, como una historia de las revoluciones políticas. En un medio dominado todavía por la retórica, el anacronismo podía cumplir una función pedagógica como advertencia sobre el debilitamiento de las enseñanzas de los sabios antiguos en el presente. Así, a diferencia de la antigüedad, la modernidad desarrolla un concepto cualitativo de revolución para distinguir lo que eran las guerras civiles de lo que podrían ser meras revueltas o levantamientos.

El concepto *revolución* en su sentido político aparece por primera vez —con un efecto de larga duración— en la historiografía florentina hacia 1348, con Giovani y Matteo Villani. Estos autores transfieren el uso del término, común en la astronomía, a la política para explicar sus desequilibrios manifiestos en las revueltas o insurrecciones populares, como la ocurrida en la ciudad de Siena en 1355. Más tarde Guicciardini consagra el término en 1530 y establece una serie de equivalencias —*rivoluzione, rebellione, rivolta*— para describir las mutaciones de las formas de dominio resultado de las discordias internas. La historiografía florentina transfie-

[33] Jean Starobinski, *1789, los emblemas de la razón*, tr. José Luis Checa Cremades, Madrid, Taurus, 1988.

[34] Para este recorrido véase el artículo "Revolution", de H. Günther, en Joachim Ritter y Karlfried Gründer, eds., *Historisches Wörterbuch der Philosophie*, vol. 8, Basel, Schwabe Verlag, 1992, pp. 957-974. Véase además: Karl Griewank, *Der neuzeitliche Revolutionsbegriff. Entstehung und Geschichte*, Francfort, Suhrkamp Verlag, 1973. San Agustín, *La ciudad de Dios*, México, Editorial Porrúa (Sepan cuantos...), 1988 (9a. edición), XXII, 12.

re el término utilizado para observar el ciclo de los astros, al ámbito de los fenómenos políticos humanos. Este uso político conlleva una suerte de antropologización de un término extraído de la historia natural. Lo novedoso y problemático de esta aplicación está en su dualidad: al tiempo que sirve para describir lo mutable (cambios de opinión o de creencias, de lealtades o fidelidades), introduce un elemento de incertidumbre, al incorporar también lo no previsto por los participantes.

Desde la segunda mitad del siglo XVII se generaliza el uso retrospectivo de la palabra *revolución* con un significado político para indicar el tiempo y la medida de la duración de una cosa. Todavía no se transforma en una filosofía de la historia sino refiere a un perspectiva astrológica de la naturaleza de las cosas. W. Harvey lo vincula con nuevos descubrimientos desconocidos por los antiguos como la circulación de la sangre.[35] De manera que la introducción del término *revolución*, en su sentido político, permite establecer que la única certeza válida es la de la variabilidad de las cosas, la mutabilidad de las sustancias. Pero al mismo tiempo, en Inglaterra en 1688 es introducida una nueva distinción al hablar de "la gloriosa revolución", en vez de hacerlo en términos de rebelión o revuelta. En el contexto de ese sentimiento de inseguridad debido a la mutabilidad de las cosas naturales y humanas, el uso del término tenderá a ser usado en un sentido moral: Bossuet escribe para enseñar al príncipe los medios para dar estabilidad a la monarquía frente a los peligros que entraña el despotismo. Subyace a esta advertencia el reconocimiento de que hay una razón de la mutabilidad política en la cadena de agravios estallados durante las contiendas civiles.

Como historiador y filósofo de la historia, Voltaire utiliza el concepto revolución para referirse a los cambios que han tenido éxito, no sólo en la historia política, sino también en el espíritu humano. Según Voltaire, la primera mitad del siglo XVIII —menciona un periodo de 15 años— ha sido testigo de una mutación nunca antes vista en el espíritu humano. Importa destacar que alude a un mundo que se encuentra en una fase de crisis. Sin embargo, el diagnóstico no se ve acompañado por un pronóstico sólido. En general, como lo advierte Günther, todo gesto profético es un recurso retórico y su influencia será tanto más determinante, cuanto más oscuro sea el infortunio vaticinado.[36] En ese sentido, se puede entender la advertencia de Rousseau apuntada en el *Emilio* en 1762: "Nos acercamos al estado de crisis y al siglo de las revoluciones...Tengo por impo-

[35] William Harvey (1578-1657), en su obra *Exercitatio anatomica de motu cordis et sanguinis in animabilus* (1628), describió en detalle, por primera vez, una mecánica ya casi completa de la circulación total de la sangre.

[36] Günther, "Revolution", p. 962.

sible que las grandes monarquías de Europa duren todavía mucho tiempo". El contenido de esta profecía se sustenta en referencias o criterios extraídos de la Biblia o de textos de la antigüedad que aluden a la fragilidad del poder.[37]

En el uso francés del vocablo *revolución* se entremezcla la perspectiva de la historia natural y universal. Gracias a su indeterminación la palabra correrá con buena suerte después de 1789, al englobar expectativas sociales y políticas no satisfechas y favorecer un enfrentamiento, no tanto con la dinastía sino con los abusos del despotismo ministerial. La declaración universal de los derechos humanos de agosto de 1789 es depositaria de su esperanza en una prosperidad futura. El equívoco de la palabra se refleja en un testimonio sobre la noche misma del 14 de julio: mientras el rey piensa en una revuelta conforme a la tradición, uno de sus allegados hace mención de "una gran revolución". Sin un sentido preciso la semántica de la palabra *revolución* se confundirá con la de revuelta e insurgencia. Su proceso de estabilización tendrá que ver más con el clima de opinión creado por los miles de impresos de todo tipo que circularon entre 1781 y 1797. Se podría añadir que en esa tarea la historiografía de la revolución producida por una generación más joven será determinante. Al intentar poner orden a un proceso de suyo confuso, y apoyados en la apertura de archivos y nueva documentación, autores como A. Mignet, 1824, A. Thiers, 1823-1827, Michelet 1847-1855, L. Blanc 1847-1862, consagrarán el término revolución como metáfora de sí misma, en el sentido de Robespierre, al interpelar a sus conciudadanos en 1792: "*Citoyens, voulez-vous une revolution sans revolution*".[38] Nosotros podemos ahora preguntarnos si la fabricación del concepto moderno de *revolución* sería pensable sin el soporte de la imprenta y el desarrollo de los medios de opinión pública.[39]

[37] "Esta profecía [...] se asemeja a muchas otras: proyecta hacia el porvenir una imagen del pasado. Lector de Plutarco, Tito Livio y Maquiavelo, había esbozado una Lucrecia y había soñado ampliamente sobre la expulsión de los Tarquinos: de ellos había retenido la imagen arquetípica de una Revolución republicana que al desterrar la tiranía y rechazando con el despotismo la mancha del deseo desenfrenado, instaura el reino de la virtud y de la castidad. Lector de Locke, Algeron Sidney y los teóricos clásicos del derecho natural, Rousseau sabía también qué principios habían triunfado en Inglaterra durante la Revolución de 1688. Durante su adolescencia, Ginebra le había ofrecido el doloroso espectáculo de la guerra civil...". Jean Starobinski, *1789, los emblemas de la razón*, p. 147.

[38] Günther, "Revolution", p. 967.

[39] Lo mismo podría decirse de la evolución del término *philosophe*. Para una reconstrucción que desmonta la invención moderna del filósofo ilustrado como precursor de la revolución, véase el ensayo de Hans-Ulrich Gumbrecht, "Who were the *philosophes*?", en *Making sense in Life and Literature*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1992, pp. 133-177.

La modernidad revolucionaria como mito

Como sabemos, la formación de las naciones modernas en el siglo XIX está fuertemente influida por esta idea de ruptura con la tradición, incluso con la idea de que el presente se basta a sí mismo para existir. Se trata naturalmente de un presente extenso sustentado en la idea de una revolución o cambio constante. Así, podemos preguntarnos ¿cómo elabora su pasado una época que se concibe a sí misma como un presente continuo? En términos de Koselleck: ¿cómo elabora su sentido de temporalidad una "modernidad revolucionaria"?, ¿qué formas utiliza para elaborar su representación del pasado y sus posibles conexiones con el presente? Se trata en principio de una cuestión acerca de cómo determinar los márgenes de validación y legitimidad de esa representación. Teóricamente esta clase de representaciones históricas debería reflejar una actualidad en permanente cambio, es decir, una representación en la cual no es posible identificar sus propios límites, ni hacia el pasado ni hacia el futuro, sino únicamente aquellas limitaciones impuestas por las determinaciones de la naturaleza y de la historia propias del ser humano. ¿Cuáles serían esta clase de narrativas que pudieran reflejar esta forma de ser moderno revolucionario?

Me parece que una de las respuestas posibles a esta interrogación la podemos encontrar en Michel de Certeau. En el último inciso de su conocido ensayo *Hacer historia,* De Certeau desarrolla la idea de que la historiografía moderna ha ocupado el papel de los mitos de la antigüedad. Sin duda se trata de una afirmación polémica que requiere de mayor explicación. Generalmente se ha contrapuesto a la *historia* como representante del logos o de la razón con el *mito* como representación de la magia o de la fábula. De Certeau no ignora ese carácter dual de la razón occidental y por eso se ve obligado a explicar en qué sentido "la historia ha tomado el relevo de los mitos 'primitivos' o de las teologías antiguas desde que la civilización occidental dejó de ser religiosa".[40] Trataremos de aclarar a continuación este punto.

La palabra griega *mythos* tiene también una larga historia en occidente. Recientemente la contraposición clásica mito-razón, mito-historia, ficción-realidad, ha sido puesta en tela de juicio por los especialistas de la antigüedad clásica, entre los que sobresalen los estudios de Jean-Pierre Vernant.[41] El estatuto del mito se funda básicamente en la distinción en-

[40] Michel de Certeau, "La historia como mito", en *La escritura de la historia,* 1993, pp. 60-61.

[41] Para entender el proceso de diferenciación semántica de la palabra *mythos* y la aparición de una "ciencia de los mitos" propia de la Ilustración, puesta a debate en el siglo XX, véase la introducción de Jean-Pierre Vernant, "Las razones del mito", en *Mito y sociedad en la Grecia antigua,* tr. Cristina Gázquez, Madrid, Siglo XXI de España, 1982, pp. 170-220.

tre las exigencias propias del discurso hablado y las del escrito. En la medida en que la escritura se fue imponiendo como forma dominante de comunicación social, en ese grado el habla fue siendo dejada del lado del salvaje, del primitivo, de la fábula. La formación de un mercado de consumo editorial durante el periodo de la Ilustración permite la aparición de la "mitología" o ciencia de los mitos razonados desde la lógica propia de la escritura.[42]

Lo que parece distinguir al "mito" —y que lo conecta con la historia moderna de acuerdo con De Certeau— es la capacidad de desarrollar un diálogo permanente consigo mismo.[43] Esta apreciación nos permitiría afirmar que sin tradición no hay modernidad, que sin redundancia no hay variación. De ahí se sigue que la diferencia que puede haber entre *mito* e *historia* está dada menos por su estructura operativa que por las condiciones comunicativas que la hacen posible, esto es, por la distancia que puede haber entre el medio de comunicación oral y el de la cultura del escrito.

La naturaleza de este "diálogo consigo mismo" toma comúnmente la forma de la pregunta por los "orígenes". De hecho, la palabra griega *mythos* designa desde su comienzo la operación de descubrir los orígenes.[44] En una época "revolucionaria" se agudiza especialmente —hasta

[42] J.-P. Vernant, *Mito y sociedad en la Grecia antigua*, p. 173 y ss. El padre J.F. Lafitau en 1724 fue el primero que extrapoló la "ciencia de los mitos" —que hace de Grecia la "madre de la civilización y nodriza de la razón"— a la "comprensión" de las "supersticiones" de los "salvajes americanos", pp. 190-191. En esa dirección y tesitura crítica, véase Guy Rozat, "Lafitau: entre Pérez de Ribas y Clavijero", en *Historia y Grafía*, 7, 1996, pp. 125-154. Para la aparición de una nueva clase de consumidores ligados a la industria editorial y cultural se puede consultar la síntesis interpretativa —realizada críticamente a partir de las tesis de J. Habermas sobre la opinión pública— de James Van Horn Melton, *The rise of the public in Enlightment Europe*, Cambridge, University of Cambridge Press, 2001 (New Approaches to European History).

[43] J.-P. Vernant, *Mito y sociedad en la Grecia antigua*, p. 183. A propósito de su análisis sobre la obra de Hesíodo —*Teogonía y Los trabajos y los días*— Vernant señala: "Estas versiones múltiples prueban que, en el seno de una cultura, los mitos, cuando nos parece que se contradicen, se corresponden también entre sí, hacen todos referencia, incluso en su misma variación, a un lenguaje común, se inscriben todos en el mismo horizonte intelectual y sólo pueden ser descifrados en el marco general donde cada versión adquiere su valor y su relieve con relación a todas las demás. No debería subestimarse la importancia de este diálogo que el pensamiento mítico entabla continuamente consigo mismo durante todo el tiempo que permanece vivo".

[44] A. Horstman, "Mythos, mythologie", en *Historisches Wörterbuch del Philosophie*, vol. 6, 1984, pp. 281-318. Además, Pierre Vidal-Naquet, *El mundo de Homero*, tr. Daniel Zadunaisky, Buenos Aires, FCE, 2001, p. 109. Vidal-Naquet recuerda cómo el siglo XIX europeo se dio "a la búsqueda afanosa de una poesía de los orígenes". Por ejemplo el compositor alemán Richard Wagner "mezcló una canción de gesta del siglo XIII, el *Cantar de los nibelungos*, con una serie de poemas de origen escandinavo para escribir y poner música al *Anillo de los nibelungos*, resucitando así a Homero y la tragedia griega para hacer de ellos la epopeya de los orígenes germánicos".

adquirir rasgos obsesivos— la pregunta por la identidad, realizada a partir de la diferencia con otras épocas y otros pueblos. A partir de ese momento la vuelta al pasado —al *archivo*, cuya etimología refiere al origen de todo— se hace recurrente, iniciándose o prosiguiéndose una narración que en las modernidades nacionales transcurre fundamentalmente en el espacio de la escritura.

Los mitos antiguos o modernos no son, en ese sentido, sino relatos de los orígenes, familiares, tribales, dinásticos o nacionales. Son relatos sujetos a la evolución de las formas lingüísticas y así adquieren diversas clases de materialización y de formalización narrativa. Los hay de tradición oral y los hay de tradición lectográfica. Lo importante a tener en cuenta es que responden a diversas clases de praxis políticas, sociales o científicas que comprometen a "sus relaciones con ella misma y con otras sociedades". Son relatos que se construyen mediante la dialéctica inclusión-exclusión y que se caracterizan ya sea por un afán de "dominación" o de "comunicación con el *otro*". "La narración mítica — señala Jean-Pierre Vernant— no es polisémica en sí misma como el texto poético tan sólo por sus diversos planos de significación. No está congelada en una forma definitiva. Siempre incluye variantes, versiones múltiples que el narrador tiene a su disposición y escoge, en función de las circunstancias, el público o sus propias preferencias; puede suprimir, añadir o modificar elementos según su parecer".[45] De esa manera el discurso histórico moderno es también parte de la historia, y por lo tanto, puede mostrar su propia contingencia.

El dilema político de la dominación o del diálogo con la "alteridad" es un aspecto nuclear de las reflexiones de Michel de Certeau sobre la historiografía moderna porque justamente el tema de la "alteridad" se estructura alrededor del relato sobre los orígenes. Para de Certeau, la modernidad —vislumbrada en los siglos XVII y XVIII— es una configuración histórica creada por "la disyunción entre la escritura y la oralidad", otorgando a la primera un "valor mítico". Por mito entiende "un discurso fragmentado que se articula con base en las prácticas heterogéneas de una sociedad y que las articula simbólicamente" a partir de unidades básicas como escritura, nación, familia, etcétera. Subyace a dicha oposición la posibilidad de establecer "un origen único (una arqueología fundadora)" o "una conciliación final (un concepto teleológico)", y por lo tanto, la posibilidad de la fabricación de un "discurso sostenido por esta unidad referencial". Pero esta modernidad, como vimos, ha hecho de la escritura un valor y una práctica que apunta hacia el futuro, que ante to-

[45] Jean-Pierre Vernant, *Érase una vez... El Universo, los dioses, los hombres. Un relato de los mitos griegos*, México, FCE, 2a. edición, 2000, p. 11.

do "hace la historia". Si es así, entonces se contraviene la misma posibilidad de identificar el mismo origen de los tiempos, pues el origen se encuentra finalmente en ese andar, que no es otro que el escribir. Por eso, señala De Certeau, que "el origen ya no es lo que se cuenta, sino la actividad multiforme y murmurante de producir el texto y de producir la sociedad como texto. El 'progreso' es de tipo escriturario".[46] Decir, por ejemplo, que el "pueblo habla" sólo es posible gracias a la escritura (véase el capítulo 4).

Los occidentales, es decir, "nosotros" —afirma De Certeau—, tienen una "ventaja" sobre "ellos", cualquiera que sea su nombre: el poder de la escritura. Para "ellos" será "brujería" por el poder que entraña la escritura de arrebatarles su nombre. Sin embargo, el punto decisivo no está tanto en separar el error de la verdad referida a partir de la escritura, sino en la capacidad de dotar a este "instrumento" de una capacidad cuasisagrada de "retener las cosas en su pureza" y de extenderse hasta el fin del mundo. Mientras el habla puede por su naturaleza evanescente fácilmente perder de vista el "origen" y de limitarse a círculos de audición efímeros, la escritura además de su poder de "retener el pasado", tiene la capacidad de sortear indefinidamente las distancias. De esa manera occidente almacena y reproduce sus secretos, los convierte en *archivo*, sin tener que desplazarse de su mismo centro de operaciones. Desde ahí repite y difunde sus prototipos.[47] Así, la comprensión de la historia moderna como una "mítica moderna" presupone el descargar al *mito* de su valoración peyorativa promovida desde la Ilustración, para comenzar a observarla desde las condiciones históricas que han determinado su evolución.[48] La clave está —como se ha podido ver— en identificar y seguir las huellas del efecto producido en la modernidad por la disyunción originaria —orali-

[46] Michel de Certeau, "La economía escrituraria", en *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*, nueva edición, establecida y presentada por Luce Giard, tr. Alejandro Pescador, México, Universidad Iberoamericana, 1996, pp. 145-152. En 1804 alguien se lamentó en Filadelfia de que Humboldt después de su recorrido "se llevaba con él en su bolsillo a toda Sudamérica", aludiendo a su colección de dibujos y gráficas. Citado por Hans Blumenberg, "Un libro sobre la naturaleza como un libro de la naturaleza", *La legibilidad del mundo*, tr. Pedro Madrigal Devesa, Barcelona, Paidós, 2000, p. 284. Se trata de un recorrido sumamente estimulante por la mutación histórica debida al papel de las escrituras en la fabricación y reproducción de las sociedades modernas.

[47] Michel de Certeau, "La reproducción escrituraria", *La escritura de la historia*, 1993, pp. 211-213. Véase también su ensayo "El mito de los orígenes", en *Historia y Grafía*, 7, México, Universidad Iberoamericana, 1996, pp. 11-29.

[48] Horstmann, *op. cit.* pp. 286-287. Sobre la reificación moderna del concepto de mito y su crítica, véase también, Alfonso Mendiola, "François Hartog: el nacimiento del discurso histórico occidental", en *Historia y Grafía*, 11, México, Universidad Iberoamericana, 1998, pp. 159-162.

dad/escritura— en favor de la comunicación escrita. Es dentro de ese espacio que se puede entender la invención de las naciones modernas, que al romper con la tradición se ven compelidas paradójicamente a construir "tradiciones nacionales".

La invención de la nación y la "historia administrada"

No es que la historiografía moderna haya dejado de ocuparse de la cuestión del "otro". Su especialidad es establecer las relaciones del presente con el pasado. Pero su práctica no puede sustraerse al establecimiento de lugares propios desde donde realiza la operación de selección y de recorte que sitúa al pasado frente al presente, o bien supone "la continuidad de una filiación genealógica".[49] El origen del pasado, en ese sentido, se encuentra en el presente y no en un pasado remoto. A partir del establecimiento de un lugar —por ejemplo, en el siglo XIX la fundación o reforma de universidades como la de Berlin de 1810— se procede a explicar al "otro", al extraño distinto de uno mismo,[50] o bien se le incorpora dentro de una genealogía narrativa lineal, progresiva, la propia de la patria y de la nación.[51]

Por otro lado, a partir de Jauss y Koselleck adelantamos que una modernidad dominada por la moda y la imposibilidad de establecer al pasado como *magister vitae* transfirió el juicio final sobre la verdad de la historia al futuro. En ese sentido la modernidad está impregnada de u-topía. Pero mientras llega ese no-lugar, la modernidad ha fabricado un tipo de narrativas que contienen tanto la recuperación del pasado como ese deseo de futuro. Hay quienes han llegado a pensar que esta tensión sólo puede resolverse en el ámbito de la estética, de la creación artística,[52] pero en la medida en que la historiografía se incorpora en la modernidad como uno de sus instrumentos cognoscitivos, es necesario analizarla en relación a lo que produce.

[49] Michel de Certeau, "La novela de la historia", en *La escritura de la historia*, p. 330.

[50] Una introducción útil al problema es Vincent Descombes, *Lo mismo y lo otro. Cuarenta y cinco años de filosofía francesa (1933-1978)*, tr. Elena Benarroch, Madrid, Cátedra, 1982.

[51] Como se verá en el capítulo 4, fundada en los mismos procedimientos de la historia, estas genealogías de corte nacional se han vuelto problemáticas a la luz de una perspectiva de la subalternidad.

[52] Para esta discusión, véase Susan Buck-Morss, "Dialéctica sin identidad: la idea de historia natural", en *Origen de la dialéctica negativa. Theodor W. Adorno, Walter Benjamin y el Instituto de Frankfurt*, tr. Nora Rabotnikof Maskivker, México, Siglo XXI, 1981, pp. 102-138. También para su discusión filosófica, Cristoph Menke, *La soberanía del arte. La experiencia estética según Adorno y Derrida*, tr. Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina, Madrid, Visor, 1997.

Asimismo, los cambios recientes en la geopolítica mundial han despertado nuevamente el interés por el estudio de la formación de los estados modernos nacionales. Entre los estudios pioneros está el ensayo bien conocido de Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas.*[53] Como él mismo lo indica en el prefacio a la segunda edición de 1991, algunas de sus predicciones para el siglo XXI de 1983 no se cumplieron. Esta "falla" mostrada por el saber histórico ante un tema tan importante como el del nacionalismo ha obligado, por un lado, a revisar los presupuestos de la génesis del nacionalismo, y por el otro, a hacer lo mismo con la historiografía, pues parecería que en el origen de la modernidad ambos son inseparables. En ese sentido se expresa Anderson al calificar al "nacionalismo" como un "artefacto cultural" y como tal debe ser comprendido, tomando en cuenta la razón de ser de su fuerza emocional y de su resistencia frente a las transformaciones de las sociedades contemporáneas.[54] De ahí que el problema de la imagen o representación de la nación en contraste con sus incoherencias y contradicciones, pase a ser uno de los ejes centrales de su análisis. La nación es "*imaginada* porque aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión".[55] Sin embargo, Anderson tiene el cuidado de aclarar de que no por *imaginadas,* son menos reales. No se trata de una cuestión de si dicen verdad o falsedad, sino del modo como históricamente se construyó este "imaginario nacional".

En ese punto es posible retomar las reflexiones anteriores en relación al poder de la escritura (y otras formas relacionadas como la museografía), y en nuestro caso particularmente al poder de la historiografía para conformar ese "imaginario" a partir del cual cada una de las partículas se entienden como formando parte de un todo nacional e histórico. Esta labor —como se verá en especial en los capítulos dedicados a Alemania y México— será obra de la historiografía científica.

Para entender la construcción narrativa de la *nación* lo primero que debe considerarse es que el concepto antecede a su constitución social. Se trata de un proceso complejo, no lineal, en el que intervienen factores de diversa índole, desde los militares (las guerras internas y de intervención), tecnológicos (el trazado de nuevas vías de comunicación), eco-

[53] Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo,* tr. Eduardo L. Suárez, México, FCE (Colección popular), 1993. Algunos de sus efectos en la historiografía latinoamericana se pueden ver en François-Xavier Guerra y Mónica Quijada, coords. *Imaginar la nación,* Münster, LIT Verlag, AHILA, 1994.

[54] Un ensayo crítico sugerente es el de Patrick J. Geary, *The Myth of Nations. The Medieval Origins of Europe,* Princeton, Princeton University Press, 2002.

[55] B. Anderson, *Comunidades imaginadas,* véase "Introducción" y para la cita, p. 23.

nómicos, hasta los propiamente políticos o espacio de configuración de la opinión pública y de la sociedad. Se trata de un proceso complejo en el sentido de que su explicación no puede atribuirse exclusivamente a una especie de imposición de una élite sobre un fondo étnico y lingüístico desarticulado. Una visión tal es demasiado simple para entender la serie de negociaciones que tuvieron que presentarse para ir configurando nuevas tradiciones a partir de las anteriores. El punto crucial está en comprender a las sociedades modernas o no modernas determinadas y condicionadas por tradiciones que nunca cesan de reconfigurarse a partir de los intercambios que se tejen en las relaciones sociales cotidianas.

Las aportaciones de la historiografía social inglesa —una de las más fecundas en el siglo xx— han sido de gran importancia para decantar el problema histórico englobado en torno al nacionalismo. Además de los trabajos clásicos de Edward P. Thompson sobre la formación histórica de la cultura obrera en Inglaterra y el de Benedict Anderson mencionado, destacan entre otros las reflexiones históricas de Eric J. Hobsbawm sobre la fabricación del estado y la nación moderna.[56] A diferencia de la bibliografía tradicional que había intentado definirla a partir de la tríada población, geografía e idioma, o apelando "románticamente" a un supuesto espíritu popular, Hobsbawm intenta desentrañar el enigma de la nación procediendo históricamente, es decir comprendiéndola como un dato de la historia pero a la vez como su producto. En este acercamiento prevalece el punto de vista cultural o forma como una sociedad determinada ha generado su propia identidad a partir de un conjunto de prácticas que pueden ir desde la escritura sobre el pasado hasta la estructuración de rituales y fiestas conmemorativas.[57] De ahí que la pregunta por la nación gire en torno a los procesos que permitieron que tradiciones y experiencias históricas heterogéneas convergieran en torno a la idea de una identidad nacional.

Hobsbawm describe este proceso en tres etapas. Durante la primera prevalecen los aspectos culturales, literarios o folclóricos propios del romanticismo, en la segunda estos aspectos van a ser reforzados por los luchadores sociales que asumen explícitamente la bandera del nacionalismo político, y finalmente la tercera, se caracteriza por la voluntad de llevar a cabo un programa pedagógico a nivel masivo. Sin estos tres factores el nacionalismo moderno no sería explicable. Para el historiador británico el

[56] Eric J. Hobsbawm, *The Invention of Tradition*, Eric J. Hobsbawm y Terence Ranger, eds., Cambridge, Cambridge University Press, 1983; y *Nations and Nationalism since 1780. Programme, Myth, Reality*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

[57] Al respecto, véase Laura Gutiérrez Talamás, "Fiestas cívicas y cultura política. La elaboración de la nación desde el ámbito local", tesis de maestría en historia, México, Universidad Iberoamericana, 1996.

paso de la segunda a la tercera etapa es el decisivo pues hasta entonces no se podría hablar de la culminación del proyecto nacional moderno.

Es un esquema que procede generalmente sin violencia, pero que está enmarcado por lo que se conoce como el triunfo del liberalismo en el siglo XIX. Entre 1830 y 1880 la idea de lo nacional se rige básicamente por los siguientes criterios. Primero, la idea nacional se asocia a la del Estado como si se tratara de un hecho natural; segundo, esta idea es asumida por una élite cultural que desarrolla un nuevo lenguaje administrativo y cultural; y tercero, esta idea de un estado liberal nacional se refuerza con su capacidad para iniciar una fase de expansión y de conquista. De acuerdo con esta secuencia, el colofón es que no hay nación moderna hasta que no existe un estado que logra monopolizar el rumbo de la producción cultural. Así, se podría afirmar que para que los mexicanos existan debe haber antes una unidad discursiva llamada México.

Ahora bien, el principal enigma historiográfico consiste en saber cuándo y cómo una pequeña élite se hizo del poder y consiguió incorporar a unas mayorías campesinas fragmentadas culturalmente y, supuestamente, ancladas en los modos del pasado. Hobsbawm desarrolla la hipótesis de que esto fue posible porque el lenguaje de las élites modernizadoras se adaptó a lenguajes previamente acuñados. El que un concepto tan abstracto como el de nación y tan alejado de las prácticas cotidianas de los individuos tuviera éxito en un tiempo relativamente corto, se debió, en gran medida, a que las élites realizaron un trabajo sobre elementos propios de la tradición que fueron revalorizados a la luz del proyecto de futuro. El liberalismo no hubiera tenido éxito sin entender que tenía que trabajar sobre esos nexos de sentido "protonacionales" enclavados en las redes de interacción social no modernas. Benedict Anderson, por su parte, ha argumentado que el éxito del discurso nacional moderno se explica además porque llenó el vacío dejado por el abandono de los discursos ancestrales.[58] Lo que queda claro de esta aproximación histórica es que reafirma la tesis antes señalada: *sin tradición no hay modernidad*,[59] y el nacionalismo sólo se entiende si se observan los usos que la modernidad ha hecho del pasado. Esta proposición contradice las teo-

[58] Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas*. En especial véase el pasaje dedicado al "tiempo nuevo y el tiempo viejo", pp. 267-276. Por ejemplo, no es mera coincidencia que dos décadas después del establecimiento del nuevo calendario revolucionario se instituyeran las primeras cátedras de historia en la Universidad de Berlín en 1810 "y en 1812 en La Sorbona de Napoleón".

[59] Un ejemplo fascinante de esta conjunción es el estudio de Roger Bartra, *Cultura y melancolía. Las enfermedades del alma en la España del Siglo de Oro*, Barcelona, Anagrama, 2001, en especial, el capítulo III, "Los mitos de la melancolía y los paradigmas de la ciencia", pp. 197-230.

rías de la modernización desarrollista basadas en la contraposición tradición *versus* modernidad dominantes por lo menos hasta la década de 1960.[60] También deja ver la necesidad de profundizar en las paradojas propias de la "modernidad revolucionaria" a través del análisis de las formas tal como la historiografía moderna ha realizado las mediaciones entre el pasado y el presente.[61]

La función de la tradición en la modernidad

Hobsbawm entiende por *tradición* a aquel conjunto de prácticas reguladas por normas aceptadas abierta o tácitamente, de naturaleza ritual o simbólica, que tienen la función de inculcar un tipo de valores y formas de comportamiento por medio de la repetición. Su éxito se garantiza por su capacidad de reiteración, constituyéndose en un pasado que actúa y rige sobre el presente. En ese sentido, la reflexión sobre el pasado y el trabajo sobre las tradiciones aseguran la continuidad en medio de las discontinuidades del presente. En general, la modernidad tenderá a seleccionar un tipo de pasados que se ajusten mejor a su sensación de movimiento y cambio, dejando fuera los que supuestamente están cargados de lentitud y estabilidad. El tiempo moderno arrastra consigo al pasado conforme a la percepción que tenga del transcurrir del tiempo.[62] La reinserción del pasado en el presente se realiza de acuerdo con los criterios propios del presente, y de esa manera en el plano de las representaciones históricas mediadas por la escritura, se sutura una dinámica que tiende a romper crecientemente los lazos entre presente y pasado. A su vez, la producción historiográfica se ofrece como el marco de referencia para juzgar el acontecer histórico.[63] Es en ese sentido que podemos afirmar que en la modernidad domina el "presentismo".[64] No obstante, una

[60] Un panorama útil sobre esta discusión desde la evolución de las ciencias sociales se encuentra en Pietro Rossi, *Historia comparada y ciencias sociales: de Max Weber a las teorías de la modernización*, México, El Colegio de México (Lecciones de Historia 2), 1994. Para una crítica del modelo "modernizador" de la modernidad desde la perspectiva de la cultura latinoamericana, véase Néstor García Canclini, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, CNCA/Grijalbo, 1990.

[61] H-G. Gadamer, *Verdad y método*, p. 414.

[62] R. Koselleck, "Modernidad. Sobre la semántica de los conceptos modernos del movimiento", en *Futuro pasado*, pp. 287-332. En alemán, "*Neuzeit*" o tiempo nuevo o moderno. Véase también el capítulo 5 de este libro.

[63] Hobsbawm, *The Invention of Tradition*, p. 2.

[64] Un problema que está presente en la teoría de la historia, por lo menos desde Benedetto Croce hasta Adam Schaff. Véanse Benedetto Croce, *La historia como hazaña de la libertad*, tr. Enrique Díez-Canedo, México, FCE (Colección popular), 1986 [1938], 3a. reim-

sociedad que tiende siempre estar a la moda, crea las condiciones para que sus "tradiciones" no permanezcan siempre idénticas a sí mismas.

Para clarificar este punto, Hobsbawm introduce la distinción entre *tradición* y *costumbre*, rasgo este último que supuestamente caracteriza a las sociedades tradicionales.[65] Mientras la nota que caracteriza a las tradiciones es su invariancia o repetición ritual —un ejemplo es el santoral cívico—, la costumbre, en cambio, tiene un mayor peso ya que sirve de orientación permanente en las actividades cotidianas. No excluye la posibilidad de incorporar novedades a condición de que éstas sean compatibles con las anteriores. La aceptación o rechazo de la novedad es sancionada siempre por experiencias anteriores no referidas necesariamente a hechos acontecidos, sino a una especie de balanza frente a las ventajas o desventajas ofrecidas por la innovación. En principio, las costumbres refieren a prácticas que no exigen invariancia ya que incluso en las sociedades tradicionales, como las llamadas campesinas, no se presenta de esa manera.[66] Así, las costumbres se acompañan generalmente de repetición y flexibilidad. Mientras las costumbres o hábitos constituidos por prácticas señalan el rumbo de las acciones, las tradiciones no son sino la vestimenta y el ropaje de otras prácticas de rango mayor que las propiamente comunitarias. Sin embargo, unas y otras, las costumbres y las tradiciones forman parte de un mismo entramado en el sentido de que si decaen unas, se debilitan también las otras.

Finalmente, conviene distinguir entre *tradición* y *convención*. Por ejemplo una actividad rutinaria no incluye la función simbólica de los rituales, aunque podría adquirirla eventualmente. Las rutinas o convenciones generalizables no son "tradiciones inventadas" —como las denomina Hobsbawm— ya que sus funciones y justificaciones son más técnicas que cultu-

presión. Adam Schaff, *Historia y verdad (Ensayo sobre la objetividad del conocimiento histórico)*, tr. Ignasi Vidal Sanfeliu, México, Grijalbo, 1974 [1971].

[65] En el país de los diccionarios encontramos que la palabra latina *traditio* significa la "noticia de una cosa antigua que viene de padres a hijos, y se comunica por relación sucesiva de unos en otros/ Doctrina en materia religiosa, política, literaria, o de cualquiera otra clase, transmitida de padres a hijos". Se puede observar que gracias al diccionario se conserva en plena modernidad una definición de "tradición" que remite a una acepción "no moderna" de la palabra, es decir, aquélla en la que tradición es sinónimo de autoridad(es) transmisible(s) por medio de la interacción personal, es decir, no mediada por la escritura. *Diccionario de la lengua castellana* de la Real Academia Española, Madrid, Imprenta de los Sres. Hernando y Compañía, 13a. edición, 1899.

[66] Una explicación convicente de este juego flexible entre la *tradición* y la *costumbre* desde la perspectiva campesina se puede encontrar en el libro de John Berger, *Puerca tierra*, Madrid, Alfaguara, 1989, pp. 254-279. Según Berger, lo que se juega en el "conservadurismo" campesino son los términos en los que se efectúan las negociaciones del significado de las cosas. La preservación de un "granero", por ejemplo, puede ser importante por simbolizar la posiblidad de sobrevivir ante las inclemencias de la sucesión inexorable del tiempo.

rales. Pueden asumirse como apoyo de operaciones prácticas bien definidas, y se abandonan cuando dejan de ser funcionales para enfrentar nuevas exigencias prácticas. Frente a este conjunto de prácticas incrustadas en la modernidad, la historiografía cumple sólo la capacidad de proveer a la sociedad de una representación global temporalizada de sí misma.

A partir de las reflexiones de Hobsbawm, hemos presentado hasta aquí tres maneras distintas de entender el uso del pasado —esos residuos que en apariencia van entrando en desuso— en la modernidad: 1) *la costumbre* o la historia como memoria flexible del pasado; 2) *las convenciones sociales* o la historia como enseñanza didáctica de prácticas útiles, y 3) *la historia como mito* o ritualización de prácticas referidas al pasado con la función de forjar la representación del origen de un grupo, de una comunidad o de una nación.

Hemos indicado asimismo que esas tradiciones históricas cumplen la función de restablecer la continuidad en un tiempo histórico caracterizado por la discontinuidad. Cuando una sociedad se encuentra en estado de aceleración,[67] se puede prever que las tradiciones históricas sufren modificaciones. Asimismo, su debilitamiento puede significar la reaparición de tradiciones olvidadas, reprimidas, o que no fueron incluidas en el origen del discurso histórico nacional o revolucionario.

Antes de cerrar este capítulo nos detendremos en el examen del carácter de la "memoria flexible" (la tradición en sentido gadameriano) y algunas de sus implicaciones políticas para el presente de la modernidad historiográfica.

2.3 Modernidad, tradición y la "otra" historia

Gabriel García Márquez le preguntó no hace mucho a Akira Kurosawa sobre el tema de su película *Rapsodia en agosto.* El cineasta japonés le respondió:

[67] Cabe señalar que la "aceleración" es también un término ambiguo. Al menos el siglo XX ha mostrado que la "aceleración" provocada durante su primera mitad estimuló la producción de una historiografía en sentido contrario —como la de Fernand Braudel— interesada en mostrar históricamente procesos de larga duración y de ritmos de cambio lentos. Octavio Paz denunciaba en los años de 1960 una especie de "inmovilidad frenética" para describir el movimiento de la modernidad. "Cortada del pasado y lanzada hacia un futuro siempre inasible, vive al día: no puede volver a sus principios y, así, recobrar sus poderes de renovación. Su abundancia material e intelectual no logra ocultar su pobreza esencial: es dueña de lo superfluo pero carece de lo esencial. El ser se le ha ido por un agujero sin fondo: el tiempo, que ha perdido su antigua consistencia. El vacío se revela como desorientación y ésta como movimiento. *Es un movimiento que, por carecer de dirección, es semejante a una inmovilidad frenética*". Octavio Paz, *Corriente alterna*, México, Siglo XXI, 1967, p. 170. (Las cursivas son mías).

> Lo que quisiera transmitir es el tipo de heridas que dejó la bomba atómica en el corazón de nuestra gente, y cómo se fueron cicatrizando. Yo recuerdo bien el día de la explosión, y todavía hoy no puedo creer que aquello haya ocurrido en la realidad de este mundo. Pero lo más terrible es que los japoneses ya lo echaron al olvido.

Luego, García Márquez vuelve a insistir: para el futuro de Japón, para la identidad de los japoneses, ¿qué significa esa amnesia histórica? Kurosawa respondió:

> Los japoneses no lo hablan en forma explícita. En especial nuestros políticos callan por temor a Estados Unidos. Tal vez se conformen con la explicación de Truman de que apeló a la bomba atómica sólo para apresurar el fin de la guerra mundial. Sin embargo para nosotros la guerra continúa. Oficialmente se publicó que el número total de muertos en Hiroshima y Nagasaki fue de 230 000. Pero en realidad hubo más de medio millón. Y todavía en este momento hay 2 700 personas en el Hospital de la Bomba Atómica, esperando morir por las secuelas de la radiación después de 45 años de agonía. Es decir, la bomba atómica sigue matando japoneses.
>
> Las personas que sobrevivieron en Nagasaki no quieren recordar su experiencia porque la mayoría de ellas, para sobrevivir, tuvieron que abandonar a sus padres, a sus hijos, a sus hermanos. Todavía no pueden dejar de sentirse culpables. Luego, las fuerzas estadunidenses que ocuparon el país durante seis años influyeron por muchos medios para acelerar el olvido, y el gobierno japonés colaboró con ellos. Yo estaría dispuesto, inclusive, a entender todo eso como parte de la inevitable tragedia generada por la guerra. Pero creo que, por lo menos, el país que tiró la bomba debe presentar disculpas al pueblo japonés. Mientras eso no suceda, este drama no habrá terminado.[68]

Para entrar en materia es necesario distinguir la memoria vivencial de los contemporáneos de una misma experiencia y la memoria fabricada discursivamente, propia de la historiografía. A diferencia de la memoria vivencial, en la historiografía se trata de una facultad de reproducir las impresiones sobre el pasado proyectadas hacia el futuro, no en el medio de la conciencia sino de la comunicación escrita. Así, Kurosawa recuerda frente a García Márquez el motivo de su película: restañar las heridas, aliviar la culpa de los sobrevivientes, reconocimiento de la culpa por los agresores. Mientras esa operación no se realice, "este drama no

[68] "Conversación de Gabriel García Márquez con Akira Kurosawa", en *La Jornada*, 2 de junio de 1991, p. 38.

habrá terminado". Une al cineasta y al escritor el interés de mostrar una paradoja: es necesario recordar para poder olvidar. Sin embargo, no podemos dejar de lado que el motivo final de esta conversación es la aparición de la película *Rapsodia en agosto* que antes que nada es historiografía reproducida en el medio de la comunicación audiovisual. Es en ese lugar donde acontece ese trabajo reflexivo de la memoria en el que sobresale el problema de las heridas del pasado inscritas en la memoria vivencial o manifiestas como "fallas" de la estructura del discurso histórico. Se trata de un problema complejo que rebasa en mucho los alcances de este libro pero que quiere ser apuntado para comprender en qué sentido la escritura de la historia en la modernidad es incompleta, o la aspiración a una historia total es una mera ilusión.

Esta evocación recogida al azar nos introduce al problema de una historia que puede caber bajo la denominación del olvido y, no obstante, ser parte activa del presente. Sin entrar en el problema de las relaciones entre historia y psicoanálisis,[69] quisiéramos solamente mencionar en qué sentido el pasado sigue "vivo" cuando el historiador se propone conocer el pasado. Nos referimos explícitamente a la noción de "historia efectual" (*Wirkungsgeschichte*) desarrollada por Gadamer y que se conecta con el tema de la tradición.

La palabra *tradición* —como hemos visto— se hizo sospechosa en la modernidad al identificar su sentido con los usos anteriores ligados al juego de "autoridades", convirtiéndose en lo contrario del progreso y del cambio. El movimiento romántico transformó el término y lo estableció como lo contrario de la razón ilustrada adquiriendo una connotación peyorativa, pasando a ser parte del mundo de prejuicios que caracterizan a la naturaleza humana y que por lo tanto habría que combatir frontalmente para su emancipación.[70]

Dentro de su crítica a una hermenéutica centrada todavía en una filosofía de la conciencia (véase el capítulo 1), Gadamer desarrolla su noción de "la conciencia de la historia efectual" como una manera de hacer frente a la dualidad contenida en la misma palabra historiografía (en ale-

[69] Se pueden revisar, por ejemplo, las reflexiones desarrolladas por Fernando M. González, *La guerra de las memorias. Psiconálisis, historia e interpretación*, México, IIS/UNAM, 1998, y Juan Alberto Litmanovich, *Cuando el archivo se hace acto. Ensayo de frontera, entre dos, psicoanálisis e historia: Michel de Certeau y Jacques Lacan*, México, Ediciones de Noche, 2000. Para una introducción al problema, mediando entre la psicología y la sociología, véase el ensayo de Pierre Bertrand, *El olvido. Revolución o muerte de la historia*, tr. Tununa Mercado, México, Siglo XXI, 1977.

[70] Hans Georg Gadamer, *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*, tr. Ana Agud Aparicio y Rafael Agapito, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1988, 3a. edición, p. 349 y ss.

mán *Historie* y *Geschichte*), por un lado la historia como saber del pasado y por el otro la historia como acontecer. La noción desarrollada por Gadamer intenta mostrar cómo no hay forma de acercarse al acontecer histórico que no presuponga un tipo de saber histórico. En ese sentido es que la historia moderna es ante todo historiografía reproducida en el medio de la comunicación escrita.[71] El pasado deja de ser ese no-lugar análogo a la posición que ocupa el futuro, y en vez de ello aparecer como un saber que de antemano condiciona la forma de inscribirse en el presente y de proyectarse al futuro. Con ello la historiografía se obliga a reformular las viejas categorías de neutralidad y distancia temporal como presupuestos o condiciones para acceder a la verdad objetiva del pasado.

A un primer nivel, el olvido o alteración de los hechos pueden ser corregidos mediante una nueva investigación que precise los números y proporcione una explicación más veraz de lo ocurrido, por ejemplo, los motivos del gobierno norteamericano al lanzar la bomba sobre Japón y sus efectos colaterales. Esta operación gnoseológica permite confrontar la construcción de un tipo de verdades que responden primariamente a estrategias comunicativas de orden político o militar, con verdades que obedecen a estrategias comunicativas propias de la lógica y ética de la investigación científica. En este caso se abriría una confrontación entre dos tipos de verdades en pugna que parten de plataformas "políticas" diferentes. La noción de *historia efectual* intenta llevar ese primer nivel a otro de mayor complejidad relacionado con la pregunta acerca de la manera como el historiador establece la mediación entre las tradiciones heredadas y su proyecto de futuro.[72] El objeto de la historia deja de ser un objeto particular y se convierte en una reflexión acerca de aquello que permite establecer la unidad de la diferencia entre pasado y presente.[73]

En ese sentido, la noción de *historia efectual* es, ante todo, un postulado teórico que invita al historiador a reconocer que aun antes de preguntar y delimitar su objeto de estudio ya está implicado en éste, es decir, que su objeto es constitutivo de su forma de recordar y forma parte de su mundo de prejuicios. Si en el periodo de la Ilustración se postula la lucha frontal contra los prejuicios —atrévete a pensar por ti mismo, era la recomendación de Kant—, durante el periodo de la posguerra del siglo XX se postula el reconocimiento de los prejuicios como condición para acceder al conocimiento. Es por esa razón que Gadamer distingue

[71] Alfonso Mendiola y Guillermo Zermeño, "De la historia a la historiografía. Las transformaciones de una semántica", en *Historia y Grafía*, 4, México, Universidad Iberoamericana, 1995, pp. 245-261.

[72] Gadamer, *Verdad y método*, p. 414.

[73] Gadamer, *Verdad y método*, pp. 369-370.

"la conciencia de la historia efectual" de "la investigación de la historia de los efectos de una determinada obra en el presente".[74] Perdonando la redundancia, la historia efectual es tan "efectiva" que se impone incluso "allí donde la fe en el método quiere negar su propia historicidad".[75] Una de las cosas importantes destacadas por esta posición, relevantes para entender el oficio moderno de la historia, es el reconocimiento de que la misma forma de *hacer historia* (De Certeau) es parte de la tradición que se quiere investigar. Por eso, antes de dedicarse a su objeto de estudio —la tradición— el historiador ya está implicado en ésta. Con base en lo anterior se puede entender la crítica de Gadamer a la "escuela metódica" (véase el capítulo 3) en el supuesto de que la tradición —y no un objeto en particular— es objeto y condición de posibilidad para acceder al conocimiento del pasado.[76]

Esta posición teórica exige —siguiendo la evocación histórica de Kurosawa— que cada vez que una obra del pasado es sacada del claroscuro del pasado, es decir, de la memoria construida culturalmente, ya se está bajo sus efectos. De esa manera se puede afirmar que el principio teórico de la historia efectual es sólo el punto de partida para someter a prueba nuestros prejuicios.[77]

Con ello la historiografía moderna se abre a un problema mucho mayor, es decir, que no puede quedar reducido —como en el siglo XIX— a una cuestión de quién puede decir más verdad que otro, sino al de la forma como la modernidad construye sus tradiciones o memoria histórica. Por ejemplo, pensar que el trauma norteamericano de la derrota en Vietnam puede saldarse mediante nuevas actividades militares victoriosas como las de Irak o Afganistán, no es sino posponer y desviar los problemas inherentes a la constitución de la memoria histórica en la modernidad. Es no reconocer que el pasado no desaparece simplemente con la sustitución de algo nuevo, sino que los dramas del pasado dejan una es-

[74] Gadamer, *Verdad y método*, p. 415.

[75] Gadamer, *Verdad y método*, pp. 371-372.

[76] Gadamer, *Verdad y método*, p. 437. "La conciencia que quiere comprender la tradición no puede abandonarse a la forma metódico-crítica de trabajo con que se acerca a las fuentes, como si ella fuese suficiente para prevenir la contaminación con sus propios juicios y prejuicios. Verdaderamente tiene que pensar también la propia historicidad. Estar en la tradición no limita la libertad del conocer sino que la hace posible...".

[77] Gadamer, *Verdad y método*, pp. 376-377. "Parte de esta prueba es el encuentro con el pasado y la comprensión de la tradición de la que nosotros mismos procedemos. El horizonte del presente no se forma pues al margen del pasado. Ni existe un horizonte del presente en sí mismo ni hay horizontes que hubiera que ganar". La fusión entre el presente y el pasado tiene lugar siempre en el dominio de la tradición, "pues en ella lo viejo y lo nuevo crecen siempre juntos hacia una validez llena de vida, sin que lo uno ni lo otro lleguen a destacarse explícitamente por sí mismos".

tela que requiere ser trabajada si se busca abrir nuevas oportunidades para el futuro.

Hay una concepción de la modernidad determinista que suele contemplarse bajo el halo de la fatalidad. Parecería hacerse pasar por un proceso que no tiene espacio para observar lo que se opone a la actualidad.[78] Sin embargo, como se ha pretendido mostrar, sin tradición no hay modernidad, sin lo inactual no hay novedad, y en ese terreno la reflexión y la investigación historiográfica pueden cobrar especial importancia.

Al dialogar con las tesis de Walter Benjamin sobre filosofía de la historia, Habermas reafirma la necesidad de desarrollar un pensamiento histórico caracterizado por la idea de una historia entendida como "una trama de influencias y efectos (*Wirkungsgeschichte*)".[79] Lo radical de esta propuesta reside en que la posibilidad de abrir un nuevo futuro (esa promesa de felicidad moderna aludida por Baudelaire) depende de la recuperación de "la memoria del pasado oprimido". En el momento en que nos apropiamos de las experiencias del pasado nos orientamos en dirección del futuro. En ese sentido, toda actualización historiográfica no hace sino proseguir "la tradición" a sabiendas de que en ese mismo acto la tradición está siendo transformada.

Hasta aquí se ha intentado indicar que este trabajo a partir del diálogo con la tradición o "memoria histórica" no se ofrece al investigador de manera inmediata a su conciencia. Más bien es el resultado de una elaboración teórica en torno al carácter y función de la historia en la modernidad. Esta perspectiva permite, por ejemplo, preguntarse acerca de qué clase de pasados es conveniente traer al presente y qué otros habría que desechar. Esta discusión sólo es posible llevarla a cabo en el campo propio de la crítica histórica: el de la opinión pública.[80] La consideración de este ámbito como "conflictivo", y no sólo como algo "administrable" y "dosificable", es poder concebir esta clase de producción cultural como "palanca del progreso".[81]

[78] Wolf Lepenies, "El fracaso de la clase interpretante: intelectuales en las dos Alemanias", *La Jornada Semanal*, nueva época, núm. 108, 7 de julio de 1991, pp. 14-21.

[79] Jürgen Habermas, *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus, 1989, p. 25.

[80] Guillermo Zermeño y Alfonso Mendiola, "Identidad, crítica y recuerdo ritual", en *La Jornada Semanal*, nueva época núm. 22, 12 de noviembre de 1989, pp. 29-32.

[81] Agnes Heller, *Teoría de la historia*, México, Fontamara, 1984, p. 217.

3. SOBRE LAS HUELLAS DE RANKE

A la *Historie* se le pidió mayor contenido de realidad mucho antes de poder satisfacer esa pretensión. Además siguió siendo aún una colección de ejemplos de moral; pero al desvalorizarse este papel, se desplazó su valoración de las *res factae* frente a las *res fictae.*

R. KOSELLECK

La concepción actual de la historia como actividad científica está determinada por el proceso histórico que la conformó como un saber autónomo productor de nuevos conocimientos sobre el pasado. Una manera de comprender su peculiaridad consiste en someterla al análisis histórico. Por este medio podemos observar las condiciones que hicieron posible su aparición e incluso los elementos que pudieron haber intervenido para fijar una imagen emblemática de lo que podría esperarse del trabajo del historiador. Nuestra hipótesis es que esta manera de establecer las relaciones entre el pasado y presente se jugó y se fraguó básicamente en el siglo XIX. Desde el futuro de ese pasado que es nuestro presente, se trata de revisar el proceso que condujo a la paradoja aludida en el epígrafe. ¿En qué medida la *Historie* (la historia como conocimiento), a diferencia de la literatura, es representación fiel de lo ocurrido (*Geschichte*)?

Desear mirar nuevamente el pasado que determina el funcionamiento actual de la historiografía es con el objeto de traer a la memoria algunas de las normas y valores que regulan su práctica y delimitan sus categorías de percepción y sentido histórico.[1] Este recorrido por el "inconsciente" de la historia se realiza selectivamente siguiendo los pasos y la vía abier-

[1] En el sentido de Pierre Bourdieu, "Por un corporativismo de lo universal", en *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario,* Barcelona, Anagrama, 1995, pp. 487-501. "Cuando hablamos como intelectuales, es decir, con el afán de lo universal, el inconsciente histórico inscrito en la experiencia de un campo intelectual singular habla a través de nosotros a cada instante. Creo que sólo tenemos alguna posibilidad de alcanzar una comunicación verdadera a condición de objetivar y de dominar los inconscientes históricos que nos separan, es decir las historias específicas de los universos intelectuales cuyo fruto son nuestras categorías de percepción y de pensamiento" (p. 495).

ta por el historiador alemán Leopold von Ranke (1795-1886), una de las figuras más significativas de la historiografía moderna. Si bien puede haber divergencias sobre su contribución historiográfica, su imagen sintetiza el modelo de muchas de las escuelas históricas creadas a lo largo de los siglos XIX y XX.[2] En esta exposición nos interesa destacar más que nada su impronta romántica y sus implicaciones teóricas relacionadas con el concepto de objetividad esgrimida en su método. En buena medida este acto de recordación se asemeja en mucho al que realizó Ranke frente a sus contemporáneos al fundar una nueva ciencia de la historia: se trata de una operación de aproximación a la vez que de distanciamiento.

Para ilustrar el problema de la relación entre epistemología y romanticismo partimos del proyecto gnoseológico emprendido por Jean-Jacques Rousseau, uno de los representantes de la Ilustración. Como sabemos, Rousseau es uno de los primeros pensadores que intenta descifrar el enigma del yo en la época moderna. Su objetivo era poder descubrir un método para lograr la total transparencia de sí mismo frente a sus congéneres. Parte del supuesto de que nadie es capaz de escribir sobre el ser humano a no ser el hombre mismo: "Su modo de ser interno, su verdadera vida sólo es conocida por él". A la manera de Descartes, su aspiración era encontrarse con el yo interno que yace latente y es fuente de todo conocimiento. Sin embargo, pronto se da cuenta de las enormes dificultades que encierra este propósito, especialmente cuando para ello se sirve de la escritura. Constata que toda escritura es una duplicación que obstaculiza por ese sólo hecho el ser reflejo del "original", al igual que el retratista que no consigue capturar el alma de su modelo. Rousseau advierte que toda escritura, al exteriorizar el pensamiento, se convierte en

[2] Por ejemplo, para la historia de la idea de objetividad histórica en la historiografía estadunidense, véase Peter Novick, *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, tr. Gertrudis Payás e Isabel Vericat, México, Instituto Mora, 1997, en especial pp. 38-45. Según Novick, la epistemología "idealista" de Ranke fue traducida en el medio norteamericano en clave empirista anglosajona, sembrando con ello una gran confusión sobre la idea de objetividad histórica. Su acercamiento se basa en gran parte en el ensayo de Georg G. Iggers, "The image of Ranke in American and German historical thought", *History and Theory*, 2, 1961, pp. 17-40. Habría que explicar, sin embargo, por qué el modelo alemán encontró tanto eco en países como Francia, Inglaterra, Estados Unidos a fines del siglo XIX, y en el siglo XX en México (véase el capítulo 5). John Bagnell Bury en su lección inaugural en Cambridge en enero de 1903 sobre "La ciencia de la historia" celebró la conjunción de la erudición y del método científico debido a la escuela alemana. John Kenyon, *The History Men. The Classic Work on Historians and Their History*, 2a. ed., Londres, Weidenfeld y Nicolson, 1993, pp. 181-184. Una introducción crítica a la evolución del pensamiento historiográfico alemán en el marco de la disputa del "historicismo" es el ensayo del historiógrafo Sergio Buarque de Holanda publicado originalmente en 1974, "O atual e o inatual na obra de Leopold von Ranke", en *Livro dos prefacios*, São Paulo, Companhia das Letras, 1996, pp. 162-218. (Agradezco a José Ortiz Monasterio esta última referencia).

una especie de disfraz de la experiencia interior, no consigue ser sino una réplica imperfecta del modelo original. Así, aun cuando se trate de una autobiografía, en ella aparece un yo que se desdobla en otro. En ese punto, Rousseau consideró que el problema de la aproximación de la réplica con el original podía resolverse si depuraba la escritura, si conseguía desarrollar un estilo literario con la capacidad de reflejar la experiencia más íntima del autor. De esa manera podría llegar a saber de qué está hecho el género humano.

Para este experimento, Rousseau está presuponiendo que la verdad se hace evidente en la conciencia. Así, si desarrolla una escritura apropiada a su objeto —que no es sino él mismo— sus lectores aprenderán a leer la verdad en su corazón. Quizás en este razonamiento no habría mayor dificultad si no pretendiera que su verdad fuera también reconocida por los demás. Dentro de esta conflictiva está presente ya la distinción entre percibir y comunicar que invita al pensador ginebrino a tratar de perfeccionar el método de un lenguaje "que sea fiel al sabor incomparable de la experiencia personal; inventar una escritura lo suficientemente ligera y lo suficientemente variada como para expresar la diversidad, las contradicciones, los detalles ínfimos, las 'naderías'...".[3]

En estos apuntes hemos seguido a Jean Starobinsky, quien considera que a estas preocupaciones subyace el interés en fundar el yo burgués frente al yo aristocrático:

> Por ser él mismo [Rousseau] un hombre *de nada*, ha podido adquirir en compensación el poder de comprender *todo*. La imagen universal de lo humano, que pertenecía hasta entonces a la aristocracia, al gentilhombre y a la nobleza, pasa ahora por las manos de un advenedizo de la cultura, de un burgués, que, sacando partido de la descomposición de la sociedad aristocrática, ha sabido verlo todo y juzgar acerca de todo.[4]

Con base en estas consideraciones, nuestra hipótesis es que el historiador de la "modernidad temprana"[5] tuvo que enfrentar un problema semejante al de Rousseau —la comprensión del yo a través de la escritura— para desarrollar un tipo de lenguaje que diera cuenta fielmente de

[3] Jean Starobinsky, "Los problemas de la autobiografía", en *Jean-Jacques Rousseau. La transparencia y el obstáculo*, Madrid, Taurus, 1983, pp. 223-247.

[4] Starobinsky, *Jean-Jacques Rousseau...*, p. 230.

[5] Por supuesto, Ranke no reconocería esta denominación. Según Koselleck esta categoría histórica sólo se afianza hasta el último cuarto del siglo XIX. Ranke, a diferencia de la siguiente generación, se confronta en particular con el pasado renacentista en el marco de un mundo en proceso de desarticulación. Reinhart Koselleck, *Futuro pasado*, especialmente cap. 13.



una colectividad histórica. De acuerdo con Starobinsky, podríamos afirmar que la historiografía moderna tomó prestado el método de Rousseau para obtener un reconocimiento similar frente a los demás, pero ahora elevando el problema a un nivel de mayor complejidad, ya que se trataba de reflejar no la conciencia de un individuo sino la de una colectividad, la de la sociedad entera.

Podemos añadir que el desarrollo de una "epistemología temprana"[6] de la historia se originó en el problema de cómo extender el método de introspección rousseauniano a la contemplación y comprensión de los hechos sociales, tarea nada simple pues ¿cómo justificar estados de conciencia universales y no meramente individuales?[7]

3.1 La referencia a sí mismo como fundamento de la historiografía

El historiador Leopold von Ranke expresó alguna vez que su "sistema" había surgido "de una especie de necesidad por sí mismo",[8] que su proyecto había consistido en escribir de nuevo la historia sin apartarse "en un ápice de la verdad, *tal como yo la veo*".[9] Me parece que al hacer esta afirmación estaba suscribiendo el proyecto de Rousseau, pero también el de Giambattista Vico (1668-1744). En efecto, el pensador napolitano fue uno de los que señaló que dentro de las especies que poblaban el universo, la única que era capaz de dar cuenta de su propia historia, era la humana, no así de la divina,[10] como señaló también Ranke, aunque ambas historias convergieran finalmente en Dios. Sobre la ciencia de la historia Vico escribió lo siguiente:

[6] La noción de epistemología histórica (*Erkenntnistheorie*) o teoría del conocimiento se desarrolla en Alemania durante la primera mitad del siglo XIX en el marco del regreso de la filosofía de Kant frente al empuje del hegelianismo. La posición de Ranke, como veremos, es parte del movimiento post-hegeliano, simplemente porque era antihegeliano. Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método*, p. 278.

[7] Tomar como referencia al yo y al cuerpo no era algo nuevo en la época de Rousseau. Desde el renacimiento se habían convertido en referencias para escudriñar el cosmos. La nueva mirada científica expresa, en ese sentido, un deseo mayor por controlar las observaciones directas en contraste con sus representaciones. Para la historiografía este problema consistió en cómo generar observaciones que fueran la expresión no de una conciencia particular sino de la conciencia histórica universal. Charles Webster, *De Paracelso a Newton. La magia en la creación de la ciencia moderna*, México, FCE (Breviarios, 452), 1988 (1a. reimpresión).

[8] Citado en Georg P. Gooch, *Historia e historiadores en el siglo XIX*, tr. de Ernestina de Champourcín y Ramón Iglesia, México, FCE, 1977 [1913], 1a. reimpresión, p. 86.

[9] Citado en Gooch, *Historia e historiadores en el siglo XIX*, p. 90. Las cursivas son mías.

[10] Gooch, *Historia e historiadores en el siglo XIX*, p. 84.

> Al mismo tiempo, esta ciencia describe una historia ideal eterna, sobre la cual transcurren en el tiempo las historias de todas las naciones en sus orígenes, progresos, equilibrios, decadencias y finales. Afirmamos también que aquel que medita esta Ciencia se relata a sí mismo esta historia ideal eterna, pues habiendo sido este mundo de naciones hecho por los hombres (este es el primer principio que se ha establecido antes) y debiéndose hallar, por tanto, el modo de esto en la propia mente humana, ellos mismos son los sujetos de la prueba del "debió, debe, deberá": pues ocurre que cuando quien hace las cosas se las cuenta a sí mismo, la historia es la más cierta. Así, esta Ciencia procede igual que la Geometría, la cual mientras construye o medita sobre sus elementos se construye el mundo de las dimensiones; pero con tanta más realidad cuanto es mayor la que tienen las acciones humanas en relación con los puntos, líneas, superficies y volúmenes. En esto mismo está la razón que muestra que tales pruebas son de especie divina y que deben ocasionarte, lector, un placer divino, pues conocer y hacer es una misma cosa en Dios.[11]

Podemos preguntarnos entonces ¿en qué consiste la novedad de Ranke? Con ese fin analizaremos la frase célebre que ha hecho famoso a Ranke en la que se sintetiza buena parte del *ethos* metodológico de la historiografía moderna. Su examen nos permite extraer algunas de las distinciones a partir de las cuales se ha estructurado la identidad de la historia como una disciplina cuya operación refiere a sí misma. De la frase existen al menos dos formulaciones:

1) "En cierto modo desearía dejar extinguir mi yo y dejar que las cosas hablen solas, que las fuerzas poderosas se manifiesten".[12] Ésta es la proposición de un deseo, no necesariamente la condición de posibilidad de su realización. Al igual que en Rousseau, se tiene la conciencia de la ambigüedad del yo. Por un lado, el yo es condición de posibilidad del conocer y, por el otro, contiene el peligro del enmascaramiento al expresarse. De ahí que uno de los problemas sea cómo evitar que el yo —que es fuente del saber— se convierta en impedimento para su realización.

2) La segunda frase hace un mayor énfasis en la voluntad de fundar una nueva historia: "Se ha dicho que la historia tiene la función de enjuiciar al pasado, de instruir el presente en beneficio del futuro: el presente ensayo no se arroga tan alta función: mostrará simplemente, cómo ha

[11] Giambattista Vico, *Principios de una ciencia nueva sobre la naturaleza común de las naciones, I. Del establecimiento de los principios*, tr., prólogo y notas de Manuel Fuentes Benot, Madrid, Aguilar, 1981 (4a. edición), pp. 190-191. Vico se dio a conocer en lengua alemana en la década de 1820, justamente cuando Ranke publicó su primer trabajo importante en 1824.

[12] *Ich wünschte mein selbst gleichsam auszulöschen und nur die Dinge reden, die mächtigen Kräfte erscheinen lassen.* La traducción es mía.

sido en realidad".[13] La expresión se divide en dos partes: la primera manifiesta la intención de separarse del uso acostumbrado de la historia, la segunda establece su programa circunscrito a la investigación exclusiva de los hechos. Es decir, en el primer caso atribuye a la historia una función más modesta; en el segundo, le asigna algo más pretencioso: mostrar lo que de hecho ocurrió. Si el proyecto de Ranke era lo uno o lo otro, es una cuestión abierta.

El mismo propósito se observa en un discurso pronunciado por Guillermo de Humboldt: "La tarea del historiógrafo consiste en la descripción de lo sucedido. Cuanto más pura y por completo logre esto tanto más cabalmente habrá acertado en su trabajo".[14] En ese sentido Ranke no hace sino recoger un lugar común entre los nuevos académicos de la historia.

El proyecto historiográfico englobado en las ideas de pureza y visión de lo ocurrido tal como fue está poniendo en entredicho un tipo de acercamiento al pasado proveniente del Renacimiento: una historiografía producida en el siglo XVI italiano que recrea, glosa y comenta el legado grecolatino para la enseñanza del presente y que rige todavía en el siglo XVIII. Frente a este uso del pasado, Ranke[15] intenta establecer una nueva relación con el pasado: directa y sin intermediarios. En este gesto existe la voluntad de alejarse —a la manera de Kant— del "pensamiento autorizado" relacionado con los libros tenidos por "clásicos" y de un tipo de lectura que consistía en corregir errores o añadir información a partir de nuevas y diversas fuentes. Mediante esta operación el yo rankeano pretende constituirse en artífice de sí mismo y en "autoría" fundado en la

[13] *Man hat die Historie das Amt, die Vergagenheit zu richten, die Mitwelt zum Nutzen zukünftiger Jahre zu belehren, beigemessen: so hoher Ämter unterwindet sich gegenwärtiger Versuch nicht: er will bloss zeigen, wie es eigentlich gewesen.* Tomada del prefacio del trabajo *Las historias de los pueblos latinos y germánicos* de 1824 con el que se dio a conocer. Citado en Felix Gilbert, *History: Politics or Culture? Reflections on Ranke and Burckhardt*, Princeton, Princeton University Press, 1990, p. 19. Leopold von Ranke, *Sobre las épocas de la historia moderna*, ed. Dalmacio Negro Pavón, Madrid, Editora Nacional, 1984, p. 34. En la versión del libro de Gooch *Historia e historiadores en el siglo XIX*, p. 85: "A la historia se le ha asignado la tarea de juzgar el pasado, de instruir el presente en beneficio de las edades futuras. Este trabajo no aspira (a tanto) a cumplir tan altas funciones. Su objeto es sólo mostrar lo que de hecho ocurrió".

[14] Guillermo de Humboldt, "Sobre la tarea del historiógrafo", en Juan A. Ortega y Medina, *La teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana*, México, UNAM, 1980, p. 96. Si atendemos a la distinción entre investigación de hechos e historiografía, entonces el término alemán *Geschichtschreiber* significa historiador o más exactamente "escritor de historia".

[15] Ranke es ante todo un teólogo y un filólogo. Su acercamiento a la historia pasa a través de su enseñanza de la literatura griega en Frankfurt/Oder entre 1818-1825. *Cf.* Alexander Demandt, "Ranke unter Weltweisen", en *Öffentliche Vorlesungen*, Berlín, Humboldt-Universidad de Berlín, 1995, p. 8.

lectura directa de las fuentes. El historiador aspira a constituirse en una especie de "testigo co-presencial" de lo ocurrido debido a su acceso a los materiales documentales más cercanos al evento consignado.

No obstante, Ranke al igual que Rousseau, advierte la relación problemática del autor con la escritura, razón por la cual se deben tomar ciertas precauciones respecto de la fidelidad de los testimonios. Por eso más que suponer la desaparición del yo, una de las primeras tareas de todo examen crítico de los textos consistía en "hacer esa relación visible", para distinguir quién decía más verdad o mentía menos. De ahí la proposición de Ranke: "Lo que reportan las fuentes acerca del pasado, no puede ser aceptado como hecho; *el establecimiento de los hechos es el trabajo de los historiadores,* quienes deben reconstruirlos basados en todo el material disponible".[16]

3.2 El pasado como objeto de conocimiento

Bajo la noción de un pasado, susceptible de ser conocido, subyace la idea de un pasado acontecido que ya no afecta en el presente, perdiendo en ese momento su carácter prescriptivo tradicional. ¿Qué hace importante "la historia del poder papal" para el presente? se pregunta Ranke: "No sus relaciones con nosotros, responde, puesto que ya no ejerce ninguna influencia esencial ni crea en nosotros ningún temor. Ya no puede inspirarnos otro interés que el que resulta del proceso de su historia y de su anterior influencia".[17] La percepción de Ranke respecto al pasado se asemeja, en opinión del historiador Gregorovius, a la experiencia de quien recorre una galería de pinturas y se dedica a hacer anotaciones.[18]

Regresemos a la evocación del programa científico de Vico para reconocer en Ranke una experiencia similar respecto a los objetos antiguos:

> Los grandes vestigios de la Antigüedad, inútiles para la ciencia hasta ahora, porque yacían oscurecidos, mutilados y desplazados, arrojan una gran luz, limpios, compuestos y puestos en su lugar.[19]

[16] Citado en Félix Gilbert, *History: Politics or Culture?*, p. 17. (Las cursivas y la traducción son mías).

[17] Leopold von Ranke, "Prólogo", *Historia de los papas en la época moderna*, México, FCE, 2000 (8a. reimpresión) [1834-1836] [1874], pp. 7-11. Seguramente esta apreciación sería impensable en un católico ligado a la autoridad papal; no así en un luterano como Ranke.

[18] Véase George P. Gooch, *Historia e historiadores en el siglo XIX*, p. 107.

[19] Vico, *Principios de una ciencia nueva sobre la naturaleza común de las naciones*, p. 193.

El pasado y sus documentos tienen para Ranke la misma consistencia de la que están hechos los palacios venecianos. Ante su mirada, todo aquello no es sino brillo de lo que alguna vez fue esplendor. Si le preguntásemos a Ranke de qué está hecho ese pasado, quizás tendría un poco de dificultad para respondernos. Del sol se puede decir que está hecho de oxígeno, calcio, hierro, helio, etcétera, que tiene hendiduras y está en movimiento y ebullición permanentemente, y que gira sobre su propio eje. Desde Galileo, gracias al desarrollo de la óptica y de los cristales, se pudo ver lo que antes no era visible. De la historia, en cambio, tal vez se podría decir con Ranke, que de la misma manera que el sol, la escritura de la historia comenzó a girar alrededor de su propio eje, y que sus cambios obedecen a la inclusión de nuevas fuentes de información, mientras el sujeto de la observación permanece idéntico a sí mismo. La introducción de una escritura científica al modo de Ranke vino a modificar la percepción del pasado como rotación, recreación y repetición, privilegiando, en cambio, 1) la idea del historiador como creador[20] y 2) la idea del pasado como transformación, conjuntada en la idea de un saber que progresa y avanza hacia un futuro abierto. En estos dos rasgos se anuncia el carácter romántico de la historiografía rankeana.

En la misma acción de observar el pasado, Ranke, como Vico, distinguieron el uso contemporáneo de la historia y la posibilidad de ver otro pasado con los propios ojos, a partir de las inscripciones de la documentación "original" autentificada: "se valora lo falso y lo verdadero de todo lo que nos han transmitido las tradiciones vulgares a través de los siglos, pues habiendo sido guardadas durante largo tiempo por los pueblos, deben tener, según un axioma propuesto, un fondo público de verdad".[21]

3.3 El método, la universidad y la Revolución francesa

La intención de Ranke de fundar una nueva historia nos revela la voluntad de distanciarse de la anterior. Sin embargo esa motivación se explica mejor si tomamos en cuenta las condiciones que hicieron posible su aparición. Ranke no era el primero ni el único que aplicaba la crítica textual

[20] Quizás la obsesión por el encuentro con las fuentes originales y, en consecuencia, la conversión del autor en "el original" haya producido en Ranke, con los años, la amnesia acerca del reconocimiento de la influencia de sus maestros. Para esta observación véase el sugerente ensayo de Anthony Grafton, *Los orígenes trágicos de la erudición. Breve tratado sobre la nota al pie de página*, tr. Daniel Zadunaisky, Buenos Aires, FCE (Argentina), 1998, p. 57.

[21] Vico, *Principios de una ciencia nueva sobre la naturaleza común de las naciones*, p. 193.

a la historia.[22] Antes de él se ha desarrollado una práctica de varios siglos orientada a la clasificación, depuración y desciframiento de los manuscritos e impresos. Como sabemos, esa práctica se había desarrollado especialmente dentro de los ámbitos eclesiásticos y de la jurisprudencia.[23] En ese sentido, Ranke no es el inventor de la historiografía erudita. Más bien lo que parece ser nuevo en él es la apropiación y aplicación del método de análisis de los textos en un nuevo ámbito regido por las reglas de la academia y de la ciencia. Aun cuando la fundación de la Universidad de Berlín en 1810 obedece a un decreto real, cuando Prusia está en poder de Napoleón, el proyecto encabezado por el lingüista y diplomático Guillermo de Humboldt, se basa en el desarrollo de todas las ciencias, concebidas en términos universalistas. Sienta las bases institucionales para desarrollar el pensamiento histórico en el sentido de la *Historie* de la Ilustración que no incluye la distinción entre investigación de los hechos y filosofía de la historia,[24] y que piensa a la historia ya no en términos circunscritos a alegatos particulares (los derechos de jurisdicción de un convento o de una entidad política), sino en términos de "historia universal".[25]

Esta nueva historia se funda básicamente en dos preceptos: el encuentro con el archivo o "colecciones documentales originales" y la aplicación del método de investigación histórica, basado en la crítica documental renacentista. En ese sentido, se llega al pasado a través del uso de la crítica documental. Existe, sin embargo, un tercer elemento que separa propiamente esta práctica renacentista de la moderna: el sentimiento de pérdida o de vacío profundizado por las guerras napoleónicas. Así, para entender la aparición y desarrollo de estas nuevas instituciones académicas hace falta tener en cuenta además el hecho de que "la Europa de

[22] Grafton nos proporciona múltiples ejemplos que nos permiten entender con mayor amplitud la "novedad" de Ranke. Véase también del mismo autor, *Defenders of the Text. The Traditions of Scholarship in an Age of Science, 1450-1800*, Cambridge, Harvard University Press, 1991.

[23] Dentro de la tradición benedictina e incluso antes de la polémica entre Mabillon (*De Re Diplomatica*, 1681) y Papenbroeck (*Sobre el discernimiento de lo verdadero y de lo falso en los viejos pergaminos*, 1675), se sabe de una monja del convento benedictino de Brescia que aplicó este recurso metodológico para defender los privilegios del convento frente a la amenaza del obispo del lugar. Silvia Evangelisti, "Angélica Baitelli: la historiadora", en Giulia Calvi, ed., *La mujer barroca*, Madrid, Alianza Editorial, 1995, 89-102.

[24] Entre 1760 y 1780 se impone, como señala Koselleck, ese singular colectivo llamado *Historie*. Condorcet y Voltaire son dos casos ejemplares de la nueva *Historie* ilustrada. Ranke, como veremos, se separa de la Ilustración en el sentido de la disociación entre historia y filosofía que domina en el siglo XIX. Koselleck, *Futuro pasado*, pp. 57-58.

[25] El tema de la "historia universal" es central. Contiene el problema acerca de la posibilidad o resistencia del conocimiento del pasado tal como fue. Este punto se amplía en el inciso dedicado a la separación entre historia y filosofía.

1815 se despierta en medio de un osario". La nueva historia intenta reparar el sentimiento de pérdida mediante el reencuentro con el "origen", y de esa manera purificar el presente. Se experimenta la época, nos dice Starobinsky, como un rechazo de las "gracias afectadas del Rococó", pero también como "un regreso a los orígenes mismos" de las cosas "antes de su corrupción social".[26] Este "sentimiento" propio del romanticismo aproxima a Ranke a la novelística de Walter Scott, pero también lo separa pues se trata de corregirla y dotarla de autenticidad mediante la investigación de los hechos.[27] Vico había delineado un programa similar:

> Estas pruebas filológicas sirven para hacer ver de hecho las cosas meditadas idealmente sobre el mundo de las naciones, según el método de filosofar de Verulamio, *cogitare, videre.* Por ello, por las pruebas filosóficas anteriormente hechas, las pruebas filológicas confirman con la razón su autoridad, y al mismo tiempo confirman la razón con su autoridad.[28]

Ranke recibió ese legado "renacentista" de manos de su maestro y diplomático Barthold George Niebuhr (1776-1831), pero también de Gottfried Hermann, su maestro en Leipzig en 1814, especialista en Esquilo y Píndaro.[29] Esa herencia, incorporada ahora a este sentimiento finisecular, incluía una noción de verdad del pasado no sostenida por relaciones de sangre o de linaje, en la tradición oral o en documentación apócrifa, en la autoridad bíblica o de los clásicos, sino en la prueba documental autentificada. El nuevo historiador para realizar su oficio requería, por tanto, del conocimiento de lenguas como el latín y el griego, del cotejo

[26] Aunque Starobinsky es citado en el contexto de la producción artística de la segunda mitad del XVIII, nos parece que la observación es aplicable para entender el sentimiento que acompaña la campaña histórico-archivística de Ranke, pero también la de Michelet. *Cf.* Jean Paul Bertaud, "El soldado", p. 127, y Daniel Arasse, "El artista", p. 244, en Michel Vovelle, *El hombre de la Ilustración*, Madrid, Alianza Editorial, 1995.

[27] Gooch, *Historia e historiadores en el siglo XIX*, pp. 84-85.

[28] Vico, *Principios de una ciencia nueva*, p. 193.

[29] En el ámbito alemán aparecen desde 1760 humanistas empeñados en derribar los ídolos del neoclasicismo, aunque sin atacar propiamente la autoridad cultural de los antiguos, concebidos como la fuente de toda verdad, belleza y bondad. Se trataba de suprimir los velos que impedían, por ejemplo en el caso de F.A. Wolf, tener una mayor proximidad con el "verdadero Homero". Algo semejante se propuso el mentor de Ranke, Niebuhr, respecto al tema de la fundación de Roma: un trabajo de demolición como "prólogo a un conocimiento verdadero del mundo antiguo". Goethe, Herder, los dos Schlegel y Humboldt aplaudieron fascinados esos "descubrimientos". Grafton, *Los orígenes trágicos de la erudición*, pp. 55-58. Con su maestro Hermann, Ranke aprenderá a distinguir en las obras del pasado las alteraciones , la "pátina del tiempo" que impide revelar los auténticos textos subyacentes. Pero la deuda con el pasado es insoslayable. El maestro de Ranke, Hermann, a su vez había aprendido la técnica de August Böck (1811).

entre las fuentes y de su confrontación con la ficción novelada. En suma, saber de lenguas y sentido crítico para corregir errores en la apreciación de personajes y hechos que nunca sucedieron.

En esta labor un asunto se hizo primordial: la capacidad de olvidar y de interrogar las interpretaciones históricas consabidas, para tener un acercamiento directo a las fuentes en el momento en que las acciones ahí descritas estaban sucediendo. El término final consistía en la formación de un juicio independiente y autónomo sobre los hechos ocurridos. Se recoge no más que el gesto escéptico sobre el cual se funda la filosofía y el método científico moderno, mismo que Kant resumió en la máxima "atrévete a pensar por ti mismo" de su contribución al significado de "¿Qué es la Ilustración?" en 1784.[30]

La fundación de la institución que va a servir de centro de operaciones para el desarrollo y expansión del método de la historia es parte del desarrollo del estado prusiano favorecido por la "era de la Revolución francesa". El término "Revolución francesa" es más que una mera palabra. Si bien el peso creciente del método experimental se inscribe dentro de un proceso de varios siglos, para la historiografía el problema consistía en descubrir el modo de dotar a la totalidad de unidad épica,[31] de la cual carecían los acontecimientos tomados aisladamente. Las "historias" particulares, bajo el impacto de la Revolución, dan lugar a la forma del singular colectivo *Historie.* Igualmente ocurre con la transformación semántica de las libertades en *la libertad,* de las justicias por estamentos en *la justicia,* de las verdades del pasado en *la verdad.* En ese sentido, como apunta Koselleck, sin la Revolución francesa, el concepto de historia elaborado por la escuela histórica alemana no hubiera podido demoler "la ejemplaridad del pasado".[32] En este contexto político-científico podemos entender el significado propio de los ideales preconizados de objetividad, imparcialidad y estudio "desapasionado" dominantes en la nueva historia científica. En Ranke podemos reconocer una "síntesis revolucionada" de lugares comunes que van de Fénelon (cuando se refiere a la metáfora de la "verdad desnuda" en 1714), pasan por Bayle y Voltaire y llegan hasta Niebuhr.[33]

[30] "La Ilustración es la liberación del hombre de su culpable incapacidad. La incapacidad significa la imposibilidad de servirse de su inteligencia sin la guía de otro. Esta incapacidad es culpable porque su causa no reside en la falta de inteligencia sino de decisión y valor para servirse por sí mismo de ella sin la tutela de otro. ¡*Sapere aude*! ¡Ten el valor de servirte de tu propia razón!: he aquí el lema de la Ilustración". Emmanuel Kant, *Filosofía de la historia,* p. 25.

[31] En expresión de Niebuhr. Koselleck, *Futuro pasado,* p. 55.

[32] Koselleck, *Futuro pasado,* p. 56.

[33] Koselleck, *Futuro pasado,* pp. 176-177.

La novedad rankeana no radica entonces en ser la obra de un genio (idea propia del romanticismo), sino en el carácter de la institución en la que inscribe su operación de fabricar una nueva historia. Es verdad que para hacerse de un lugar necesita fabricar su identidad a partir de una diferencia. La idea del método basado en la crítica documental no es exclusiva de la historiografía, ni tampoco la necesidad de dotar de unidad épica al sinnúmero de acontecimientos del pasado. Para independizarse de la filosofía, la teología o del derecho por donde circulaba tradicionalmente el saber histórico, la historiografía moderna necesitaba desarrollar una forma distintiva de hacer historia. Una de estas distinciones emerge, según lo que hemos visto, de la ruptura con el modelo de una historiografía moralizante, es decir, del distanciamiento de la historia como un discurso ejemplar para el presente.

Retomemos el análisis de la frase con la que iniciamos este capítulo: "*er will bloss sagen, wie es eigentlich gewesen*".[34] El trazo adverbial *eigentlich* indica la voluntad de separar a la historia del lugar que tradicionalmente se le había asignado: el de divertir o el de moralizar a la sociedad. Ranke mismo nos da la pauta: "descripción (presentación) estricta del hecho, por más que pueda limitarnos y mostrarse como desagradable, tal es sin duda la ley suprema";[35] "Por nuestra parte tenemos otro concepto de la historia: sólo la verdad (verdad pura, desnuda, originaria) sin arreglos u ornato, por medio de una investigación del hecho individual, dejando el resto a Dios, pero sin poetizar, sin fantasear",[36] aludiendo explícitamente a Francesco Guicciardini (1483-1540), uno de los clásicos de la historiografía para entender la época del renacimiento en la época de Ranke.[37]

La obra de Guicciardini, y de cualquier otro historiador, deja de ser objeto de glosa, y se convierte en objeto de examen y de confrontación

[34] "Quiere mostrar sólo cómo de hecho ocurrió". No es fácil ponerse de acuerdo, como sugiere Gilbert, en la interpretación del adverbio alemán *eigentlich*: si se refiere al intento de captar la esencia o el alma de los hechos manifiestos en la superficie de los textos o más bien únicamente a la intención de recuperar los hechos puros o *de facto*. Felix Gilbert, *History: Politics or Culture?*, pp. 34-35.

[35] Felix Gilbert, *History: Politics or Culture?*, p. 19. *Strenge Darstellung der Thatsache, wie bedingt und unschön sie auch sey, ist ohne zweifel das oberersle Gesetz.*

[36] Felix Gilbert, *History: Politics or Culture?*, pp. 19-20. *Wir unsers Orts haben einen andern Begriff von Geschichte. Nackte Wharheit ohne allen Schmuck; gründliche Erforschung des Einzelnen; das Uebrige Gott befohlen; nur kein Erdichten, auch nicht im Kleinsten, nur kein Himgespint.*

[37] El segundo volumen de las *Historias* contiene la valoración crítica de las fuentes y el análisis de la historiografía del siglo XVI. En contra de la opinión de Arnold Heeren (*Handbuch der Geschichte der Europäischen Staatssystems*, 1819, I:23) Ranke sostiene la parcialidad de Guicciardini y el peso de su imaginación al tratar los hechos. De esa manera Ranke convierte al "clásico" en una opinión entre otras y reabre el problema de la verdad de ese periodo histórico. Gilbert, *History: Politics or Culture?*, pp. 15-17.

con otras fuentes para determinar cuál dice la verdad. En este gesto creemos reconocer el origen moderno de la distinción entre historiografía e investigación histórica.[38] Se trata de eliminar no sólo los errores, sino también de construir un nuevo relato del pasado basado en la investigación de los hechos.[39] Podemos aceptar en consecuencia que Ranke es "inventor de un nuevo idioma histórico", en forma análoga, como veremos, a la invención de "otras formas de representación del pasado, como la novela histórica, la pintura histórica y los museos históricos".[40]

El año de 1825 ha sido determinado para señalar la aparición de la nueva historiografía científico-académica.[41] Es el año cuando Ranke, que hasta entonces sólo había publicado un trabajo, fue invitado por Humboldt y Savigny para desarrollar sus enseñanzas al lado de otros eruditos como Hegel en la Universidad de Berlín. Como hemos sugerido, Ranke aprovechó este espacio para dotar a la historia de un "método propio" y así abrirle paso en el marco de la nueva universidad. Al mismo tiempo se "obligó" a homologar su actividad con la idea del "método", bajo el cual se podrán unificar las diferentes áreas del saber, en las que se distinguían dos grandes campos: los estudios de la naturaleza y los del ser humano, los de Dios y las leyes que gobernaban el universo y los correspondientes a la finitud y contingencia del ser humano.[42] De esa manera, Ranke dio nuevas bases al proyecto iniciado por Vico un siglo antes. El nacimiento y desarrollo de la historia como empresa humana selló el comienzo de lo que se conoce como la era del "historicismo".[43]

[38] Para Arnaldo Momigliano todo el método histórico moderno se funda en la distinción entre "autoridades originales y derivativas". Citado en John Kenyon, *The history men. The classic work on historians and their history*, pp. 7-8.

[39] Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, pp. 67, 82-101.

[40] Stephen Bann, *The Inventions of History. Essays on the Representation of the Past*, Manchester, Manchester University Press, 1990, p. 3.

[41] Ranke inauguró en 1825 su famoso seminario de investigación basado en la recopilación y análisis de nuevas fuentes y en 1832 fue el editor de la *Historisch-Politische Zeitschrift*. Con 39 años Ranke era uno de los más renombrados historiadores en lengua alemana. Por delante disponía de 50 años más de trabajo productivo. Gilbert, *History: Politics or Culture?*, pp. 12 y 22.

[42] "Un acontecimiento derivado de esta revolución histórica fue que, en adelante, también la escritura de la historia se hizo menos falsificable que manipulable. Cuando se inició la Restauración, se prohibió por decreto en 1818, toda enseñanza de la historia relativa al tiempo entre 1789 y 1815". Tácitamente se afirmaba la no ejemplaridad del pasado en el presente y se privilegiaba la enseñanza de la propia experiencia por encima de la de los libros. Koselleck, *Futuro pasado*, p. 63

[43] Algunos de los rasgos que caracterizan al "historicismo" son: la asimilación de la historia a la cultura, el énfasis de la particularidad e individualidad de todo hecho histórico y por tanto la relatividad del conocimiento histórico y de sus leyes. El término apareció por primera vez en 1789, pero se remonta a un proceso de larga duración enmarcado por la se-

Para cerrar este apartado, podemos decir que Ranke logró fijar a la historia dentro de las reglas previstas por la institución universitaria de su tiempo. Insertó a la historiografía, no a título personal, sino como una disciplina regulada por un conjunto de prácticas denominadas como "científicas" con asiento en la universidad.[44] Antes de pasar a observar la distinción entre historia y filosofía, nos detendremos en otra de las condiciones que hicieron posible la aparición de la historia científica.

3.4 La presencia del arte en la historiografía

La primacía dada a la lectura directa de los materiales y de los objetos antes de sus interpretaciones era con el propósito de restablecer el texto original antes de su corrupción u oscurecimiento. Este movimiento está también presente entre los historiadores del arte o de aquellos que se ocupan del estudio de toda clase de objetos artísticos: pintura, arquitectura, escultura. Los documentos del historiador se convierten, en ese sentido, en el equivalente funcional de los monumentos que configuran lo que será el estudio, la conservación y preservación del patrimonio nacional. La operación crítica consistía en identificar los rasgos de los objetos antes de haberse visto sujetos a la corrupción o distorsión de la acción humana. Se tratará, en ese sentido, menos de perseguir la verdad que callan, que la de descubrir los errores o las distorsiones. En todo caso, tanto el mundo de la naturaleza como el social se despliegan como una imagen sujeta a examen. En cuanto a la historia, se espera descubrir las intenciones y motivaciones de los actores, de los políticos y de los diplomáticos.

Con el apoyo del Estado prusiano, después de 1825 Ranke se aleja del análisis crítico de la historiografía y de las crónicas para acercarse de modo creciente al análisis documental. Su plan es ir más allá de todo texto impreso. Fuentes antes inexploradas e inaccesibles son ahora las canteras privilegiadas de la historia. Según Ranke, los informes y los reportes podían revelar las verdaderas intenciones de políticos y generales. La exploración y explotación de nuevas fuentes y su reproducción se posibilita por la ampliación del mercado de libros, bibliotecas y archivos de una aristocracia caída en desgracia que ofertaba sus coleccciones después de

---

paración de la ciencia experimental de la escolástica. Sin embargo, en el contexto de la Ilustración tardía y del movimiento romántico, el historicismo aparece como contrapuesto al racionalismo ilustrado. Boris Schneider, *Einführung in die neuere Geschichte*, Stuttgart, W. Kohlhammer, 1974, p. 63.

[44] Para profundizar se puede consultar, Charles E. McClelland, *State, Society, and University in Germany 1700-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980. En particular el capítulo 5, "The professoriate and the research ethic, 1819-1866".

la Revolución. Al comparar y cotejar las fuentes primarias y derivadas, Ranke suprime el aura de los clásicos; "desclasiciza" los textos antes venerados. Ahora, por medio de su ojo crítico, el mundo se convierte en objeto de examen para discriminar lo verdadero de lo falso.[45]

En el romanticismo,[46] el mundo, la naturaleza, se convierte en sujeto de representación, de objetivación, rompiendo con el punto de vista teatral y homogeneizador del Renacimiento, periodo en el que Guicciardini, interlocutor de Ranke, escribe sus historias. El mundo de Herder, Goethe, Hegel y Ranke, se corresponde con el desarrollo de nuevos sistemas de pensamiento que reorganizan el espacio y el tiempo en el campo de las representaciones. No es gratuito que en el siglo XVIII aparezcan al mismo tiempo el Museo y una *Kunstwissenschaft*, "una historia del arte de un lado y una teoría del origen de la pintura del otro".[47] En el siglo XVIII está en proceso una revolución de la mirada en relación con el mundo. Ahora se valora (Johann Joachim Winckelmann) la relación directa con las obras, es decir, aquella experiencia que se realiza a partir de la experiencia visual. El texto que servía de apoyo para la memoria, se desplaza progresivamente al espacio de los textos-monumentos:

> En la teoría del arte que Winckelmann inaugura en relación a las obras de Vasari, propone una historia del arte que parte del análisis de obras y no de una biografía de los artistas como era corriente desde el renacimiento. Es un corte definitivo en la historiografía clásica el arte que distinguía claramente aquello que los textos enseñan de aquello que los objetos materiales informan.[48]

Esta operación conlleva la aparición de nuevos espacios públicos abiertos al examen, observación y discusión. El museo —y poco después la nueva historiografía— es un ejemplo de cómo esa esfera de opinión pública moderna se diversifica y se enriquece con discusiones sobre arte, historia del arte, sobre sus funciones y utilidades. La idea de Museo apa-

[45] Grafton, *Los orígenes trágicos de la erudición*, p. 47.

[46] Charles Taylor identifica el "giro expresivista" con el romanticismo para subrayar su importancia en la formación de la cultura moderna. En lugar de una visión del romanticismo como mera contemplación melancólica de la naturaleza, el romanticismo se constituye en una de las fuerzas constructoras de la representación moderna del pasado. Charles Taylor, *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, Barcelona, Paidós Básica, 1996, pp. 393-411.

[47] Roland Recht, *La lettre de Humboldt. Du jardin paysager au daguerrotype*, París, Christian Bougois, 1989, p. 15. Citado por Ana Claudia Fonseca Brefe, "Os primordios do Museu: da elaboraçao conceitual a instituiçao publica", *Projeto Historia*, 17, noviembre de 1998, PUC-SP, p. 288.

[48] Fonseca Brefe, "Os primordios do Museu: da elaboraçao conceitual a instituiçao publica", p. 288.

Para cerrar este apartado, podemos decir que Ranke logró fijar a la historia dentro de las reglas previstas por la institución universitaria de su tiempo. Insertó a la historiografía, no a título personal, sino como una disciplina regulada por un conjunto de prácticas denominadas como "científicas" con asiento en la universidad.[44] Antes de pasar a observar la distinción entre historia y filosofía, nos detendremos en otra de las condiciones que hicieron posible la aparición de la historia científica.

3.4 La presencia del arte en la historiografía

La primacía dada a la lectura directa de los materiales y de los objetos antes de sus interpretaciones era con el propósito de restablecer el texto original antes de su corrupción u oscurecimiento. Este movimiento está también presente entre los historiadores del arte o de aquellos que se ocupan del estudio de toda clase de objetos artísticos: pintura, arquitectura, escultura. Los documentos del historiador se convierten, en ese sentido, en el equivalente funcional de los monumentos que configuran lo que será el estudio, la conservación y preservación del patrimonio nacional. La operación crítica consistía en identificar los rasgos de los objetos antes de haberse visto sujetos a la corrupción o distorsión de la acción humana. Se tratará, en ese sentido, menos de perseguir la verdad que callan, que la de descubrir los errores o las distorsiones. En todo caso, tanto el mundo de la naturaleza como el social se despliegan como una imagen sujeta a examen. En cuanto a la historia, se espera descubrir las intenciones y motivaciones de los actores, de los políticos y de los diplomáticos.

Con el apoyo del Estado prusiano, después de 1825 Ranke se aleja del análisis crítico de la historiografía y de las crónicas para acercarse de modo creciente al análisis documental. Su plan es ir más allá de todo texto impreso. Fuentes antes inexploradas e inaccesibles son ahora las canteras privilegiadas de la historia. Según Ranke, los informes y los reportes podían revelar las verdaderas intenciones de políticos y generales. La exploración y explotación de nuevas fuentes y su reproducción se posibilita por la ampliación del mercado de libros, bibliotecas y archivos de una aristocracia caída en desgracia que ofertaba sus coleccciones después de

---

paración de la ciencia experimental de la escolástica. Sin embargo, en el contexto de la Ilustración tardía y del movimiento romántico, el historicismo aparece como contrapuesto al racionalismo ilustrado. Boris Schneider, *Einführung in die neuere Geschichte*, Stuttgart, W. Kohlhammer, 1974, p. 63.

[44] Para profundizar se puede consultar, Charles E. McClelland, *State, Society, and University in Germany 1700-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980. En particular el capítulo 5, "The professoriate and the research ethic, 1819-1866".

la Revolución. Al comparar y cotejar las fuentes primarias y derivadas, Ranke suprime el aura de los clásicos; "desclasiciza" los textos antes venerados. Ahora, por medio de su ojo crítico, el mundo se convierte en objeto de examen para discriminar lo verdadero de lo falso.[45]

En el romanticismo,[46] el mundo, la naturaleza, se convierte en sujeto de representación, de objetivación, rompiendo con el punto de vista teatral y homogeneizador del Renacimiento, periodo en el que Guicciardini, interlocutor de Ranke, escribe sus historias. El mundo de Herder, Goethe, Hegel y Ranke, se corresponde con el desarrollo de nuevos sistemas de pensamiento que reorganizan el espacio y el tiempo en el campo de las representaciones. No es gratuito que en el siglo XVIII aparezcan al mismo tiempo el Museo y una *Kunstwissenschaft*, "una historia del arte de un lado y una teoría del origen de la pintura del otro".[47] En el siglo XVIII está en proceso una revolución de la mirada en relación con el mundo. Ahora se valora (Johann Joachim Winckelmann) la relación directa con las obras, es decir, aquella experiencia que se realiza a partir de la experiencia visual. El texto que servía de apoyo para la memoria, se desplaza progresivamente al espacio de los textos-monumentos:

> En la teoría del arte que Winckelmann inaugura en relación a las obras de Vasari, propone una historia del arte que parte del análisis de obras y no de una biografía de los artistas como era corriente desde el renacimiento. Es un corte definitivo en la historiografía clásica el arte que distinguía claramente aquello que los textos enseñan de aquello que los objetos materiales informan.[48]

Esta operación conlleva la aparición de nuevos espacios públicos abiertos al examen, observación y discusión. El museo —y poco después la nueva historiografía— es un ejemplo de cómo esa esfera de opinión pública moderna se diversifica y se enriquece con discusiones sobre arte, historia del arte, sobre sus funciones y utilidades. La idea de Museo apa-

[45] Grafton, *Los orígenes trágicos de la erudición*, p. 47.

[46] Charles Taylor identifica el "giro expresivista" con el romanticismo para subrayar su importancia en la formación de la cultura moderna. En lugar de una visión del romanticismo como mera contemplación melancólica de la naturaleza, el romanticismo se constituye en una de las fuerzas constructoras de la representación moderna del pasado. Charles Taylor, *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, Barcelona, Paidós Básica, 1996, pp. 393-411.

[47] Roland Recht, *La lettre de Humboldt. Du jardin paysager au daguerrotype*, París, Christian Bougois, 1989, p. 15. Citado por Ana Claudia Fonseca Brefe, "Os primordios do Museu: da elaboraçao conceitual a instituiçao publica", *Projeto Historia*, 17, noviembre de 1998, PUC-SP, p. 288.

[48] Fonseca Brefe, "Os primordios do Museu: da elaboraçao conceitual a instituiçao publica", p. 288.

rece como un espacio de exposición pública que reúne, da visibilidad y permite acceso directo a las obras.[49] Es un periodo en el que se privilegia la mirada directa de las cosas.

El texto histórico se convierte en Ranke en el espacio de experimentación y exposición de una visión fundada del origen del presente. La prioridad dada a la contemplación directa de las cosas encuentra también su fundamento en la filosofía cartesiana. Según el método de "filosofar" de Verulamio seguido por Vico se trata de una doble operación: *cogitare, videre.* De acuerdo con la idea cartesiana de la mente, el hombre está compuesto de dos esferas: la superior en la que reina el entendimiento por ser el albergue de la razón, y la inferior, que es el lugar de las pasiones provocadas por los cinco sentidos. El sentido más intelectual —y al que apela la tradición cartesiana en la que se insertan Rousseau y Ranke—, es el de la imaginación: el que transita por la vista, donde se intersecan lo superior y lo inferior. Es el lugar de los objetos "que sin estar presentes están de alguna manera representados en la pintura, estatuas o descripciones a través de lo que recordamos". Por eso, para el escritor inglés Joseph Addison (1672-1719) la ciencia, la filosofía, la historia y la poesía pertenecían al nivel de los "placeres primarios" del ser humano.[50]

Para la sensibilidad romántica el mundo se experimenta como exterioridad después de la expulsión del paraíso. Su recuperación tendrá lugar en el campo de las representaciones. La historiografía será una de éstas. Para ello trabajará a partir de distinciones como las del sujeto y objeto, la de ciencia y arte, habla y escritura, lo sublime y la bajeza, inmanencia y trascendencia.

3.5 Sobre el programa de una historiografía futura y algunos de sus predicamentos

El establecimiento de la primacía de la vista sobre el oído, del texto sobre la interpretación, está presente en un escrito temprano de Ranke: "Veo venir un tiempo en que ya no edificaremos la historia moderna sobre re-

[49] Fonseca Brefe, "Os primordios do Museu: da elaboraçao conceitual a instituiçao publica", p. 289. Esta perspectiva ha sido trabajada por Luis Gerardo Morales, *Ancestros y ciudadanos. El Museo Nacional de México, 1790-1925*, tesis de doctorado en historia, México, Universidad Iberoamericana, 1998.

[50] Joseph Addison, *Los placeres de la imaginación y otros ensayos de* The Spectator, Tonia Requejo, introducción, edición y traducción, Madrid, Visor, 1991, pp. 29-30; 57; 165. "Las murallas de la China son uno de los edificios magníficos del Oriente, que hacen figura en el mundo, aunque su descripción se tendría por fabulosa si no subsistieran aún sus murallas", escribe Addison.

latos de los historiadores, ni siquiera de los contemporáneos, excepto ahí donde éstos poseían un conocimiento original, menos aún de los escritos de segunda mano, sino sobre los relatos de *testigos oculares* y los documentos originales".[51]

Un postulado de esta naturaleza nos remite al *cogito* cartesiano, donde aparece una memoria como una fábrica de representaciones, en las que el *cogito* ya no se reconoce de manera inmediata. El pasado se le presenta, por eso, como un mundo-enigma por descifrar. Aparenta desposeerse, olvidar, para poder cimentar una nueva forma de recordar. Establece el olvido o la negación del pasado para hacer posible su re-presentación. El *cogito* del historiador se muestra como el de un fabricante de nuevos sentidos y ya no como el de un traductor, intérprete o imitador. Desnaturaliza la tradición, imprimiéndole un nuevo sello: el Yo del historiador se instituye como fuente de conocimiento.

Uno de los puntos problemáticos de esta propuesta consiste en que un yo conformado de esa manera no puede esquivar la cuestión de la alteridad del pasado que se transpira en la naturaleza misma de los textos y apoyos documentales. Además, ¿cómo salvar el escollo de no utilizar el pasado para moralizar el presente?, ¿cómo evitar el riesgo de transformarse en el juez de las otras miradas, según el propósito inicial de "no enjuiciar el pasado"? Koselleck se hace la misma pregunta a partir de la teoría de la perspectiva que se desarrolla desde el Renacimiento. "Si el historiador debe interrogar a todos los testigos para encontrar al mejor y eliminar a los otros, ¿por qué no va a tener la propia posición del historiador ninguna influencia en su representación?". Toma como ejemplo a Comenius, quien en 1623 comparó la tarea del historiador "con la mirada a través del telescopio, que a modo de trombón apunta hacia atrás por encima de los hombros. Con dicha mirada hacia el pasado se pretenden conseguir enseñanzas para el tiempo propio y para el futuro. Pero serían sorprendentes las perspectivas curvas, que mostraran todo con la luz respectivamente diferente. Por eso de ninguna manera se debería *olvidar que... una cosa se comporta tan realmente como se le parezca al observador*".[52]

Un segundo problema está relacionado con el ideal de imparcialidad. ¿Hasta dónde una empresa de esta naturaleza no es un palimpsesto, o una escritura sobre escrituras? Si bien la operación descansa en un yo,

[51] Citado en Gooch, *Historia e historiadores*, p. 95 (cursivas mías); Grafton, *Los orígenes trágicos de...*, p. 51.

[52] Las cursivas son de Koselleck, *Futuro pasado*, p. 180. La referencia está tomada de Johann Amos Comenius, *Das Labyrinth der Welt und das Paradies des Herzens* (El laberinto del mundo y el paraíso del corazón), 1623.

se trata de una empresa descubridora y conquistadora,[53] que repuebla de nuevas explicaciones pasados previamente constituidos. La historia como descubrimiento del pasado implica, en ese sentido, también su conquista. "Estoy asombrado de que los franceses me hayan dejado una parte de su historia para que yo la descubra", escribe Ranke al arribar a sus archivos. Con este acto, comenta Gooch,[54] Ranke emancipó la historia francesa basada en la escritura de Memorias. Así como América, África o Asia eran territorios ignotos para el civilizador europeo, del mismo modo su propio pasado se convirtió, a partir del siglo XIX, en un territorio por explorar, descubrir y conquistar. Como se ha mencionado, este proyecto de reconquista del pasado no es pensable sin la Revolución francesa y las reformas napoleónicas.

El programa de Ranke respondía a la necesidad de escribir "desde el origen" la nueva historia de Europa. Sin embargo, el tema de su historia —como lo destaca Gilbert— no es toda Europa sino únicamente la perteneciente a la del Sacro Imperio Romano entendida como la amalgama de la migración de las tribus germánicas y el imperio romano. Si bien de manera incipiente, Ranke produjo una nueva teoría de la historia, y podríamos añadir que escribió sus historias bajo la lupa de un "cosmopolitismo acotado" bajo la consideración de la génesis de la política moderna, es decir, la del reino dominado por fuerzas análogas a las de la naturaleza.

Llegamos al tercer aspecto problemático de la propuesta de Ranke acerca de las relaciones entre política e historiografía. Al respecto nos ilustran las siguientes frases extraídas de su alocución "Sobre las afinidades y las diferencias existentes entre la historia y la política":[55]

> Son muchos quienes niegan del modo más rotundo que los consejos de la historia puedan o deban ser tenidos en cuenta para la ordenación de los estados. Pues, ¿acaso la historia —se dice—, cuya misión consiste en transmitirnos el conocimiento de los tiempos pasados, tiene algo que ver con el me-

[53] De Certeau, *La escritura de la historia*. "Una medicina y una historiografía modernas nacen casi simultáneamente de la separación entre un sujeto que se supone sabe leer y un objeto que se supone escrito en una lengua que no se conoce, pero que debe ser descifrada. Estas dos 'heterologías' (discursos sobre el 'otro') se construyen en función de una separación entre el saber que provoca el discurso y el cuerpo mudo que lo supone" (p. 17); en otra parte alude a los "burgueses conquistadores" del siglo XIX, p. 79.

[54] Gooch, *Historia e historiadores...*, pp. 98-99.

[55] Leopold Ranke, "Sobre las afinidades y las diferencias existentes entre la historia y la política", en *Pueblos y estados en la historia moderna*, tr. Wenceslao Roces, México, FCE, 1979, pp. 509-517. Todas las citas a continuación se encuentran en este texto, salvo cuando se indique lo contrario.

joramiento de los estados presentes? No, añaden quienes así razonan, la creación o mejoramiento de las constituciones de los estados reclama una ciencia totalmente distinta. La historia viene a disculpar, en cierto modo, los males ya arraigados al poner de manifiesto sus orígenes, pero la curación de estos males hay que ir a buscarla a los preceptos de la nueva ciencia, nacida en nuestros días: la política (p. 509).

Así, continúa Ranke, la cuestión no es saber lo que otros hicieron en el pasado para mejorarnos, sino lo que se debe hacer hoy. Mientras el pensamiento tradicional buscaba descubrir su mejoramiento en el pasado, ahora el representado por Ranke lo inquiere en el presente mismo:

Quien no se atreva a confiar en sus propias fuerzas, a marchar por caminos nuevos, aún no pisados, hacia la conquista de cosas nuevas y mejores, acabará viendo en las relaciones humanas la triste imagen de las aguas estancadas o de los pantanos contaminados, en vez de ver en ellas la estampa alegre y optimista del río cantarino (p. 509).

Acudir a los consejos o buenos ejemplos de la historia para gobernar a los estados, "presenta grandes dificultades", principalmente

porque la historia jamás nos trasmite preceptos tan seguros, que nadie pueda dudar de su verdad. ¿Acaso no se ha abierto paso a la misma historia ese acucioso afán de innovaciones? Ha habido y surgen todos los días escritores que sólo buscan y encuentran en la historia aquello que encaja dentro de sus propias doctrinas políticas. [...] La historia, lejos de mejorar la política, suele ser echada a perder por ésta (p. 509).

Hasta aquí queda claro que el estudio de la historia no enseña cómo gobernar mejor. La historia y la política pertenecen a ámbitos de experiencia distintos, por lo cual no deben confundirse.[56] Si bien la historia puede ser la hermana gemela de la política, sin embargo, mientras una mira al pasado, la otra lo hace hacia el futuro. Así, la cura de los males detectados en el pasado no se encuentra en el pasado, sino en las mismas artes de la política del presente.

¿Qué podemos esperar entonces de la historiografía para el presen-

[56] Al menos este ideal no se cumplió completamente en el siglo XIX, un siglo del culto al individuo y que encumbró a Napoleón. Muchos nuevos historiadores eran al mismo tiempo hombres de Estado como François Pierre Guillaume Guizot, Thomas Babington Macauly, Theodor Mommsen, Karl von Rotteck y Louis Adolphe Thiers, entre otros. Gilbert, *History: Politics or Culture?*, p. 9.

te? En la concepción rankeana de la historia no se contempla la imposibilidad de conocer "los acontecimientos antiguos y su historia", ni que no sea posible "penetrar con exactitud en su naturaleza y en su esencia". En la lógica de Ranke, plantear lo contrario es como si se descendiera al "reino animal", lo cual "sería horrible", pues todo "quedaría entregado al capricho del ciego azar".

> No —afirma Ranke—, nadie podrá negar que la naturaleza y la providencia divina de consuno nos permiten ahondar en las causas de la dicha y el infortunio y distinguir entre las leyes buenas y las costumbres malas. Nadie afirmará que estemos condenados a una ceguera y a un ensombrecimiento de la inteligencia tan grandes como para ser totalmente incapaces de conocer lo que caracteriza a nuestra época y la distingue de otras (p. 510).

Si se examina esta afirmación se puede ver que las bases de su optimismo en el conocimiento "exacto" del pasado está muy cerca de Paracelso.[57] Su argumento se despliega a nombre del género humano, y sólo cuando lo ve necesario, en primera persona:

> Yo por lo menos, no acierto a creer que nadie que piense cuerdamente se atreva a sostener que el conocimiento del pasado no sirva para ser aplicado con provecho al presente y al porvenir, es decir, que no exista ninguna estrecha relación, ninguna afinidad entre la historia y la política (p. 510).

El punto crítico consiste en identificar el lugar donde se intersecan la política y la historia, es decir, en el descubrimiento de las relaciones de causalidad que gobiernan el universo. La historia, afirma, consiste menos en "reunir y acoplar hechos" que

> en comprenderlos y explicarlos. La historia no es, como algunos piensan, obra de la memoria exclusivamente, sino que requiere ante todo agudeza y claridad de inteligencia. No lo pondrá en duda quien sepa de la enorme dificultad que existe en distinguir lo verdadero de lo falso y escoger entre muchas referencias la que considera ser la mejor, o quien conozca aunque sólo sea de oídas aquella parte de la crítica que tiene su asiento en los aledaños de la historiografía (p. 510).

Pero hay todavía otra misión "más grandiosa aún e incomparablemente más difícil": la que

[57] Charles Webster, *De Paracelso a Newton. La magia en la creación de la ciencia moderna*, México, FCE (Breviarios, 452), 1988, 1a. reimpresión, pp. 97 y ss.

consiste en observar las causas de los sucesos y sus premisas, así como sus resultados y sus efectos, en discernir claramente los planes de los hombres, los extravíos con que los unos fracasan y la habilidad y la sabiduría con que los otros triunfan y se imponen, en conocer por qué unos se hunden y otros vencen, por qué unos estados se fortalecen y otros se acaban; en una palabra, en comprender a fondo y con la misma minuciosidad las causas ocultas de los acaecimientos y sus manifestaciones exteriores (p. 510).

A los ojos de Ranke el mundo se presenta como un gran enigma por descifrar. Su mirada no se distingue de la del científico. La historia como cualquier ciencia de la naturaleza no se contenta con observar y estudiar cuidadosamente los seres naturales, "sino que aspira a algo más alto, a conocer las leyes eternas por las que se rigen el universo y las diversas partes que lo forman y a remontarse a la fuente interior de la naturaleza de la que todo brota" (p. 511).

Así llegamos a la parte final de este inciso sólo para mostrar la relación que podría haber entre el programa de una nueva ciencia de la historia y el romanticismo. "La naturaleza como fuente"[58] es un tema central del romanticismo y clave para entender la epistemología rankeana de la historia. La idea de naturaleza no sólo nos remite al fisicalismo o naturalismo de un sector de la Ilustración,[59] sino conduce también a la idea de perfectibilidad de la naturaleza humana. El problema moral del mal en la historia se asocia en ese sentido al de la posibilidad del mejoramiento o de la erradicación del mal. Ranke nos ha dicho que el conocimiento del pasado puede descubrirnos por qué unos pueblos fracasan y otros triunfan. Pero la erradicación de lo decadente no es una función del pasado, sino del futuro; no es una función de la razón que mira al pasado, sino de la voluntad que se orienta al futuro. De esa manera, el pasado no puede ser sino la contraparte del futuro. Se anuncia así en Ranke un "yo desvinculado" (Ch. Taylor) o escindido. La historia puede "disculpar" al pasado, pero no remediar el presente. Su mejoramiento corresponde al campo de la política. En ese aspecto, Ranke está más cerca de Rousseau, en el sentido de que una mayor ilustración del pasado no necesariamente produce un mejor individuo. Por eso, lo que se requiere es propiamente educar, transformar, "la voluntad". Podemos ver, entonces, que al igual que en Rousseau, se abandona "la idea cartesiana de que, en principio, somos transparentes a nosotros mismos, y que sólo debido a la confusión fallamos en conocernos".[60]

[58] *Cf.* "La naturaleza como fuente", en Charles Taylor, *Fuentes del yo*, pp. 375-387.
[59] *Cf.* Franco Venturi, *Los orígenes de la enciclopedia*, Barcelona, Crítica/Grijalbo, 1980.
[60] Taylor, *Fuentes del yo*, p. 376.

Ahora bien, esta concepción de naturaleza está asociada a una concepción teológica de la gracia de corte agustiniano. Para Rousseau, la gracia (sin dejar de ser la fuente del amor supremo),

> se ha convertido en la voz de la naturaleza. Queda descartada la doctrina del pecado original en su comprensión ortodoxa. La naturaleza es fundamentalmente buena y la alienación que nos deprava es la que nos separa de ella. La imagen agustiniana de la voluntad ha sido trasladada a una doctrina que niega uno de los dogmas centrales de la teología agustiniana.[61]

En el principio, la naturaleza era buena, pero después de la Caída, se ha desvirtuado. Debido a esa "degeneración" se ha perdido el contacto con la naturaleza. Si "sufrimos esa pérdida" es porque "hemos dejado de depender de nosotros mismos y de nuestro impulso interior, para depender de otros y de lo que ellos piensan de nosotros, esperan de nosotros, admiran o desprecian de nosotros, premian o castigan en nosotros. Una espesa red de opinión que se teje entre nosotros y la sociedad nos separa de la naturaleza y no nos permite recuperar el contacto con ella". En ese sentido, "la naturaleza se asemeja a la voz interior". Para recuperar su contacto hay que transformar su voluntad. La ilustración no es suficiente. "La conciencia es la voz de la naturaleza, puesto que surge en un ser que ha penetrado en la sociedad y ha sido dotado con el lenguaje y, por ende de razón".[62]

El presente de la ciencia de la historia y de la política es percibido como autónomo y al mismo tiempo como integrado a un sistema de saberes que ya no apela para sus explicaciones a factores externos, sino a la naturaleza misma de las cosas, a los datos proporcionados por una operación que se realiza en y desde el presente. Este presupuesto es condición a su vez de la separación entre historia y política.

Por lo anterior, dentro del programa científico que representa Ranke, el recuento del pasado deja de prestar la función de educar y divertir. Aun cuando aspira a descubrir las leyes que gobiernan el mundo social, uno de los efectos de su cometido será el de mostrar que si todo pasado fue distinto —en consecuencia deja de ser ejemplar para el presente—, para el hacedor de la historia está por delante un mundo siempre por construir. Dentro de esta lógica, hacer visible al pasado arroja paradójicamente al presente en manos de lo imprevisible, que puede tomar la forma del azar y de lo contingente, ante lo cual Ranke, como vimos, no está totalmente convencido.

[61] Taylor, *Fuentes del yo*, p. 377.
[62] Taylor, *Fuentes del yo*, pp. 377-378.

3.6 Los problemas epistemológicos de Ranke o el arte de descifrar documentos

Por un lado se puede conceder que el historiador Ranke no sólo acumuló archivos, sino que utilizó lo que leyó y transcribió; que su libro sobre la Reforma del siglo XVI —lugar donde descubre el origen de su presente entendido como moderno— significa una "revolución histórica" al comparar textos manuscritos con impresos.[63] Sin embargo, Ranke al igual que Rousseau, eran conscientes de la dificultad que existía en la relación del yo pensante con la escritura para reproducir el mundo tal como era. Reconocían la distinción entre percibir —compilar, reunir la información— y comunicar —exponer los resultados de las pesquisas. En la medida en que aspiraban a que su verdad fuera reconocida también por los demás, aparecía la cuestión del lector de sus discursos.

Para Ranke los documentos son las pruebas en que se fundan las aseveraciones sobre el pasado. En ese sentido, además de un nuevo peso dado a la "ocularidad", hay una ampliación de la atención prestada a la escritura. El método crítico de análisis documental sólo es establecido como su condición inicial, no como la meta final del proceso cognoscitivo. Ranke reconoce que los acontecimientos esconden un secreto que contiene su médula, "el origen", "los mismos comienzos" de las cosas. El historiador "procura penetrar en las más íntimas palpitaciones de la vida de la humanidad".[64] El primer problema metodológico consiste entonces en cómo aprender a descubrir el secreto que callan los documentos. El segundo se relaciona con la necesidad de desarrollar un estilo literario que permita obtener el reconocimiento de los demás acerca de la verdad enunciada. Se reconoce en ese sentido que la verdad no habla por sí sola independientemente de quién la pronuncie.

De hecho, tanto Ranke como sus editores contemplan el problema acerca de cómo llegar a un círculo de lectores cada vez más amplio.[65] Ranke era consciente de que sólo las "pruebas" no bastaban para convencer a sus lectores. Así, se puede sostener que por lo menos en el origen de la historiografía moderna se encuentra la influencia de una cierta poética como condición para rendir cuentas acerca de los resultados de la investigación.[66] Pero el uso de recursos literarios en la historia obede-

[63] Grafton, *Los orígenes trágicos de la erudición*, p. 51.

[64] Ranke, "Sobre las afinidades y...", en *Pueblos y estados en la historia moderna*, p. 511.

[65] Véase la carta de Hume en Grafton, *Los orígenes trágicos de la erudición*, p. 111.

[66] Koselleck, *Futuro pasado*, p. 170. Al respecto el trabajo de Peter Gay, *Style in History*, Nueva York, Basic Books, 1974, sigue siendo una referencia obligada. Es una hipótesis ampliamente desarrollada en Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, tr. Stella Mastrangelo, México, FCE, 1992.

cía además a la necesidad de responder al problema que tanto preocupó a Ranke: el de cómo cubrir los nexos de sentido entre las partes que se presentaban como resultado del azar. Incluso el acceso a las fuentes, por lo regular, estaba sujeto a un curso azaroso.

Un ejemplo es su obra maestra sobre la Reforma. Fue reescrita cada vez que descubría la existencia de nuevas fuentes que confirmaban o contradecían sus aseveraciones. La historia basada sólo en "pruebas" se tornaba así inconmensurable.[67] Quizás por esa razón, Ranke apelaba a la comprensión de sus lectores y se esforzaba por hacerlos cómplices de sus narrativas, para que lo "improbable", pasara por verosímil. Debido a su emoción y entusiasmo por el archivo siempre había algo nuevo por descubrir. Cada documento ampliaba su visión y consolidaba su "objetividad", pero también producía un estado de ansiedad permanente.

Aun cuando atisbó la falibilidad e imperfección de su proyecto historiográfico, Ranke no modificó el "método", sobre todo cuando se confrontó con las filosofías de la historia.

3.7 La distinción entre historia y filosofía y el problema de la teleología

Al incorporarse a la universidad de Berlín, Ranke tomó partido por los no-hegelianos. Hegel había llegado a la Universidad por invitación del ministro prusiano de Cultura en 1818.[68] Si bien este hecho permite entender las bases del distanciamiento de Ranke con la filosofía, necesitamos profundizar en algunas de sus implicaciones relacionadas con la cuestión del método histórico.

En particular nos interesa destacar el carácter no teleológico inscrito en su intención de ver simplemente cómo fueron las cosas. La historia es concebida de acuerdo con esta pretensión como puro "devenir en el pasar", sin *telos* o meta prefijada.[69] El "descubrimiento de la 'historia en y para sí', sin objeto",[70] es el elemento básico que distingue radicalmen-

[67] No deja de llamar la atención que el mismo Ranke no fuera tan acucioso en remitir a sus lectores a las "fuentes originales" mediante sus notas, aun cuando este recurso se había convertido, desde la época de Hume, en un lugar común para este tipo de trabajos. Un examen de su obra sobre la Reforma constata "que menos del diez por ciento de las notas al pie de Ranke citaban fuentes halladas en los archivos". Grafton, *Los orígenes trágicos de la erudición*, p. 44.

[68] Franz Wideman, *Hegel*, Hamburgo, Rowohlt, 1996, 18a. edición, pp. 60-65; 122-123. El 18 de octubre impartió su conferencia inaugural.

[69] Gadamer, *Verdad y método*, p. 259.

[70] Koselleck, *Futuro pasado*, p. 178.

te a esta nueva historiografía de la anterior. Sólo así podemos explicarnos el deseo de ver desaparecer el yo del historiador a fin de que el suceder de las cosas hable por sí mismo. Esta aspiración, nos recuerda Koselleck, revela la aparición de un nuevo tipo de sensibilidad respecto de la temporalidad, pero sobre todo una nueva forma específicamente "histórica":[71] Por esa razón, Kant se pregunta ¿Cómo es posible una historia "a priori"?, y responde: "cuando el adivino efectúa y organiza los acontecimientos que ha anunciado por adelantado".[72] De esa manera, a partir de este nuevo sentido de temporalidad se presenta la paradoja de que al no haber ya un plan fijado de antemano, la historia necesita ser planificada mediante la escritura.

De hecho, Ranke redactó un escrito en la década de 1830 en el que contrapuso a la historia con la filosofía de la historia,[73] es decir, un discurso sin plan predeterminado con otro relato planificado. En ese texto Ranke asume en lo fundamental el axioma de Kant. Aun cuando Ranke y Hegel comparten el mismo tema —la historia universal—, el primero la concibe como un escenario en el que reina la libertad compuesto por individuos que toman decisiones y cuyo resultado no es la unidad, sino el conflicto y la diversidad. Por eso no es posible garantizar el triunfo final de la idea ilustrada de progreso preconizada en el discurso histórico de Hegel. Asimismo ese esquema tampoco es aceptable porque se trata de un procedimiento "a priori", que no transcurre empíricamente, es decir, de las partes hacia el todo, de la investigación pura de los hechos hacia el descubrimiento de sus conexiones más íntimas de tipo causal:

> Hay, en efecto, dos caminos para llegar a conocer las cosas humanas: uno es el del conocimiento de lo concreto, otro el de la abstracción; uno es el camino de la filosofía, otro el de la historia. No caben otros, y la misma revelación engloba los dos caminos señalados: el de lo abstracto y el de la historia. Es, pues, necesario mantener separadas estas dos fuentes de conocimiento (p. 518).

[71] Koselleck, *Futuro pasado*, p. 59. "Hasta el siglo xviii la prosecución y el cómputo de los sucesos históricos estaban garantizados por dos categorías naturales del tiempo: el curso de los astros y el orden de la sucesión de soberanos y dinastías. Pero Kant, al desestimar toda interpretación de la historia desde datos astronómicos fijos, y al rechazar el principio de sucesión como contrario a la razón, renuncia también a la cronología habitual como hilo conductor analítico teñido teleológicamente".

[72] Koselleck, *Futuro pasado*, p. 62.

[73] Este texto apenas se rescató póstumamente en la compilación, Leopold von Ranke, *Pueblos y estados en la historia moderna*, pp. 518-520. Como sabemos, la filosofía de la historia de Hegel es el gran intento de traducir históricamente lo que Kant había delineado en términos lógico-filosóficos.

Pero Ranke también se vuelve en contra de los "historiadores que sólo ven en la historia una inmensa amalgama de hechos retenidos en la memoria, enlazados unos con otros y todos ellos engarzados en una moraleja general" (p. 518). Después de proceder inductivamente, el verdadero historiador, "en el sentido perfecto de la palabra", "puede y debe remontarse por caminos propios de la investigación y el examen de lo concreto hasta una concepción general de lo acaecido, hasta el conocimiento de su trabazón objetiva" (pp. 518-519).

El buen historiador, entonces, es aquél que (como Rousseau) sabe disfrutar la multiplicidad y variabilidad del ser humano:

> siempre el mismo y siempre otro, a la par bueno y malo, noble y bestial, refinado y tosco, preocupado de lo eterno y pendiente del instante, feliz y desdichado, contento con poco y lleno de grandes ambiciones...sin preocuparse para nada del progreso de las cosas...; *todo ello sin ningún fin ulterior*, simplemente por la alegría que produce el contemplar la vida en sus realidades concretas, del mismo modo que nos recreamos en la contemplación de las flores sin pensar en la clase de Linneo o en el género o la especie de Oken en que pueden catalogarse [...]sin preocuparse de cómo se manifiesta el todo en el detalle de lo concreto (p. 519).

Y sólo después eleva la mirada hacia lo general:

> No cavilándolo de antemano como el filósofo, sino esforzándose porque a través del estudio del detalle se le revele la imagen del todo a que se ajuste la marcha del mundo. Pero, bien entendido que esta marcha de las cosas no guarda relación con los conceptos generales que hayan imperado en esta o la otra época, sino con *algo completamente distinto* (p. 519).[74]

De lo anterior se sigue que la historia no tiene un objeto definido y atribuye al mismo proceso de investigación de los hechos la posibilidad de la revelación de "la imagen del todo", con una salvedad, que esta revelación no se relaciona con el orden de los conceptos "sino con algo completamente distinto". Si no es del orden de los conceptos, lógicamente se trata entonces del orden del no-concepto; si la Idea hegeliana es insuficiente para explicar el devenir de la historia, entonces tiene sólo la posibilidad de pensar en la no-idea.

> Comprender es participar inmediatamente en la vida, sin la mediación del pensamiento a través del concepto. Lo que le interesa al historiador no es re-

[74] Las cursivas son mías.

ferir la realidad a conceptos sino llegar en todas partes al punto en el que "la vida piensa y el pensamiento vive".[75]

Esta formulación ha dado pie a la imagen de un Ranke opuesto al racionalismo ilustrado en el que domina el intuicionismo. Para aclarar ese rasgo, sin embargo, es necesario profundizar más en su relación problemática con Hegel.

De acuerdo con Gadamer, al distanciarse de Hegel, Ranke quedó encerrado en el análisis filológico, pensando que de ese modo superaba la visión teleológica de Hegel en su historia universal, y se acercaba más bien a una historia sin metas predeterminadas y así poder construir una identidad disciplinaria a partir de sus diferencias con la filosofía.[76] Esta contraposición, como vimos, no era exclusiva de Ranke, sino estaba también presente en la historia del arte de Winckelman e incluso en Herder "el padre del romanticismo". No cabe el "intuicionismo" si se considera que a partir de la idea de "arte clásico" se juzgaba el avance o el retroceso en el camino de la perfección. Servía de parámetro para medir el avance o el retroceso histórico. Si el presente podía experimentarse como un proceso en el que nada estaba garantizado de antemano, entonces el futuro era pensado en consecuencia como la posibilidad de restaurar la perfección perdida incrustada en el pasado.

Hegel asumió también este proyecto, sólo que a diferencia de sus maestros como Herder, intentó reconciliar el pasado con el presente a través de la idea de autosuperación.[77] Por su parte, Ranke, imbuído por una cierta teología gnóstica de la época de Goethe, no espera ya la perfección, esa promesa de felicidad aludida por Baudelaire. Ranke acepta, del mismo modo que Rousseau, que la transmisión perfecta de la experiencia interior es imposible. Por esa razón concluye que en vez de recubrir esa imperfección con especulaciones vanas, lo que se necesitaba era investigar y más investigación, "que instruya al hombre sobre sí mismo y sobre su posición en el mundo. La idea de una historia que fuera pura representación de la idea significaría al mismo tiempo la renuncia a ella como camino propio hacia la verdad".[78] El sentido de la historia hay que encontrarlo en ella misma "por acongojante que ésta pueda ser". El paso de lo efímero se constituye en el verdadero fundamento de la historia "pues en el mismo pasar está el misterio de la inagotable productividad

[75] Gadamer, *Verdad y método*, pp. 268-269. El "comprender" en Ranke contiene por ello una carga cuasirreligiosa.

[76] Gadamer, *Verdad y método*, pp. 254-255.

[77] Gadamer, *Verdad y método*, pp. 256-257.

[78] Gadamer, *Verdad y método*, p. 257.

de la vida histórica". Ranke escribe: "Toda acción que verdaderamente forme parte de la historia universal, que nunca consistirá unilateralmente en pura destrucción sino que en el momento pasajero del presente acierta a desarrollar un porvenir, encierra en sí un sentimiento pleno e inmediato de su valor indestructible".[79]

Por eso el pasado ya no puede instruir al presente, puesto que —y aquí Ranke se encuentra con Herder y Hegel— el aura de una época clásica heroica ha quedado atrás. No obstante lo anterior, se mantiene el problema de cómo pensar la unidad de la historia universal y cómo justificar su conocimiento. Ni la posición preferente de la antigüedad clásica propia de las "modernidades tradicionales" (véase el capítulo 2) ni la del presente o la del futuro, ni la decadencia ni el progreso, esquemas básicos tradicionales de la historia, según Ranke, "son compatibles con un pensamiento auténticamente histórico" que surge "según leyes causales estrictas: lo que se ha seguido representa el efecto y el modo de lo que le ha precedido, en una luz clara y común". Ranke acude a la expresión de "un nexo ininterrumpido de vida" para explicar lo que une a la diversidad de los hechos humanos que es puro "devenir".[80]

Si no hay *telos* fuera de la historia, entonces en la historia no domina ninguna necesidad que se pueda percibir *a priori*. Por otra parte aparece un principio que ordena esa diversidad, ese "nexo ininterrumpido de vida", que se va a traducir, como lo señala Gadamer, en la idea de éxito, fuerza, poder, conflicto. Éste es el nexo que dota de sentido o sin sentido a los hechos. De esa manera, la estructura ontológica de la historia, aunque carezca de *telos*, es en sí misma teleológica. Su devenir se desarrolla en escenarios en donde "las libertades" de los humanos se disputan el poder. Estas fuerzas en conflicto son las que ofrecen su articulación a la historia.[81]

La modernidad historiográfica de Ranke se puede leer, por ello, a la luz de la idea de conflagración mundial como articuladora del sentido de la historia. De modo que ese "algo completamente distinto" mencionado arriba no es sino una especie de fuerza vital instintiva que se impone como racionalidad explicativa del acontecer humano. "No hay ni ha habido pueblo ajeno a todo contacto con otros", sentencia Ranke; pero "hay unos pueblos que se destacan sobre otros por su poder [e] influencia". Si se identifica a los pueblos victoriosos, se puede luego ver cómo de éstos

> irradian las transformaciones que el mundo experimenta para bien o para mal. Por tanto, la atención del historiador deberá enfocarse, no hacia los

[79] Gadamer, *Verdad y método*, p. 259.
[80] Gadamer, *Verdad y método*, p. 259.
[81] Gadamer, *Verdad y método*, pp. 259-260.

conceptos que parezcan imperar en algunos, sino hacia los pueblos mismos que representan un papel activo en la escena de la historia, hacia las influencias que ejercen los unos sobre los otros, hacia las luchas que entre sí sostienen, hacia la trayectoria que desarrollan dentro de estas relaciones pacíficas o guerreras.

El poder para Ranke no es sino

la forma de manifestarse un ente espiritual, un genio propio dotado de vida propia, que se ajusta a condiciones más o menos peculiares y que se crea su órbita propia de acción. Pues bien, la misión de la historia consiste en percibir, en observar esta vida, que no es posible señalar por medio de un concepto o de una palabra. El espíritu, tal como se manifiesta en el mundo, no tiene ese carácter conceptual: llena con su presencia todos los límites de su existencia y no hay en él nada casual, pues sus manifestaciones tienen su fundamento en todo.[82]

Así, descubrimos que el concepto de fuerza se asocia al de libertad. Esta noción de fuerza había sido tomada por Herder de Leibniz que luego transportó de la física para el análisis del mundo histórico. La condición para ser fuerza es su demostración, pero también su capacidad para desencadenar efectos.[83] Por eso la fuerza no es nada si no se exterioriza.

Ésta es una de las razones por las cuales el historiador llega siempre tarde a los acontecimientos: necesita que estos se hayan manifestado para poder ser interpretados. A diferencia del político, no tiene capacidad de planificar porque lo que le compete es observar cómo se comportan las fuerzas sociales en pugna. Su historia será sólo una representación imperfecta porque el motivo de su representación no son los planes sino lo que se experimenta. "No son los planes ni las concepción de los que actúan lo que representan el sentido del acontecer, sino los efectos históricos que hacen reconocibles las fuerzas históricas".[84] Para el historiador esto es decisivo: "Sabe que todo hubiera podido ser distinto, que cada individuo que actúa hubiera podido también actuar de otra manera. La fuerza que hace historia no es un momento mecánico".[85]

Si domina el azar y la contingencia se abre de nuevo la cuestión acerca de qué es lo que enlaza un acontecimiento con otro.[86] Este problema podía ser resuelto antes, cuando se aceptaba que el juicio del presente se

[82] Ranke, "Historia y filosofía", en *Pueblos y estados en la historia moderna*, pp. 519-520.
[83] Gadamer, *Verdad y método*, p. 261.
[84] Gadamer, *Verdad y método*, p. 263.
[85] Gadamer, *Verdad y método*, p. 262.
[86] Gadamer, *Verdad y método*, p. 264.

hacía a partir de un modelo previo o plan de la historia. En la posición de Ranke ese espacio, en principio, se encuentra ahora vacío de contenido. Lo que el análisis de Gadamer desnuda es que ese llegar a la investigación de los hechos sin "ninguna opinión previa" es sólo aparente, pues Ranke sigue presuponiendo que los hechos guardan entre sí una unidad.

3.8 Reflexiones finales: el romanticismo de la historiografía moderna y su crítica

Llegamos así al núcleo y punto final de nuestras reflexiones. Hemos visto que Ranke es portador de una tradición de crítica textual que le antecede, y de una corriente de pensamiento que hace del presente y del ojo del observador el eje que articula el acontecer histórico. En esta operación el presente queda escindido: sólo se hace observable a través de la diferencia que hay entre el pasado conocido por el historiador y el futuro delineado por el político. Al no esperar ya que el pasado aleccione al presente, el futuro se percibe como incierto, como creativo. Del pasado no queda nada por imitar; sólo su conocimiento. Surge así la historia por la historia misma. Pero incluso la dirección que tome ese conocimiento no está prescrita antes de su manifestación. En ese sentido, podemos decir, Ranke es uno de los historiadores que inauguran la arquitectura de la memoria histórica moderna basada en la idea de proyecto siempre inacabado. Se sabe, se piensa, hasta que se escribe. Michel de Certeau diría: hasta que se hace historia. Es moderna porque ya no se trata de copiar a un modelo externo o de llevar a cabo una formulación predeterminada.[87] Éste no es sino el comienzo indicado en el cuerpo del capítulo acerca de si en la modernidad es o no posible vivir sin relatos históricos no teleológicos.

Tradicionalmente el arte aspiró a imitar la realidad, sin distinguir inicialmente los planos de la composición; de ahí surgió la necesidad de desarrollar una teoría de la perspectiva. En el caso de la historiografía, como el presente tendía a imitar al pasado, el anacronismo no era un problema; así el pintor o el narrador de historias acostumbraba a vestir el pasado con los ropajes del presente. Al ser el pasado ejemplar, éste servía de modelo, de marco de fondo, para leer el presente.

La concepción representada por Ranke rompe con la idea de imitar el pasado, de tal modo que toda historiografía se vuelve expresión, creación. Esta idea, aunque no es original de Ranke, se vincula con la noción cartesiana de que la única certeza de que disponemos es nuestra propia actividad de pensar. Por lo tanto, se postula la práctica de la autoexplo-

[87] Taylor, *Fuentes del yo*, p. 396.

ración y las formas de autocontrol como las vías del conocimiento de sí mismo y del mundo. Simultáneamente se sientan las bases para el desarrollo de la idea de la independencia responsable y la particularidad de cada individuo.[88] Desde esa perspectiva la noción de pecado se relaciona ahora con la incapacidad de ejercer el libre arbitrio. En ese momento, el yo moderno se desprende de una esencia perenne, para buscar encontrarse con la esencia de las cosas marcadas por su caducidad, que produce un sentimiento de melancolía, y que se confirma en la mente por la escritura. No sin razón, la pregunta que obsesiona desde el siglo XVII en Europa es del orden de la política: ¿cómo se obtiene el consenso en medio de la dispersión de las individualidades?

Ahora bien, lo que separa a Rousseau de Descartes es su sospecha de que no basta el entendimiento para conseguir la transparencia del yo y del mundo;[89] hace falta el ejercicio, adiestramiento y transformación de la voluntad. La educación moral se convierte, por eso, en otra de las obsesiones del mundo moderno;[90] y toma un sesgo eminentemente voluntarista que se puede resumir en aquella máxima de "¡querer es poder!" Tanto el sentimiento de melancolía producido por un nuevo sentido de la temporalidad, como el compromiso con la voluntad, son rasgos distintivos de lo que se conoce como movimiento romántico.[91]

Así, podemos afirmar que sin el impulso del romanticismo no habría historiografía científica. Una de las preguntas y bases del programa de Ranke es acerca del lugar donde se encuentran las fuentes y origen de toda perfectibilidad futura del conocimiento sobre el pasado. Si el modelo del futuro ya no se localiza en el pasado (de éste sólo quedan sus ruinas), entonces habrá que indagarlo en los misterios de la naturaleza recubiertos o aderezados por la acción del hombre. El romanticismo, en efecto, parte de la noción de la naturaleza como fuente. Descubrimos sus secretos al compenetrarnos con ella. Según Goethe, la naturaleza humana sabe que va unida al mundo. El mundo exterior es sólo la contraparte del mundo interior de las sensaciones.[92]

[88] Taylor, *Fuentes del yo*, p. 201.

[89] Taylor, *Fuentes del yo*, pp. 376-377.

[90] *Cf.* Carlos Mendiola Mejía: *Exposición sistemática del concepto "yo" de la* Crítica de la razón pura, tesis de licenciatura en filosofía, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 1989. En este estudio riguroso y sistemático sobre Kant, puntal de la filosofía moderna, se concluye: "Para que el yo cognoscente sea posible es necesario un yo moral responsable de sus afirmaciones", p. 227.

[91] *Cf.* Isaiah Berlin, *Las raíces del romanticismo*, ed. Henry Hardy, Madrid, Taurus, 2000. Con su inteligencia Berlin nos ayuda a entender algunas de las dificultades para definir en una sola dirección el movimiento romántico, así como para reconocer hasta dónde estamos todavía bajo su influencia.

[92] Taylor, *Fuentes del yo*, p. 484.

El fondo deísta de esta concepción radica en concebir que la voz de Dios se ha convertido en la voz de la naturaleza; por eso en esencia se le considera como buena; pero este impulso originalmente bueno ha degenerado en manos del hombre. La naturaleza se asemeja a la voz interior de la conciencia. Hay que añadir que la "naturaleza" (y no la historia) es la portadora de todo saber y enseñanza.[93]

A la luz de lo anterior se puede ponderar la nueva valoración del *archivum* —"esa librería de los originales" que menciona ya el diccionario de Nebrija. Supone sumergirse en la conciencia de la humanidad para indagar sin prejuicios e imparcialidad sobre ese pasado "natural" de la humanidad. No importa qué tan detestable o amable sea el carácter de lo acontecido; se trata de ver las cosas tal como fueron. Esta posición puede explicar en parte la impresionante expansión que tendrá en el futuro la investigación y la escritura documental. Para ello será necesario cultivar una voluntad férrea y perseverante, y sobre todo, la afirmación y defensa de la independencia de juicio, sobre el de los demás.[94] El único "método" consiste en salir a la escucha de sí mismo para ser testigos fieles de lo acontecido.

Este regreso de la modernidad a las fuentes antes de su interpretación o malversación no está ligado a un plan predeterminado, pues se intenta ver como si fuera la primera vez el pasado desde sí mismo. La idea de la historia de Ranke se resiste por eso a proceder deductivamente con el pasado, intentando romper con la teodicea hegeliana.

Respecto de Hegel, la cuestión es saber si su distanciamiento con la filosofía respondió a una decisión meramente burocrática para darle un lugar específico a la historia en el ámbito universitario, o si se trata de la ingenuidad de Ranke de no vislumbrar que en sus investigaciones procede tan teleológicamente como el "filósofo" Hegel.[95] Lo más probable es que son las dos cosas; lo decisivo, sin embargo, es que sin saberlo del todo, la escuela histórica representada por Ranke quedó cercada por una especie de "teología negativa", ya que si lo que domina en la historia es la imperfección, ésta presupone necesariamente un modelo de perfección absoluta, sin tiempo.[96] Por contraste, la conciencia del historiador "representa la perfección de la autoconciencia humana" sellada por la

[93] De hecho, los jardines ingleses sustituyeron a los neoclásicos, para provocar buenos sentimientos, para hacer a las personas más dignas, más buenas. El regreso a la naturaleza como fuente de todo bien futuro implica aprender a descifrar sus secretos. La escritura de la historia se podría leer a la luz de la jardinería inglesa como un lugar de ensueño. *Cf.* Ch. Taylor, *Fuentes del yo*, pp. 316 y 318.

[94] Taylor, *Fuentes del yo*, pp. 281-282.

[95] Gadamer, *Verdad y método*, pp. 265-266.

[96] Gadamer, *Verdad y método*, pp. 265-266.

temporalidad. No es casual, por ello, que Ranke compare el oficio de la historia con el del sacerdocio. Mientras que el sacerdote busca restaurar la inmediatez que precedió a la caída del pecado por medio de la dispensa de la gracia, el historiador "también participa de ella al hacer objeto de su investigación a esta humanidad caída en la historia y al reconocer la inmediatez hacia Dios que nunca perdió del todo".[97] Sobre este fondo panteísta se puede entender mejor aquella frase de los inicios del capítulo con relación a que Ranke desearía disolver su propio yo para dejar hablar a los hechos por sí solos.[98] Aunque parezca lo contrario, como apunta Gadamer, esa negación significa lógicamente una forma de participación.

Actualmente hablamos en el campo de las ciencias sociales y de las humanidades del giro lingüístico o comunicativo. Charles Taylor habla del "giro expresivista" para caracterizar el pensamiento y la sensibilidad románticos que consideran la representación de la naturaleza como "la fuente". La imagen popular del romanticismo se asocia a la idea de reacción contra el materialismo y el pensamiento ilustrado. Se le caracteriza como conservador.[99] También como reacción a las normas del arte neoclásico en el arte, como un regreso a "la naturaleza". En la literatura se le ve como un combate en contra del racionalismo y a favor del sentimiento, de la tradición, y una afirmación de la imaginación y del individualismo. Lo fundamental, empero, es la noción de una voz o pulsión interior, la idea de que la verdad se halla en nosotros, en particular, en los sentimientos.

A este respecto Rousseau es sólo el punto de partida del escuchar la voz propia, o de dejar correr el impulso de la naturaleza que llevamos dentro. Ranke es su amplificador, al tomar de Herder la idea de la naturaleza como un gran torrente de resonancia que fluye a través de todas las cosas, de pensar en el hombre como el "epítome y mayordomo de la creación". El acceso a ese mundo es primordialmente interior, no conceptual. El acceso a la verdad no es ya designio de Dios, sino de la convicción interior;[100] en ese ámbito se da la unidad inmediata entre lo sensual y lo espiritual aunque no lo pueda probar; tampoco el adversario podrá probar lo contrario.[101] En ese punto radica el problema de fundar la nueva objetividad científica basada en pruebas representada por Ranke. ¿Cómo asegurar que se ha desentrañado el secreto que esconde el pa-

[97] Gadamer, *Verdad y método, Ibid.* p. 268.
[98] Gadamer, *Verdad y método, Ibidem.*
[99] Por ejemplo, P. Novick, *Ese noble sueño...*, pp. 40-41.
[100] Taylor, *Fuentes del yo*, p. 391.
[101] Taylor, *Fuentes del yo*, pp. 585; 20.

sado? Al mismo tiempo, precisamente porque la historia es un enigma, sólo es posible entenderla participando de ella. El historiador lo hace por medio de la investigación siempre en marcha.

En su dimensión expresiva la historiografía que nos hereda Ranke es en esencia una historia política concebida como un campo de fuerzas que pide una explicación causal, y cuya valoración se mide en términos de éxito o fracaso. Es una historia-escritura que pide un nuevo lenguaje que sustituya las viejas formas de la alegoría. No por eso, sin embargo, deja de ser literatura. Ranke mismo nos lo recuerda en alusión —no sin ironía— a Tucídides, uno de los clásicos de la historiografía:

> La historia forma parte de la literatura, pues su misión consiste en hacer ver de nuevo cómo ocurrieron los sucesos y cómo eran los hombres del pasado, guardando el recuerdo de ello para todos los tiempos.[102]

Convertida la historia en escritura, Ranke se ve obligado a tener que hacer uso de ciertos conceptos generales, como el de fuerza, para explicar a sus lectores cómo ha sido el pasado, por qué ha sido de esa y no de otra manera.

Reconocer la presencia de los conceptos en toda investigación histórica es una invitación[103] a pensar de nuevo el yo del historiador y su lugar social, ya no como conciencia natural, originaria, depósito de toda verdad futura, al modo romántico; sino como un espacio social mediado por el lenguaje, el propio del historiador y el específico del pasado. Esta posibilidad se abre en la medida en que se renuncie a la ilusión de "objetividad" impulsada por el "giro expresivista" del romanticismo y se dé entrada al "giro lingüístico" o comunicativo. Este paso implica dejar atrás un yo que simula autoinmolarse en aras de una verdad que lo trasciende, y asumir más bien su responsabilidad en la tarea de dar forma a la escritura de la historia moderna. Finalmente, no se puede negar el carácter prescriptivo de esa clase de escritura en la indicación de lo que se debe pensar o no, de sí mismo, de la sociedad y de la nación.

[102] Ranke, *Pueblos y estados*..., pp. 514-515.

[103] Como lo sugiere Paul Veyne (*Cómo se escribe la historia. Ensayo de epistemología*, tr. Mariano Muñoz Alonso, Madrid, Fragua, 1972), en el ámbito francés, y Reinhart Kosselleck en el alemán.

4. CONDICIÓN DE SUBALTERNIDAD, CONDICIÓN POSMODERNA Y SABER HISTÓRICO

Desde su fundación la historiografía moderna no ha dejado de remozarse. No han faltado los intentos por mejorar su funcionamiento y por dotarla de una mayor legitimidad en el campo de la ciencia. Como se sabe uno de los proyectos más exitosos de renovación y ampliación lo constituye el grupo reunido alrededor de la revista de *Annales d'histoire économique et sociale* fundada en 1929, cuyo desarrollo vino a ocupar en el siglo XX el sitio dejado por la escuela histórica alemana.[1] Muchos de estos esfuerzos son el resultado de las transformaciones de la geopolítica mundial pero también de la aparición de nuevos sujetos sociales, como el feminismo, las movilizaciones sociales masivas y, en general, las nuevas posibilidades abiertas por los medios masivos de comunicación.[2]

La historiografía que se perfila a principios del siglo XX está llena de optimismo debido a sus logros en el conocimiento del pasado, pero también de dudas acerca de su completa aceptación en el reino de las ciencias experimentales. En algún momento se intentó subsanar esta ambigüedad con la incorporación de técnicas de investigación desarrolladas en otros ámbitos disciplinarios o aplicando nuevas tecnologías para la formación de nuevos archivos. De esa manera, sin duda, la historiografía enriqueció y amplió el legado decimonónico, pero no consiguió conjurar la ambigüedad respecto de su identidad.[3] En todo caso, siguió trabajando de acuerdo con las pautas establecidas durante el periodo romántico, esforzándose en seguir depurando y ajustando un lenguaje histórico lo más apropiado y exacto posible a un objeto de estudio que era, sin em-

[1] Véase el manual de Charles-Olivier Carbonell, *La historiografía*, tr. Aurelio Garzón del Camino, México, FCE (Breviarios, 353), 1986.

[2] "¿Es acaso una simple casualidad —se pregunta Michel de Certeau— que se pase de la 'historia social' a la 'historia económica' durante el periodo entre las dos guerras mundiales, cuando ocurre la gran crisis económica de 1929? ¿Es una casualidad que la historia cultural se imponga en el momento en que se impone por todas partes, junto con las diversiones y los medios de difusión masiva, la importancia social, económica y política de la 'cultura'?, etcétera". Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, p. 78.

[3] Véanse al respecto las reflexiones de Carl E. Schorske, "La historia y el estudio de la cultura", en *Pensar con la historia. Ensayos sobre la transición a la modernidad*, tr. Isabel Ozores, Madrid, Taurus, 2001, pp. 355-376.

bargo, cada vez más complejo. No nos corresponde por ahora hacer la revisión de estas reformas,[4] sino tan sólo indicarlas con el fin de entender y valorar el significado de las contribuciones de otro grupo de historiadores que —de manera análoga al de los primeros *annalistes*— se ha propuesto no únicamente reformar la disciplina sino llevar el pensamiento histórico hasta sus propios límites.[5]

Este capítulo nos introduce, por tanto, a la revisión de algunos de los soportes teóricos críticos advertidos en el recorrido que hemos hecho a través de las huellas de Ranke. No se trata de hacer el examen completo y exhaustivo de una experiencia historiográfica demasiado rica y en movimiento, sino de fijar la atención en algunos puntos cardinales y proseguir las reflexiones sobre la formación de la historiografía moderna y algunos de sus problemas, enfocándonos particularmente en aquellos aspectos relacionados con la epistemología, la objetividad y la cuestión relacionada con la teleología.

El proyecto historiográfico conformado alrededor de la publicación periódica *Subaltern Studies* (Estudios de la subalternidad), en comparación con otros de igual trascendencia, tiene la particularidad de asumirse desde una posición política (el rescate de los sujetos subalternos), pero coincide en la necesidad de introducir en la práctica de investigación la reflexión sobre la forma como se constituye la producción del saber sobre el pasado. La conjunción de la teoría y práctica de la historia permite dar especial atención al fenómeno de la escritura del pasado y sus implicaciones políticas en la configuración de las identidades de las sociedades modernas. La posición política inicialmente asumida desde la subalternidad no impide, en ese sentido, el reflexionar sobre algunos aspectos sustantivos de la epistemología moderna de la historia. Una de las cuestiones centrales es acerca de la expectativa rousseauniana y rankeana de llegar a una completa depuración del lenguaje para dar cuenta con fidelidad del pasado y la necesidad de pensar las relaciones entre la *Historie* (saber) y la *Geschichte* (historia) a partir de nuevas bases. La incor-

[4] Para una historia de estas reformas en el ámbito estadunidense, véase el libro de Peter Novick, *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, 2 vols., 1997. Para el ámbito francés, véase Gérard Noiriel, *Sur la "crise" de l'histoire*, París, Belin, 1996. También se puede consultar en ese sentido, Guillermo Zermeño Padilla, comp., *Pensar la historia. Introducción a la teoría y metodología de la historia en el siglo xx*, México, Universidad Iberoamericana (Antologías universitarias, 1), 1994. Un balance hecho desde el "atraso español" se encuentra en Julián Casanova, *La historia social y los historiadores. ¿Cenicienta o princesa?*, Barcelona, Crítica/Grijalbo, 1997 [1991], 1a. reimpresión.

[5] En alusión al epígrafe tomado de Althusser "Push thought to extremes" por Dipesh Chakrabarty, "Postcoloniality and the Artifice of History", en *Provincializing Europe. Postcoloniality and Historical Difference*, Princeton, Princeton University Press, 2000, pp. 27-46.

poración de la reflexión del historiador sobre su práctica es una de las formas posibles de enfrentar la cuestión acerca de la crisis de identidad de la disciplina de la historia en las sociedades complejas.

Para dar una idea del significado de esta corriente historiográfica nos concentraremos particularmente en tres aspectos: en primer lugar se trata de situar el lugar teórico-político en el que se inscribe este proyecto, para en seguida hacer lo mismo con el lugar crítico-estratégico, enfatizando su significado no sólo político, sino historiográfico y, finalmente, intentar observar algunas de sus implicaciones metodológicas para la formación y depuración de la escritura de la historia. Los tres puntos se entrelazan alrededor de un tema central: la presentación de esta propuesta como una alternativa para la superación de una ciencia de la historia que dadas sus condiciones iniciales no acaba de cumplir del todo las expectativas en las que se funda. La pregunta decisiva es saber hasta dónde este modelo representa una alternativa viable y legítima para la historia. Es necesario analizar si se pueden traspasar con éxito los límites o bordes teóricos que circunscriben al pensamiento histórico moderno para revalorarlo, justamente, a la luz de aquello que ha dejado en la sombra.

En la propuesta de *Subaltern Studies* está en juego de manera sustancial el análisis de la *forma-escritura-de-la-historia* en la modernidad, no sólo en términos tropológicos,[6] sino a partir del desplazamiento del principio de enunciación o eje de la observación del pasado, de las élites a los subalternos. Pero dentro de este eje se debe considerar otra distinción: no se trata simplemente de cubrir "olvidos" historiográficos —lo que genéricamente queda englobado en lo que se conoce como "historias desde abajo"—, sino de avanzar en el proceso de rectificación de un núcleo epistemológico que por su misma naturaleza no es capaz de rendir tributo a aquella zona de sombras o contraparte de la historia. Michel de Certeau hace mención expresa de ese caudal de la experiencia humana que no ha sido posible domesticar ni simbolizar a través del lenguaje desarrollado por la historiografía moderna.[7] En ese sentido este grupo plural e interdisciplinario de historiadores especialistas en el sur de Asia recuperan en un alto grado de complejidad la cuestión acerca de los límites y alcances de la historiografía moderna. De esa manera, pensamos que es posible proseguir las reflexiones emprendidas a lo largo del libro en torno al lugar que ha ocupado y puede ocupar la historiografía moderna, en particular en cuanto a su función crítica.

[6] *Cf.* Hayden White, *Metahistoria.*

[7] *Cf.* Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer,* tr. Alejandro Pescador, México, Universidad Iberoamericana, 1996, p. IV: pp. 57-58. Especialmente el capítulo V, "Artes de la teoría".

4.1 Escritura, nación e historiografía

En 1846 el gran historiador francés Jules Michelet, en un arranque de patriotismo y de identificación con "el pueblo", ofrecía su libro sobre "el pueblo". Hacía aparecer a su versión como una copia fiel de la experiencia "pueblerina". Pero utilizaba en esta mediación una palabra muy propia de la época: su propio yo era el garante de que lo expresado en su escritura se correspondía con lo ahí representado. "Este libro es más que un libro: es yo mismo. Por eso os pertenece. [...]Toda la diversidad de nuestros trabajos germinó desde una misma raíz viva: el sentimiento de la Francia y la idea de la Patria. Recibid pues este libro del Pueblo porque él es vos y él es yo. [...] Ha salido de mi experiencia, mucho más que de mi estudio. [...] Para conocer la vida del pueblo, sus trabajos, sus sufrimientos, me bastaba con interrogar mis recuerdos".[8] Por provenir del pueblo le bastaba con interrogar a su experiencia interna para contar la historia del pueblo. Una formulación nada distante de aquel propósito de Rousseau evocado en el principio del capítulo anterior, sólo que ya no está presente aquella duda relacionada con las dificultades para transmitir mediante la escritura la experiencia interna. Se da por supuesto que la escritura es capaz de transmitir la propia experiencia.

Si consideramos algunas de las críticas hechas a la historiografía moderna durante las tres últimas décadas vemos que una de estas tiene que ver con el carácter etnocentrista y fetichista adjudicado a la escritura.[9] En ese sentido, las investigaciones de los historiadores de la subalternidad, aun cuando tratan de una región geográfica específica, forman parte de este movimiento historiográfico más amplio interesado en desarrollar un nuevo "estilo académico" con respecto a "las maneras de escribir la historia".[10]

El examen de la nación y su escritura es uno de sus focos de atención principales. Mientras Michelet alude al "pueblo" para designar a la nación francesa, Ranajit Guha, fundador de *Subaltern Studies*, utiliza indis-

[8] Jules Michelet, *El Pueblo*, tr. Odile Guilpain, México, UNAM/FCE, 1991, p. 7. Locución de Michelet transmitida a su amigo Edgar Quinet.

[9] Por ejemplo, Alessandro Portelli, "The peculiarities of oral history", en *History Workshop*, 12, otoño 1981, pp. 96-107. La apertura de la "historia oral" permitió observar las peculiaridades de la "historia escrita" y así provocar su descentramiento. Véase también, Roger Chartier, "El mundo como representación", en *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, tr. Claudia Ferrari, Barcelona, Gedisa, 1992, pp. 45-62.

[10] Saurabh Dube,"Historia desde abajo en India", tr. Germán Franco Toriz, en *Estudios de Asia y África*, 103, México, El Colegio de México, mayo-agosto, 1997, p. 217. Para profundizar se puede consultar la excelente compilación reunida por Saurabh Dube en *Pasados poscoloniales*.

tintamente la noción de *pueblo* y *clases subalternas* para designar lo contrario: aquello de lo que carece la nación para ser tal. Más bien indica una separación entre las formas de representación discursivas y las prácticas. Alude en ese sentido a ese "resto" anónimo aludido por De Certeau, y lo contrasta con el término "élites".[11] A partir de estas distinciones —historia/saber histórico, subalternos/élites— se sientan las bases para desarrollar investigaciones teóricas y etnográficas que arrojen nueva luz sobre la formación cultural de la nación moderna.

Para entrar en el tema me basaré en algunas reflexiones de Roger Chartier tomadas de su libro sobre *Los orígenes culturales de la revolución francesa.*[12] A partir del trabajo de Jürgen Habermas *Historia y crítica de la opinión pública,*[13] Chartier señala que hacia la segunda mitad del siglo XVIII apareció una esfera de opinión pública propia de una nueva clase: la burguesía. Este ámbito se caracteriza por la circulación y el intercambio de autores que escriben y leen lo que se escribe. La clase de temas que ahí se debaten permiten que progresivamente se constituya un poder "cultural" que ya no depende de las autoridades establecidas —la Iglesia y el Estado— sino de las reglas que sus mismos participantes le van imprimiendo. Teóricamente este modelo de comunicación y participación social no conoce más límite que el que le impongan sus participantes. Pero se trata asimismo de un circuito de comunicación que excluye no sólo a los cortesanos sino también al pueblo. Es en ese sentido un espacio perteneciente a las "élites".

Visto a la distancia, es decir, desde la consumación de la idea de la nación moderna, se ha querido leer la construcción de ese "ámbito burgués" como anticipación y precursor de la formación del espacio de opinión pública nacional moderno. Se querría ver en estos pequeños círculos de letrados el embrión de lo que posteriormente vendría a ser la sociedad civil orquestadora de una sociedad política supuestamente democrática. Las bases de esta argumentación —que pueden muy bien ser discutibles— se apoyan en el carácter simbólico de una práctica de comunicación que nominalmente dota a todos sus participantes de los mismos derechos, generando la ilusión de la desaparición de privilegios y divisiones propios del antiguo régimen.

[11] Ranajit Guha, "Sobre algunos aspectos de la historiografía colonial de la India", en Silvia Rivera Cusicanqui y Rossana Barragán (comps.), *Debates post coloniales: una introducción a los estudios de la subalternidad,* La Paz, Bolivia, SEPHIS, 1997, pp. 31-32.

[12] Roger Chartier, "Espacio público y opinión pública", en *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución francesa,* tr. Beatriz Lonné, Barcelona, Gedisa, 1995, pp. 35-50.

[13] Jürgen Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública,* tr. Antonio Domenech, Barcelona, Gustavo Gili, 1981.

Un hecho fundamental parece marcar este nuevo orden comunicativo que tenderá a generalizarse en la sociedad, al menos formalmente. El mundo de las creencias avaladas en autoridades bien establecidas será sustituido por un mundo regido por las opiniones de cada uno de los participantes. En este marco, la formación del juicio propio adquiere primacía y encuentra en el público en general al juez supremo. De hecho, se puede observar que paulatinamente las mismas autoridades tradicionales se verán forzadas a someter sus dictámenes ante los tribunales públicos transformados en parlamentos o cámaras de representantes.

El estudio de Habermas demuestra que este proyecto social-comunicativo propio de las élites "burguesas" contiene algunos aspectos problemáticos. Si bien por un lado supone la ampliación del espacio de la "crítica" gracias a una mayor circulación de las ideas favorecida por el desarrollo de los medios de impresión y de la creación artística, sin embargo, muestra al mismo tiempo una limitación fundamental: su funcionamiento opera con un mecanismo de exclusión. Por una parte, es cierto que la prensa y sus órganos de difusión permiten trascender los espacios circunscritos a la comunicación cara a cara, y proporcionan a las comunicaciones un radio de acción mucho más amplio, y sobre todo, permiten su conservación después de la emisión. Los medios impresos favorecen la posibilidad de examinar las comunicaciones cuantas veces se juzgue necesario, e incluso la de elaborar lenguajes con un grado mayor de generalización y representatividad, pero también de especialización. Por otra parte, dadas las condiciones mismas del lenguaje escrito y de su contenido, los mensajes transmitidos no son patrimonio directo de la sociedad en su conjunto, ya que en ese periodo no todos tienen acceso a esos medios, ni tampoco pertenecen a esas esferas de opinión.

Esta situación originó al debate político y filosófico acerca de la representación política y la representatividad de las opiniones emitidas. ¿Cómo medir el grado de representatividad de las opiniones? ¿Qué retóricas o estrategias comunicativas desarrollar para hacerlas evidentes ante los demás? Las élites políticas que participan de esta esfera de opinión eran conscientes de esa limitación, razón que les permite pensarse como promotoras de la necesaria capacitación del "pueblo" para su integración en dichos espacios públicos de opinión. La incorporación del "pueblo" a la cultura escrita es uno de sus presupuestos básicos y desde entonces no han faltado las campañas educativas, de escolarización y moralización. En este proceso de civilización o incorporación de las masas a "la mayoría de edad", las élites se proclamaron a sí mismas —un ejemplo lo tenemos en Michelet— en representantes y tutores del "pueblo". De esa manera el "pueblo" podía adquirir presencia pública a través de sus intérpretes autorizados, y éstos a su vez, ganar y adquirir legitimidad y peso frente a sus iguales.

La filosofía de Kant vislumbró la cuestión relacionada con la distancia existente entre la palabra escrita y la hablada, entre las formas jurídicas y las sociales, entre el mundo de las representaciones políticas y sociales. El problema consistía en cómo fundar y hacer crecer una esfera de comunicación delimitada y orientada en principio por la circulación de las ideas y de las mercancías. Por otra parte, se observaba que las metas proyectadas a través de la escritura y el cálculo, sólo se cumplían socialmente de manera restringida. Kant estableció entonces que el único principio universal que debía regir los intercambios tendría que ser "la razón", un principio por lo demás sumamente amplio y abstracto. Tomando en cuenta las costumbres y los hábitos "ancestrales", para acceder a la edad de la "razón" se hacían imperativas las campañas educativas y moralizadoras aludidas. Sólo de esa manera sería posible conformar progresivamente una nueva ciudadanía en sentido moderno.

La razón como único presupuesto válido para la construcción de una nueva sociedad encontraba su complemento en la necesidad de educar y moralizar, ya que se reconocía que las tradiciones eran todavía operantes. Desde la "razón ilustrada" se emprende una lucha contra la tradición englobada en la noción de "prejuicio". Kant no desconoce que en la formación del juicio interviene el prejuicio. Pero de lo que no era tan consciente es que ese mismo mundo de prejuicios afectaba también a la misma razón ilustrada. Basta analizar, como lo sugiere Chartier, el modo como los ilustrados o la "élite filosófica" hablaba del pueblo.[14] Sus juicios se basaban en preconceptos generalmente negativos. De hecho en la supuesta ofensiva romántica contra la Ilustración se encuentra una forma de domesticación de lo popular mediante el supuesto descubrimiento del origen en el *folk*, que sienta las bases del desarrollo de una literatura plagada de detalles costumbristas y supuestamente representativa de lo auténticamente popular.[15]

De acuerdo con lo anterior, la verdad del modelo racionalista ilustrado no era una función del modelo en sí, sino del futuro. Su veracidad dependía de la contrastación entre sus formas jurídicas y sus aplicaciones. Su programa consiste en diseñar la manera de ir acortando las distancias entre la palabra y la cosa, entre el ideal y la realidad. En ese sentido la construcción del ámbito de opinión pública moderno que permite ob-

[14] Al respecto, un estudio ejemplar es el de Michel de Certeau, Dominique Julia y Jacques Revel, *Une politique de la langue. La revolution française et les patois*, París, Gallimard (Bibliothèque des Histoires), 1975.

[15] *Cf.* Saurabh Dube, "Historia desde abajo en India", p. 218. En referencia a un comentario de Peter Burke sobre "Historia popular o historia total", en Raphael Samuel, ed., *Historia popular y teoría socialista*, tr. Jordi Beltrán, Barcelona, Crítica/Grijalbo, 1984, pp.71-77.

servar la proximidad o la distancia entre las élites y el pueblo, no puede ocultar tampoco su carácter utópico. El futuro sólo señala un escenario mental a partir del cual juzga si el mundo de las representaciones coincide o no con el de las decisiones efectuadas. Mientras tanto en el campo de la crítica social pueden desarrollarse versiones más optimistas o más pesimistas acerca de esa posibilidad prevista.

Kant desarrolló también la distinción entre el "uso público de la razón" y el "uso privado de la razón" para adentrarse en el problema de la representación. El segundo "uso" pertenece al de los individuos particulares que proceden de acuerdo con sus intereses propios de la cotidianidad, pero que dan cohesión a la sociedad. En cambio el segundo exige un grado mayor de reflexión ya que su motivación no obedece a los intereses particulares sino a los generales, o de la sociedad. Requiere por ello del desarrollo de un lenguaje especializado con un grado mayor de abstracción, pues ha de reflejar al todo social independientemente de su condición social, laboral, institucional o pertenencias familiares, tribales o nacionales. Debido a su carácter abstracto y universal no posee un rostro definido, ya que de tenerlo no dejaría ver sino intereses particulares. Sólo de esa manera dicho espacio es capaz de entenderse bajo el signo de la igualdad, libertad y legalidad, es decir, lo contrario a la identificación de cualquier clase de diferencias.

Si atendemos al esquema conceptual propuesto, se puede observar que está atravesado por una doble lógica de términos opuestos: los intereses particulares y los generales, los individuales y los sociales, los cotidianos y los nacionales. Pero debido a su vocación universalista uno de los términos acaba por ser sacrificado en aras del otro, por ejemplo, lo local en lo nacional, lo micro en lo macro. Asimismo, la conciliación de los opuestos sólo tiene lugar en el campo de las representaciones. Y estas son privilegiadas por el desarrollo de los medios impresos debido a que es en ese espacio donde propiamente se realiza el uso público y no únicamente privado de la razón. Este modelo está tomado de la experiencia de los letrados de la Ilustración supuestamente gobernada por el amor desinteresado por la verdad fundado en la razón argumental. Una de las manifestaciones de estos nuevos usos públicos de la razón se relaciona con los nuevos usos del pasado en la modernidad. De acuerdo con la lógica indicada, un discurso histórico de índole universalista deberá contener los mismos elementos de amor desinteresado por la verdad, imparcialidad y objetividad, es decir, que no sea el reflejo de los intereses particulares del historiador. Su voz debe ser representativa de la voz de la república, que por definición ha de ser la voz del "pueblo".

Después de este pequeño excurso por el sendero de la filosofía y de la historia, llegamos al punto en el que se inscribe una de las querellas

fundamentales abierta por la historiografía de la subalternidad. El problema consiste en saber cómo un modelo de comunicación que originalmente no contempló al "pueblo" consigue incorporarlo durante el periodo nacional en su discurso histórico, de manera que sea su representación fiel y legítima. ¿Cómo puede el historiador moderno traspasar el umbral de sus intereses particulares para convertirse en portavoz auténtico de la generalidad, tomando en cuenta su inscripción en lugares sellados por la particularidad?

Se trata de una cuestión tanto teórica como metodológica pues supone el desplazamiento de un lugar privado a uno público que en esencia pertenece a todos y a nadie en particular. Este tránsito ha sido realizado en la historiografía moderna por lo general mediante una simulación: la del ocultamiento del lugar en el que se produce el discurso a fin de producir el efecto deseado de universalidad y generalidad prescritos. Porque su legitimidad le viene dada por La Historia con mayúscula, el discurso tenderá a borrar también todo aquello que recuerde a las diferencias. El historiador aparece entonces como un pontífice que media entre la voz de los ausentes —el pueblo— y sus contemporáneos.[16]

La crítica historiográfica contemporánea ha mostrado que esa "sociedad civil universal" representada en los impresos tiene solamente un carácter virtual, que si bien manifiesta un deseo de universalidad, adolece generalmente de parcialidad.[17] Al igual que los jurídicos, son textos que no suelen reflejar el mundo de las prácticas referidas, porque su producción remite a una práctica sostenida por la idea de progreso y avance, cuyo límite se vislumbra sólo en términos del deber ser o del futuro. Para los estudiosos de la subalternidad, en cambio, ese futuro se realiza en el mismo presente en que se suscriben las historias. Sólo en esa medida las escrituras se convierten en sujetos de observación.

El siguiente problema se relaciona con la forma como se ha buscado convertir al "pueblo" en "público". Tanto más cuanto los prejuicios ilustrados respecto al "pueblo" se continúan como sinónimo de multitud enceguecida, pasional, ruidosa, caprichosa e irracional, infantil, necesitada

[16] *Cf.* Michel de Certeau, "La historia, ciencia y ficción", en *Historia y psicoanálisis*, tr. Alfonso Mendiola Mejía, México, Universidad Iberoamericana, 1995, pp. 51-75.

[17] Al respecto, véase la crítica de Jacques Rancière, *Los nombres de la historia. Una poética del saber*, tr. Viviana Claudia Ackerman, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1993, a la "nueva historia" de Lucien Febvre-Fernand Braudel. En su análisis de la poética o "reglas según las cuales un saber se escribe o se lee" (p. 17), Rancière muestra la presencia inocultable del sujeto historiador en una intriga supuestamente dominada por fuerzas anónimas e impersonales —el Mediterráneo o el Atlántico, los cambios de clima, etcétera—, en una "historia de los espacios de civilización, de las largas duraciones de la vida de las masas y de las dinámicas del desenvolvimiento económico" (p. 21).

de protección. Chartier destaca además la paradoja de que el "pueblo" suscrito en los diccionarios no es sino la contraparte negativa de lo "público". Bajo el lastre de estas representaciones, una historiografía de la subalternidad lo recupera para la historia como sujeto político activo, sin renunciar a su calidad originaria de subalternidad. Pareciera entonces que la modernidad consiguió fabricar una especie de ontología de la presencia y reconciliación final de los contrarios, antes de su cumplimiento, pero sabiendo ahora que esta ocurre en el nivel de las representaciones, es decir, en la escritura de los historiadores, como Michelet.

Existe, sin embargo, un elemento ulterior que añade un grado mayor de complejidad a la supuesta incorporación de la subalternidad en el discurso histórico: la expansión de los medios de comunicación masivos. Al público perfilado en la ilustración kantiana a partir de los procesos de comunicación mediados por la escritura, se suman ahora los medios audiovisuales que eximen parcialmente de la necesidad imperativa de la alfabetización. Un efecto colateral de esta ampliación comunicativa es la posibilidad de observar los alcances y los límites de la historiografía moderna.[18]

4.2 Historiografía de la subalternidad y condición posmoderna

> Con las palabras "historia y sociedad" del subtítulo se intenta dar forma abreviada a todo lo que implica la condición subalterna. Como tal, no hay nada en los aspectos espirituales y materiales de esa condición, pasados y presentes, que no nos interese.
>
> Ranajit Guha[19]

El proyecto *Estudios de la subalternidad. Escritos sobre la historia y la sociedad surasiática* encabezado por Ranajit Guha comenzó a difundirse en 1982 con el propósito de establecer el contrapeso de una visión historiográfica que había privilegiado el peso de las élites en la formación cultural de la nación. Dentro del marco del nacionalismo moderno esta historiogra-

[18] Véase Niklas Luhmann, "The form of writing", en *Stanford Literature Review*, vol. 91, primavera de 1992, pp. 25-26. Para una ampliación de esta discusión, véase también Alfonso Mendiola y Guillermo Zermeño, "Hacia una metodología del discurso histórico", en Jesús Galindo Cáceres, coord., *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación*, México, Addison/Wesley/Longman, 1998, pp. 165-206.

[19] Ranajit Guha, "Prefacio a los *Estudios de la subalternidad. Escritos sobre la historia y sociedad surasiática*", en Silvia Rivera Cusicanqui y Rossana Barragán, comps., *Debates post coloniales: una introducción a los estudios de la subalternidad*, 1997, p. 23.

fía se había apropiado además de la representación indiferenciada de "lo popular".

En su intento de contrarrestar extrapolaciones fáciles que asumen al "pueblo" dentro del discurso nacional, Guha estaba tocando un problema relacionado con la forma como el pasado se hace observable. De acuerdo con el constructivismo,[20] no hay observación de cualquier clase de objetos que no presuponga una distinción. En la historiografía política moderna la nación ha sido observada a partir de la distinción élites/masas. En ese sentido, a la constitución de la nación moderna por las élites subyace la parte que deja fuera, la de las masas. Pero en toda observación hay un punto ciego: la distinción utilizada no es observable al momento de observar. Para poder observar cómo se observa hace falta una nueva distinción, y para ello se requiere de tiempo; este sería el tiempo o momento de la subalternidad. Esta observación de observaciones es propiamente de índole historiográfica —una observación de la historia a partir de la historia— que permite a su vez a nuevas observaciones etnohistoridadoras. Por eso, en la crítica subalternista se trataría no tanto de descalificar *a priori* la historiografía nacionalista elitista, sino de fabricar una observación más compleja, ya que lo observado depende de las distinciones utilizadas. A partir de estas premisas, el término *compensar* utilizado por Guha puede significar corregir el grado de error o distorsión provocado por una perspectiva que ingenuamente considera que la inclusión de "lo popular" en su mirada se corresponde con el objeto observado.

En ese sentido, existe una proximidad pero también una distancia entre el proyecto subalternista y el de los *annalistas* de la década de 1930. Ambos están agrupados alrededor de una publicación periódica y desarrollan un diálogo crítico con la tradición historiográfica en la que se insertan. Unos y otros intentan llevar a cabo una nueva historia política que no descuide los factores culturales, económicos y sociales. En su momento el proyecto de los *Annales* significó una renovación profunda en relación con la historiografía del siglo XIX. Medio siglo después el proyecto de la subalternidad conduce la historiografía moderna hasta el límite de sus posibilidades, tomando como eje el tercero excluido de la observa-

[20] Para decirlo brevemente, dentro de esta posición se sostiene la tesis de que no hay realidad observada sin observador. El sentido de aquello de lo que se habla o se informa, depende del modo como se realiza la operación de observar. Se puede consultar Mendiola y Zermeño, "Hacia una metodología del discurso histórico", en Jesús Galindo Cáceres, coord., *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación*, p. 191. Para ampliar el sentido de la perspectiva "constructivista" se puede consultar Paul Watzlawick y Peter Krieg, comps, *El ojo del observador. Contribuciones al constructivismo*, tr. Cristóbal Piechocki, Barcelona, Gedisa, 1994.

ción histórica "ilustrada" o "burguesa" —según la denominación habermasiana: el pueblo, los subalternos. A ambos los va separar —como veremos— la cuestión de totalidad histórica que se puede formular con la pregunta acerca de ¿hasta dónde una historiografía puede pretender dar cuenta cabalmente del pasado?

En su intento de renovación y de crítica de la historiografía moderna, el proyecto de la subalternidad retoma el reto lanzado por Kant acerca de cómo hacer realidad una historia en sentido cosmopolita. Pero el momento en que se inscribe este nuevo intento de renovación historiográfica se sitúa desde la otra orilla de la Ilustración. El tiempo de los estudios de la subalternidad ya no es el de Kant ni de sus seguidores, sino el de su futuro realizado, pero experimentado como una imagen invertida de la Ilustración. El proyecto historiográfico encabezado por Ranajit Guha se sitúa, en ese sentido, a una distancia discreta de las ilusiones no cumplidas del proyecto ilustrado moderno. La nueva publicación tiene su origen, nos dice, en la desilusión de los "*Midnight's Children*" —en alusión al título de la novela de Salman Rushdie.[21] Como historiador, Guha ha reafirmado su compromiso con el presente de esta manera:

> Nuestro proyecto pertenece a nuestro tiempo. Debuta en una época de turbulencia, desánimo y perplejidad marcado por las dificultades que enfrenta el nuevo estado-nación de India, por agudos disturbios civiles que amenazan ocasionalmente con desgarrarla, por una ansiedad común en la cual la frustración de los "*Midnight's Children*" nacidos con la independencia se mezcla con la desilusión de las generaciones adultas para producir un descontento explosivo.[22]

La crisis política y social en la India en la década de 1970 originó entre académicos e historiadores un debate en torno al lugar que habían tenido los movimientos campesinos, obreros y grupos tribales en la formación del nacionalismo indio.[23] Al reunirse con Guha en 1981 —historiador entonces de la Universidad de Sussex—, un grupo de jóvenes historiadores se interesó especialmente en el examen de aquello

[21] "*Born to citizenship in a sovereign republic, they had their nationhood with all its promise already constituted for them. It was a promise that relied on the nation-state for its fulfillment. Since that failed to materialize even two decades after Britain's retreat from South Asia, the despair that seized the younger generation in the 1970s could truly be ascribed to a disillusionment of hope*". R. Guha, ed., "Introducción", *A Subaltern Studies Reader, 1986-1995*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1997, p. xii.

[22] R. Guha, "Subaltern Studies: projects for our time and their convergence", texto inédito, p. 2.

[23] Dube, "Historia desde abajo en India", 1997, p. 224.

que propiamente constituye la "cultura y la conciencia" de los sectores subalternos, debido justamente a que los cambios "revolucionarios" esperados no había tenido lugar.[24] Este colectivo no hacía en cierto modo sino retomar la experiencia de muchos intelectuales europeos que debido también a una crisis de "conciencia" frente al curso del socialismo soviético se habían dado a la tarea de rescatar la voz de los subalternos desde sus propios términos,[25] es decir, como sujetos activos de la historia. El reto consistía en cómo era posible descubrir —a partir de los materiales históricos— "a los grupos subordinados *como agentes conscientes de la historia,* que moldearon y fueron moldeados por los procesos sociales, que vivieron e hicieron el pasado". En ese sentido, términos como cultura, conciencia y experiencia se convirtieron en nociones heurísticas fundamentales para entender incluso otros procesos relacionados con la economía o la política. Guha llegó a señalar que el tema central de las investigaciones era el de la cultura que moldeaba a la misma condición de subalternidad.[26] Sólo de esa manera se podrían compensar las carencias de una historiografía que tendía a privilegiar la acción de la élites.

En principio esta perspectiva ha contemplado un doble frente englobado en las nociones y realidades del colonialismo británico y del nacionalismo indio. Este trabajo presupuso revisar la noción de sujeto —clave en el proyecto ilustrado que nutre la formación cultural de las naciones modernas— a fin de abrirse a la posibilidad de restituir a los "subalternos" su papel negado en la historia y, no obstante, siempre presente en "la espesura histórica de la India". Asimismo, no se dejaba de lado la problemática implicada en el hecho de que sobre la administración y el control de los subalternos "se instituyó buena parte del legado documental y del aparato estatal del país" con el que trabajan los historiadores. Al invertir los términos de la observación histórica —de las élites a los subalternos— aparecía también la cuestión acerca de qué tanta hegemonía política podía haber en los sistemas de dominación modernos. Si bien por una lado podía aparecer el pueblo pulcramente vestido en el ropaje

[24] Dube, "Historia desde abajo en India", p. 219.

[25] Me refiero a la corriente historiográfica denominada "historia desde abajo" de gran impacto en el ámbito angloamericano especialmente a través de los trabajos de Edward P. Thompson. Conocida también como "historia popular" generó debates bien conocidos en torno al dilema cultura/naturaleza, que ayudó en muchos sentidos a la democratización de la disciplina al llevar la producción del saber histórico a espacios antes no contemplados, así como reforzó el interés por los estudios de género (*Cf.* La revista *History Workshop*). En los Estados Unidos son conocidos los trabajos de gran influencia de autores como Howard Zinn, Eugene Genovese y Staughton Lynd, entre otros.

[26] Guha, "Prefacio a los *Estudios de la Subalternidad*", en Cusicanqui y Barragán, p. 24.

de la historia, por otro lado se advertía la presencia de una sociedad abigarrada, "siempre heterogénea y elusiva" a los esquemas y la política de los administradores nacionales o coloniales.[27]

Al seleccionar a la "cultura" como el ámbito privilegiado para observar las relaciones de poder entre élites y subalternos, se invitaba también a revisar los problemas relacionados con el de *representación* no sólo en su acepción política, sino sobre todo en su determinación historiográfica, en el supuesto de que la recuperación de la subalternidad para la historia incide también en la comprensión que se tenga del presente.

En principio la subalternidad no se entiende sin la existencia del otro polo de la relación, por eso Guha parte del reconocimiento de que "los grupos subalternos están siempre sujetos a la actividad de los grupos que gobiernan, incluso cuando se rebelan y sublevan". Pero a diferencia de los estudios tradicionales, en el análisis no se les dota a los grupos gobernantes de un poder casi omnipotente. Por esa razón, aclara Guha, la perspectiva subalternista permite valorar con mayor objetividad el papel histórico de las élites así como realizar una crítica de su representación en la historiografía. De ahí se deriva la intención de hacer la crítica de una historiografía de cuño liberal que tiende a subrayar el peso de las individualidades en la historia; por el otro lado, se plantea la cuestión de cómo recuperar para la historia la actividad de las masas a partir de su propia experiencia.[28] Se advierte, por ello, un uso del término "subalternidad" más rico en matices que lo aproxima a una cierta noción postilustrada de las masas en la medida que para su conformación han dejado de depender exclusivamente de los medios de comunicación del siglo XIX. Sin duda dos de sus efectos —destacados en México por Nestor García Canclini— se relacionan con la crisis de identidad tanto de la disciplina de la historia como de las representaciones políticas de lo nacional. Desde este lugar estratégico surgido del desencanto político de los *Midnight's Children* se puede entender el diálogo crítico emprendido por una perspectiva subalternistas con el doble legado —político e historiográfico— de la Ilustración. El colectivo situado alrededor de la publicación *Subaltern Studies* comparte con el "pensamiento posmoderno" —en ese sentido— no el abandono de la crítica propia de la Ilustración, sino la nece-

[27] Rivera y Barragán, "Presentación", p. 11.

[28] A lo largo de los números publicados de *Subaltern Studies* los temas y los grupos analizados se han ampliado. La historiografía de "los de abajo" como mecanismo de compensación ha dado lugar al estudio de otros grupos como el de las clases medias urbanas, y a problemas que tocan el núcleo articulador de la historiografía. La preocupación por rescatar del olvido a los subalternos como agentes de su propio destino los condujo a otras consideraciones que probablemente no estaban del todo previstas en la agenda "política" de los setenta.

sidad de su actualización a la luz de los nuevos desafíos políticos e intelectuales. De hecho, como vimos, postula la necesidad del desarrollo de un nuevo rigor académico.

En una reunión con destacados académicos latinoamericanistas norteamericanos,[29] Guha aclaró no hace mucho el sentido de la ubicación del estudio de la condición subalterna dentro de los estudios de la condición posmoderna. Si bien en un primer momento se había hecho hincapié en la idea de "desilusión" frente al proyecto de la Ilustración, ahora se podrá ver cómo su ubicación dentro de la posmodernidad no es sino la invitación a una comprensión crítica del presente a partir de la historia. En ese sentido, el término "posmodernidad" —un término indefinido y abierto a una nueva comprensión de la modernidad— sólo indica la necesidad de elaborar categorías para el análisis sociológico e histórico más complejas. Por ejemplo, dentro de esta visión, los tiempos locales —a diferencia de otros periodos— son también parte de los globales.[30] Un "cada cuando de la India", señala Guha, encuentra su correspondencia en un "cada cuando del registro global". En forma análoga se puede afirmar que un "cada cuando de la subalternidad" tiene su registro correspondiente en un "cada cuando de las élites". La pérdida de un espacio bien definido para la historia al modo rankeano y para la nación al modo del siglo XIX, encuentran su correspondencia —como lo ha sugerido François Hartog— en un cambio del registro o régimen de la temporalidad.[31] Por esa razón Guha señala en su alocución que pese a las distancias geográficas y trayectorias históricas, el tiempo latinoamericano es también el tiempo del subcontinente surasiático.[32]

La posibilidad de su comparación se modifica también si se considera el cambio de perspectiva respecto del proyecto ilustrado originario. Dos términos se vuelven comparables gracias a un tercero, mediante el cual sus diferencias puedan ser expresadas. Este tercer elemento es la condición posmoderna o era de la globalización concebida ante todo como un espacio de intersecciones. La posibilidad de comparar proyectos historiográficos originados en distintos lugares está dada por ser coparti-

[29] Este grupo publicó en 1996 un número especial en la prestigiada revista *dispositio/n, American Journal of Cultural Histories and Theories*, vol. XIX, núm. 46, 1994, The University of Michigan, dedicado a los "Subaltern Studies in the Americas". La edición estuvo al cuidado de José Rabasa, Javier Sanjinés y Robert Carr.

[30] Una ilustración cinematográfica de este fenómeno de la intersección de tiempos no simultáneos —el local y el global— es el film de Milcho Manchevski, *Before the rain*, 1994.

[31] François Hartog, "Temps et histoire. Comment écrire l'histoire de France?", en *Annales HSS*, núm. 6, noviembre-diciembre de 1995, pp. 1219-1236. Véase también, Jean Leduc, *Les historiens et le temps. Conceptions, problématiques, écritures*, París, Éditions du Seuil, 1999.

[32] R. Guha, "*Subaltern Studies*: Projects for Our Time and Their Convergence", pp. 2-4.

cipes del actual régimen de historicidad. A diferencia del periodo habitado por pensadores como Kant y Hegel que aspiraban a elaborar un proyecto filosófico de alcance universal, la pretensión del grupo reunido alrededor de *Subaltern Studies* es la de ofrecer solamente un proyecto de carácter histórico-reflexivo. Las diferencias en el marco de la comparación, por tanto, son irreductibles a una unidad de naturaleza artificial. Los proyectos son comparables entre sí debido únicamente a que comparten una misma experiencia de temporalidad global que tiende a atraer incluso a los tiempos más locales o cotidianos. De ahí que la comparación pueda presentarse no bajo el signo de la competencia —por ejemplo, bajo la dicotomía atraso/progreso—, sino de la convergencia; no bajo el signo del antagonismo, sino de la reciprocidad.

La crítica de Guha a la noción de crítica promulgada por la Ilustración ("atrévete a pensar por ti mismo", según la máxima kantiana), consiste en el señalamiento de una de sus paradojas: la razón ilustrada anuncia su soberanía y acaba en la delimitación de sus propios límites. La determina una suerte de contrato despótico con una razón en apariencia sin límites. La parte irónica de este contrato racionalista no radica únicamente en los azares de los riesgos no calculados de la política, sino particularmente en que su universalidad pasa necesariamente a través del tamiz de lo histórico, de las condiciones particulares que hacen posible que adopte una forma y no otra; y la historia, en ese sentido, no es sino el "otro nombre de la experiencia".[33] La razón histórica moderna contiene por ello una paradoja: al tiempo que sabe por "experiencia", desconoce porque carece de ella. En ese sentido, bien dice Guha, "la razón moderna anuncia una época de optimismo melancólico característico de toda esa modernidad frente a la que estamos situados".[34]

El encuentro entre razón y experiencia provocado por la pregunta de Kant, ¿Qué es la Ilustración?, nos permite preguntarnos, continúa Guha, ¿Qué es posmodernismo? De inicio, señala, no es la reproducción exacta de aquella, ya que contiene un *ethos* distinto de criticismo que su antecedente, que difiere radicalmente en forma y en contenido. La pretensión de fundar la historia en la "razón pura" fue minada por el historicismo de Herder, por el romanticismo en el campo estético, por el marxismo en la economía política, y por la revolución de los medios de producción, no sólo de objetos para el consumo sino también de palabras. Esta modernidad deja ver una conmoción incesante de las condiciones de vida, que hace de la incertidumbre y agitación perma-

[33] R. Guha alude aquí al trabajo de Kant *The conflict of the faculties*, de 1798. "*Subaltern Studies*: Projects for Our Time and Their Convergence", p. 9.

[34] R. Guha, "*Subaltern Studies*: Projects for Our Time and Their Convergence", p. 10.

nente su auténtico signo de identidad. El "posmodernismo", en ese sentido, no es sino una palabra que señala la condición de una problemática compartida.

La relación del "posmodernismo" con el "poscolonialismo" es posible en la medida en que el colonialismo y el neocolonialismo son presupuestos fundamentales de la modernidad. Asimismo, la crítica posmoderna no será completamente adecuada si no considera el tema de los procesos de colonización que se intersecan con aquella otra parte que la razón ilustrada no pudo cruzar —la tradición—, elemento que hace ver que la experiencia colonial sobrevive de otra manera en el periodo en que ocurren los procesos de descolonización.[35] Cualquier forma que adopte la experiencia, ésta no es comprensible sino en el terreno de las interpretaciones. Los académicos nacionalistas y neocolonialistas, por ejemplo, habían escrito muchas obras importantes sobre el periodo de la dominación colonial, concibiendo el ámbito de la política de manera demasiado simple e indiferenciada. Una visión desde la subalternidad, por el contrario, da cuenta de ese ámbito más bien como un todo heterogéneo y fragmentado. Una interpretación homogénea no hace sino transmitir una visión que en esencia no es histórica, es decir, que apenas tiene relación con el ámbito donde ocurre la experiencia y se forja la conciencia de los individuos.[36] Una premisa fundamental de la posición elitista era que no había más política que la del estado conformado básicamente a partir de los acuerdos entre las élites coloniales e indígenas. Esta interpretación unitaria delata una doble exclusión de los subalternos: del reino de la política y de la historia.

Así pues, el programa de una historiografía de la "subalternidad" se origina en el interés de descubrir las "fallas" en el orden de las interpretaciones relacionadas con la formación del estado colonial según los lineamientos del estado liberal burgués metropolitano británico. El resultado de este proceso, señala Guha, fue la conformación de una autocracia ávida de poder y de un Estado sin ciudadanos, aunque urgido de su reconocimiento por parte de sus subordinados. La querella por la nación se inscribe, por ello, en el ámbito de la historiografía, ese espacio en el que se libran las luchas en torno a las relaciones entre la representación de la cosa y la cosa representada. Sin subestimar la noción de crítica de la Ilustración, una de las cuestiones críticas es el hecho de la naturalización del Estado moderno como portador indiscutible del progreso, o incluso como hizo Kant al referirse a la Revolución francesa como el

[35] R. Guha, "*Subaltern Studies*: Projects for our Time and Their Convergence", pp. 12-13.

[36] Al respecto, véase Saurabh Dube, "Historia e histeria", en *Sujetos subalternos*, 2001, pp. 91-112.

gran evento que hace manifiesta una tendencia moral universal de la raza humana, no sólo por su disposición para progresar sino por su habilidad para conseguirlo. El problema de esta visión cercada por su tiempo radica, según Guha, en que esa fe en el progreso y en el destino humano se ha convertido en una especie de creencia religiosa, perdiendo de vista su misma condición histórica, contingente y particular.

Uno de los corolarios más importantes de esta concepción histórica de la política es que una dominación fincada en términos unilaterales nunca acaba por penetrar los intersticios de la sociedad civil subordinada. De esa manera, en coincidencia con Michel de Certeau, Guha contempla que vastas áreas de la experiencia de la región surasiática han permanecido fuera del alcance de la burocracia política, pero sobre todo han quedado sin registrar en el discurso historiográfico racionalista. Este postulado se hace evidente cuando se analiza particularmente "la escritura de la historia" entendida como una de las instancias "del discurso racionalista *par excellence*".[37]

4.3 "Deconstruyendo la historiografía"[38]

> ... el trabajo del grupo de los Estudios de la Subalternidad nos posibilita reiteradamente comprender que la metáfora-concepto de "texto social" no es la reducción de la vida real a la página de un libro.
>
> Gayatri Chakravorty Spivak

Si se trata de recuperar la experiencia del pasado de los subalternos, reaparece entonces un problema de la epistemología clásica: el de la posibilidad de conocer las intenciones y la racionalidad propia de los actores sociales. Este tema se vincula estrechamente con el de la cultura: ese ámbito de las representaciones mentales que supuestamente dan sentido a las acciones de los individuos. ¿Hasta dónde es capaz el historiador de adentrarse y entender los móviles de una acción para su explicación? Debido a que no disponemos de una relación directa con el mundo sino a través de lenguajes previamente constituidos, la pregunta por la experiencia histórica de la subalternidad requiere un trabajo previo de índo-

[37] R. Guha, "*Subaltern Studies*: Projects for Our Time and Their Convergence, pp. 17-19.

[38] Tomo prestado el título del artículo de Gayatri Chakravorty Spivak, "Estudios de la subalternidad: deconstruyendo la historiografía", en Rivera y Barragán, *Debates post coloniales*, pp. 247-278.

le historiográfico. Hace falta una labor de "deconstrucción" o "desaprendizaje" de las formas que ha asumido el pasado a través de la escritura para intentar acceder a esa "otra" experiencia no contemplada u "olvidada" por la historia. La pregunta se puede formular en términos gadamerianos poskantianos de la siguiente manera: ¿cómo aprender a dialogar con el pasado desde el presente sin caer en reduccionismos?

Se ha visto en el capítulo anterior que Ranke, emblema de la historiografía científica, asumió un tipo de explicación mecanicista en deuda con Leibniz para dar cuenta de la historia. Dilthey pugnará más tarde por un método que permita una comprensión intuitiva del pasado; una vía capaz de adentrarse en los pensamientos de los actores —de mente a mente— a fin de poder comprender realmente lo que sucedió. Max Weber realizó luego adaptaciones críticas a ese modelo y preparó el terreno para reflexiones un poco más escépticas respecto de dicha pretensión. Con ese fin desarrolló un modelo de comprensión histórica mucho más teórico y conceptual.[39] Finalmente, a la luz de la filosofía analítica del lenguaje y de la teoría de la comunicación se ha podido darle vuelta a un problema que desde Descartes ocupó a los epistemólogos modernos. Una epistemología de la comunicación ha permitido un acercamiento más complejo al carácter de las fuentes documentales de la historia. Este movimiento de crítica frente al callejón sin salida de la epistemología tradicional puede englobarse en la noción de giro lingüístico o comunicativo.

Este desplazamiento teórico e historiográfico ha permitido comenzar a observar a los materiales de la historia ya no como portadores indiscutibles de los hechos del pasado, sino como instancias parciales de conjuntos o sistemas de comunicación que a la vez que refieren a algo, son sus representantes. A partir de su crítica detallada de Dilthey, Hans Georg Gadamer ha podido fundamentar filosóficamente la creación de una nueva hermenéutica basada en los principios de la comunicación y no de la percepción. El punto crucial de esta filosofía de la comunicación se puede formular en el sentido de que no hay acceso a la realidad sin contar previamente con una representación de la misma. Ésta se origina no en la mente de los individuos aislados, sino en los procesos culturales en los que están inmersos caracterizados fundamentalmente por actos comunicativos, de tipo oral, escrito, visual, gestual, etcétera. Si no se toman en cuenta esas redes comunicativas que anteceden a la vez que dan forma a la acción social, difícilmente se podrá comprender el sentido y la dinámica de ésta.

[39] *Cf.* Luis F. Aguilar Villanueva, *Weber: la idea de ciencia social*, 2 vols., México, UNAM/Porrúa, 1988.

Tomando en cuenta el problema de la comprensión histórica, los historiadores cuentan para su realización generalmente con comunicaciones documentales o escritas. Por esa razón, a diferencia de la epistemología tradicional que esperaba encontrar los hechos del pasado de manera inmediata en la documentación escrita, se requiere una lectura a contrapelo si se pretende acceder a las experiencias olvidadas por la historiografía tradicional. Para superar las versiones economicistas y mecanicistas de la insurgencia en la historiografía india, como lo refiere Dube, hubo que "explorar las causas, la trayectoria, las características y el idioma de diversos movimientos de grupos subordinados", tanto en el nivel local como en el regional.[40] Este acercamiento a los idiomas de los subalternos o dimensión comunicativa de los procesos sociohistóricos, no deja de lado la dimensión política en la que tienen lugar también los procesos comunicativos.

La inclusión de esta perspectiva presupone que la acción de historiar se desarrolla a partir de una doble consideración: por un lado, es motivada por el deseo de comprender las formas de apropiación de las culturas examinadas, y por el otro, este mismo acto es también una forma de apropiación cultural. El resultado de esta operación no es sino el de un relato que cuenta una historia. Es necesario añadir, por tanto, una segunda distinción: la que hay entre los subalternos como sujetos de estudio y la forma como se escribe sobre éstos. Estas distinciones dejan entrever una discusión mayor que toca el mismo núcleo de la operación historiográfica.

En el proyecto de la subalternidad hay una crítica de la historiografía en la que predomina la visión de las élites, pero también una crítica de la forma en que se escribe la historia de los antiguos dominios coloniales. A este respecto, una parte de la crítica se enfoca a un tipo de historiografía que buscando una recuperación de la historia del movimiento obrero, de lo popular..., no rompe con un tipo de politización y militancia historiográfica (afianzado por un marxismo acartonado), considerando, tal vez, que por el hecho de escribir sobre los subalternos, su condición misma se transforma o es garantía del "compromiso" del historiador con la sociedad. Esta observación crítica parte de la distinción postulada por diversos autores como Michel Foucault, entre la representación del pasado y el pasado representado. Se trata de una cuestión crucial para entender las formas como se han establecido en la modernidad las relaciones entre el presente y el pasado. Dar por hecho que existe una

[40] S. Dube, "Historias desde abajo en India", 1997, p. 228. Véase también del mismo autor, "Insurgentes subalternos y subalternos insurgentes", en *Sujetos subalternos*, 2001, pp. 39-89.

relación directa entre escritura y sociedad es no tomar en serio el problema implicado en la relación entre la representación y la cosa representada.[41] En ese sentido hace falta una nueva "ilustración historiográfica", especialmente cuando el modelo clásico basado en la idea de correspondencia entre las palabras y las cosas ha sido insuficiente para explicar la brecha existente entre el reino de la legalidad y el reino de las prácticas.[42] Se requiere por ello pensar de nuevo el carácter y las formas de la escritura de la historia.

Dipesh Chakrabarty, en un artículo también fundamental, establece, a mi parecer, el marco de esta discusión. No sin ironía disiente de un comentario favorable al proyecto que dice: "los indios están mostrando signos sólidos de reapropiación en cuanto a su capacidad de representarse a sí mismos". Si bien gratificante, señala, la opinión es un tanto "precipitada". ¿Por qué? Porque ante todo no se trata de un colectivo cuyos rasgos de identidad tengan su origen en su condición étnica. Sus pasaportes y compromisos institucionales lo desmienten. Su proposición es todavía más provocadora:

> Se trata de que en lo que toca al discurso académico de la historia —es decir, la "historia" como un discurso producido en el ámbito institucional de la universidad—, "Europa" sigue siendo el sujeto soberano, teórico, de todas las historias, incluyendo las que llamamos "indias", "chinas", "kenianas", etcétera. Hay una peculiar manera en que todas estas otras historias tienden a volverse variaciones de una narración maestra que podría llamarse "la historia de Europa". En este sentido, la propia historia "india" está en una posición de subalternidad; sólo se pueden articular posiciones de sujeto subalternas en nombre de esa historia.[43]

Para ilustrar los problemas a los que se enfrenta este desafío historiográfico hay por lo menos dos implicaciones metodológicas serias: la relacionada con la aplicación consciente o inconsciente de modelos narrati-

[41] Este trabajo de crítica historiográfica, entre otros, ha sido desarrollado para el mundo americano por Guy Rozat, *Indios imaginarios e indios reales en los relatos de la conquista de México*, México, Tava Editorial, 1992.

[42] *Cf.* La crítica historiográfica de la Revolución mexicana desarrollada por Alan Knight.

[43] Dipesh Chakrabarty, "La poscolonialidad y el artilugio de la Historia: ¿quién habla en nombre de los pasados 'indios'?", en S. Dube, coord., *Pasados poscoloniales*, tr. Germán Franco Toriz, México, El Colegio de México, 1999, pp. 623-624. Las historias particulares, por tanto, sólo son articulables como parte de una esencia: el nacimiento de lo moderno-occidental. En este caso, como apunta Edward Said, el término "subalterno" tiene una doble connotación: política e intelectual. Véase "Prólogo", *Selected Subaltern Studies*, Oxford, Oxford University Press, 1988, p. x.

vos de índole liberal o marxista y el de la consideración sobre el carácter de las fuentes históricas. El primero se enfrenta al problema de cómo rescatar la experiencia del pasado en su doble condición de subalternidad —respecto al presente y respecto a los sujetos de estudio; el segundo, a la revisión de las formas de lectura de las fuentes.

Teleología e historiografía

Un relato teleológico es aquel en el que el sentido del pasado es producido a partir de sucesos posteriores. La filosofía del progreso, cuyo cumplimiento sólo tiene lugar en el futuro, es el prototipo de esta clase de relatos históricos modernos. Éste es un tema central en la crítica desarrollada por la historiografía de la subalternidad.[44] ¿Qué significa trabajar con "constructos teleológicos" o modelos narrativos omnímodos? Quiere decir que el sentido de un hecho del pasado es leído sólo como antecedente de sucesos posteriores. El significado de un movimiento, de una idea, de un acontecimiento, se otorga a partir de una idea, de un suceso posterior. De modo que los hechos particulares sólo se constituyen en eslabones de una cadena de causalidades. El significado de lo acontecido está en función de una pretendida anticipación de acontecimientos posteriores; se hace depender el significado de un hecho por otro hecho. El peligro que acecha a este procedimiento es vaciar al pasado de su propio contenido. Los hechos históricos se asimilan a una frase narrativa globalizadora, de modo que fácilmente se puede perder para la historia "la conciencia que animaba las acciones de la gente que estaba ahí protagonizando esos momentos, y la forma como aquella entendía estas acciones".

Un ejemplo de este tipo de enunciados es el siguiente: "La participación de las mujeres en el movimiento de Desobediencia Civil de los treintas señaló en realidad un gran paso hacia adelante en la emancipación de las mujeres indias". Esta frase, como apunta Dube, sitúa implícitamente a ese evento particular dentro de la "gran narrativa" de "la emancipación de la mujer india". Esta construcción narrativa no hace la justicia debida a la forma como los mismos actores, hombres y mujeres, comprendieron su participación dentro del movimiento. El pasado se distorsiona, no tanto porque no trate de hechos "reales", sino porque no explica cómo hombres y mujeres comprendieron su participación dentro del movimiento nacionalista, ignorando por ello los límites de dicha participación.

Otro ejemplo se puede observar en la forma como historiadores "desde abajo" han enfrentado el debate acerca de la autonomía de los

[44] S. Dube, "Historias desde abajo en India", p. 226.

movimientos subalternos y el papel de los dirigentes en relación al movimiento nacionalista. Implícitamente, sus argumentos han seguido un modelo que da por hecho que prevalecía un mismo principio de identidad para todos los grupos sociales; esto impide ver que las mismas palabras —independencia, libertad, nacionalismo— podían tener usos y significados múltiples. Esta multiplicación de sentidos sólo se hace manifiesta si se toman en cuenta las formas de la cultura o marcos referenciales del receptor o usuario. Una cuestión mínima, pero que resulta fundamental cuando se trata de incorporar a la "subalternidad" al discurso histórico.[45]

Hasta aquí se dibujan dos campos problemáticos, uno en cuanto a las condiciones del narrador —aquello que hace posible que se narre de una manera y no de otra, es decir, el código o cultura del propio historiador— y el otro, lo que concierne propiamente a la cultura en la que se produce un determinado tipo de discurso.[46] Con base en estas problemáticas se puede explicar la identificación creciente de este grupo de historiadores con los desarrollos recientes en el campo de la lingüística, de la antropología y de la sociología.

Releyendo las fuentes históricas desde "lo cultural"

Como hemos visto, el propósito central de esta corriente se enfoca a la recuperación de la condición de subalternidad para la historia. Su posibilidad pasa en primera instancia por una reflexión crítica sobre la materia prima del historiador. Para presentar este punto nos basamos en el ensayo de R. Guha, "La prosa de la contra-insurgencia", en el que a nuestro juicio el autor abre el camino de la nueva crítica historiográfica de manera brillante.

Esta aproximación crítica —como veremos— parte de un presupuesto teórico básico: a la experiencia como al pasado en general (la recuperación de la conciencia rebelde, en el caso de Guha) sólo se accede mediante los lenguajes constituidos y que nos constituyen. Es a través de las formas de comunicación que se entra en contacto con el mundo histórico. Este postulado, en apariencia, no debería tener mayores dificultades para ser aceptado por los historiadores. Sin embargo, aun cuando se re-

[45] S. Dube, "Historias desde abajo en India", pp. 243-245.

[46] Si en la historia se trata de "comprender", entonces esto no es posible si los documentos se leen "independientemente de la práctica" que los originó, nos recuerda De Certeau en *La escritura de la historia*, tr. Jorge López Moctezuma, México, Universidad Iberoamericana, 1993 (2a. edición), p. 34.

conoce que no hay historia sin documentos, el problema puede presentarse al reflexionar sobre el carácter de esa documentación en cuanto a su inmediatez o lejanía respecto de la experiencia.

El problema puede presentarse en cuanto a las relaciones que pueden guardar entre sí la experiencia, el lenguaje y la comprensión. Si se acepta que la experiencia o instancia empírica de todo acontecer no es observable por sí misma, que sólo es perceptible o sentida pero no comprensible, entonces puede afirmarse que su comprensión depende de los lenguajes o modos de comunicación conformados antes de la experiencia. Por esa razón, su comprensión requiere de tiempo, necesita de un segundo momento para su formulación o resignificación. Esta no se ofrece de manera inmediata a la conciencia de los actores, sino es procesada por las formas de comunicación que conforman la cultura de sus actores. Un instante no se capta sino a partir de otro instante, que se traduce en el tiempo que toma ir de la *experiencia en sí* a la *experiencia para sí* articulada por medio de palabras. De modo que la comprensión de la experiencia requiere del lenguaje en el que se está inmerso antes de la experiencia. Esta "reserva tácita de conocimiento adquirido"[47] —o "prejuicio" en el sentido de Gadamer— es el que fija los límites y las posibilidades de la comprensión. Lo nuevo (la experiencia) se inscribe, se podría afirmar, en una especie de memoria viva, que a su vez crea las condiciones para las formas de recordar, sean del orden de la oralidad o de la escritura. Lo nuevo sólo se comprende si es insertado en una especie de memoria que requiere para su funcionamiento de la reiteración. Es la forma como operan, según Luhmann, los medios masivos de comunicación.[48] Se trata de un sistema de comunicación en el que la variación de lo mismo depende tanto de la experiencia como de la cultura en la que se inserta. Al mismo tiempo que el significado de un texto refiere a la cultura de donde procede, ese mismo texto puede ser resignificado cuando se inserta en otra cultura. Esto es lo que sucede cuando el historiador moderno inserta las comunicaciones antiguas en su propia cultura histórica.

La deconstrucción historiográfica de Guha

A partir del presupuesto de que la experiencia de los campesinos insurgentes durante la dominación colonial no se ofrece de manera inmedia-

[47] S. Dube, "Historias desde abajo en India", pp. 246-251.

[48] Niklas Luhmann, *La realidad de los medios de masas*, tr. y prol. Javier Torres Nafarrate, Barcelona, Universidad Iberoamericana/Anthropos, 2000, en especial el capítulo "La función de los medios de comunicación para las masas", pp. 136-146.

ta al historiador, Guha elabora una tipificación de los discursos producidos durante y después de las rebeliones.[49] Organiza la clasificación de las fuentes primarias y secundarias en discursos primarios, secundarios y terciarios a partir de dos criterios: el primero, es de índole cronológico, como en una película, por su orden de aparición en el tiempo, y el segundo, más complejo, por sus filiaciones culturales o esquemas de referencialidad. Cada una de las tres clases de discursos o comunicaciones se diferencian entre sí por una perspectiva originada en la distancia temporal que se tiene respecto al suceso, y por la forma como se distribuyen los diversos elementos que conforman la trama narrativa. Es importante señalar que en la producción de los discursos interviene también un tercer elemento que los distingue: el público al que se dirigen.

El discurso primario

Esta clase de discurso generalmente adquiere un carácter oficial. Tiene su origen "no sólo entre los burócratas, militares, agentes y otros empleados" del gobierno, sino también entre miembros "del sector no-oficial" como "los dueños de plantaciones, misioneros, comerciantes, técnicos y otros". Tiene un carácter oficial también porque sus comunicaciones cumplen una función predominantemente administrativa, bien sea para informar al gobierno para su toma de decisiones como para orientar sus políticas. Esto sucede, anota Guha con agudeza, incluso cuando se incorpora en el discurso a "la otra parte"; su inclusión obedece fundamentalmente a fines administrativos. Sea cual fuere su forma de comunicación específica —correspondencia, telegrama, despacho, comunicado, resumen, informe, juicio, edicto— "tanto su producción como su circulación eran necesariamente contingentes de las razones del Estado".[50]

Un aspecto adicional que distingue a esta clase de discursos es su "naturaleza inmediata". Se producen cuando ocurren los sucesos o un poco después y su redacción está en manos de los participantes involucrados. Un "partícipe" es "un contemporáneo involucrado directamente en el acontecimiento en calidad de actor, o bien indirectamente como observador".

Dada su cercanía al acontecimiento, generalmente excluye cualquier otra clase de "escritura retrospectiva", como será el caso de las memorias o relatos autobiográficos posteriores, en los cuales el intervalo entre lo

[49] Las referencias y comentarios siguen el artículo de Guha, "La prosa de la contra-insurgencia", en Rivera y Barragán, *Debates post coloniales*, 1997, pp. 33-72.

[50] Guha, "La prosa de la contrainsurgencia", p. 36.

ocurrido y el momento de recordar es tamizado por otra clase de experiencias. En ese sentido es verdad que nada es más cercano a los acontecimientos que esta clase de textos. Pero se trata de escritos producidos "tan pronto como los acontecimientos fueron identificados como rebeliones por quienes tenían más razón para temerlos".[51] Este último factor hace que la ventaja inicial de su inmediatez al evento tenga que ser valorada con cautela en cuanto a su capacidad de contar lo sucedido. Dentro de estas consideraciones, lo importante para el historiador es poder detectar ante todo la función que tiene la producción de estas comunicaciones en el momento en que se producen.

El discurso secundario y la "imparcialidad"

El discurso secundario se nutre del primario, pero a su vez lo transforma. El primario puede asemejarse a un embrión cuyos miembros no están todavía claramente definidos, y el secundario a un "producto procesado", un "discurso debidamente constituido aunque infantil". Conforme a esta analogía, la diferencia entre el primario y el secundario está dada por un cambio de función. Si bien el texto secundario sigue a cierta distancia al primario, lo hace para convertirlo en "historia". Este movimiento modifica la función y sentido "administrativo" original de los textos, al insertarlos dentro de una lógica narrativa diferente, la propia de la historia. Incentivado en buena medida por el interés de un público interesado en conocer lo que sucedió, se despoja al evento de su inmediata contemporaneidad al ser traducido en historia. Esta transformación semántica de lo sucedido, tanto formal como conceptual, hace que este discurso se sitúe en la intersección del "discurso colonialista y el historiográfico" debido a la relación que guarda tanto con las reglas del poder político como con las formas de representación histórica.[52] La aparición de la figura de "autor" testimonia el carácter de esta "intersección" que no posee el discurso primario. Aparece una nueva función discursiva: la del historiador.

Guha encuentra que estas narraciones pueden dividirse en dos clases. La primera se basa fundamentalmente en la experiencia de escritores participantes, pero que a diferencia de los discursos primarios, se produce para otra clase de público. Según Guha, su producción satisface tanto las necesidades de la historia como de la contrainsurgencia. Es difícil que mantenga la supuesta neutralidad exigida por la historia debido

[51] Guha, "La prosa de la contrainsurgencia", p. 38.
[52] Guha, "La prosa de la contrainsurgencia", p. 39.

a que busca satisfacer también los intereses de "un público ávido de relatos de horror y gloria".[53]

La segunda clase de historias es también obra de funcionarios, dirigidas igualmente a un público no oficial, pero que no se refieren a su propia experiencia. Son textos que, en conjunto, forman parte sustancial del *corpus* de escrituras, que gozan de gran autoridad entre los estudiosos del tema, "y casi no existe historiografía alguna en el siguiente nivel de discurso, el terciario, que no se apoye en él como fundamento".[54]

A continuación, un trabajo de análisis del discurso le permite a Guha identificar las marcas que "revelan que toda la evidencia supuestamente 'objetiva' sobre la militancia de las masas rurales, estaría contaminada desde su origen por el prejuicio y punto de vista parcial de sus enemigos". Así, continúa: "Si los historiadores no consiguen darse cuenta de estos signos reveladores que aparecen como marcas en el alimento básico de su oficio, éste es un hecho que debe explicarse principalmente en términos de la óptica de una historiografía colonialista; y no tanto así como un argumento a favor de la presunta objetividad de sus 'fuentes primarias'". En este material secundario nada es tan inmediato o vivo como parece. Por el contrario, lo que hace esta clase de narrativas es incorporar "diversas perspectivas" que le otorgan una mayor profundidad retrospectiva y, por tanto, su significado se deriva de esa "determinación temporal".[55]

Guha demuestra cómo hasta el más liberal de los discursos secundarios no está en condiciones de liberarse del prejuicio —en el sentido de Gadamer— contrainsurgente. Aun cuando tiene las ventajas de "escribir en tercera persona y tratar un pasado distante, el funcionario, convertido en historiador, está todavía lejos de ser imparcial cuando se trata de los intereses oficiales. Sus simpatías para con el sufrimiento de los campesinos y su comprensión de lo que los empujaba a rebelarse, no lo inhiben, cuando llega el momento crítico de colocarse al lado de la ley, el orden y justificar el traspaso de la campaña contra el *hool* (rebelión) de manos civiles a manos militares, con el fin de aplastarlos de manera rápida y absoluta". La narrativa histórica, en ese sentido, apenas se distingue de la lógica y de las preocupaciones narrativas del Estado.

Basado en lo anterior, la historiografía moderna se revela "como una forma de conocimiento colonialista". La historiografía se constituye en un saber útil al ofrecer interpretaciones sobre el pasado que pretenden adueñarse de la naturaleza histórica de la sociedad. En su crítica a la

[53] Guha, "La prosa de la contrainsurgencia", p. 40.
[54] Guha, "La prosa de la contrainsurgencia", pp. 40-41.
[55] Guha, "La prosa de la contrainsurgencia", p. 49.

constitución de los saberes en países como la India, Guha sugiere incluso que la ciencia política que surge para dar marco a la aparición de la nación moderna compuesta por ciudadanos libres y racionales, cumple una doble función: la de mitigar una ciudadanización de "segunda clase" y la de "representar el pasado reciente del pueblo como 'la obra de Inglaterra en la India'".

Así, el discurso secundario a diferencia del primario —que por lo general es de naturaleza discontinua—, se comprende únicamente como una narrativa en la que el evento narrado funciona sólo como un *medium* entre un principio y un fin conformado por un metarrelato: el de la obra civilizadora de Inglaterra en la India. En esta secuencia narrativa el único elemento que permanece constante es Inglaterra y la necesidad de conservar y continuar su dominación.

Aun cuando en muchas de estas narrativas se muestra una simpatía especial por lo popular, se acaba escribiendo la historia de las luchas del pueblo como si se tratara de episodios en los que el sujeto de la historia no es el pueblo, sino "la raza gobernante institucionalizada como *Raj*." No sin ironía, estos relatos de los rebeldes vencidos cumplen una función de celebración de "una continuidad: la del poder británico en la India". En síntesis, estos "discursos secundarios" sirven "para registrar el acontecimiento como un dato más en la historia de la vida del Imperio, pero no hacen nada para iluminar esa forma de conciencia llamada insurgencia".[56]

El discurso terciario y el problema de la "causalidad"

Este discurso hace muy poco "para enmendar esta ausencia". Mucho más distante del tiempo de los acontecimientos narrados, "este discurso siempre los mira en tercera persona". Es obra generalmente "de escritores no oficiales, o bien de exfuncionarios que ya no tienen ninguna limitación u obligación profesional de representar el punto de vista del gobierno". El interés proviene de autores independientes que no manifiestan compromisos o lealtades políticas o administrativas. Sus discursos pueden oscilar entre el ala liberal y la izquierda. De especial importancia es este último "debido a que quizás constituya la más influyente y prolífica de todas las variedades del discurso terciario".

Algunos de los mejores estudios sobre la insurgencia campesina provienen de este campo académico, debido a las tensiones que representan en términos sociales. Hace suya la perspectiva insurgente y tiende a usar

[56] Guha, "La prosa de la contrainsurgencia", pp. 57-59.

la palabra bueno ahí donde la otra versión lo tiene por malo, y al contrario. Su acercamiento no deja dudas en el lector acerca de su simpatía por la causa insurgente. A diferencia del discurso secundario, de tipo liberal-imperialista, "el reconocimiento de los agravios que sufren los campesinos conduce directamente a apoyar su lucha en pos de una reivindicación por las armas".[57]

Sin embargo, estos dos tipos de historia, tan diferentes en muchos sentidos, tienen varias cosas en común. Ambos demuestran una admiración por los rebeldes e incluso muestran su indignación cuando se dan operaciones de genocidio. Comparten, con todo, el mismo uso del principio de causalidad "para desarrollar perspectivas enteramente distintas". El problema del recurso a la explicación causal, según Guha, está en que es también constitutivo del discurso en contra de la insurgencia. El problema consiste en que "conocer la causa de un fenómeno es ya un paso en la vía de controlarlo. *Investigar* y así *comprender* la causa de los disturbios rurales ayuda a adoptar las medidas 'que se consideren apropiadas' a fin de *impedir la recurrencia de desórdenes similares*".[58]

Establecidas las causas se sigue con las recomendaciones. Así, señala Guha, "todas las soluciones colonialistas a las que se llegó por medio de la explicación causal de nuestras sublevaciones campesinas, fueron materia prima para una historiografía comprometida en asumirlas al Destino trascendental del Imperio británico".[59] De esa manera, la explicación causal cumple la función de insertar las rebeliones en una narración que se desenvuelve como un destino insalvable que puede adquirir signos positivos o negativos. En ese sentido, el recurso a la explicación causal del movimiento campesino inhibe su comprensión desde sus propios términos. Se tiene más bien su asimilación en otra clase de discurso.

Aun cuando el propósito sea el rescatar y aislar esos momentos de rebelión del *continuum* imperial con el fin de insertarlos en otro discurso de emancipación y autonomización socialista, esta acción narrativa resulta ser también una forma de apropiación "que excluye al rebelde como sujeto consciente de su historia e incorpora a ésta tan sólo un elemento contingente de otra historia, cuyo sujeto es también otro". Sin negar la importancia política que pueda tener este propósito, el problema está de nuevo en que la "conciencia del insurgente" queda mediatizada por un discurso que es el del historiador. La experiencia propia del pasado es subsumida en una experiencia posterior condicionada por el presente y la cultura del historiador. El grado de distorsión intrínseca a este proce-

[57] Guha, "La prosa de la contrainsurgencia", p. 59.

[58] Guha, "La prosa de la contrainsurgencia", p. 61. Los énfasis son del autor.

[59] Guha, "La prosa de la contrainsurgencia", p. 62.

dimiento es proporcional a la distancia existente entre el tiempo del suceso y el tiempo del relato. El problema se acrecienta cuando se trata de rescatar la cultura de una época por otra, es decir, actitudes, creencias, ideas, etcétera.[60]

La conclusión de Guha es que ante las enormes dificultades que se tienen para rescatar los olvidos del pasado, se requiere aceptar por lo menos un principio de realidad:

> No hay nada que la historiografía pueda hacer para eliminar completamente tal distorsión, porque es inherente a su óptica. Lo que sí puede hacer, sin embargo, es reconocer la distorsión como paramétrica, es decir, como un dato que determina la forma misma del ejercicio, dejando de fingir que podría captar plenamente la conciencia del pasado y reconstruirlo. Sólo entonces se podrá reducir, de manera realmente significativa, la distancia entre esta conciencia y la percepción que el historiador tiene de ella, como para llegar a una aproximación cercana, que es lo máximo que se puede ambicionar.[61]

4.4 Recapitulación

Los medios masivos de comunicación promulgan diariamente que lo que pasa en sus noticieros o en sus series históricas no hace sino referir hechos reales. Sin embargo, es decepcionante constatar una y otra vez que tales dramatizaciones históricas o cotidianas quedan siempre en suspenso. La condición para que esto suceda es la capacidad de recursividad de los medios, de retornar al mismo engranaje discursivo para insertar alguna de las "novedades" del día o del pasado. Por medio de la repetición se hace evidente que para que haya comunicación hace falta la existencia de una especie de "cadena-de-signos continua" o memoria adquirida. Sobre esta base se realiza la selección de los "hechos reales" de los que "no lo son". Su incorporación en esta cadena memorística está sujeta a la dramatización conflictiva que mantiene en suspenso un desenlace que se sitúa siempre en el futuro. Un futuro, por tanto, que nunca llega, pero que mantiene siempre la esperanza de su resolución.[62]

Los estudios en torno a la condición de subalternidad en las sociedades modernas hacen patente la crisis de un modelo de representación

[60] Guha, "La prosa de la contrainsurgencia", p. 64.

[61] Guha, "La prosa de la contrainsurgencia", pp. 64-65.

[62] Véase Niklas Luhmann, "La construcción de la realidad", en *La realidad de los medios de masas*, pp. 111-126.

histórica de "lo popular". La constatación de su distorsión ha obligado a revisar los presupuestos teóricos y epistemológicos del saber histórico moderno, en especial, la noción de *crítica* con la cual se ha elaborado buena parte de la comprensión histórica de las sociedades modernas. Como se ha sugerido, el punto crítico está en saber si la modernidad es capaz de existir sin tener que recurrir a un principio de corte teleológico —del signo que sea— para explicarse a sí misma; o, con otras palabras, si es capaz de existir y comprenderse a partir de la experiencia histórica pura.

Se trata de un tema abierto al debate y el diálogo que impide la conformación de un grupo homogéneo y perfectamente integrado. Como lo señaló Guha, es un espacio abierto a la convergencia de lo divergente.[63] Este espíritu crítico está presente en Dube cuando muestra su preferencia por enfrentar el reto de la "subalternidad" a partir de la etnografía histórica, en vez de acudir al criticismo de la teoría literaria, sin desconocer el valor de sus aportaciones, siempre reacias a cualquier clase de "audaz improvisación".[64] Se pueden compartir sus reservas, sin excluir la posibilidad de asomarse a algunas de las observaciones críticas provenientes del campo literario, como las realizadas por Gayatri Chakravorty Spivak. Desde el interior del proyecto pero a contrapelo, algunas de sus observaciones pueden a ayudar a situar algunas de las paradojas en las que se halla la "crítica subalternista" de la historiografía moderna.

Como hemos visto, el propósito de mirar la historia desde la otra orilla de la subalternidad presupone la crítica y acotamiento de cualquier pretensión totalizadora de la historia. En su lugar sus autores intentan ofrecer una teoría de las transformaciones sociales más compleja, que permita identificar ritmos y procesos más sutiles. A diferencia del proyecto liberal decimonónico la historiografía subalternista propone *a*), pluralizar las situaciones de cambio social y que su trama narrativa se estructure a partir de la noción de conflicto en vez de la de "transición" (por ejemplo del feudalismo al capitalismo), de modo que haga ver la parte activa de la conciencia subalterna en contra de su inscripción en la "gran narrativa de los modos de producción" y *b*), exige del observador que identifique los cambios sociales a partir de marcas que tienen lugar en los sistemas de representación o de signos. El cambio funcional de mayor relevancia es el que va de lo religioso a lo militante, del crimen a la insurrección, o del siervo al obrero.[65]

[63] Véase también, Dipesh Chakrabarty, "Debate: invitación al diálogo", en Rivera y Barragán, *Debates post coloniales*, p. 235.

[64] Dube, "Historias desde abajo en India", p. 266.

[65] Gayatri Chakravorty Spivak, "Estudios de la subalternidad: deconstruyendo la historiografía", en Rivera y Barragán, *Debates post coloniales*, p. 247.

Sin embargo, Spivak considera que un "cambio funcional en un sistema de signos es un hecho violento". El cambio "sólo puede ser puesto en marcha por *la fuerza de una crisis*".[66] A partir de esta premisa, Spivak está queriendo indicar que los historiadores de la subalternidad intentan desarrollar una teoría de la conciencia y de la cultura antes de hacer lo mismo con una teoría general de la evolución o del cambio social. De esa manera, la "fuerza de la crisis", aunque nunca se deja de lado, no recibe la atención requerida y sólo se le menciona como "distorsión", "interferencia". Recordemos que el proyecto surgió durante la década de 1970 como reacción a la *crisis política y social en India*. Es desde ese lugar de crisis que se intenta transformar el sistema historiográfico tradicional al salir al encuentro de la parte faltante de los subalternos.

Según Spivak sus representantes no reconocen del todo que su perspectiva empuja a la historiografía criticada a una crisis, esperando quizás que al cubrir la "carencia" se vea envuelta de nuevo en la transformación esperada acorde con la lógica inexorable de la dialéctica especulativa de la historia. El riesgo que se corre con esta posición es que se exponen a debates ya "viejos" como el de las relaciones entre espontaneidad y conciencia, o historia y estructura. Una manera de evitar este escollo es acercarse, en su opinión, todavía un poco más a la "deconstrucción" que se ocupa de cuestionar, justamente, tales oposiciones.

> Una teoría del cambio como espacio del desplazamiento de funciones entre sistemas de signos —que es lo que uno se obliga a leer en ellos— es una teoría de la lectura en el sentido general más fuerte del término. El espacio de desplazamiento de la función de los signos equivale a una noción de lectura como transacción activa entre el pasado y futuro. Esta lectura transaccional como (la posibilidad de) acción, aún en su punto más dinámico, es tal vez lo que Antonio Gramsci quería decir con "elaboración", *e-laborare*, lograr con dificultad.[67]

Una teoría de los medios de masas y sus efectos en la construcción de la memoria colectiva podría dejar ver cómo la historiografía se asocia a una "cadena-de-signos continua". La capacidad de su continuación reside, paradójicamente, en su reelaboración mediante su desorganización. El trabajo del historiador se inscribe en un *continuum* en el que la producción de su discurso como conocimiento "participa de la naturaleza de su objeto de estudio". La historia como "instrumento de conocimiento y objeto de conocimiento" se sitúa no *fuera*, como suele pensarse, sino

[66] Las cursivas son mías.
[67] Spivak, "Estudios de la subalternidad: deconstruyendo la historiografía", p. 249.

dentro de ese *continuum* que llamamos "historia". Por eso dice con razón Spivak: "Percibir la conciencia de esta manera es situar al historiador en una posición de compromiso irreductible". Spivak hace uso de un aforismo de Nietzsche para ilustrar el problema que supone pensar al historiador como fuera de esa "cadena de signos" que es la historiografía moderna: "Todo concepto en el que está concluido un proceso completo, se resiste a la definición; sólo lo que no tiene historia es definible".[68]

Estas presuposiciones, acierta a decir Spivak en alusión a Guha, "no armonizan, estrictamente hablando, con el deseo de encontrar una conciencia (en este caso, la del subalterno) en un estado positivo y puro".[69]

Así, nos encontramos de nuevo en el comienzo de la discusión abierta por esta historiografía en cuanto a la posibilidad de "hacer" otra clase de historia. Si la historia ha sido escrita hasta ahora por los "vencedores" desde sus propias reglas, ¿hasta dónde se puede esperar que con esas mismas reglas se pueda rescatar a esa otra parte olvidada? Los *Estudios de la subalternidad* señalan sin duda un avance sustancial en la discusión del modelo historiográfico ofrecido por la modernidad así como dejan ver la gran complejidad que existe en la conformación de la dominación política y los intercambios culturales. En relación con la historiografía significa una invitación a releer con un mayor sentido histórico los materiales de los que se nutre la historia del presente. Un intento de esta naturaleza fracasaría si pretendiera encontrar en la historia una especie de esencia de la "subalternidad" debido al carácter mismo de la modernidad en la que se inscribe.

Me parece que uno de los problemas más agudos que enfrenta la historiografía actual es el que se deriva de su aparente necesidad de recurrir a modelos teleológicos de explicación a fin de poder dar cuenta del pasado. Al prescindir de nociones como las de atraso o progreso se abre la posibilidad, es verdad, de acceder a la experiencia en sí del pasado, tal como lo pretendiera Ranke, pero a costa de suprimir las "reservas tácitas de conocimientos adquiridos" (la tradición) sin los cuales, al parecer, no es posible realizar la inserción de cualquier clase de novedad o experiencia.

En 1865, veinte años después de publicar su libro, Michelet —emblema de la historiografía francesa— escribió un nuevo prefacio a su libro *El Pueblo* de 1846. En ese lapso muchas cosas habían entrado en "crisis", en un periodo errático, confuso, sellado por la incertidumbre. No obstante, a su parecer, esa crisis no afectaba la sustancia de lo establecido dos

[68] Spivak, "Estudios de la subalternidad: deconstruyendo la historiografía", p. 249.

[69] Véase también Dipesh Chakrabarty, "Historias de las minorías, pasados subalternos", en, *Historia y Grafía*, 12, Universidad Iberoamericana, 1999, pp. 87-111.

décadas antes. Su vigencia se basaba en una especie de fe ciega: "Lo que dice el derecho del instinto de la gente sencilla y de la inspiración de las multitudes, de las voces ingenuas de conciencia, subsiste y permanecerá como la base sólida de la democracia".[70]

Esa suerte de esencia de "lo popular" es la que se ha vuelto cuestionable en este cambio de siglo, si se toma en serio el carácter propio de la historia cultivada por esta modernidad.[71] El pensamiento "posmoderno" es, en ese sentido, sólo una invitación a pensar con mayor radicalidad el carácter ambiguo de la modernidad, pero después de Michelet.

[70] Michelet, *op. cit.* p. 282.

[71] Un compendio útil que introduce a las variaciones discursivas de "lo popular" en el siglo XX es el libro de Ana María Zubieta, dir., *Cultura popular y cultura de masas. Conceptos, recorridos y polémicas*, Buenos Aires, Paidós, 2000.

SEGUNDA PARTE

SABER HISTÓRICO Y MODERNIDAD EN MÉXICO

5. RANKE EN MÉXICO, UN SIGLO DESPUÉS

5.1 INTRODUCCIÓN Y PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

En este capítulo nos proponemos estudiar la aparición y evolución de la historiografía moderna en México. Se ha pensado generalmente que la historiografía mexicana accede al estatuto científico y se profesionaliza alrededor de los años de 1940-1970. Sin negar la importancia de la creación de instituciones dedicadas expresamente a formar historiadores, nos gustaría abrir el lente para mirar el conjunto en el que se podría inscribir la profesionalización de la historia en México.[1] Por "abrir el lente" entendemos el intento de situar la aparición de la historia como disciplina dentro de una "cadena de signos o comunicaciones"[2] o condiciones socioepistemológicas que hicieron posible su profesionalización. Se trata de observar particularmente la constitución de un nuevo lenguaje sobre el pasado y las reglas de su producción.

Una de las funciones de las instituciones académicas es asegurar la permanencia y continuidad de los saberes producidos mediante ciertas reglas de procedimiento. Sin embargo, es plausible pensar que no todos los saberes ni los discursos pasan necesariamente a través de las instituciones. En ese sentido, nos interesa rastrear durante la segunda mitad del siglo XIX el origen "no institucional" de la profesionalización de la historia y sus vínculos con la impronta de Ranke considerado como el prototipo de una nueva manera de pensar y hacer la historia.

Como se sabe, Ranke (1795-1886) llegó al final de su carrera consagrado como el padre de la historia científica. Sus comentaristas han destacado su aplicación incomparable del método crítico al análisis de

[1] Un ejemplo reciente de este nuevo interés por la historia de la disciplina es la mesa organizada en el 19th International Congress of Historical Sciences, Oslo, 6 a 13 de agosto de 2000, "An Assessment of 20th-Century Historiography: Professionalization, Methodologies, Writings", Rolf Torstendahl, coord. Participaron Beatriz Inés Moreyra, Irmiline Veot-Brause, Qiang Edward Wang, entre otros. Mi agradecimiento al doctor Bernardo García Martínez por facilitarme estos materiales.

[2] Formas de hablar sobre el pasado o tradición historiográfica en proceso de diferenciación durante la modernidad.

testimonios,[3] como la condición de una historia imparcial y objetiva. No obstante, como se intentó destacar en el capítulo tercero, el punto decisivo estriba en ser uno de los primeros historiadores que se dedicó en cuerpo y alma a la enseñanza e investigación del pasado dentro de un recinto universitario. Lo significa en especial la formación de discípulos en sus seminarios de investigación realizados al amparo de la nueva Universidad de Berlín. El carácter de este ámbito institucional ha impreso desde entonces un sello particular a los estudios históricos "modernos".[4] Este modelo encontró en un tiempo relativamente corto un eco favorable en otros países como Francia, Inglaterra o Estados Unidos, preocupados también en una reforma y adecuación de los estudios académicos en el campo de las humanidades.[5] Así, la profesionalización de la historia se identificó rápidamente con la adopción del método historiográfico seguido por Ranke.[6]

Es indudable que la creación de esta clase de instituciones constituye un hito para entender la formación y consolidación de la nueva historiografía científica. Sin embargo, a partir de este estudio sobre el caso mexicano se quisiera mostrar que las instituciones no son necesariamente el origen ni el término de la historiografía moderna. La institucionalización de la disciplina histórica en México en la década de 1940 se puede ver, en ese sentido, sólo como una de las instancias dentro de la cadena productiva y circulación de un nuevo tipo de discurso histórico.

En principio se puede aceptar que el modelo historiográfico rankeano se incorpora formalmente en México en el siglo XX hacia los años de 1940-1970 (véase el capítulo 6). Los seminarios de Historia de las Ideas dirigido por José Gaos y el de Historia Moderna de Daniel Cosío Villegas son excelentes ejemplos de la instauración de este modelo que une el aprendizaje y la enseñanza de la historia con la investigación. La conjunción de los esfuerzos intelectuales tanto del exilio español como de líderes y empresarios intelectuales mexicanos, como Daniel Cosío Villegas, Alfonso Reyes y Silvio Zavala, sientan las bases para la formación de instituciones dedicadas expresamente a los estudios profesionales en el campo de la historia.[7] Simultáneamente aparecieron los órganos encar-

[3] Es también la opinión de Juan A. Ortega y Medina en su estudio pionero, *Teoría de la historiografía científico-idealista alemana*, México, UNAM, 1980, p. 56.

[4] *Cf.* el capítulo 3.

[5] Véase Peter Novick, *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, México, Instituto Mora, 1997.

[6] *Cf.* Rolf Torstendhal, "An Assessment of 20th-Century Historiography: Professionalization, Methodologies, Writings", en *19th International Congress of Historical Sciences*, Oslo, 6 a 13 de agosto de 2000, pp. 101-130.

[7] El Centro de Estudios Históricos, que sigue al de Madrid creado en 1910, será uno

gados de la difusión y circulación de los resultados de investigación como el Fondo de Cultura Económica —y un poco después editoriales como Era o Siglo XXI, por mencionar sólo algunas casas editoriales. El Fondo, en particular, tuvo un papel primordial en cuanto a la traducción al español de las principales obras alemanas en el campo de las ciencias sociales y humanas.[8] Esta institución es deudora en buena parte de iniciativas que se venían desarrollando en España para actualizar los acervos intelectuales en el campo de las ciencias y las humanidades con la traducción de obras alemanas. La llegada del franquismo en 1939 en España tuvo un efecto colateral productivo en cuanto a la constitución de otros espacios en México o Buenos Aires como continuadores de la obra de renovación y actualización de la cultura científica y humanística española. A través de la traducción de un conjunto de obras alemanas muy amplio y variado —entre las que se incluyen los trabajos de Ranke— se puede decir que en un tiempo relativamente corto el público lector hispanoamericano disponía de la producción intelectual alemana más relevante hasta ese momento.[9]

En ese marco nos preguntamos por la relación que podría haber entre la recepción en lengua española de un clásico de la historiografía moderna como Ranke y las formas que adquirió la institucionalización de la disciplina histórica en México. A primera vista, podría pensarse en una relación directa e inmediata al coincidir la traducción de la obra de Ranke con el establecimiento de instituciones dedicadas profesionalmente a la docencia e investigación históricas. Se podría añadir, incluso, que "el padre de la historiografía moderna" fue adoptado en México como su "patrón", cien años después de su aparición en la Prusia de los hermanos Humboldt gracias a la obra de traducción. Sin embargo, no se puede olvidar que al lado de Ranke también se tradujeron textos de autores antagónicos, como los de filósofos historiadores como Hegel y Marx. De ahí que la cuestión acerca de las condiciones que hicieron posible la predo-

de los primeros espacios académicos junto con el de Filología y Sociología. Véase Clara E. Lida y José A. Matesanz, *El Colegio de México: una hazaña cultural, 1940-1962*, México, El Colegio de México (Jornadas 117), 1990, en particular el capítulo dedicado al Centro de Estudios Históricos. Véase también el expediente dedicado a los *50 años de la Casa de España en México, Boletín Editorial*, 20, México, El Colegio de México, julio-agosto de 1988.

[8] Para una historia del Fondo, véase Víctor Díaz Arciniega, *Historia de la Casa. Fondo de Cultura Económica (1934-1996)*, México, FCE, 2a. edición, 1996. Véase también, *Autores y traductores del exilio español en México*, México, FCE, 1999. Agradezco a Javier Garciadiego este material.

[9] Pienso en las obras de historiadores y sociólogos como Karl Marx, Max Weber, Friedrich Meinecke, Jacob Burkhardt, Ernst Cassirer, Wilhelm Dilthey, o filósofos como Edmund Husserl y Martin Heidegger.

minancia de un tipo de lenguaje histórico asociado a las reglas propuestas por Ranke —que disocia historia de filosofía, investigación histórica e historiografía— no pueda adjudicarse exclusivamente a la obra de traducción y difusión de sus obras en español. Por esa razón, para responder a la cuestión planteada nos proponemos realizar un pequeño rodeo histórico buscando relacionar la formación de la institución historiográfica con la génesis de una nueva manera de hablar y relacionarse con el pasado.

Nuestra hipótesis es que hacia la segunda mitad del siglo XIX se desarrolla un tipo de discurso historiográfico que se asemeja al desarrollado por Ranke en Alemania y que prepara el terreno para el momento de su germinación institucional. El hecho de no disponer de la obra de Ranke en español durante este periodo no es obstáculo para observar el modo como su imagen se transmitió a través de su recepción en Francia, cultura que a su vez fue preeminente en la mexicana de la segunda mitad del siglo XIX. Si bien las menciones explícitas a la obra de Ranke podrían ser escasas o generalmente indirectas, se podrá advertir cómo algunos de sus rasgos distintivos ya están presentes en la formación de la cultura histórica moderna mexicana.

La base de la argumentación consiste entonces en mostrar cómo la profesionalización de la historia en México significa sólo el momento de la consolidación de un discurso cuyas huellas es posible rastrear en la segunda mitad del siglo XIX. Durante este periodo se perfilan las bases constitutivas de una nueva forma de leer y de escribir sobre el pasado en México. La producción de estas formas de relatar el pasado contienen ya los elementos básicos del modelo que las instituciones intentarán proseguir durante el periodo posrevolucionario. Así, nos parece que la aparición de la historiografía científica se puede comprender mejor si se le mira como parte de una historia de la formación y producción de un nuevo tipo de lenguaje sobre el pasado.

Si entendemos la historia como una práctica productora de nuevos sentidos sobre el pasado, entonces debemos situarla, como indica De Certeau, en los sitios en donde se hace posible esta operación. Estos "lugares" refieren generalmente a comunidades de interpretación asociadas a medios de difusión generadores de opinión pública. Sus alcances y sus límites están dados entonces por ambos factores.[10] Sin embargo, como hemos tratado de mostrar en capítulos anteriores la formación de esta nueva cultura histórica tiene en su trasfondo la formación política de la nación.[11]

[10] *Cf.* Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 1993.

[11] Véanse los capítulos 2 y 4.

Asimismo, se puede entender a dichos "lugares" productores de sentido histórico como una suerte de comunidades autorreguladas que no refieren tanto a los individuos en particular, ya que de otra manera no estarían en condiciones de establecer sus diferencias y puntualizar sus aportaciones. Se tratará, por ello, de mostrar cómo ocurre la formación de estas asociaciones enfocadas al estudio del pasado a partir de reglas que incidirán en la formación de un nuevo lenguaje histórico.

Este capítulo se divide en dos apartados. El primero abarca el periodo de 1850 a 1910, que se inicia con el mecenazgo del Conde Gómez de la Cortina y la creación de la Sociedad de Geografía y Estadística (1833). Es un periodo en el que se perfila un nuevo lenguaje histórico que desdeña las formas de comunicación clásicas o neoclásicas y que las considera como parte de una "literatura espúria".[12] El segundo contempla el periodo 1910-1950. Parte de 1910 por ser el año en que por iniciativa de Justo Sierra y la presencia de Rafael Altamira se refunda la Universidad Nacional,[13] así como se sientan las bases para la creación de nuevas instituciones (Academia Mexicana de Historia, Museo Nacional, INAH), que en buena medida preparan el terreno de las que propiamente conforman la práctica profesional de la historia en la actualidad.

Los dos periodos —"protoinstitucional" e "institucional"— están marcados por la intención de producir un nuevo tipo de discurso histórico de corte nacionalista —nacional-republicano o protonacional y nacional-revolucionario— y científico. A partir de estas dos variables —política y científica— se entreteje un proceso de regulación y depuración de las formas de lectura y escritura sobre el pasado. Así como la idea de nación da marco a esta construcción, del mismo modo figuras emblemáticas como las de Humboldt y Ranke se constituyen en referentes básicos de una nueva ciencia mexicana de la historia.

5.2 El proyecto historiográfico de Ranke y su impacto en México

Entendemos el proyecto historiográfico de Ranke, "padre de la historiografía moderna", como un proyecto. Con esta tautología se quiere decir que, aun cuando el proyecto se orienta a conocer el pasado por el pasado mismo (la verdad desnuda del pasado sea cual sea su apariencia), se

[12] *Cf.* Mariano Cuevas, *Historia de la Nación mexicana*, México, Talleres Tipográficos Modelo, 1940.

[13] Véase Luis Garrido, "Doctor Rafael Altamira. Su obra" (discurso pronunciado el 20 de junio de 1940), *Memoria de la Academia Nacional de Historia y Geografía*, 5, 2a. época, México, Ignacio Fuentes, 1945, pp. 16-21.

trata en esencia de una actividad (inquisitiva) que avanza en dirección del futuro. La idea y el alcance de la verdad del pasado se realiza conforme el historiador la establece, pero permanece necesariamente abierta al depender de la misma marcha o avance de la actividad histórica. En ese sentido, la verdad histórica en la modernidad es siempre relativa a la marcha y actividad del historiador, pero sobre todo al mismo discurso producido que se constituye al mismo tiempo como el referente del mismo proceso. No hay avance cognoscitivo que no tenga que referirse a lo que previamente ha sido establecido.

El programa científico de Ranke consiste básicamente en delinear una forma particular de apropiación del pasado a partir de dos presupuestos: 1) El primero consiste en no tratar de moralizar, es decir, en no intentar extraer enseñanzas del pasado para un presente que es consistente consigo mismo y se orienta fundamentalmente por la idea de futuro. Es la versión exactamente contraria a una actividad histórica familiarizada con un uso del pasado que cumple la función de indicar la vía justa para alcanzar el mejoramiento individual y social. El programa de una nueva historia científica intenta romper el modelo hagiográfico y pedagógico de la historiografía tradicional para dar lugar a una nueva clase de apropiación del pasado que sirva de soporte a la construcción de una nueva comunidad nacional; 2) El segundo consiste en el intento de organizar una escritura que sea capaz de mostrar los hechos tal como sucedieron de manera imparcial y objetiva. Este propósito se orienta a la realización de una lectura inmanente de los sucesos históricos encarnados en las fuentes "originales" o "primarias", es decir, una lectura sin mediaciones excepto las de la propia razón. Hace suya la advocación kantiana de que la interpretación de las fuentes ha de originarse en el uso libre de la razón. Esta pretensión, como se vio, asume la idea romántica de ver la naturaleza de las cosas en estado puro, antes de su perversión. Uno de sus postulados será el de evitar llegar a las fuentes con juicios preconcebidos.[14]

Una de las implicaciones gnoseológicas más evidentes de este proyecto radica en la intención de hacer coincidir en el mismo acto de historiar la palabra dicha con la cosa referida, el proceso de investigación con la exposición narrativo-explicativa. No deja de ser paradójico que esta clase de escritura sobre el pasado esté llamada, por esa misma razón, a ser una escritura siempre incompleta, porque el establecimiento de su verdad depende del proceso de su elaboración. Bajo esta consideración se puede explicar el deseo de abandonar cualquier sesgo providencial o teleológico de la historia, motivo que lleva desde sus orígenes a distanciar a Ranke de Hegel y de toda clase de "filosofías de la historia".

[14] Véase el capítulo 3.

En consecuencia, el ideal de veracidad se inscribe dentro de un proceso de verificación en esencia imperfecto, abierto a nuevas posibilidades de fuentes no advertidas o de interpretaciones no previstas. La historia moderna es, por definición, una historia siempre en proceso de escrituración. Esta noción de historia incorpora una perspectiva de incertidumbre desconocida en las formas anteriores de la historia dominadas por la retórica. Es posible que el énfasis creciente dado a la cuestión del "método"[15] no sea sino una manera de reducir el nivel de incertidumbre intrínseco a la misma operación moderna de historiar, y por ende, de dotarla de una legitimidad social que de otra manera podría no tener.

Hemos visto también que esta modernidad historiográfica recoge un legado más antiguo, derivado de una nueva forma de leer los testimonios escritos que se desarrolla desde la Edad Media.[16] Durante la modernidad democrático-republicana, se observa la creación y multiplicación de espacios de conservación, investigación y difusión de historias ligadas primordialmente a la construcción de nuevos pasados para la nación-estado. Estos nuevos espacios serán los de las nuevas universidades y centros académicos que siguen el modelo de la experiencia prusiana, simbolizada alrededor de la figura de los hermanos Humboldt: la universidad como foco de irradiación sistemática del saber y de la ciencia.

A partir de estas premisas intentaremos observar cómo se incorporó este nuevo saber histórico en México. Lo primero que salta a la vista desde una perspectiva meramente institucional es la no coincidencia temporal con el modelo prusiano. En México no hubo una universidad "moderna" hasta la refundación de la Universidad Nacional en 1910 por Justo Sierra. Si consideramos únicamente este factor como condición para la aparición de la historia científica, estaríamos hablando de un retraso respecto de la ciencia histórica europea de unos cien años. Incluso, si situamos —como se ha hecho— la aparición y desarrollo de la historia científica mexicana en 1939 cuando se crea la Casa de España que será El Colegio de México —impulsada no sólo por los intelectuales transterrados a causa de la guerra civil, sino también por el retorno de otros intelectuales mexicanos como Silvio Zavala o por la participación activa de otros como Alfonso Reyes, Daniel Cosío o Edmundo O'Gorman— entonces estaríamos hablando de poco más de ciento treinta años de retraso.

[15] Traducido en el proceso y las técnicas que se requieren seguir para la evaluación y autentificación de los documentos y el establecimiento de los hechos.

[16] Surge y se desarrolla en el seno de la Iglesia y de las ciencias eclesiásticas y de la formación de una burocracia estatal. Véase por ejemplo, M.T. Clanchy, *From memory to written record. England 1066-1307*, Oxford, Blackwell, 1997, 4a. reimpresión; David R. Olson, "Una historia de la lectura: del espíritu del texto a las intenciones del autor", en *El mundo sobre el papel*, Barcelona, Gedisa, 1998, pp. 167-183.

Para sortear esta dificultad hemos relativizado el factor institucional, sin descuidar su importancia, para señalar que la aparición y desarrollo de la historiografía rankena en México nos remonta por lo menos hasta el comienzo de la segunda década del siglo XIX. Antes de la institucionalización de la historiografía científica se dibujó el establecimiento de un nuevo lenguaje sobre el pasado realizado a partir de nuevas reglas gramaticales, sintácticas y semánticas. Podríamos señalar, incluso, que un nuevo "virtuosismo lingüístico" sobre el pasado se desarrolla conforme una nueva representación unitaria de la nación va teniendo lugar.[17] En ese sentido, podríamos también afirmar que una nueva "gramática de la memoria"[18] prefigura las nuevas reglas que se diseminarán a lo largo de las diversas instituciones, antes de que éstas asuman la forma que hoy conocemos. Para decirlo de otra manera: cuando se crea la Universidad de México de 1910 o el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México en 1940, lo hace sobre un terreno previamente abonado.

5.3 La historia como Tribunal de Justicia: 1850-1910

La fase seminal de la historiografía científica mexicana podría describirse como un espacio en el que se imparte justicia sobre el pasado a la manera de un tribunal republicano. Es una perspectiva que, podría decirse, domina el funcionamiento de la historiografía por lo menos hasta antes de su profesionalización.[19] Si es así, entonces el programa de una nueva historia consistirá en la formación de un tipo de historiador-juez encuadrado por el marco legal de una ciudadanía republicana no confesional sino laica. Acaso sea por esa razón que una buena parte de esa historiografía haya sido practicada por profesionales provenientes de las escuelas de derecho, de ingeniería o de medicina, de las ciencias eclesiásticas o de las civiles.

[17] Entiendo también de esa manera el título de la obra colectiva, Juan Ortega y Medina y Rosa Camelo, coords., *En busca de un discurso integrador de la Nación, 1848-1884*, México, UNAM, 1996.

[18] Título del proyecto financiado por la Rockefeller Foundation para desarrollar los estudios culturales en el Departamento de Historia de la Universidad Iberoamericana, 1994.

[19] Toda periodización no constituye sino un esquema teórico conceptual. No se trata de muros infranqueables que dividen el mundo automáticamente en dos partes, el de antes y el de después. Aun cuando ahora hablemos de profesionalización no significa que la función de la historia como tribunal de justicia desaparezca del todo en la nueva fase. A partir de una teoría de la evolución del discurso histórico, entendido fundamentalmente como comunicación, es posible mostrar hasta qué grado lo nuevo sigue en deuda con lo precedente.

El Diccionario histórico *como "monumento"*

Nos parece que la publicación del *Diccionario Universal de Historia y de Geografía* (1853-1856) es el precedente inmediato de este nuevo propósito historiográfico. Su declaración de principios nos permite observar que la elaboración política de la Nación va de la mano con la necesidad de la reelaboración del pasado. En su mismo comienzo se consignan las nuevas reglas necesarias para evaluar los testimonios del pasado y para iniciar una nueva escritura histórica. Como ha sido bien destacado,[20] el *Diccionario* se autoconstituye en un "monumento". Se erige en el campo de la escritura como una especie de faro que es a un mismo tiempo punto de partida y de llegada. Como *Diccionario* busca constituirse en la suma de saberes requeridos para funcionar en una sociedad y servir de guía para todo lo que falta por hacer. Señala el camino a la vez que circunscribe lo que debe ser pensado acerca de "lo mexicano".

> Levantar un monumento glorioso para el país en que vimos la luz; echar los cimientos de un Diccionario Histórico esclusivamente [*sic*] mexicano; acopiar los materiales que han de servir para nuestra historia; comenzar lejos de las pasiones y de la agitación que producen la lucha momentánea y el espíritu de partido; comentar, decimos, el juicio de los hombres que han tenido un decidido influjo en nuestra sociedad, que han dado a nuestros destinos un giro feliz o desgraciado, y preparar para ellos el juicio severo de la historia, que algún día los cubrirá de alabanza o de baldón, no es sin duda una labor perdida ni una tarea inútil. Los hombres desaparecemos unos tras otros, y las generaciones se suceden como las olas de polvo que levanta el viento en los caminos; pero las acciones y la memoria de cada uno de los que producen males o bienes, deben quedar en los demás como un recuerdo imborrable para que sirvan de estímulo o de escarmiento, y para que los que nos suceden sigan o se desvíen de este o de aquel camino.[21]

En ese sentido, el *Diccionario* puede leerse como una de las primeras reflexiones sobre el ser de lo mexicano, en el que se hace presente el recuerdo de la guerra de México con los Estados Unidos de 1848 y la pérdida de la mitad de su territorio. Su motivo principal es responder a los difamadores y aprender a reconocerse como mexicanos:

[20] Antonia Pi-Suñer, "Introducción", en Juan Ortega y Medina y Rosa Camelo, coords., *En busca de un discurso integrador de la Nación, 1848-1884*, México, UNAM, 1996.

[21] Lucas Alamán *et. al.*, *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, t. I, México, Tipografía de Rafael/Librería de Andrade, 1853, pp. III-IV.

> Cuando por todas partes del mundo se nos desconoce y se nos calumnia; cuando nosotros mismos no sabemos ni nuestros elementos de riqueza, ni nuestras esperanzas de progreso, ni nuestros recuerdos tristes y gloriosos, ni los nombres que debemos respetar o despreciar; una obra que siquiera ensaye pintar todo esto, que intente reunirlo en una sola compilación, que se proponga juntar las piedras dispersas de ese edificio por formar, merece incuestionablemente la aprobación y el apoyo de cuantos han nacido en este suelo.[22]

El *Diccionario* se constituye en una voz de alerta, a la vez que es el inventario de lo que quedó después de la derrota. Se propone sentar las bases de la administración y de la construcción de su comprensión histórica frente a la nación, en forma análoga a la de los geógrafos e ingenieros que lo hacen en relación a las reservas y recursos territoriales.[23]

La aparición del *Diccionario* forma parte de una larga tradición que busca responder a los desafíos originados en el desarrollo de la imprenta al multiplicar y ampliar el número y el sentido de las palabras. La multiplicación de los impresos tuvo un efecto colateral en la creación de esta clase de compendios lingüísticos. La aparición de nuevos vocablos planteó la necesidad de controlar sus sentidos a partir de esta clase autorizada de textos. Uno de los primeros diccionarios históricos fue publicado en Francia bajo la autoría de Luis Moreri (1643-1680).[24] Después de ser traducido al alemán, inglés y holandés, apareció su versión española en 1753.

Se sabe que toda traducción no es sino una adaptación del original a las condiciones locales de la lengua y de sus usos. El resultado es, por tanto, un producto ambiguo que intenta ser fiel al original sin descuidar al mismo tiempo las exigencias propias del espacio en el que se realiza la adaptación. Esta dualidad aparentemente no presenta un problema serio en la sociedad en la que se realizó la traducción de los tomos de Moreri. Su traducción en lengua española presupone la inclusión de nuevas voces propias del idioma utilizado en los dominios de la España imperial de

[22] *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, t. I, p. IV.

[23] Al respecto, véase Leticia Mayer Celis, *Entre el infierno de una realidad y el cielo de un imaginario. Estadística y comunidad científica en el México de la primera mitad del siglo XIX*, México, El Colegio de México, 1999.

[24] Luis Moreri, *El gran diccionario histórico, o miscellanea curiosa de la historia sagrada y profana, que contiene en compendio la historia fabulosa de los dioses, y de los héroes de la antigüedad pagana: las vidas y las acciones notables de los patriarchas*, etcétera. tr. Joseph de Miravel y Casadevante, París/Lyon, Libreros privilegiados/Hermanos Detournes, 1753. Como guía para los visitantes de las regiones americanas del Imperio español se imprimió el de Antonio Alcedo (1735-1812), *Diccionario Geográfico Histórico de las Indias Occidentales o América*, 5 vols., Madrid, Imprenta de Benito Cano, 1786-1789. Fue traducido al inglés en 1870.

esa época. Un siglo después ocurrió algo semejante con la producción del *Diccionario Universal de Historia y de Geografía* mexicano: su configuración no es sino una prolongación y adaptación de un Diccionario anterior producido en España. La versión "mexicana" no parece tener especial problema con su nexo español al tiempo que busca crear su propia individualidad como mexicano. Este "monumento" se sitúa por tanto en la línea de frontera de "lo nacional" con la intención de establecer aquello que se piensa de sí mismo y lo que se puede llegar a ser como "mexicanos". En particular intenta fijar los "hechos", "y más que indagar las causas, tiene que llamar la atención sobre los efectos como sobre otros tantos puntos de partida; por eso la tarea a la par que es difícil es modesta, y a la vez que trabajosa, nada tiene de brillante".[25]

Los principios de una "nueva historia"

Los criterios de esta nueva manera de fijar y leer el pasado están presentes tanto en su declaración de principios como en la redacción de uno de sus principales colaboradores, Joaquín García Icazbalceta. En la medida en que aspira a la universalidad, es decir, a representar en el texto a la totalidad de los mexicanos al margen de su condición regional, lingüística o etnográfica, se exige a sus colaboradores que se rijan por el principio de la imparcialidad de juicio. Al intentar configurar textualmente a la nación, su escritura no puede ser partidista. Del mismo modo que la agrimensura y delimitación del territorio realizada por la ciencia de los ingenieros y geógrafos, la historia aspira también a tomar las medidas exactas del ser del mexicano, siguiendo para ello, las enseñanzas del viajero y científico alemán, barón de Humboldt, considerado entonces como el padre y fundador del conocimiento exacto del país.

Asimismo, la constitución de la historia como tribunal del pasado se equipara a la formación durante ese periodo de los nuevos juzgados republicanos.[26] La metáfora del juzgado civil nos ilustra sobre la doble fun-

[25] "Introducción", *Diccionario Universal de historia y de geografía*, p. I.

[26] Al respecto se puede consultar el balance presentado por el jurista Antonio Ramos Pedrueza (1864-1930), "El jurado como institución nacional. (Estudio leído en el Primer Congreso Jurídico Nacional)", en *Conferencias*, México, Eusebio Gómez de la Puente, 1922, pp. 97-122. "Sólo hay una lógica para la investigación de la verdad; y no existiendo diferente camino para llegar a la certidumbre, tratándose de un juicio penal o tratándose de cualquier otro hecho de la vida ordinaria, no hay razón para que existan dos lógicas; la judicial una, la usual otra", p. 99. El historiador Francisco Bulnes y su forma de argumentación respecto al establecimiento de los hechos del pasado es un buen ejemplo la de nueva forma republicana de historiar. En palabras de Bulnes: "Pero la historia no es ni puede ser generosa,

ción que jugará la producción histórica durante este periodo: por un lado, la impartición de justicia sobre el pasado y, por el otro, la formación de los valores de una nueva ciudadanía republicana. Su forma de investigación y de escritura deberá contener esa doble tarea de proporcionar una nueva ilustración sobre el pasado y de servir de ilustración pedagógica de los presentes. La historiografía moderna da continuidad, en ese sentido, a la función tradicional de tomar del pasado *exempla* que instruyan al presente, pero al mismo tiempo utiliza el estudio del pasado como un Tribunal que en sus mismos procedimientos ha de contener los elementos para enseñar a razonar e instruir el carácter de una nueva ciudadanía. Algo similar ocurre en la implantación de los Jurados que, en opinión de Ramos Pedrueza, despierta en los hombres "la conciencia de sus deberes cívicos mejor que los manifiestos de los partidos políticos... El Jurado es eminentemente educativo y moralizador; presenta a los ojos del pueblo la idea de que existe una justicia y de que ésta vela por todos; materializa a los ojos del vulgo la idea de responsabilidad de la conducta humana; obliga a todos a sentir solidaridad para la protección mutua; constituye una cátedra de moral social que se levanta en comarcas a donde no llegan sino tenues rayos de civilización".[27]

En efecto, Pedro Maldonado Olea, por ejemplo, defiende a la historia como "maestra de la humanidad" en 1912 en contra de quienes no creen que ésta pueda instruir al presente:

> La única fuerza capaz de hacer avanzar a la humanidad es la irresistible fuerza propulsora de los hechos pasados.
>
> La civilización considerada en su conjunto no es obra propia de determinado pueblo o de determinada época. Todos los pueblos y todos los tiempos han cooperado, con más o menos brillo, y ésta cooperación sólo ha podido realizarse por conducto de la Historia.
>
> Sin la historia no habría detrás de nosotros sino un inmenso vacío que dejaría nuestra vida como aislada en la eternidad del tiempo.

---

sino justiciera; la clemencia le está prohibida; su tarea no es de hacer desaparecer a los hombres en el sepulcro sin epitafio, sino desenterrar, investigar, escudriñar, procesar, agobiar, abrumar, remoler a los hombres, tamizarlos entre las mallas de una crítica sin piedad, sin límite, sin vacilaciones, sin más temor que el de no haber descubierto lo bastante para formar la lección que debe servir a los hombres del presente para preparar su porvenir. La historia es una ciencia tan recta como las matemáticas y en donde la humanidad debe leer claramente su destino escrito de preferencia con los errores de su pasado". Francisco Bulnes, *El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el Imperio*, México, Librería de Charles Bouret, 1904, p. 870. Véase también Rogelio Jiménez Marce, "Historia y retórica: la pasión por la polémica en Francisco Bulnes", tesis de maestría en historia, México, Instituto Mora, 2000.

[27] Antonio Ramos Pedrueza, "El jurado como institución nacional", p. 121.

> La historia perjudicial ¡La Historia inútil!
> Bah ¡qué perniciosos Macauly, Bryce, Gibbon, entre los ingleses; qué tontos Guizot, Michelet, Thiers, Taine, entre los franceses; qué bobos Mommsen, Meyer, Ranke, entre los alemanes; que simples Bancroft, Prescott, Irving, entre los anglo-americanos; qué nocivos Herodoto, Jenofonte y Tucídides, entre los griegos![28]

Así, se debe añadir que la historiografía apunta a una nueva clase de público identificado con la construcción de la nación republicana. En principio, estas comunicaciones históricas tienen lugar en el espacio de una opinión pública anónima, pero que en esencia aspira a representar gráficamente al pueblo. La escritura de esta historia debe ser al mismo tiempo reflejo de la nación y servir de instrucción al público en su nueva configuración ciudadana.

Tal como se explicó en el capítulo sobre la subalternidad, esta aspiración hace que todo relato histórico producido en este espacio sea de naturaleza polémica. Enfrenta el problema de cómo validar un relato que intenta ser no meramente la expresión de una subjetividad o de intereses particularistas, sino la del conjunto de la sociedad. De ahí que en esencia toda publicación histórica se vea sujeta al examen de la crítica para juzgar qué tanto cumplió o no con las reglas básicas de la imparcialidad y objetividad. La imparcialidad es el antónimo de parcialidad o inclinación por alguno de los bandos en conflicto, y la objetividad lo contrario de la subjetividad o expresión de una mera opinión no validada por los demás. Ahora bien, como se observa en lo dicho por Maldonado y Ramos Pedrueza, en el contexto en que comienza a producirse la nueva historia de México, ser "objetivo" significa también adecuar el discurso a una concepción de naturaleza humana universal. Se trata de una esencia que permite sobrevolar las épocas y los episodios históricos para dejar ver el género humano acercándose a su meta de perfección. Si no se cumplen mínimamente estas dos reglas, el discurso histórico que pretende ser la voz de la generalidad, quedaría anulado.

En ese marco, los hechos políticos y militares, como vimos en el caso de Ranke, adquieren mayor relevancia para la historia, porque se trata de identificar las causas de por qué unos pueblos triunfan y otros son derrotados. García Icazbalceta es un excelente ejemplo para observar las pautas que regulan la selección de los periodos históricos y la escritura histórica en general. En su opinión, el periodo novohispano que abarca

[28] Pedro Maldonado Olea, "La historia, maestra de la humanidad", conferencia impartida en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística el 27 de junio de 1912, *Boletín de la Sociedad...*, 5a. época, t. v, núm. 5. México, Imprenta Arturo García Cubas, 1912, p. 265.

tres siglos es de menor interés para "la generalidad de los lectores", debido a que no presenta grandes conflictos. Su percepción originada en los múltiples cambios de gobierno de su época, es que se trata de un largo periodo de paz.[29] En otro pasaje explica que la ausencia de las relaciones políticas a nivel interno y externo durante un periodo entorpece la tarea del escritor y lo deja "sin uno de sus principales recursos",

> y aun cuando a fuerza de ingenio haya conseguido inspirar vida a la narración de hechos aislados y muchas veces insignificantes, viene todavía a estrellarse contra la necesidad de interrumpir a cada paso el hilo de los sucesos, con la noticia del cambio de virrey. No hay ingenio que baste para disimular esta repetición continua del mismo acontecimiento, espresado [*sic*] por necesidad casi siempre con las mismas palabras [...] con grave perjuicio de la unidad del plan y del interés de la narración; a lo que se agrega que en muchos casos el principal personaje no hace más que aparecer y retirarse, sin dejar en pos de sí memoria alguna, ni en bien ni en mal.

Eso explica, según Icazbalceta, por qué los pocos que "han comprendido la historia de la dominación española, adoptaron la forma cronológica o analítica, que salvaba mucha parte de aquellos inconvenientes, para caer tal vez en otros mayores".[30]

Por fortuna, añade, los tiempos han cambiado para bien del historiador. El ingreso en el periodo de la formación de la nación proporciona los elementos dramáticos que facilitan la labor de narración del historiador. La escritura de la historia está envuelta en una paradoja. Si antes lo que perdía la historiografía en atractivo se ganaba en bienestar de los pueblos, ahora en los tiempos modernos, a mayor inestabilidad y conflicto se gana en el poder de evocación narrativo y de atractivo para los lectores.[31]

> Al silencio y tranquilidad de aquellos siglos, sucedieron los tormentosos días de la guerra de independencia. El historiador que antes no acertaba a dar movimiento a su narración, tropieza ahora en el estremo [*sic*] contrario. Muertos los primeros caudillos todo interés, toda unidad de acción desaparece en el confuso laberinto de guerrilleros y ladrones. Preséntase Morelos y por algún tiempo reanima el interés y restablece la unidad; pero cuando a su vez también sucumbe, entonces ya no queda sino un inmenso caos de pa-

[29] Joaquín García Icazbalceta, "Historiadores de México", en *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, t. IV, México, Tipografía de Rafael/Libería de Andrade, 1854, p. 137.
[30] *Ibidem.*
[31] *Ibidem.*

siones desenfrenadas, en el que sólo aparece como un punto luminoso la breve, pero inmortal campaña de Mina [...]

Pero lo que perdía la historia en atractivo, ganaban ciertamente los pueblos en reposo y bienestar.

La Historia como movimiento ineludible se inicia así, según Icazbalceta, con la entrada del ejército trigarante en la ciudad de Iguala y el desplome del edificio español. Este episodio triunfante colabora incluso a favor del trabajo del escritor:

Grato es siempre trazar el cuadro de mejores días, y hallar por todas partes hechos grandes y generosos que relatar; pero ¡cuánto facilita la tarea el contar con una completa unidad de acción y de interés, y por término el magnífico desenlace de la entrada del ejército en la capital![32]

Los ideales de una nueva escritura de la historia se plasman a través del ejercicio de una nueva crítica que incorpora la crítica textual y notarial tradicionales, pero incluye además el análisis crítico de las formas sintácticas y gramaticales utilizadas en los textos historiográficos tradicionales.

El balance y la selección de Icazbalceta sobre los *Historiadores de México* nos ilustran al respecto. Ahí se apuntan algunos de los criterios que deberán regir los nuevos modos de la historiografía. Se trata de señalamientos que instruyen acerca de los modos de hacer historia y que forjan la identidad del nuevo tipo de historiador. Estos modos, a la vez que modifican, conservan las estrategias tradicionales para realizar los juicios sobre el pasado. Algunas de estas determinaciones se relacionan con la condena del anacronismo y el rechazo de las digresiones acostumbradas en la historiografía novohispana.[33]

En obra tan estensa [*sic*] no es de extrañar que se hallen inexactitudes y anacronismos...; pero lo que hace insoportable la lectura de Torquemada son las continuas digresiones que se permite, muy edificantes a la verdad, pero enteramente ajenas del asunto de su obra. Quien la publicase expurgada de tales impertinencias, haría un notable servicio a nuestra historia; habría, sin embargo, que proceder en ello con mucho tiento, para no descartar por inú-

[32] *Ibidem.*

[33] Edmundo O'Gorman en su estudio sobre Herodoto explica el sentido del uso de las digresiones en la composición del texto del historiador griego. La visión o'gormiana de 1970 se inscribe en una crítica de la crítica histórica impuesta en el siglo XIX. Edmundo O'Gorman, "Introducción", *Herodoto: Los nueve libros de la historia*, México, Editorial Porrúa, 1971, p. XII.

tiles, aunque a primera vista lo parezca, las comparaciones que a veces hace el autor entre los ritos y costumbres de los indios, con los de otras naciones del antiguo mundo.[34]

Uno de los problemas que enfrenta este nuevo escritor de historia es cómo conciliar el ideal tradicional de atraer lectores a través de una escritura agradable con el establecimiento de la verdad desnuda del pasado. Icazbalceta se asombra, por ejemplo, de la facilidad de los antiguos para mezclar la verdad con el error y la mentira. García Icazbalceta se pregunta cómo podían escribir con tal desorden gramatical e incongruencia lógica. Sus comentarios sobre algunos de los cronistas son elocuentes al respecto:

> Ojalá hubiese escrito [Ixtlixochitl] menos, con más detenimiento y más atención a la cronología, porque es casi imposible seguirle en el laberinto de sus numerosas "relaciones" que no suelen ser más que variaciones de un mismo tema; pero variaciones tales que no hay medio de reducirlas a un sistema perfecto.
>
> Su "Historia Chichimeca" "ofrece una narración más seguida, y es su mejor obra, aunque no escasa de anacronismos.- Tezozomoc escribió con mas sobriedad: es autor juicioso..."
>
> Diego Muñoz Camargo nos dejó "un escrito interesante pero cansado, y que por la desigualdad de su estilo parece obra de dos o tres autores".
>
> En Sahagún "hay largos trozos en su obra, que aunque no mal escritos no tienen la menor relación con su asunto. Creemos también que muchos de los descuidos que se le han notado, no son suyos, sino de escribientes y editores".[35]

En cambio valorará la "sencillez" con la que escribe Motolonía: "obra encantadora por la sencillez de su narración, y que descubre por todas partes la bondad y la modestia venerable del autor. Crece aún más el interés que inspira, porque desnuda de inoportunas digresiones y moralidades, nos presenta un cuadro vivo de la época más interesante de nuestra historia".[36]

Si bien surge una nueva valoración de la escritura y de los usos del pasado, eso no significa que se haya conjurado el equívoco de pensar que esas comunicaciones hubieran sido escritas para un pensador o escritor moderno. Su acceso a las fuentes se realiza gracias a su conservación y or-

[34] Sobre *Monarquía indiana* de Torquemada. Icazbalceta, en *Diccionario...*, t. IV, p. 133.
[35] *Ibidem.*
[36] *Ibidem.*

denamiento en forma de bibliotecas y archivos, públicos y privados, creando ese sentido de familiaridad que permite que el lector moderno pueda comenzar a expurgarlos del error y del engaño que supuestamente contienen. El equívoco está en pensar que son incomprensibles al no hablar el mismo lenguaje del historiador, y por lo tanto pueden ser desechables o asombrar en cuanto a sus composiciones.

El deber del historiador moderno, por tanto, es proceder con gran cautela en el análisis de la documentación, porque su producción pudo haber estado basada en la intención de engañar. Al respecto, Icazbalceta recomienda que en primer lugar se debe recelar de los "documentos oficiales" que sirven de base para la reconstrucción histórica de la guerra de independencia. De ninguna manera deben recibirse "con la confianza que inspiran los de la época de la dominación española". Cuando un gobierno está bien asentado, como el novohispano, no tiene necesidad de "ocultar la verdad". En cambio, cuando no se tiene todo el control como durante la guerra civil, entonces el bando español se ve precisado a engañar o a ocultar "sus pérdidas tanto como cualquier otro". Por esa razón el historiador debe proceder con mucho cuidado al acercarse a los informes de los partidos en pugna; en el caso de la guerra de independencia, "especialmente del español, que como dueño de la imprenta y de las poblaciones más ricas e importantes, hallaba más interés en disfrazar la verdad, que no los insurgentes cuyas comunicaciones oficiales sólo eran leídas comúnmente por los jefes a quienes iban dirigidas".

Estas recomendaciones son una invitación a revisar la historiografía del periodo a partir de estos criterios. Mientras algunas de las versiones pueden pecar de "oficialistas," hay otras, como las del Dr. Mora en que "su narración es incompleta". En otros casos, como el de Lorenzo de Zavala, Icazbalceta considera que ni vale la pena mencionarlo debido a su baja calidad moral al haber entregado Tejas en manos americanas, por lo cual no conviene "manchar nuestras páginas" con su nombre; aunque reconoce su estilo: "no es desagradable, y abunda en retratos trazados con cierta gracia epigramática, a la verdad no común".[37] Se requiere, en síntesis, la formación de un historiador que proceda como un juez imparcial que imparta justicia sobre el pasado, pero además que escriba con un estilo agradable.

Después de pasar revista por el mundo de la historiografía sólo hay un figura que permanece incólume: el barón Alexander von Humboldt, pues personifica a su juicio,

> el primer conocimiento exacto de nuestro propio país. Ha pasado ya medio

[37] García Icazbalceta, *Diccionario*, t. IV, p. 138.

> siglo, y su obra es todavía consultada con frecuencia, como el más rico tesoro de noticias.[...] No hay punto por oscuro que sea que no adquiera entre sus manos nueva luz. El asentimiento universal le ha concedido sin disputa el primer puesto entre todos los escritores de América, a la que ha consagrado su larga y laboriosa vida.[38]

En opinión de Icazbalceta se dibuja en el horizonte una larga y ardua labor en el campo de la nueva historiografía. La primera de éstas es el acopio y clasificación de todos "nuestros monumentos históricos". Es una tarea que clama por una intervención colectiva, ya que trasciende cualquier esfuerzo individual. Advierte, sin embargo, un interés creciente por la historia, no visto anteriormente: los libros y papeles antes vendidos como papel viejo, ahora son buscados con empeño.[39] El movimiento se dirigió también hacia el "descubrimiento y recuperación de las 'antigüedades mexicanas'".[40]

¿Qué está sucediendo? Lo más probable es que en el ámbito civil, más que en el eclesiástico —donde todavía la retórica se enseña y se practica en los seminarios—, lentamente se va dando paso al establecimiento de este nuevo código de escritura-lectura que tiene que ver menos con los ámbitos públicos en los que circula la oralidad (púlpitos y sermonarios; tribunales y arengas públicas) y más con el ámbito de la escritura impresa, espacio privilegiado donde va a desarrollarse la nueva historiografía.

Uno de los postulados que va a sentar las bases de la construcción de este nuevo lenguaje universal sobre lo mexicano es el de poder fijar con exactitud los hechos y las descripciones unitarias sobre el pasado. La incorporación de una nueva noción de la historia como "ciencia exacta", implicó otorgar a Tucídides el lugar ocupado anteriormente por Herodoto entre los historiadores. El Tucídides del siglo XIX es representado como el del historiador que supuestamente había resuelto la dualidad contenida en la obra de Herodoto: la observación directa de las cosas se

[38] *Ibidem.*

[39] *Ibidem.* "El acopio de documentos, y los trabajos aislados sobre los puntos principales de nuestra historia (a la manera que los grandes pintores estudian en bocetos separados los grupos más visibles de sus cuadros), forman la tarea señalada a la generación presente. Así allanará el camino a la venidera, a la cual está acaso reservada la gloria de levantar sobre sólidos fundamentos el grandioso edificio de nuestra historia nacional".

[40] "Antigüedades mexicanas", *Comunicado, Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, II/8, México, Imprenta de Torres, 1851, pp. 296-297. Relata las expediciones francesas (de los "sabios anticuarios") e inglesas desde 1806 a Palenque y Uxmal, y alerta sobre la necesidad de los mexicanos (historiadores y arqueólogos) de hacerse cargo de una nueva ciudad en las cercanías de Jalapa.

mezclaba con la fantasía y la fabulación. El famoso aforismo que ha hecho célebre a Ranke —*wie es eigentlich gewesen*— no es sino una recepción decimonónica de un pasaje de la obra de Tucídides.[41]

En un discurso pronunciado ante la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, Miguel Bolaños Cacho se lamentaba en 1905 de que todavía faltaban miles de "datos exactos", para disponer de una síntesis histórico geográfica de México. Los que hay, o están dispersos o son "en gran medida contradictorios".[42] Sobre la necesidad de conjuntar el inventario territorial y cultural para tener una visión completa y exacta de la nación, expresó lo siguiente:

> Los conocimientos físicos y las artes que ellos desarrollan, han producido los medios, dando mucha mayor importancia a los resultados, de lejanos viajes; pero a su vez las ciencias naturales progresaron a medida que se conocieron mejor los climas extranjeros, estudiando todos los fenómenos. La Geografía tiene las mismas relaciones con las ciencias morales e históricas; es una de las grandes lumbreras, e ilumina el teatro donde se representan las escenas más memorables; es una de las bases de la ciencia social y la primera condición de los vínculos políticos y comerciales entre los pueblos. Ni aun carece de importancia en la moral práctica, porque, extendiendo nuestras ideas, les comunica más exactitud e imparcialidad. Aplicada a la ciencia de las costumbres, los viajes enriquecieron a ésta con preciosas observaciones, ayudándola a perfeccionar sus preceptos. La Geografía es, por tanto, igualmente necesaria al filósofo que al político, lo mismo al comerciante que al hombre estudioso.[43]

[41] Sobre la relación entre Ranke y Tucídides, véase Reinhart Koselleck, *Zeitschichten*, Francfort, Suhrkamp, 2000, p. 43. La crítica de "la crítica" de O'Gorman nos pone también en alerta sobre la "modernidad" de Tucídides. Acerca de los "realistas modernos" que acusan a Tucídides de "flaquear" en algunos pasajes de su obra supuestamente por "haber insertado, como hechos, unas piezas conscientemente inventadas", O'Gorman no puede sino ironizar a partir del texto de Werner Jaeger (*Paideia*): "En la composición de los discursos no hay el menor intento de reproducir el estilo y otras peculiaridades personales del orador. Todos hablan de un modo semejante y exponen con igual lucidez sus puntos de vista, de manera que ver en esas piezas un fraude es como acusar de lo mismo a Fidias porque sus estatuas no son reproducciones fieles de hombres de carne y hueso". Edmundo O'Gorman, "Introducción" de Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, México, Editorial Porrúa, 1975, p. XXIX.

[42] Miguel Bolaños Cacho, "La geografía como factor indispensable en la integración nacional", en *Boletín Extraordinario de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, 5a. época, México, Imprenta de la Secretaría de Fomento, 1905, p. 25. En 1894 se había fundado la Academia Mexicana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, correspondiente de la Real de Madrid. *Ibid*. p. 27.

[43] Miguel Bolaños Cacho, "La geografía como factor indispensable en la integración nacional", pp. 28-29.

5.4 El camino hacia la profesionalización de la historia (1910-1950)

Varios factores nos indican que el año de 1910 es el comienzo de un cambio relacionado menos con el proyecto de un nuevo discurso sobre el pasado, que con el proceso de su institucionalización y profesionalización. Este proceso se vincula, a mi entender, menos con el carácter político y militar de la Revolución mexicana, que con la relación entre las comunidades letradas y el Estado; con las relaciones entre los intelectuales y el gobierno interesado en administrar y organizar el subsuelo físico (arqueológico) y cultural (historiográfico) del país.

En esos años se inician sistemáticamente las exploraciones arqueológicas. En 1902, por iniciativa de Nicolás León, se fundan en el Museo Nacional las cátedras de arqueología, etnología, antropología física, prehistoria general e historia de México. Estas "cátedras" pasaron a ser parte de la Escuela de Altos Estudios en 1913-1914, y más tarde, de la Universidad Nacional. En 1939 se fundó el Instituto Nacional de Antropología e Historia, y en 1942 la Escuela Nacional de Antropología e Historia.[44] En 1945-1946 se creó la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas. Finalmente en 1945 se formó el Instituto de Historia destinado a centralizar y organizar investigaciones históricas en la UNAM.[45]

En 1928 el gobierno mexicano hizo el reconocimiento público de un conjunto de 45 historiadores no importando sus inclinaciones políticas o religiosas. En la lista, entre otros, aparece tanto Manuel Gamio y Miguel Othón de Mendizábal, como el jesuita Mariano Cuevas o el hispanista conservador Carlos Pereyra.[46]

El historiador jesuita José Bravo Ugarte preparó un informe sobre los avances de la historiografía en la primera mitad del siglo XX firmado el 15 de abril de 1950. Su reporte avala la hipótesis de que conforme se fue avanzando en la profesionalización de la historia, pero sobre todo conforme fue siendo reconocida como una carrera universitaria útil y necesaria para la sociedad, el modelo rankeano se fue haciendo más explícito. Cito a Bravo Ugarte casi al cierre de su informe:

[44] Por un arreglo con la UNAM la carrera de historia no se fundó sino hasta 1980. El acuerdo fue que la UNAM se comprometía a no enseñar antropología, dejándosela a la ENAH, mientras ésta hacía lo mismo con la Historia.

[45] En 1919 se fundó además la Academia Mexicana de la Historia correspondiente a la Real de Madrid; en 1926 la Academia Nacional de Historia y Geografía; en 1947 la Academia de Ciencias Históricas de Monterrey; hay otras más antiguas como la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (1833).

[46] *Señas de escritores y artistas mexicanos*, México, Imprenta de la Secretaría de Relaciones Exteriores, 1928.

> Por lo que toca a las tendencias de los historiógrafos mexicanos, hay que decir, primero, que todos los que toman en serio su papel de historiadores —que son los más—, aspiran al ideal científico de la investigación completa y de la exposición veraz, dotada, según las circunstancias, de su aparato crítico: notas y bibliografía. Ejemplos excelentes de ello son: "La encomienda indiana" y "Las instituciones jurídicas en la Conquista de América", de [Silvio] Zavala; "Coahuila y Texas en la época colonial" de [Vito] Alessio Robles, y la "Historia de la Iglesia en México" de [Mariano] Cuevas.
>
> No pocos han dado a su investigación el carácter de revisión, más expuesta a los prejuicios que la investigación simple —"*para saber cómo pasaron las cosas*".
>
> En el pueblo mexicano, noble, y por noble, justiciero, tiene que vencer la verdad histórica.[47]

Esta larga cita proveniente de un historiador mexicano reconocido por su sobriedad y su interés en establecer "el cuadro sinóptico de la historia nacional" (ver capítulo sexto), hace pensar que la sombra de Ranke se fue asentando en el imaginario historiográfico nacional conforme se avanzaba en el proceso de institucionalización de la disciplina.

Los ecos de la escuela histórica alemana en México

En 1913 un historiador como Alfonso Toro que reflexiona sobre la historia hace eco de la tradición, y sólo entre líneas se puede rastrear las huellas del modelo rankeano. Lo que sucede es que Ranke llega a este círculo a través de la historiografía francesa, representada sobre todo por Taine. Lo que no deja duda es el papel del historiador como juez:

> Por lo que se ve que el papel del historiador es, en gran manera, semejante al de un juez encargado de examinar un testigo cualquiera.[48]

Acaso sea Jesús Galindo y Villa uno de los primeros intelectuales que expresamente se relaciona con la tradición alemana, sin pasar por alto la revisión que la Escuela Metódica Francesa —representada por Gabriel Monod y Langlois y Seignobos— ha realizado en el último tercio del si-

[47] Informe tomado del Archivo JBU-SJ. Las cursivas son mías.

[48] Alfonso Toro, "Importancia del estudio de la historia" y "Métodos de investigación histórica", en Álvaro Matute Aguirre, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo xx. La desintegración del positivismo (1911-1935)*, México, FCE, 1999, p. 68. Para las huellas del modelo rankeano se pueden revisar las pp. 72-75.

glo XIX, al considerar los factores psicológicos que intervienen en la composición de todo testimonio. Se podría aceptar con Matute que esa "revisión" incluye la formulación de algunas dudas respecto del modelo de exactitud "historiográfica", postulado en el periodo anterior.

Así expresa Galindo y Villa su admiración por la Escuela alemana:

> Alemania y Austria, con sus admirables laboratorios históricos, caminan a la cabeza de este movimiento; Inglaterra les sigue con sus centros de estudio en Oxford; Francia, con su Escuela de Altos Estudios de París; Italia, con sus focos históricos en Roma y en Turín.[49]

Galindo y Villa hace suya la escuela metódica francesa en deuda con la alemana en el sentido de hacer del Método el núcleo de la ciencia, y de tratar a los hechos históricos, según la recomendación de Durkheim, como "cosas".[50]

El pensamiento histórico alemán se transfiere a la lengua española de manera más directa a través de Zacarías García Villada educado en Innsbruck y Viena. Galindo y Villa recomienda su texto para la enseñanza y formación de los historiadores porque lo encuentra más "científico, más claro y sobre todo más moderno y al día", que el del alemán Bernheim, que casi ha sido copiado del alemán por Langlois y Seignobos.[51]

El segundo autor español recomendado por Galindo y Villa en 1916 es Rafael Altamira y Crevea (1866-1951). La obra de Altamira es un referente clave para entender el encuentro de la cultura historiográfica alemana y la mexicana a través de la mediación española, en particular aquella reunida alrededor de la generación del '98 y la que se congregará alrededor del Centro de Estudios de Madrid de 1910, modelo del futuro Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. Al integrarse al Centro de Estudios de Madrid junto con Ramón Menéndez Pidal y otros, Altamira es el responsable de la sección de metodología histórica.[52]

Ese mismo año de 1910 Altamira, patrocinado por la Universidad de

[49] Jesús Galindo y Villa, "Las nuevas directrices de los estudios históricos", en Matute, *Pensamiento historiográfico.*

[50] Galindo y Villa, "Las nuevas directrices...", en Matute, *Pensamiento historiográfico...*, p. 88.

[51] El texto aludido de García Villada es "Cómo se aprende a trabajar científicamente. Lecciones de metodología y crítica históricas", de 1912, en Galindo y Villa, p. 91. Ernst Bernheim, *Lehrbuch der historischen Methode*, Dunker/Humboldt, München/Lepzig, 1889. El manual de Langlois y Seignobos fue publicado en 1898.

[52] Véase el estudio de Javier Varela, *La novela de España. Los intelectuales y el problema español*, Madrid, Taurus, 1999. (Mi agradecimiento a Abdón Mateos quien llamó mi atención sobre el libro).

Oviedo donde enseñaba, visitó México por invitación del ministro de Instrucción Pública, Justo Sierra, con motivo de la celebración del centenario de las Independencias de los países hispanoamericanos. Altamira arribó a México en diciembre de 1909 siendo entonces un joven historiador de 43 años ya prestigiado, y entre enero y febrero de 1910 dictó 19 conferencias en distintos centros culturales de la ciudad. Justo Sierra asistió a cuatro de sus conferencias, aprovechando también para conversar en privado sobre el proyecto de la nueva universidad de México que estaba a punto de ser reinaugurada.[53] La mayoría de las charlas fueron impartidas en la Escuela Nacional de Jurisprudencia y en el Colegio de Abogados. La conferencia en el Museo Nacional versó sobre los "Principios de la ciencia histórica". El 26 de enero, poco antes de su regreso, tuvo tiempo para reunirse con el grupo del Ateneo de la Juventud (al que pertenecían jóvenes intelectuales como Alfonso Reyes y José Vasconcelos) y realizar el discurso de recepción del futuro filósofo Antonio Caso.

Este joven historiador español vino a México como una especie de embajador cultural de una España que recién acababa de perder sus últimos dominios coloniales en tierras americanas y que intentaba restablecer sus vínculos a partir de una nueva propuesta cultural. Después de la derrota frente a Estados Unidos en 1898 dejaba atrás el triunfalismo y la idea de la grandeza española ancestral, además de sortear el obstáculo de la leyenda negra que se había venido fabricando en el marco de las luchas políticas del siglo XVIII. Altamira estaba convencido de que en esa tarea los estudios históricos podían cumplir una misión de suma importancia, siempre y cuando se ejercieran con el rigor de un juez imparcial, que provisto de un método analítico riguroso, impartiera justicia sobre el pasado, y develara sus aciertos y sus errores. Altamira consideraba que la historiografía podía ser "un arma peligrosa en manos de gentes irresponsables y mal intencionadas", que al "desvirtuar la verdad" podían generar un estado de opinión favorable a las "enemistades entre pueblos y, a veces, como consecuencia la guerra misma." Entendía a la historia como un medio eficaz para conseguir la concordia entre los pueblos.[54]

Altamira forma parte de una generación que busca regenerar a la sociedad a través de la ciencia. Esta reforma se realiza principalmente mediante la creación de nuevas instituciones científicas. Por tanto la ciencia y su aplicación debe proyectarse por igual en el campo de la pedagogía es-

[53] Para una historia detallada de la refundación de la Universidad Nacional de México, véase el estudio de Javier Garciadiego, *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución mexicana*, México, El Colegio de México, 2000, 1a. reimpresión.

[54] Altamira desempeñó las funciones de juez de paz en el Tribunal Internacional de La Haya entre 1936 y 1940, antes de decidirse a viajar a México como exiliado en 1945.

colar y de la enseñanza. Es un tipo de científico que valora particularmente el estar actualizado en cuanto al avance de la ciencia. Lee en francés, alemán, inglés e italiano. Está al tanto de las publicaciones hemerográficas y bibliográficas de su interés: la historia del derecho y la enseñanza de la historia. Es, además, un gran promotor en España de la introducción del sistema de seminarios desarrollado en el sistema universitario alemán.[55]

Rafael Altamira nació en Alicante en 1866, obteniendo el grado de doctor en derecho a los 21 años en 1887. Recibió una formación amplia en los campos de la filosofía, el derecho, la historia y la literatura. Diez años después de su titulación, obtuvo la cátedra de historia del derecho español en la Universidad de Oviedo. Como parte del grupo reformista alterna desde entonces la enseñanza y la ocupación de cargos públicos en la Dirección General de Primera Enseñanza. Sólo después de su primera estancia en México en 1910 es cuando propiamente comienza su carrera ascendente como formador de nuevos historiadores en el ámbito hispanoamericano. Desde 1914 hasta 1936 fue director del Seminario de Historia de las Instituciones Civiles y Políticas de América que tuvo numerosos seguidores en Hispanoamérica.

El modelo de historia referido no es del todo desconocido en México. En cierto modo está también presente en Galindo y Villa y otros como Roberto A. Esteva Ruiz cuando tienen la intención de actualizar los estudios históricos. Esteva Ruiz, un joven abogado, formuló ya en 1914 un Programa de Investigaciones Históricas, que planteaba una reforma radical del Museo Nacional.[56] También Ricardo García Granados en 1910 había ya hecho la crítica del libro de Karl Lamprecht, *Moderne Geschichtswissenschaft* (La ciencia moderna de la historia, 1905). García Granados es uno de los pocos intelectuales mexicanos de ese periodo formados en Alemania que considera a la historiografía como una vertiente aplicada de la psicología:

> Como perteneciente a la misma escuela psicológica independiente, podemos considerar al historiador Sismondi; en sus obras escritas en la primera mitad del siglo XIX, hace ver, como más tarde Ranke en Alemania, la necesidad de escribir la Historia como realmente fue y no como nos la han trasmitido las crónicas escritas en el tiempo mismo de los acontecimientos, por haber tenido éstas casi siempre por objeto el enaltecimiento de los hechos de los gobernantes, o de los pueblos, para cuyo solaz estaban destinados. Su Historia imparcial y verídica, constituye, conforme a ese autor (Lamprecht), la base de las ciencias sociales.

[55] Varela, *La novela de España...*, pp. 97-104.

[56] Galindo y Villa, "Las nuevas directrices...", en Matute, *Pensamiento historiográfico...*, pp. 91-92.

Sismondi, según García Granados, se propone, como Ranke, "investigar lo que realmente ha existido, y en reunir y exponer a la vista de todos, el resultado" de sus estudios. Así, concluye que 100 años después esas reglas "no han perdido nada de su valor, y sus observaciones se pueden recomendar sin reserva, a todo aquel que se dedique a los estudios históricos".[57]

Se puede decir que la reseña crítica de García Granados del libro de Lamprecht es la primera recepción directa de la escuela histórica alemana en México, pasando por Guizot y por Taine. "En donde no hay lucha política enmudece la historia, dejando libre el campo a los aduladores y panegiristas de los tiranos".[58] Sin embargo, es cierto también que sus observaciones sobre la historia y su función son todavía las de un no profesional de la historiografía.

La instauración del método y la vía profesional hacia la historia

La reforma universitaria impulsada por Justo Sierra y proseguida en el Museo Nacional en el campo de la historiografía se dirige fundamentalmente a vencer el "autodidactismo". Es en el ámbito del museo donde se da forma inicialmente a la vía trazada por Altamira y García Villalda hacia la historia. Galindo y Villa reconoce expresamente que su programa de *Metodología, crítica y construcción histórica*, y sus *Apuntes* no hacen sino recoger lo que hasta ese momento se ha venido estableciendo en el mundo. La novedad consiste únicamente en su aplicación y difusión en el plano institucional con el propósito firme de vencer el "autodidactismo".

> Ni nada nuestro podríamos exponer dentro del anémico y desmedradísimo medio intelectual en que vivimos, donde todos, generalmente hablando, hemos tenido que ser *a fortiori autodidactos*, sin cátedras ni direcciones especiales para el cultivo de la metodología histórico-científica. Tenemos, por consiguiente, que seguir el movimiento que viene de afuera, de las aulas alemanas, en primera línea, tan disciplinadas y ya veteranas en el terreno científico... [Este "autodidactismo obligado"] hoy se condena universalmente en el estudio profundo de todas las ciencias.[59]

[57] Ricardo García Granados, "El concepto científico de la Historia", en Juan A. Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la Historia*, México, UNAM, 1992, 2a. edición, pp. 318 y 354.

[58] *Ibid.*, p. 356.

[59] Galindo y Villa (1916), en Matute, *Pensamiento historiográfico...*, pp. 92- 94. Las cursivas son mías.

El propósito de una historia metódica, imparcial y objetiva, que lucha en contra de toda clase de prejuicio, penetra incluso en esos años en el mundo católico. A este respecto es elocuente la comunicación del obispo leonés Emeterio Valverde y Téllez al promover una historia "objetiva" católica:

> Así como existe la verdad objetiva, independientemente del entendimiento, y que se confunde con la misma realidad de las cosas, de semejante manera debe haber un criterio histórico objetivo, real, ontológico, absoluto.
>
> El criterio histórico, pero subjetivo e ideal, consiste en la conformidad de la apreciación o interpretación de los hechos, relaciones y leyes con el criterio objetivo, o con la realidad a que se refiere la apreciación o interpretación racional de los mismos hechos, relaciones y leyes.[60]

Rafael Altamira, el método histórico y el krausismo español

¿Cómo entender la fusión entre la cultura laica y la católica alrededor de los mismos principios reguladores del funcionamiento de la historia y de su oficio? La biografía intelectual de Altamira y su vínculo con el "krausismo",[61] puede proporcionar valiosas indicaciones para entender cómo

[60] Emeterio Valverde y Téllez, "Discurso sobre la filosofía de la Historia" (1923), en Matute, *Pensamiento historiográfico...*, p. 111. Para observar el despliegue de la "historia rankeana", incluso en el ámbito del catolicismo, es interesante anotar la creación del Centro de Estudios Históricos Francisco del Paso y Troncoso en 1922 por el mismo impulsor de la historiografía en los ámbitos oficiales, Jesús Galindo y Villa, pero ahora auspiciada por la Orden de los Caballeros de Colón. *Ibid.*, p. 97.

[61] El "krausismo" lo difunde en España Sanz del Río después de un viaje a Alemania en 1843. Ahí tradujo *El ideal de la humanidad para la vida*, textos base de la doctrina de Karl Krause. El ideal era de origen un tratado filosófico relacionado con la masonería. Las ideas de Sanz siguen de cerca una especie de misticismo romántico que se traduce en una Analítica o elevación del espíritu desde lo múltiple a lo uno y una Sintética que es el camino de regreso de lo absoluto a los saberes particulares. Su método científico nada tiene que ver con el método de las ciencias naturales entendidas al modo positivista. Es sobre todo un "movimiento de reforma religiosa; un movimiento disidente del catolicismo español. Su tono dominante es de carácter religioso y moral". El "panenteísmo" krausista buscaba hacer frente al panteísmo, afirmando que "el mundo es en Dios, pero que Dios es más que el mundo. Es una de las formas que adopta la religión del romanticismo, en que Dios está presente en los seres de la naturaleza, sin que de ello se siga el spinoziano *Deus sive natura.* La sacralización del mundo tiene por consecuencia una desacralización de las instituciones eclesiásticas. La religión del krausismo pretende desamortizar la fe, devolverla al interior de la conciencia individual; rindiendo culto al Ser Supremo en espíritu, al margen de los dogmas positivos. Una religión intramundana, que llama la atención sobre la necesidad de salvación en esta vida, centrada en la perfección individual y social, en el cumplimiento de los

se da este paso entre la tradición historiográfica alemana y la hispanoamericana.

Altamira documenta un trabajo sobre "Ranke y el comienzo del método de los seminarios en la historia" y hace de Tucídides "el único historiador de la antigüedad que merece absoluta confianza" en un libro de 1894 que actualiza sus reflexiones y estudios sobre la enseñanza de la historia. Al tiempo que refiere su amistad con Benedetto Croce (gran conocedor de la literatura alemana), deja ver sus diferencias respecto a las inclinaciones de Croce por la filosofía de la historia (a la que considera de menor interés) y a su negativa a aceptar que la historia sea una ciencia.[62]

En cambio, registra un mayor interés por las cuestiones de lo que llama la "teoría metodológica", que inspira a pedagogos e historiadores. En particular destaca un texto de Oskar Jäger incluido en el *Handbuch der Erziehung und Unterrichtslehre für höhere Schulen* sobre la conversión de la historia en una disciplina metódica.[63] En este texto la historia se convierte en una técnica que se aplica dentro de un esquema conceptual organicista.

> Entre las verdades definitivamente adquiridas por la ciencia hállase, sin duda, el reconocimiento de la sociedad como un organismo que, idéntico en esto a los organismos individuales, nace, se desarrolla, sufre trastornos morbosos, reacciona y hasta muere, a lo menos en sus determinaciones concretas. Antes de que los filósofos alemanes y los sociólogos modernos formulasen en términos científicos esta verdad, manifestábase su presentimiento, como imposición de fenómenos reales que a la vista de todos se producen, en el conocimiento y en el habla común. La existencia de pueblos jóvenes, de pueblos decrépitos, de pueblos enfermos,

deberes sociales, muy crítica del catolicismo —religión naturalista— orientado a la salvación eterna, prendido de exterioridades y ritos". En Varela, *La novela de España...*, pp. 77-78. El impacto del krausismo en México ha sido estudiado por Antolín C. Sánchez Cuervo, "Problemas historiográficos en la definición del krausismo en México", en *Quatrivium. Órgano de difusión del Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades*, núm. 12, México, UAEM, 1999, pp. 99-109.

[62] Rafael Altamira y Crevea, *La enseñanza de la historia*, nueva edición de Rafael Asín Vergara, Madrid, Akal, 1997 (1894); *De historia y arte (estudios críticos)*, Madrid, Librería de Victoriano Suárez, 1898, pp. 24-30; 37-40. La crítica de Croce que sostiene que la historia es arte se dirige contra el manual de Ernest Bernheim, *Lehrbuch der historischen Methode und der Geschichtsphilosophie*, el mismo que fue utilizado por Langlois y Seignobos para la realización de su propio manual en 1898.

[63] Altamira, *De historia y arte*, pp. 42-55. Véase también, John E. Fagg, "Rafael Altamira (1866-1951)", en S. William Halperin, ed., *Essays in modern European historiography*, Chicago, The University of Chicago Press, 1970, pp. 3-21.

de pueblos sanos y vigorosos, y el espectáculo de la descripción de muchos que un tiempo fueron importantes agentes de civilización, han sido cosas siempre advertidas por la conciencia popular a la vez que por los estudiosos.[64]

El elemento regeneracionista constitutivo de esta nueva ilustración históriográfica se hace todavía más evidente cuando se indica que se trata de despertar el genio oculto de la colectividad.[65] Tanto en Altamira como en los productos salidos de la fábrica del Centro de Estudios Históricos de Madrid, esta idea del descubrimiento del genio o espíritu popular de raíces psicologistas, está sustentada en una historiografía de filiación krausista o "institucionista".[66]

A los 31 años, Altamira era ya catedrático de historia del derecho en la Universidad de Oviedo en 1897. Ahí se congrega con otros prestigiados profesores relacionados con el krausismo. Este grupo, nos dice Varela, es innovador en la pedagogía académica porque introduce el sistema de "seminario" alemán. Comparte el desastre que supone la crisis colonial del 98. En ese contexto, durante su curso inaugural de 98-99 Altamira fija lo que será su programa primordial como historiador: se propone ante todo "restaurar el crédito" de la historia de España y devolver a los españoles la confianza en sus posibilidades como nación. Se trata, según Varela, no de restaurar las formas pasadas, sino de "remozar el genio propio de la civilización europea".[67]

Rafael Altamira entra en relación con el krausismo siendo estudiante cuando su maestro Ricardo Soler le descubre los primeros libros de Sanz del Río. Este mismo lo pone en contacto con Giner, Azcárate y Salmerón en Madrid. Altamira es un liberal y un republicano. Su pensamiento está muy influido por la personalidad de Giner de los Ríos. Reconoce en éste tres principios básicos: la unidad de la realidad y su organicidad y subordinación de las partes, la del "*accuracy*" y la de "tolerancia y respeto a las opiniones ajenas". Hizo compatibles estas ideas con las del modelo evolucionista de Spencer, que extractaba en 1885, la del positivismo de Renan de quien fue alumno en 1890, y la historiografía francesa que conoció en la Sorbona, y la escuela de derecho proveniente directamente de los textos de Savigny o a través de Joaquín Costa que beben "en los mismos manantiales histórico-naturalistas". De todo esto resulta su aprecio por la costumbre "frente a las creaciones jurídicas y po-

[64] Altamira, *De historia y arte*, pp. 107-108.
[65] Altamira, *De historia y arte*, pp.162-163.
[66] Varela, *La novela de España...*, p. 97.
[67] Varela, *La novela de España...*, p. 98.

líticas estatales". "Organicismo naturalista e historicismo contribuyen a forjar en Altamira un método que se declara científico —palabra usual en su vocabulario; una idea de la historia como saber riguroso que adopta como propio el procedimiento de la ciencia natural, de la biología ante todo".

La afirmación del carácter científico de la historia era idea corriente entre los krausistas. Herencia, al fin y al cabo, del giro positivista que adoptó parte de la escuela desde finales de siglo. Historia ciencia, espejo de una historia realidad, que había sido ya reclamada por Joaquín Costa, dando por supuesto que "las mismas leyes que rigen en el mundo de la naturaleza gobiernan el mundo de la sociedad. A la historia corresponde el conocimiento de los hechos, a la filosofía el de los principios y a la filosofía de la historia el de las leyes biológicas".[68]

La longevidad de Altamira puede explicar, como indica Varela, la persistencia de ciertos temas y sobre todo su enfoque historiográfico. A Altamira lo vemos reaparecer en México en 1945, 35 años después de su primera visita. Esta vez fue para permanecer en México hasta su muerte en 1951 a la edad de 85. Su nueva presencia es parte del exilio español, pero ante todo está alentada por algunos de sus discípulos de Madrid, como Javier Malagón y Silvio Zavala. Si seguimos la semblanza que realiza Varela a partir de un texto sobre *Cuestiones modernas* de Altamira de 1904, entonces podemos decir que Silvio Zavala es uno de sus discípulos que mejor encarnó sus enseñanzas:

> El historiador ha de reprimir su fantasía luego de sufrir la ascesis de la ciencia natural. Su labor es modesta como la del naturalista, y consiste en observar o ser testigo de los hechos. Si acaso se aventura por los caminos escarpados de la ley, ha de hacerlo con la advertencia de su carácter provisional, mera hipótesis resultado de la observación. Con estas cautelas, piensa Altamira, el historiador es capaz de alcanzar un saber tan seguro, con un grado de comprobación tan grande como el de las ciencias físicas y naturales.

Y añade Varela:

> ...como ocurre en el positivismo español, las metáforas de la ciencia natural guían al investigador austero del krausismo lo mismo que el apologista católico.[69]

[68] Varela, *La novela de España...*, pp. 98-100.
[69] Varela, *La novela de España...*, p. 100.

El krausismo español y su impacto en la historiografía mexicana

El "institucionismo" krausista parece hacer converger esta vertiente del exilio español con la voluntad mexicana de dar una nueva institucionalidad a la educación superior y a las líneas de estudio y de investigación en la historia. Esta cultura, señala Varela , se describe a sí misma como una "innovadora síntesis entre influencias foráneas y rasgos autóctonos".[70] Se intenta recuperar el legado cultural propio para reconocerse de nuevo. No se busca la restauración de las formas antiguas, sino remozar a la civilización en términos culturales.

Silvio Zavala, después de su estancia en Madrid en la década de 1930, se reencuentra con Altamira en 1945 cuando es director del Museo Nacional y forma parte también del Instituto Panamericano de Geografía e Historia y del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. Además es miembro de El Colegio Nacional.[71]

Durante su estancia en México Altamira impartió cursos en la Facultad de Derecho de la UNAM y en El Colegio de México el curso de "proceso histórico de la historiografía humana" en 1948. Entre otras cosas señalaba en su curso que la idea de *causas* en la historia estaba en crisis. A pesar de ello proponía:

> Probablemente, el camino más seguro sería, hoy por hoy, proceder de la manera más rigurosamente *histórica* posible; es decir, abandonar todo sistema rígido y procurar tan sólo la consignación de los hechos de relación entre las diferentes series de fenómenos históricos que la observación detenida y las investigaciones críticas consientan afirmar hoy por hoy.[72]

Silvio Zavala recuerda sus años con Altamira en España:

> Cuando en la década de 1930 estudiaba en la España de la República, tuve la fortuna de asistir a las clases que impartía en la Universidad Central de Madrid don Rafael Altamira, en su cátedra de "Historia de las instituciones políticas y civiles de América". Allá nos encontrábamos estudiantes de los di-

[70] *La novela de España...*, p. 104. Por cultura entiende todo tipo de saber relacionado con el campo de las humanidades y las bellas artes: filología, filosofía, música, historia...

[71] Javier Malagón Barceló, "Altamira en México (1945-1951). Recuerdos de un discípulo", en Armando Alberola, ed., *Estudios sobre Rafael Altamira*, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, 1987. (Gracias a Luis Gerardo Morales tuve acceso a estos materiales sobre la obra de Altamira).

[72] Altamira, *Proceso histórico...*, p. 235. Citado por Mariano Peset, "Rafael Altamira en México: el final de un historiador", en Armando Alberola, ed., *Estudios sobre Rafael Altamira*, p. 263.

versos países de Hispanoamérica y Filipinas con los de las regiones españolas... Y las enseñanzas que recibíamos trataban de las varias partes del mundo del Caribe y del Continente Americano... Nos encaminábamos así al que el eminente colombiano don Eduardo Santos llamaría más tarde el patriotismo continental. Este alimentaba nuestro interés por la propia nación y las demás de Iberoamérica, y nos permitía alegrarnos de los progresos que cada parte iba alcanzando, así como de la calidad de sus manifestaciones de pensamiento, letras y artes que integraban el patrimonio común.

El proyecto historiográfico de Altamira forma parte de una secuencia que se inicia en Alemania (en cuanto la admiración por sus instituciones académicas y científicas reformadas), pasa por Francia en cuanto a la buena acogida que tiene el modelo alemán sobre todo después de la derrota militar francesa de 1870, y llega a una España deteriorada después de la crisis de 1898. En ese contexto, la historia para Altamira es un instrumento ideal para vincular a España con sus antiguos dominios, pero a partir de bases filosóficas modernas.

En cierto modo la concepción krausista de la historiografía apunta a hacer realidad el proyecto delineado por Kant acerca de cómo construir una historia en sentido cosmopolita, en el caso de Altamira y Zavala, de una historia global de los pueblos de civilización hispana.

La reforma de los estudios históricos promulgada por Altamira y asumida más tarde por Zavala, implica la necesidad de ampliar las fronteras de la historia política y militar tradicionales para abrirse a las influencias que parecen determinar también el espíritu de los pueblos: los factores ambientales y geográficos, la economía y las ideas, la cultura y las condiciones materiales de vida, incluyendo las "vicisitudes de las masas". Incluso este espíritu modernista se manifiesta en su interés por sustituir las viejas ilustraciones de los libros de historia, por otra clase de imágenes que proporcionen una idea más cercana a la realidad, como las fotografías.

El proyecto que Altamira hereda a su discípulo predilecto, Silvio Zavala, es el de una historia integral de la civilización española. Se trate "de libros docentes o del intento de dar a conocer la vida pasada y presente de la humanidad al gran público, ya no cabe que en ellos falte ningún elemento de los que componen el dinamismo pleno de los individuos y colectividades".[73]

Como integrante de la generación del 98 (al lado de Azorín, Pío Baroja, Antonio Machado, Miguel de Unamuno, Ramón del Valle-Inclán) Altamira se piensa como una reedición del siglo de oro español, como

[73] Rafael Altamira, *Proceso histórico de la historiografía humana*, México, El Colegio de México, 1948, p. 137.

una especie de segunda gran oleada de la cultura española en el mundo. Sólo que ahora se está sujeto a diversas influencias y en situación de desigualdad política. Su discípulo español, Javier Malagón asegura que Altamira "dio a la historia de España un nuevo contenido, bajo la influencia francesa e italiana..., especialmente bajo la de Seignobos", principios que en palabras del mismo Altamira, "sólo en nuestros días han adquirido aceptación universal y se han formulado sistemáticamente".

El impacto del exilio español, resultado de la interrupción de la vida republicana a la cual pertenece Altamira, está ya presente unos años antes en el proceso de formación de la historiografía profesional a nivel hispanoamericano. Indirectamente, el exilio español se constituye también en un legado duradero fundado en la aspiración de construir un proyecto histórico-filosófico de la modernidad hispanoamericana, de cuño neokantiano, pero sazonado con los principios reguladores de la escuela metódica francesa.

La introducción de la escuela metódica en México, según algunos historiadores, señala la salida del subdesarrollo historiográfico en el que supuestamente se encontraba el país en 1939. Soy de la opinión, más bien, de que ese año señala sólo el inicio de la consolidación del proceso de profesionalización de la historia; o, con otras palabras, la instalación de espacios organizados *ex profeso* para la producción de historiadores encargados de elaborar y preservar la memoria legítima de las naciones hispanoamericanas.

En uno de sus últimos textos publicado durante su estancia en México antes de morir, Altamira deja ver en qué consiste la formación de esta nueva escuela de historia. Reitera el modelo alemán del seminario como el lugar ideal para adiestrar a los jóvenes aprendices bajo la dirección de un maestro. La idea reguladora que orienta a esta clase de formación es la del artesano con su connotación gremialista y jerárquica. La influencia de este modelo no se circunscribió a una institución particular, sino repercutió también en otras instituciones como la UNAM o en la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia.[74]

La posibilidad de una "historia integral" toma como punto de partida a la historia jurídica del derecho indiano y sus métodos. No se cierra a la influencia de otros saberes —incluso a la metafísica— siempre y cuando se le enseñe al aprendiz de historiador a disciplinar su imaginación, receptáculo de la memoria y lugar de producción de las ideas.

Pese a todo, algunas recomendaciones sobre el método se pueden reducir a las siguientes fórmulas: 1) La práctica hace al maestro. Sólo se requiere de una buena técnica para poder disciplinar y controlar los ma-

[74] R. Altamira, *Proceso histórico de la historiografía humana*, pp. 17-21; 105-112.

teriales históricos para descubrir más allá de las mismas palabras "los hechos históricos"; 2) El historiador, como el jurista, primero reconstruye los hechos antes de emitir su veredicto, siempre en el marco de una legalidad prefijada socialmente. La condición de una reconstrucción justa, es la honestidad. De ahí que la imparcialidad sea condición indispensable para alcanzar un mayor grado de objetividad; 3) La historia es una ciencia, siempre perfectible, con un desarrollo similar al de las ciencias experimentales, de las que hay que aprender de sus métodos, para no caer en las especulaciones infundadas, lo cual no quiere decir que se descuiden también las aportaciones provenientes de la filosofía y de las metafísicas modernas. Se impone, sin embargo, la necesidad de disciplinar la imaginación del historiador.

La profesionalización del historiador puede verse entonces como una campaña en contra del autodidactismo y a favor de la escuela metódica. Es una forma de restaurar la confianza perdida frente a un proceso de erosión y fractura de las identidades tradicionales. Uno de los remedios consiste en la creación o reforma de las instituciones disciplinarias. Por esa razón, la concepción científica de la historia se ve como inseparable de su valor pedagógico, deber también que se constituye en instrumento de la reforma y el cambio social. Los historiadores modernos, además de cumplir con su tarea de producir nuevos conocimientos sobre el pasado, han de aprender también a comunicar los valores de una ciudadanía republicana.

El krausismo en España es un fenómeno intelectual de la segunda mitad del siglo XIX. Se vincula con el interés de una reforma pedagógica y se refuerza con la crisis del 98, del 27 y del 39. Inicialmente se trata de una recepción española de la filosofía e historiografía alemanas, y su traspaso a la América española se realiza hasta después de la crisis del 98. Esta propuesta encaja bien con la necesidad de reconstrucción del Estado mexicano después de su propia guerra civil de 1910. Sus bases de impacto ya están presentes antes de 1939, cuando se inicia el exilio español. Vemos, por ejemplo, a Galindo y Villa, contemporáneo de la generación del Ateneo de la Juventud, estableciendo instituciones como las del Museo Nacional de Historia, espacio propicio para el desarrollo de la escuela metódica. Luego vemos a Silvio Zavala, como su continuador, después de formarse en España en el mismo molde jurídico-histórico de su maestro Altamira, experiencia que sienta las bases para el retorno de Altamira a México en 1945. El historiador español en el exilio encuentra que el Centro de Estudios Históricos de Madrid fundado en Madrid en 1910 bajo la influencia del reformismo liberal, ha sido trasladado al México "revolucionario" bajo la misma denominación, sólo que en el Colegio de México. Así, al llegar no puede sino sentirse en su casa. Un espacio que

permite, en cierto modo, continuar en el exilio lo que en la propia tierra se volvió imposible: la prosecución del institucionismo krausista.

5.5 Algunas conclusiones

La traducción de Ranke al español en la década de los cuarenta sólo viene a reforzar el proceso de institucionalización y la forma que adopta la profesionalización de la historia en México en la década de 1940. Un historiador al estilo de Ranke presupone que al prescindir de las mediaciones o juicios que lo anteceden, está en una mejor disposición para acceder a la verdad del pasado depositada en los documentos originales.

En esta obra inmensa de traducción y actualización del pensamiento moderno más relevante producido en Europa, van a tomar parte intelectuales del exilio español (sobre todo en la parte alemana) y mexicanos. Su recepción coincide de manera no menos importante con la fundación de instituciones académicas enfocadas a la investigación y difusión de la historia como El Colegio de México.

Por lo que se ha visto, no existe una relación directa entre la obra de traducción y lectura en español de la obra de Ranke y la forma como se fue instituyendo la disciplina de la historia en México. Lo que sí se puede afirmar, en cambio, es que al llegar Ranke en español el terreno ha sido preparado. Se ha mostrado que el legado de Ranke se ha hecho presente en la forma como se fueron estableciendo las nuevas formas de la investigación y de la escritura sobre el pasado. Los lectores de Ranke de la década de los cuarenta podían reconocer en su obra la confirmación de lo que ya sabían en cuanto a los ideales del historiador profesional que se venía perfilando desde la segunda mitad del siglo XIX.

La comprensión de un texto presupone un saber que le permita su vinculación. La incorporación del modelo de seminario alemán en suelo hispanoamericano presupone la necesidad de reconfigurar a España tras la crisis del 98. Se trata de una regeneración que presupone la restauración de la unidad perdida, la de una nación unida y armónica.[75] El modelo teórico para su realización se sustenta en una noción de una ciencia histórica unitaria capaz de proporcionar una visión objetiva e imparcial de lo acontecido. Esta operación se realiza bajo la noción de "institucionismo" que se abre a la posibilidad de combinar lo propio y lo ajeno, la escuela histórica alemana y la investigación de la naturaleza, paisaje y ser del español.

Algo semejante se podría decir respecto del México posrevoluciona-

[75] Varela, *La novela de España...*, pp. 77-109.

rio de la década de los cuarenta, el periodo que será definido como el de la "unidad nacional". Su uso político por el presidente en turno no hace sino recoger lo que previamente se ha ido estableciendo en el curso de los estudios históricos. En primer lugar, a partir de la reflexión inaugural sobre el ser histórico del mexicano desarrollada en el *Diccionario Universal* de 1853-1856, y posteriormente con el significado que tiene la refundación de una universidad "Nacional" por Justo Sierra. En ese contexto se da inicio a los proyectos conjuntos y los intercambios con la intelectualidad española representada por Rafael Altamira. La idea de salir del autodidactismo (antónimo de profesionalismo) sostenida por Jesús Galindo y Villa, afianzada por su admiración por la academia prusiana de ciencias, marca el inicio de la expansión de una ciencia de la historia que deberá circular de manera autorizada primordialmente por los ámbitos académicos. Esto significa que al margen de toda ideología o confesión, lo que ahí deberá circular tendrá que ver únicamente con la verdad "objetiva", es decir, de ser posible con independencia del observador. El tercero implícito en esta clase de "observación sin observador", será la Nación, entendida como un todo orgánico, armónico y unitario. Esta clase de historia aspirará a la reconciliación y a la no contradicción.

¿Qué imagen se trasmite de Ranke en el momento fundacional de la ciencia de la historia mexicana? ¿Qué rasgos van a predominar? En la traducción del libro de Gooch, *Historia e historiadores en el siglo XIX*,[76] se reprodujo a manera de prólogo, un artículo sobre Ranke. Se publicó con el título *Pueblos y Estados en la historia moderna*, en 1945. En este contexto, Gooch destaca en Ranke su "riqueza de información" y "su objetividad". "Cualquiera que tenga una tendencia natural a la imparcialidad deberá sentirse estimulado por esta yuxtaposición de elementos opuestos, para concederles a cada uno sus derechos".[77]

El Ranke "mexicano" de 1940 se perfila en la obra de Gooch (de 1913) bajo los siguientes valores:

a) El haber separado el estudio del pasado de las pasiones del presente y "narrar lo que en realidad sucedió".[78] No reconoce el proceso de conformación de la historia científica ni de las distinciones utilizadas por Ranke. El sujeto de la ciencia es Ranke como depósito autorreferencial de lo que se pueda conocer del pasado en el que no hay ni héroes ni villanos, sino sólo conocimiento puro.

b) Ranke no fue el primero en basar "la construcción histórica en

[76] Gooch, *Historia e historiadores en el siglo XIX*, México, FCE. (La versión original alemana es de 1913).

[77] Gooch, *Historia e historiadores en el siglo XIX*, p. 21.

[78] Gooch, *Historia e historiadores en el siglo XIX*, p. 32.

fuentes estrictamente contemporáneas", "pero sí el primero que las utilizó bien".[79] Este gesto supone una distinción al interior del sistema de la memoria histórica: hay historiadores que creen que las crónicas y las memorias constituyen sus mejores autoridades y hay historiadores que confían en los papeles y la correspondencia de los actores mismos.

c) Ranke fundó "la ciencia de la prueba mediante el análisis de las autoridades contemporáneas u otras, a la luz del temperamento del autor, su filiación y sus oportunidades de saber, y por comparación con el testimonio de otros escritores. Desde entonces todo historiador debe investigar dónde obtuvo sus datos su informador".

d) Ranke fue el primero que dio plena inteligibilidad a la historia de Europa. Estableció su unidad con base en la distinción geografía/cultura espiritual.

Según Gooch, Ranke es "el más grande escritor histórico de los tiempos modernos, no sólo porque fundó el estudio científico de los materiales y porque poseyó en un grado no superado el temperamento crítico, sino porque su capacidad de trabajo y su longevidad le permitieron producir mayor número de obras". Afirmó en "Europa la supremacía de la erudición alemana; y nadie se le ha acercado nunca tanto al historiador ideal".[80]

Su introducción en lengua española coincide con la profesionalización de la historia y no es difícil pensar que sus traducciones tuvieran el fin de reforzarla y orientarla de acuerdo con ciertos valores vinculados en expresión de Gooch con la "ciencia de la prueba", mediante el análisis de las "autoridades contemporáneas" de los hechos. Por diversas razones, Ranke se convirtió en la ley tácita que gobierna la epistemología del mundo de los historiadores.[81] Tal vez por esa razón, a partir de entonces aumentó la fascinación que se experimenta ante el archivo, al grado de convertirse en una experiencia que se repite de manera inconsciente y que nos emparenta sin saberlo con la misma fascinación y placer de la búsqueda y hallazgos de archivos antes nunca vistos por Ranke, Michelet, Mommsen o Droysen.

Independientemente de la seducción de su estilo o de la profundidad de su pensamiento histórico, Ranke obtuvo su reconocimiento como el fundador de la escuela histórica moderna gracias a su llamado al archivo o al estudio del pasado en conexión directa con la documentación de "primera mano". Hoy, empero, existen buenas razones, no para descali-

[79] Gooch, *Historia e historiadores en el siglo XIX*, p. 33.

[80] Gooch, *Historia e historiadores en el siglo XIX*, p. 33.

[81] A. Grafton, *Los orígenes trágicos de la erudición. Breve tratado sobre la nota al pie de página*, pp. 41-42.

ficar la invención rankena (no reconocerlo sería proceder de la misma manera que Ranke cuando descalifica su tradición historiográfica), sino para volver a reflexionarla en el contexto mayor de la construcción de la memoria social propiciada, en parte, por la revolución de la informática que hace matemáticamente imposible el ideal rankeano de objetividad e imparcialidad histórica fundada en la exhaustividad y comparabilidad de los documentos.

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

6. JOSÉ BRAVO UGARTE, LA HISTORIOGRAFÍA MEXICANA Y LA LEY O ÉTICA MODERNA DE LA HISTORIA

El presente hace hablar de otro modo a las obras del pasado.

MICHEL DE CERTEAU

Con la conciencia de la paradoja, propia de toda escritura sobre el pasado, el historiador francés, Michel de Certeau, dejó claro no hace mucho de lo que se trata en la historiografía:

> La interpretación histórica es... la operación que, de un modo simultáneo, reconoce la particularidad de una situación y permite modificarla. Obedece a problemáticas sociales y a métodos científicos. Es una fabricación por tanto que se ajusta a nuestros modelos... Pero se aplica a documentos y costumbres que nos insertan en una genealogía. Una identidad anterior a nuestras opciones se convierte en un lugar en el que se señala una diferencia, un distanciamiento.[1]

A partir de este apoyo quisiéramos ahora rememorar dos momentos que nos parece podrían determinar la trayectoria historiográfica de José Bravo Ugarte, en el sentido de cruzar el umbral de la ley propia de la institución a la que pertenecía como jesuita, para inscribirse en esa otra ley: la de la historiografía moderna. En la biografía de Bravo Ugarte (1898-1968) cabría apuntar dos fechas centrales: la aparición del primer volumen de su *Historia de México* en 1941 y su ingreso a la Academia Mexicana de la Historia en diciembre de 1944. Con ello, sin pertenecer propiamente a la institución universitaria, se integra de lleno en la historiografía mexicana contemporánea. También nos interesa dejar ver algunos puntos de intersección entre la obra historiográfica de Bravo Ugarte y la de otro de los puntales de la historiografía del siglo XX en México, Daniel Cosío Villegas. A partir de un estudio más puntual y dentro de una coyuntura más específica, nuestro interés en este capítulo es el de continuar nuestra exploración de los rastros de Ranke en la historiografía me-

[1] Michel de Certeau-Jean Marie Domenach, *El estallido del cristianismo*, tr. Miguel de Hernani, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1976, pp. 43-44.

xicana, mismos que conforme se avanza en la institucionalización de la disciplina adquieren rasgos de mayor visibilidad.[2]

6.1 Sobre la producción de la *Historia de México* de Bravo Ugarte y su recepción

Al comienzo del primer tomo José Bravo Ugarte nos da la clave del propósito de su obra.[3] El trabajo está listo para enviarse a la imprenta el 23 de agosto de 1940. Bravo Ugarte tiene sólo algunos meses de haber regresado a Guadalajara, después de su estancia en el Seminario de Montezuma en Nuevo México (1937-1939).[4] El libro fue publicado por Editorial Jus en los primeros meses de 1941. Ahí comienza propiamente a forjarse su trayectoria como historiador académico. Bravo Ugarte tiene 42 años de edad.

"El presente volumen, —advierte— al que en breve seguirán los dos restantes, es el fruto de diez años de trabajo obtenido en medio de circunstancias muchas veces desfavorables. Aspiración suya es la totalidad y la concisión en la verdad histórica, es decir, construir conjuntos completos y fáciles de ver, de los hechos reales. Explora también el campo genético o de las causas, y moderadamente ensaya la interpretación del 'sentido' de la historia". Bravo Ugarte aspira, además, a escribir un texto duradero e independiente, dirigido fundamentalmente a los estudiantes de historia de los colegios.[5]

En efecto, el historiador jesuita debió comenzar sus estudios y lecturas sobre la historia de México después de su regreso al país en 1929, tras su larga estancia en el extranjero durante su formación, principalmente en España. Bravo Ugarte, nacido en Morelia en 1898, había entrado a la Compañía de Jesús en el Noviciado de El Llano, Michoacán el 8 de agosto de 1913, sólo unos meses después del golpe de estado de Victoriano

[2] Este capítulo se basa en material del archivo de la Compañía de Jesús en México. Mi reconocimiento a los PP. Manuel Ignacio Pérez Alonso e Ignacio Rodríguez por su amistad, confianza y apoyo en la consulta de la correspondencia del P. José Bravo Ugarte.

[3] Me refiero a su obra en tres volúmenes *Historia de México*, México, Editorial Jus, 1941-1944.

[4] Al terminar su formación como jesuita en 1929, el primer destino de Bravo Ugarte fue el Colegio de Guadalajara. Ahí permaneció de 1930 a 1935; de ahí pasó al de Puebla, antes de llegar a Montezuma en 1937. Al recibir el mensaje de su reincorporación al Colegio de Guadalajara, el provincial Francisco Robinson le indica que ahí podrá continuar "sus apuntes de Historia", después de cumplir con sus obligaciones con el Colegio. De Robinson a Bravo Ugarte, 20/4/1939.

[5] José Bravo Ugarte, *Historia de México. Tomo I. Elementos prehispánicos. Apéndice: Cuestiones fundamentales de la Historia*, México, Editorial Jus, 1951, p. 7.

Huerta en febrero de ese año. La revuelta anticlerical del carrancismo obligó a cerrar muchas de las instalaciones jesuitas, de modo que Bravo Ugarte terminó la primera etapa de su formación en Gandía, España, en 1915. Desde entonces hasta su ordenación sacerdotal en Woodstock, Maryland, en 1928, vivió en el extranjero.

Quizás este dato (el destierro forzado por el conflicto estatal-eclesiástico) nos ayude a entender mejor la intención general de su obra: mostrar "la totalidad y la concisión en la verdad histórica, es decir, construir conjuntos completos y fáciles de ver, de los hechos reales". Bravo Ugarte no es el primero que desde el ámbito eclesiástico intente hacer algo semejante. En 1940 aparece también la obra de otro insigne historiador jesuita: la *Historia de la nación mexicana*, de Mariano Cuevas. Ambos buscan la verdad del pasado y hacer el bien a través de la historia; sin embargo, la forma y el contenido de su escritura poseen importantes diferencias. Estas pueden obedecer a una marca de origen aun cuando ambos pertenecen a la misma institución religiosa. Una posible respuesta a esa diferencia podría encontrarse en la experiencia de vida de cada uno de ellos. Con el riesgo de simplificar, podríamos formular la siguiente hipótesis: el hecho de que Bravo Ugarte haya vivido el conflicto religioso desde el "exterior", y que su regreso coincide con su terminación o, al menos, con la etapa definitiva de distensión, permite saber por qué la historia de México desarrollada por él siga una dirección menos polémica que la de Cuevas en su camino hacia la verdad del pasado. También contribuye a esta situación su experiencia en la formación de un alumnado, tanto civil como eclesiástico, durante la década de los treinta en la que prepara sus textos.

Otro de los factores que nos ayudará a precisar el sentido de esa búsqueda de objetividad e imparcialidad en la presentación de los hechos se relaciona con el ámbito de la historia eclesiástica. Con ello queremos indicar que esa exigencia no es exclusiva del campo científico secular o civil. Como jesuita, Bravo Ugarte se debe en primer lugar a la institución eclesiástica. Demuestra un interés primordial en regresar su historia a la Iglesia católica mexicana con su trabajo *Sobre diócesis y obispos de la Iglesia mexicana, 1519-1939*.[6] Se puede descubrir que, independientemente del tema u objeto de que se trate, lo que se exige al investigar y escribir sobre el pasado, es la búsqueda de la verdad del pasado tal como sucedió. Fuente de inspiración de esta idea es León XIII en su comunicación del 18 de agosto de 1883 a los cardenales De Luca, Pitra y Hergenroether:

> Ante todo —les dice— no pierdan nunca de vista los escritores que la primera ley de la historia es no atreverse a sentar ninguna falsedad: después no te-

[6] Publicado en 1941, al mismo tiempo que el primer tomo de la *Historia de México*.

ner reparo en decir toda la verdad, y no dar lugar ni siquiera a sospecha de parcialidad, como tampoco de rivalidad.

Estoy seguro que la obra de Bravo Ugarte se ajusta perfectamente a estos lineamientos, recogidos, por cierto, del prólogo de otra *Historia de México,* la escrita por Francisco Banegas Galván, obispo de Querétaro, también en el exilio, por las mismas razones por las que Bravo Ugarte hubo de proseguir su noviciado en España.[7]

La referencia al dictado de León XIII no sorprende si nos acercamos a la *Historia de la Iglesia* del cardenal Hergenroether traducida en España en 1883. Como Bravo Ugarte, el prelado alemán se propuso también la realización de un manual en los mismos términos:

> El objeto de un manual es ayudar a los estudiantes a prepararse para las lecciones, y para repetir lo que han oído, pues jamás podría reemplazar la palabra del Maestro; debe ponerles ante los ojos, así como a los demás lectores, bajo forma sencilla, y que facilite el conocimiento del conjunto, los acontecimientos más importantes del pasado eclesiástico, y exitarlos [*sic*] a la reflexión y al estudio.[8]

[7] Francisco Banegas Galván, *Historia de México. Libro II,* Morelia, Tipografía Comercial, 1923. En esta obra —elaborada en Chicago— Banegas nos dice que ha procurado seguir las reglas dadas por León XIII, de mantenerse "siempre ecuánime para no servir a ninguna pasión, ni a ningún partido"; apoyando en documentos la narración, y más que todo, "empeñándose en guardar la regla que aquel Pontífice llama la primera de la historia...", pp. I-II. Banegas regresó a México en 1919. Leopoldo Ruiz Flores, arzobispo de Morelia, en la edición póstuma del Libro I, comenta en 1938 sobre su valor: "creo que tarde o temprano vendrá a dar prueba de que, bajo el traje talar de un clérigo, puede encontrarse quien, a fuerza de razón, desmorone ídolos artificiales, y devuelva el buen nombre y hasta sus méritos a personajes de nuestra historia, a quienes las pasiones políticas supieron deprimir y aun deshonrar por tanto tiempo". En Banegas, t. I, México, Buena Prensa, 1938, p. III. En la edición del tomo III, Jesús García Gutiérrez comenta sobre la obra de Galván y de otro historiador, el arzobispo de Monterrey, Francisco Plancarte y Navarrete: "Los dos eran competentes y estaban bien preparados para la empresa. Su vasta erudición y los elementos con que allá contaban les permitían escribir con todo conocimiento de causa; la carencia de imaginación y de prejuicios les permitían ver los hombres y los sucesos como fueron en realidad, sin embellecerlos, ni deformarlos por la pasión; la serena imparcialidad, rayana en frialdad, que respiran las páginas todas de sus libros, garantizan la exactitud de sus juicios". En Banegas..., t. III, México, Buena Prensa, 1940, p. I. Bravo Ugarte en su primera contribución en *Historia Mexicana* (6 de octubre-diciembre de 1952, p. 271) refiere el mismo citado a propósito del rescate de Iturbide, uno de esos personajes "deshonrados" por la historia. El historiador Robertson, según Bravo Ugarte, procede de acuerdo a la "bella fórmula clásica *ne quid falsi dicere audeat, ne quid veri non audeat, ne qua suspicio gratiae sit in scribendo*".

[8] Cardenal Hegenroether, *Historia de la Iglesia,* tr. Fernando Díaz Carmona, Madrid, Biblioteca de la Ciencia Cristiana, 1883, p. VI.

Seguramente la publicación de la *Historia de México* no hubiera sido tan expedita si no hubiera contado con el apoyo y el interés de editores conscientes e interesados por la obra proyectada por Bravo Ugarte. En junio de 1941 apareció el primer volumen y la Editorial Jus, recién fundada también y dirigida por Manuel Gómez Morín, recibió el segundo volumen para ser preparado para su edición (tipografía y linotipo) por Rafael Aguayo Spencer.[9] A partir de ese momento Gómez Morín, que tiene la visión de conjunto del proyecto editorial, le urge a Bravo Ugarte de la mejor manera posible la elaboración del tercero, para poder tenerlo en las manos en enero de 1942. Gómez Morín sabe lo que cuesta escribir, por eso advierte, que la urgencia es real en términos de la conveniencia editorial, pero no quiere tampoco precipitar su escritura.[10]

Desde el primer momento la producción de la *Historia* parece ser un éxito editorial. Comienza a cumplir su objetivo de ser usada en los Colegios y Seminarios; incluso en espacios propiamente no religiosos, como la Escuela Nacional Preparatoria. Casi con la aparición de los dos primeros volúmenes se está ya pensando en producir una segunda edición a un costo más bajo: "La segunda edición, ya de la obra completa, haría más fácil, para el año próximo, el lograr que en casi todas las escuelas particulares y en muchas de las oficiales fuera adoptado expresamente como texto escolar".[11]

Con el éxito inicial surge la idea de la elaboración de un *Compendio* para las escuelas primarias. Se contempla también la posibilidad de la traducción al inglés de la *Historia de México*. Este proyecto será realizado finalmente por el obispo norteamericano de Peoria, Illinois, Joseph Schlarman, con base en el trabajo de Bravo Ugarte. Ese libro sobre la historia de México dirigido al público norteamericano será *México, tierra de volcanes*. La traducción y/o adaptación del trabajo de Bravo Ugarte obedecía a la necesidad de formar con seriedad en Estados Unidos "una escuela revisionista capaz de destruir o de poner en su verdadero lugar, las versiones históricas oficiales".[12]

La primera edición del *Compendio* en 1946 constó de 25 000 ejemplares.[13] Dos años después se hizo una nueva edición de 10 000 ejemplares. Para 1965 se habían publicado nueve ediciones con un total de 75 000 ejemplares. De la edición de la *Historia de México* en cuatro volúmenes hasta ese año se habían publicado 31 000 ejemplares con diferentes edi-

[9] De Gómez Morín a Bravo Ugarte, 9/6/41. Bravo Ugarte lo envió los primeros días de marzo de 1941.

[10] De Gómez Morín a Bravo Ugarte, 27/10/41 y 29/11/41.

[11] De Gómez Morín a Bravo Ugarte, 28/1/42 y 11/2/42.

[12] De Gómez Morín a Bravo Ugarte, 15/12/44 y 20/12/45.

[13] José Bravo Ugarte, *Compendio de Historia de México*, México, Editorial Jus, 1946.

ciones. En este proyecto editorial, además del interés mostrado por personalidades como Manuel Gómez Morín y Efraín González Luna, participaron empresarios de la ciudad de Monterrey. Finalmente el *Compendio* fue utilizado por primera vez en el ciclo escolar de 1946.[14]

Sobre la recepción de la obra

Antes de recoger las impresiones de sus primeros lectores y del medio historiográfico en general, quisiera indicar que toda obra, aun cuando es parte de una biografía personal, su producción obedece de manera importante a una serie de complicidades y afinidades intelectuales o amistades profesionales. En el caso de Bravo Ugarte, como jesuita y como historiador, hay dos complicidades principalmente: las de los jesuitas, también historiadores, Daniel Olmedo y Gerard Decorme. Ambos están cerca, incluso geográficamente: uno es su compañero en el Seminario de Montezuma, Nuevo México, y otro está en la residencia de Ysleta, Texas. La producción de la *Historia de México* es compañera del mismo viaje por la historia emprendido por Olmedo —en su caso la *Historia de la Iglesia* y su pasión por la investigación y la crítica histórica—[15] y la de Decorme sobre la historia de los jesuitas. Así, no es de extrañar que las primeras expresiones entusiastas del trabajo de Bravo Ugarte provengan de ambos.

Es "una mina", le escribe Daniel Olmedo el 30 de octubre de 1941 desde Montezuma, al recibir el primer volumen. Le confiesa que desea utilizarlo como texto para los estudiantes de filosofía. De manera lograda, añade, la *Historia* presenta "un resumen completo y conciso de las adquisiciones más interesantes y seguras de la Crítica de Investigación históricas sobre nuestro pasado precortesiano".[16] Sin embargo su entusiasmo crece conforme recibe los volúmenes II y III. Respecto a este último señala: "Una exposición objetiva y serena de hechos y síntesis admirable- ...Pero no dejarán de aullar los lobos... Ya me contará!".[17] Esta última parte de la frase nos deja ver que la idea de "objetividad e imparcialidad" mantenida por Bravo Ugarte no dejará de causar reacciones en relación con verdades consabidas sobre aspectos particulares de la historia de México. También indica que el historiador en general traza un límite sobre el mundo de las creencias sobre el pasado. Este aspecto no dejará de tener consecuencias cuando observemos más tarde cómo Bravo Ugarte ob-

[14] De Gómez Morín a Bravo Ugarte, 27/10/41; 6/11/41; 7/6/45 y 23/10/45.

[15] Daniel Olmedo a Bravo Ugarte, 10/11/44.

[16] Olmedo a Bravo Ugarte, 30/10/41.

[17] De Olmedo a Bravo Ugarte, 3/10/44.

tiene su reconocimiento como un "historiador sin adjetivos", o aquel que comparte con historiadores provenientes de otros ámbitos, el mismo código relativo a la producción del saber histórico.

En la medida en que los diversos volúmenes aparezcan y la crítica y venta de los libros le sea favorable, las posibles resistencias institucionales frente a su dedicación a la historia, irán siendo superadas. En efecto, entre 1939 y 1945 se observa un mayor apoyo y reconocimiento hacia su obra por parte de las autoridades jesuíticas.[18] Aunque Olmedo encuentra un tanto austero el *Compendio*, constituye, dice, una "concienzuda síntesis de nuestra Historia".[19] Felipe Pardinas hace eco asimismo de las alabanzas recogidas sobre su obra dentro del medio intelectual en el que desarrolla sus actividades.[20]

Gerard Decorme, también historiador jesuita de origen francés, desde su pequeño "horno" de Ysleta, Texas, recibió el primer tomo de la *Historia* en junio de 1941. Advirtió que estaba redactado "*à la dernière*", de modo "que gustará mucho a los peritos y a los maestros de nuestra Historia Patria". Se alegra también de que no se detenga demasiado en ese periodo, pues es el virreinal el que requiere de "más atención y reformas de criterio en los lectores". Se confirma en que será muy bien recibido por la crítica "y que llegará a estar entre todas las manos, abriendo camino a una era de recto criterio católico y de estudio imparcial de su patria historia" (*sic*). Le pide no decaer en su esfuerzo a pesar de las cargas magisteriales, pues la "depuración de la Historia Mexicana es un trabajo urgente para esta nueva generación que se levanta con gran brío y ha de servir de base para otro tanto en los géneros literarios, filosóficos y religiosos".[21] En 1942, esperando el segundo volumen, le augura una larga vida a su obra con múltiples ediciones.[22]

Finalmente, en marzo de 1942, le llegó el tomo esperado. "Creo que será bien recibido, pues está según todas las leyes modernas de la historia y con una minuciosidad que yo envidio". Pocas obras hay en el medio con este "criterio completamente católico y moderno". Es impresionante su laboriosidad para "coleccionar tanto dato y escrito". Le espera el to-

[18] De Olmedo a Bravo Ugarte, 3/3/45. Olmedo le escribe sobre el interés mostrado por el provincial para que termine su historia, "que ha sido tan bien recibida", e incluso para que haga un compendio escolar. "¡Vi con gusto que sus bonos están altos!", lo anima.

[19] De Olmedo a Bravo Ugarte, 26/2/46 y 2/1/49. En 1945 Decorme insistía también en la necesidad de hacer un *Compendio* para las escuelas preparatorias. Le sugería como modelo la *American History* del P. Samuel Knox Wilson, rector y profesor en la Universidad Loyola de Chicago. De Decorme a Bravo Ugarte, 28/8/45.

[20] De Pardinas a Bravo Ugarte, 10/10/42.

[21] De Decorme a Bravo Ugarte, 24/6/41.

[22] De Decorme a Bravo Ugarte, 27/2/42.

mo III donde "nos suelen esperar los adversarios y los interesados políticos. Será sin duda el más sonado, pues la época colonial está muy lejos, como lo he visto y el interés es puramente científico. La edad moderna con el casi universal criterio liberal o tal cual ya viejo conservador *a outrance*, es donde costará trabajo meter la cuña católica independiente de partidos y con todas las miserias de nuestra pobre humanidad y de un país en continua evolución sino revolución". Le recuerda que en esta clase de oficios generalmente "se encuentra uno solo".[23]

Lo anima a no abandonar la docencia, pues el formar estudiantes es casi tan duradero como los libros.

> Además le mantiene esto en contacto con la realidad y le va mejorando el sentido humano que vale no poco para que el historiador se haga cargo de muchas cosas. El dedicarse ahora a una sola materia le inutilizaría para varios ministerios y a lo largo vería Ud. qué pesado es estarse todo el día en una sola cosa, tranquilo tal vez, pero no poco aislado. Con enseñar su texto irá Ud. viendo muchas mejoras prácticas y su obra se irá perfeccionando y llevando fruto.[24]

El P. Decorme, a sus setenta años, trabaja y piensa como un historiador católico moderno. Es consciente de que con su trabajo sólo sienta las bases para los investigadores futuros, para que éstos no tengan que "perder tanto tiempo" en "tantas minucias".[25] Por eso se alegra cuando Bravo Ugarte es enviado al Colegio de Bachilleratos (el futuro Instituto Patria) de la capital en 1943. Ahí se encuentra, dice, "el centro de la vida literaria e histórica de México, donde se puede trabajar con fruto y donde halla uno las informaciones entre gente que tiene la masa entre las manos. Espero que allí, progresará su último tomo que esperamos con ansia y vendrá a coronar la que creo será la primera etapa de sus labores y preludio de otras muchas. No se apure con las clases: hay que pagar esta deuda a la Provincia que tanto necesita de todas sus energías y más de los que valen".[26]

Decorme registra en 1945 la proyección de Bravo Ugarte como historiador reconocido. Sin mencionarlo expresamente, sabe que el 15 de diciembre del año anterior Bravo Ugarte ha pronunciado su discurso de aceptación formal en la Academia Mexicana de Historia. Por eso Decorme lo felicita tras recibir el tomo III de la *Historia de México*. Sus afanes, le

[23] De Decorme a Bravo Ugarte, 12/3/42.
[24] De Decorme a Bravo Ugarte, 10/8/42.
[25] De Decorme a Bravo Ugarte, 20/9/43.
[26] De Decorme a Bravo Ugarte, 27/12/43.

dice, han sido "colmados con el éxito y sus largos años de sudores premiados con la aceptación general. De aquí en adelante tendrá las puertas abiertas para mayores triunfos". El tomo III confirma su habilidad para formular en un "breve espacio tal acumulación de datos, tan exactos y tan variados. El plan es nuevo y el criterio sereno y seguro. Creo que será de suma importancia para formar un criterio nacional más asentado y el principio de una renovación histórica que tanto hacía falta".[27]

Cerramos este apartado con un párrafo que resume las opiniones vertidas sobre la obra de Bravo Ugarte, y la forma como será reconocido no sólo por sus pares jesuitas o eclesiásticos, sino también por la comunidad científica de historiadores, que por los mismos años también se abren paso:

> Da gusto encontrarse con autores tan competentes y que acreditan no sólo la Compañía sino también toda la nación. El saber escoger y extractar lo substancial y seguro no es de cualquiera y el juzgar imparcialmente a tantas opiniones falsas sobre base sólida es sólo de uno que posee los principios que da una filosofía y teología bien probada.
>
> Sin dejarse llevar de un patriotismo exagerado como el P. Cuevas, sabe Ud. ver lo bueno donde está y ensalzar los esfuerzos que se han hecho para lograr la verdadera gloria donde está y los errores que se ocultan.[28]

6.2 De la *Historia de México* de Bravo Ugarte a la *Historia Mexicana* de Daniel Cosío Villegas

Antes de que Daniel Cosío Villegas se interese propiamente en la investigación histórica, ya tiene ubicado a Bravo Ugarte desde 1944.[29] Ese año Bravo Ugarte ingresa a la Academia Mexicana de la Historia. Entre los invitados que se disculpan por no poder asistir está el historiador español liberal Rafael Altamira quien apenas está regresando a México. Con Bra-

[27] De Decorme a Bravo Ugarte, 28/8/45.

[28] De Decorme a Bravo Ugarte, 16/10/59. Al recibir el último tomo de la *Historia de México*, Decorme se sorprende de nuevo sobre la capacidad de Bravo Ugarte para manejar tal cúmulo de información, sobre todo que no se trata de la elaboración de una biografía en particular, sino de toda la nación, "con autores de todas clases y criterios. La obra durará y será siempre una breve fuente de consultas y sobre todo con un criterio cristiano y una veracidad a toda prueba".

[29] Poco antes de su recepción en la Academia, Cosío Villegas sabe del "cura" por Alfonso Reyes a propósito de unos libros de Carlos Pereyra. *Cf. Correspondencia Alfonso Reyes/Daniel Cosío Villegas (1922-1958)*, Alberto Enríquez Perea, comp. y notas, México, El Colegio de México, 1999, pp. 128-129.

vo Ugarte están también Silvio Zavala, Arturo Arnaiz y Freg, Toribio Esquivel Obregón, entre otros. Bravo Ugarte fue invitado para ocupar la silla dejada por el historiador mexicano hispanista, Carlos Pereyra. En 1941 había sido aceptado —propuesto por iniciativa de Juan Bautista Iguíniz— en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. En 1948 se integrará a la Academia Nacional de Historia y Geografía; en 1949 es recibido en la Academy of American Franciscan History de Washington y en 1950 es nombrado colaborador honorario del Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid. Además mantendrá relaciones estrechas con el Instituto de Historia de la UNAM, así como el de Bibliografía dirigido por Agustín Millares Carlo, también miembro del exilio español.

De tal modo que cuando Cosío se comunica con Bravo Ugarte para invitarlo a colaborar en *Historia Mexicana*, la revista del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, fundada en julio de 1951, Bravo Ugarte era ya un historiador conocido y respetado sobre todo por su serenidad e imparcialidad de juicio. Lo interesante es ver cómo en un momento dado, un historiador proveniente de la tradición católica o conservadora, según los parámetros del siglo XIX, se va a encontrar en el mismo espacio historiográfico con otro historiador, proveniente de la tradición liberal contraria.

De acuerdo con lo sugerido arriba, podemos decir que, por lo menos, desde el último tercio del siglo XIX (recordemos a León XIII) se sientan las bases de un mismo código de comunicación en torno a la manera de recuperar y trabajar el pasado. Paulatinamente se crea un consenso que llega a regir a todas las instituciones, eclesiásticas o civiles, y poco a poco va siendo interiorizado por la sociedad en su conjunto a través de la expansión del sistema educativo escolarizado. Sin pensar que se presenta de manera automática y absoluta, sí se puede decir que se va conformando un nuevo tipo de imaginario institucional historiográfico.

Durante la década de los cuarenta, como sabemos, se crean algunas de las principales instituciones ocupadas en la producción no sólo de nuevos relatos, sino de nuevos historiadores.[30] Uno de éstos, tal vez el prototipo de esta "nueva historiografía", va a ser Luis González y González, quien a su vez había sido discípulo de Bravo Ugarte cuando éste era su profesor de historia entre 1939-1942 en Guadalajara. Así, cuando Cosío "descubre" a Bravo Ugarte, muy pronto lo reconocerá también en los

[30] Una relación de este *boom* institucional nos la ofrece Luis González y González, "Historia de la historia", en *Historia Mexicana*, 58-59, octubre de 1965-marzo de 1966, pp. 197-198. Álvaro Matute también se ha ocupado de este proceso en su ya clásico trabajo sobre *La teoría de la historia en México, 1940-1973*, México, Sepsetentas, 1974.

trabajos de su colega Silvio Zavala y en uno de sus discípulos predilectos, Luis González.[31]

Hay un aspecto adicional que nos permite entender el por qué de la invitación de Cosío a colaborar permanentemente en *Historia Mexicana.*[32] Primero Bravo Ugarte, y luego Cosío Villegas (en particular a partir de su ensayo sobre "La crisis en México" de 1947 y la polémica que levantó),[33] ambos están interesados en revisar la escritura de la historia de México. Es un punto que forma parte de un movimiento mayor, que hace aplaudir, por ejemplo, a Alfonso Junco en 1946 cuando aparece la obra de Bravo Ugarte por considerarla que se une al "urgente examen de conciencia nacional".[34] Así, a un historiador conservador y a uno liberal, los vincula la revisión del pasado a partir de un diagnóstico —dibujado por lo general entre líneas— de lo que fue y ha llegado a ser la Revolución Mexicana, sobre todo entendida desde su aspecto político-ideológico-historiográfico. Es por eso que uno y otro se encontrarán en las páginas de *Historia Mexicana,* alrededor del ejercicio de la crítica histórica. En sus páginas estará Bravo Ugarte durante casi 15 años con más de una decena de colaboraciones.

Aun cuando comparten el mismo código de veridicción historiográfico, sin embargo, sus referentes o puntos de arranque de la crítica no son los mismos. El de Cosío es claramente juarista. Apela al periodo próximo anterior de la Revolución, para investigar dónde se perdió el rumbo del México republicano, buscando con la historia un regreso al origen antes de la perversión y prolongación "porfirista" en el presente. Cosío está convencido de que no hay mejor método para ello que el de la aplicación al pasado de todo el rigor de la investigación y de la crítica de testimonios. De ese esfuerzo saldrán los diez volúmenes de ese magnífico trabajo colectivo llamado *Historia moderna de México.*

Ubicar el referente de Bravo Ugarte es un poco más complejo. No se le puede tachar abiertamente de hispanófilo como a Carlos Pereyra y Toribio Esquivel Obregón que encabezan, en cierto modo, una campaña para reconocer el "destino de México" en la tradición identificada con lo

[31] Luis González integró en 1946 la tercera promoción de El Colegio. *Cf.* Clara E. Lida y José A. Matesanz, *El Colegio de México: una hazaña cultural, 1940-1962* (Jornadas 117), México, El Colegio de México, 1990, pp. 155-157.

[32] De Cosío Villegas a Bravo Ugarte, 4/4/51.

[33] El ensayo fue publicado originalmente en *Cuadernos Americanos,* marzo-abril de 1947, pero al mismo tiempo apareció en el periódico *Excélsior,* 1-4 de abril. Estas reacciones y otras que dejan ver al Cosío Villegas polemista han sido reunidas por Javier Garciadiego, "Críticas, polémicas y diatribas", en *Cien años de Daniel Cosío Villegas* (Obras completas), México, Clío/El Colegio Nacional, 1998, pp. 69-107.

[34] De Alfonso Junco a Bravo Ugarte, 31/1/46.

español y el catolicismo.[35] Uno de los focos de atención es su pugna contra el liberalismo identificado con la cultura anglófila y protestante. En su revisionismo se identifica con Cosío aunque por otros motivos: la búsqueda de los orígenes de los problemas y desvaríos del presente de México contiene otra periodización y otras temáticas. Más que esa lucha frontal, a Bravo Ugarte le interesa poner orden y claridad en el conjunto de la historia de México: "Aspiración suya, nos ha dicho, es la totalidad y la concisión en la verdad histórica, es decir, construir conjuntos completos y fáciles de ver, de los hechos reales". Esto quiere decir que ante todo intenta despolitizar a la historiografía, es decir, superar la forma trunca y sesgada como la tradición liberal ha recuperado el pasado. En ese sentido se explica su afán de totalizar que implica, por un lado, no dejar fuera la historia económica, social y cultural del país y, por el otro, contemplar la historia de la Iglesia en su papel tanto civilizatorio como cultural.

En su discurso de ingreso en la Academia, "Carlos Pereyra, el historiador de la hispanoamericanidad", centra su atención, a nuestro juicio, en el papel que ha jugado Pereyra como "desfalsificador", o si se prefiere, para usar el término utilizado por Esquivel Obregón, de "rectificador" del pasado mexicano. Pereyra, nos dice Bravo Ugarte, entrega "páginas gloriosas de nuestra historia, que habían sido olvidadas o falsificadas; más aún, nos devuelve la fe en nuestra raza, que no ha de quedarse estacionada en la contemplación estéril de pretéritas hazañas, sino lanzarse con su característico idealismo a la conquista de los adelantos materiales hechos por otros pueblos, para superarlos, comunicándoles los valores espirituales, de los que se precia haber sido siempre portadora".[36]

6.3 Sobre la recepción de la obra de Daniel Cosío Villegas

En 1952 Bravo Ugarte, según Cosío, es uno de los pocos historiadores mexicanos suscritos a *Historia Mexicana*.[37] En septiembre de 1954 Cosío vuelve a hacerse presente para solicitarle a Bravo Ugarte una reseña sobre el primer volumen de la *Historia moderna*. A Cosío, buen previsor, le interesa que la nota aparezca simultáneamente con la publicación del libro. Por eso le envía las "pruebas de formación".[38] Lo mismo sucede en

[35] De hecho, "El destino de México" fue el título del discurso de Esquivel Obregón al recibir a Bravo Ugarte en la Academia Mexicana de la Historia, el 15 de diciembre de 1944.

[36] José Bravo Ugarte, "Carlos Pereyra, el historiador de la hispanoamericanidad", 15 de diciembre de 1944, p. 24, en *Academia Mexicana de la Historia*, 1945.

[37] De Cosío Villegas a Bravo Ugarte, 20/5/52.

[38] De Cosío Villegas a Bravo Ugarte, 10/9/54.

1956 con el tomo III relativo a la vida social 1867-1879.[39] Del mismo modo procede en 1962 con el tomo VI sobre las relaciones internacionales del periodo, al indicarle su interés en "contar con críticos inteligentes y sinceros", que le hagan ver los defectos de sus escritos, "con la esperanza de poderlos mejorar el día de mañana".[40]

La primera colaboración de Bravo Ugarte en *Historia Mexicana* es del año 1952, en el número 6. Al igual que Silvio Zavala presentó una reseña sobre un libro acerca de Iturbide, publicado en Estados Unidos. Dos años después inició su participación en el análisis de la obra historiográfica cumbre de Cosío: *La historia moderna de México.* Cosío era un hombre de empresa que conocía bien el funcionamiento comercial de la industria editorial.[41] Sabía que no bastaba producir libros interesantes y novedosos, sino que era necesario colocarlos en el mercado. Por ejemplo, en el ejemplar que recoge la primera nota crítica de Bravo Ugarte sobre el primer tomo de la *Historia moderna,* aparece en la sección de anuncios (patrocinadores de la publicación), una página que recoge el "fallo de la crítica sobre *Porfirio Díaz en la revuelta de La Noria*". Entre las frases laudatorias que invitan a la lectura del libro está la de Bravo Ugarte publicada en *Excélsior,* junto con las de Silvio Zavala, Genaro Fernández MacGregor, Pedro Gringoire, Catalina Sierra y Manuel González Ramírez. Se trata, se dice, de una obra "magnífica" (MGR), "modelo de investigación, de crítica documental, de ajustada exposición del material" (JBU), se lee como una novela, bien argumentada, moderna, inmejorable, imprescindible, honrada, laboriosa, señala nuevos rumbos a la historiografía... Zavala resume: "gran honestidad y cuidado en la investigación, abundancia de fuentes primarias, gusto para captar el sabor histórico, estilo sobrio y correcto". Al abrir ese número de *Historia Mexicana* lo primero que se encuentra es un spot publicitario de la obra, como si se tratara de los adelantos de una película o una novela: "Intrépido, resuelto, Porfirio Díaz se alza contra Juárez para arrebatarle el poder; para ello, organiza una rebelión militar y política imponente". Así que si se acerca al libro "leerá usted el relato de esta lucha titánica". Sin duda, además de sus cualidades como historiador, Cosío sabía que la verdad histórica no se vende por sí sola en el mundo moderno. Como editor que es y ha sido sabe que la formación de la esfera moderna de opinión pública pasa también a través de la mercadotecnia.

[39] De Cosío Villegas a Bravo Ugarte, 12/6/56.

[40] De Cosío Villegas a Bravo Ugarte, 13/9/62. El aprecio de Cosío Villegas por Bravo Ugarte se refleja también en su invitación a la inauguración del nuevo edificio de El Colegio en la calle de Guanajuato en 1961. Más tarde algunos de sus discípulos lo invitarán a tomar parte en el homenaje a "don Daniel" en agosto de 1966.

[41] Recuérdese que fue fundador y director del Fondo de Cultura Económica, 1934-1948.

En sus *Memorias* Cosío destaca que su primer libro "fue bien acogido" por "escritores de prestigio: José Bravo Ugarte, Silvio Zavala, José Fuentes Mares, Germán Arciniegas y Antonio Gómez Robledo".[42] Bravo Ugarte tituló su reseña "El Porfirio Díaz de Cosío Villegas".[43] Bravo Ugarte cita al mismo Cosío al presentar el propósito de su relato en el más puro sentido rankeano del término, es decir, recrear "el pasado hasta el punto ideal de hacerle sentir al lector que él es un testigo, hasta un actor, de los acontecimientos pintados en el relato". "Y para ello —añade— he maniobrado de modo que no sea yo, el escritor del relato, el historiador, quien hable, sino la Historia misma".[44] Más tarde cuando Bravo Ugarte realice su nota sobre el segundo volumen, expresamente se referirá al cumplimiento del "ideal de la historiografía, conforme al fundamental pensamiento de Ranke, quien excluía aun el género pragmático de Historia".[45]

La valoración que Bravo Ugarte hace de la *Revuelta* de Cosío refleja a nuestro parecer la relación que guarda el historiador jesuita con la historiografía. Se identifica con la forma como procede Cosío:

> En la exposición del material histórico es el autor escrupulosamente objetivo, reproduciéndolo casi siempre entre comillas y dando pie, en notas, el lugar de donde está tomado. En eso procede hasta con cierta exageración, desatendiendo concordancias gramaticales... Muy sobriamente, en fin, enjuicia Cosío Villegas personas y acontecimientos, dejando que el juicio sobre ellos lo insinúen los mismos hechos relatados. Mérito es de la historiografía moderna su intento de hacer investigaciones exhaustivas doquiera existan fuentes históricas relativas al tema... [para] una fiel reconstrucción de los hechos.

A diferencia de los *dilettantes* (autodidactas) que abundan sin ninguna o mínima investigación, y que sin embargo "se creen capacitados para erigirse en el solemne Tribunal de la Historia", y de los que no saben qué hacer con toda la documentación, Bravo Ugarte celebra que

[42] Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, México, Joaquín Mortiz/SEP (Lecturas Mexicanas, 55), 1986 (1976), p. 203.

[43] José Bravo Ugarte, "El Porfirio Díaz de Cosío Villegas", en *Historia Mexicana*, 11, enero-marzo de 1954, pp. 439-441.

[44] José Bravo Ugarte, "El Porfirio Díaz de Cosío Villegas", pp. 439-440.

[45] José Bravo Ugarte, "El segundo tomo de la *Historia moderna de México*", en *Historia Mexicana*, 20, abril-junio de 1956, pp. 626-627. Al asumir la máxima rankeana de sólo dar cuenta de "cómo han pasado las cosas" Bravo Ugarte hace mención del prólogo al trabajo de Ranke sobre la *Historia de los pueblos románicos y germánicos*, traducido por el Fondo de Cultura Económica en 1945.

Cosío logre "superar todas las dificultades" y su obra se convierta en "modelo de investigación, de crítica documental, de ajustada exposición del material".[46]

El referente rankeano le era familiar a Bravo Ugarte, por lo menos desde la década de los cuarenta. A partir de ese modelo realizó su evaluación crítica de la historiografía de Pereyra cuando éste afirmaba que su labor había sido no la "defensa de causas", sino sólo el "descubrimiento de verdades". Para Bravo Ugarte, en cambio, la depuración de "lo falso" era sólo el comienzo de la buena historiografía. Otra de las posibilidades era permanecer en el nivel de la pura erudición. Ser historiador significaba llegar a la valoración de los hechos, descubrir sus conexiones causales, hasta organizarlos en una síntesis "verídica", y establecer un veredicto final acerca de su trascendencia para el desarrollo histórico en general. Por eso está en desacuerdo con "la mayor parte de los metodólogos modernos, conforme a sus principios de agnosticismo o de escepticismo". En esa posición ubica a Rafael Altamira e identifica a Ranke como el "iniciador de esta tendencia" al haber sentenciado en 1824 que: "se ha adjudicado a la Historia el oficio...; [pero el presente ensayo] sólo se propone referir cómo han pasado las cosas". Para Bravo Ugarte, no hay establecimiento de hechos sin emisión de juicios morales, sólo que éstos deben "ceñirse a normas objetivas, que son las que dan los mismos hechos con su valor histórico".[47]

En el número 15 de enero/marzo de 1955 de *Historia Mexicana* se anuncia la aparición del primer tomo de la *Historia moderna de México*, ("La República restaurada, La vida política de 1867 a 1876"). En la contrapágina se lee: "¡Ya se trabaja en él!... Un volumen, de gran formato, empastado, con noventa ilustraciones, setecientas cincuenta páginas de texto". Al mismo tiempo se anuncia la publicación de la obra completa en "6 gruesos volumenes" dividido en dos grandes partes, "La República restaurada" y "El porfiriato". Con un gran sentido editorial Cosío presentó en ese número el proyecto en su conjunto al que denominó "Llamada general" o prólogo general de la obra.

Para Cosío la realidad del pasado es cristalina como el agua. Sin embargo, el historiador se ve obligado a cortarla con el cuchillo afilado de su inteligencia. Ahí se inicia el debate y la paradoja de la historiografía. El modelo de periodización de Cosío es un poco curioso pero no por ello

[46] José Bravo Ugarte en *Historia Mexicana*, 15, pp. 440-441.

[47] José Bravo Ugarte, "Carlos Pereyra, el historiador...", pp. 14-15. Por supuesto en la apreciación de Bravo Ugarte pesa una lectura descontextualizada de la máxima rankeana. Lo interesante es saber cuándo y cómo se fue imponiendo esta interpretación que deja fuera la complejidad teológica representada por Ranke respecto a la historiografía.

menos sugerente. Cosío se sitúa en el periodo "contemporáneo" (la Revolución), el tiempo presente, y descubre el periodo moderno cuando la máquina va desplazando al músculo (en el porfiriato) e identifica al "antiguo" en los años formativos o antecedentes de un proceso que culmina con Juárez. El punto crucial en Cosío es saber si la era moderna se iniciaba en 1857 o en 1867, cuando se consumó la derrota de la Intervención y del partido conservador. Se inclina a pensar que 1867 es el verdadero parteaguas que separa en dos a México, el moderno y el tradicional. La segunda cuestión a dilucidar era más compleja: ¿qué hacía un don Porfirio gobernando 34 años y surgido de la república restaurada? Y cuando parecía que la Revolución había superado la fase de la dictadura, el periodo contemporáneo parecía contradecirlo. Por esa razón postula que el estudio de ese régimen desdoblado entre la República y la dictadura era la clave para entender "toda la historia moderna de México y, en gran medida, de la contemporánea. Por eso ha resultado funesto equivocarse en este punto".[48]

Bravo Ugarte en su nota sobre el primer tomo de la *Historia moderna* advierte solamente un abuso en Cosío: el recurso de la metáfora que oscurece el sentido de los títulos y subtítulos. Así como utiliza la metáfora del agua para explicar la transparencia de la realidad del pasado, Cosío recurre a la figura del astrónomo —observador de los ciclos de la tierra alrededor del sol— para explicar el sentido de su periodización:

> Si algún interés tiene fijar los límites inicial y terminal de una época histórica es obligar a observar sus hechos y hombres desde su nacimiento hasta su desaparición, a estudiar íntegramente el ciclo histórico en cuestión. Así, una persona interesada en seguir la carrera del sol no puede comenzar su examen a las diez de la mañana, cuando está a dos horas del cenit; debe iniciarlo cuando todavía reina la tiniebla y la luz no apunta siquiera. Y no puede abandonar su puesto a las cuatro de la tarde o las cinco, sino cuando el sol se haya hundido en el horizonte. Y ora se tome a Díaz, como símbolo de su régimen, ora se le considere personalmente, el año de 1877 marca ya las 10 de la mañana en la historia moderna de México.[49]

Sin duda a Cosío le gusta la pluma y no pierde nunca de vista al lector. En eso se diferencia radicalmente de Bravo Ugarte. En éste domina una escritura sin atributos teniendo frente a sí a escolares. Pero si revisamos su exposición sobre el método utilizado para producir sus historias,

[48] Daniel Cosío Villegas, "Llamada general", en *Historia Mexicana*, 15, enero-marzo de 1955, p. 319.
[49] Cosío Villegas, en *Historia Mexicana*, 15, p. 320.

se adivina la incorporación del método fabril previsto por Ranke en el siglo XIX y desarrollado en Francia y otros países en el último tercio del mismo siglo. Se puede decir que Bravo Ugarte trabaja su historia de manera muy personal y artesanal aun siguiendo las mismas reglas de estudio y de investigación documental. Por eso no sale de su asombro cuando constata que "pocas obras históricas han contado en México con tantos elementos pecuniarios y de investigación como ésta, que ha sido patrocinada por la Fundación Rockefeller, el Banco de México y El Colegio de México y que ha podido utilizar el mejor caudal de fuentes históricas, así secundarias como primarias".[50]

Podríamos decir que Cosío asume de lleno la herencia rankena del trabajo colectivo en seminarios, en los que al mismo tiempo que se investiga se forman nuevos investigadores, con una pequeña diferencia: la escala de lo previsto, es decir, la amplitud del proyecto. En "La llamada general" postuló, del mismo modo que Bravo Ugarte lo hizo en su *Historia de México,* la necesidad de una historia total que incluyera además de lo político tradicional, lo económico y lo social. Este llamado se basa en una nueva antropología histórica que muy probablemente hace eco de la que está postulando Fernand Braudel en Francia en esos años. Se trata de una "antropología histórica" que se deslinda de la cronología pura y de la historia apriorística o filosófica —como lo apunta Bravo Ugarte— y que aspira a la presentación de los hechos tal como acontecieron.[51] Así como Cosío intenta situar su propio "mediterráneo mexicano" no a partir de la figura de Felipe II sino de la de don Porfirio para dar cuenta de nuestra "modernidad mexicana", así también utiliza los cortes transversales en los ritmos de los cambios históricos: lento, medianamente rápido y acelerado.[52] No es difícil pensar que Cosío está al tanto de la obra de

[50] Bravo Ugarte, "La *Historia moderna de México,* de Cosío Villegas", en *Historia Mexicana,* 18, octubre-diciembre de 1955, p. 240.

[51] "Con razón no hizo el autor una mera crónica o enumeración de acontecimientos, que realmente tiene poco de historia; ni se forjó una hipótesis de trabajo arbitraria y apriorística, sino que buscó en los hechos, ya clasificados y seleccionados, su sentido histórico, como integrantes, causantes o influyentes de otros, pequeños y grandes, con que se forma la interesante trama de la historia. Método excelente, pero en el que tiene predecesores". Así, concluye Bravo, citando a Cosío, "una República restaurada noble y trágica, preñada de lecciones, venero inagotable de meditación". Bravo Ugarte, en *Historia Mexicana,* 18, 1955, p. 241. Algo similar se advierte cuando Cosío explica el método de trabajo para hacerse de "un cuadro coherente del México moderno... Y todo esto con la consigna de no admitir ninguna afirmación o hipótesis sin hallarle una comprobación documental y tan primaria como fuere posible. Sólo así podía darse a todo el estudio una cimentación firme, y sólo así puede avanzar el conocimiento y la inteligencia de nuestra historia". Cosío Villegas, en *Historia Mexicana,* 15, 1955, p. 329.

[52] Los ritmos temporales diferenciados correspondientes a lo político, económico y

Braudel traducida en el Fondo de Cultura Económica y anunciada en el número 11 de *Historia Mexicana*, mismo en el que se da aviso de la inminente aparición de su libro sobre "Porfirio Díaz contra Juárez" o *Porfirio Díaz en la revuelta de La Noria*.

Hay un tercer rasgo que parece anudar la empresa de unos y de otros: la exclusión de lo que llama Cosío, "la ideología marxista":

> jamás hice un requisito de ingreso [en el proyecto] el tener este o aquel criterio, lo cual no quiere decir que no fuera yo muy consciente de la existencia de una variedad marcada de opiniones y de su peligro para lo que comúnmente se llama la "unidad" de esta obra. Tal variedad es marcada, pero no extrema: no existe en el Seminario quien represente la ideología marxista, pero la gama va del liberal abierto al conservador cerrado.[53]

6.4 Conclusiones

De acuerdo con lo anterior, lo que separa a Bravo Ugarte de Cosío no es el mismo modo de relación comunicativa con el pasado. Aun cuando uno puede pertenecer a la tradición liberal y el otro a la conservadora, ambos comparten la misma epistemología histórica de corte rankeano y la aspiración de dar cuenta de la totalidad del pasado. Pero mientras Bravo se distingue por la sobriedad —aspira no más que a presentar cuadros sinópticos comprensibles de conjunto a la mirada inmediata— Cosío es más consciente de que la conformación de la memoria histórica es parte del foro público atravesado por la circulación de los impresos, y por tanto siempre abierto al debate público y a la polémica.[54] Es propia de una construcción editorial.

Toda obra histórica se mira también en el espejo de los lectores po-

social, está ya sugerido en su "Llamada general" (*HM*, 15, pp. 326-327) y desarrollados un poco más al tocar el problema de la "comparación entre las situaciones económicas de entonces y las de hoy" en la "Segunda llamada particular" o prólogo al tomo sobre la vida económica elaborado por el economista Francisco Calderón: "Hallaremos, dice, en este libro, desde luego, los que podrían llamarse rasgos o caracteres eternos de la economía mexicana; otros son los rasgos profundos, aquellos que están sujetos a cambios, pero cambios logrados siempre con una lentitud manifiesta; hay, en fin, situaciones muy distintas de las de hoy, pero cuya transformación ha sido relativamente rápida". Entre los primeros está "la barbarie extractiva", entre los segundos o "de cambio muy lento" el de la agricultura para el consumo y el de la sobrevivencia del artesanado, y el de los cambios rápidos como el desarrollo de regiones como las de Torreón y Monterrey. Cosío Villegas, en"Segunda llamada particular", en *Historia Mexicana*, 18, 1955, pp. 181-183.

[53] Cosío Villegas, en *Historia Mexicana*, 15, 1955, p. 333.

[54] En eso Cosío está más cerca del padre Cuevas que de Bravo Ugarte.

sibles para su feliz realización. Es por eso que Cosío no espera a que venga la crítica; la busca, la inquiere, se le adelanta. Eso le da el pulso de qué tanto y cómo su escritura se va sedimentando en la conciencia de sus lectores. Una cuestión de escala separa también a Bravo Ugarte de Cosío. *La Historia de México* del jesuita es ante todo una obra de síntesis realizada en la minucia y los ritmos de un trabajo de pespunteo artesanal; en cambio la de Cosío se asemeja más a los talleres fabriles modernos de historiadores dibujados ya en los apuntes metodológicos de Langlois y Seignobos a fines del siglo XIX. En ese modelo se fragua el trabajo que dará pie a la Escuela de los *Annales* personalizada en Braudel, y emprendida con tanto éxito y envergadura por Cosío Villegas en México. Uno y otro crearán una Escuela historiográfica; no así en el caso de Bravo Ugarte que escribe su historia para uso de las "escuelas". La dimensión editorial y su alcance es por lo mismo muy diferente.

Las historias de ambos provienen de un mismo impulso revisionista. Por la intermediación de la historia, uno y otro intentan dar respuesta al enigma que significa pertenecer al mundo representado por la Revolución adueñada de toda modernidad. Ambos cuestionan el interés de la Revolución por apropiarse de la genealogía de la modernidad. Al centrar su atención en la figura de don Porfirio y al verlo reaparecer como el neo-don-porfirio de los años cuarenta, Cosío observa, por un lado, la unidad que existe entre Juárez y don Porfirio, cimiento del México moderno; por el otro, establece una diferencia, la que hay entre la historia moderna (la de los hombres que "parecían gigantes") y la historia contemporánea (la de don Daniel y sus contemporáneos). Su modo de observación no carece por ello de ambigüedad: por un lado reafirma la Revolución al tiempo que señala lo que le falta por realizar acorde con su pasado. Es a la luz del pasado recuperado que se pueden recibir por ello lecciones para el futuro. Por eso, no sin razón, esta clase de historia ha sido juzgada como "pragmática".[55] Pero para ser más exactos, es una historia que por otros medios retóricos hace eco de la vieja *historia magistrae vitae* de los tiempos ciceronianos.

En cambio la historiografía de Bravo Ugarte ya no busca moralizar, aunque sí cubrir las lagunas faltantes e impartir verdadera justicia sobre personajes y hechos vilipendiados. En particular le interesa rescatar esa historia olvidada: la del partido conservador y la de la Iglesia como elementos constitutivos de la nacionalidad mexicana. Mientras Cosío Villegas inquiere en el pasado la confirmación de su liberalismo, Bravo Ugarte no

[55] José Miranda, "La República restaurada, ¿fruto logrado?", en *Historia Mexicana*, 18, octubre-diciembre de 1955, p. 256. Advertida así por Miranda, añade que ese recurso "patriótico" podría restar "objetividad" a su historia y transformarla en una obra en esencia política.

aspira sino a la reconciliación del pasado en el presente. En eso está más cerca de Atanasio Saravia y de Silvio Zavala. Los une a todos el modelo de análisis, los separa el lugar desde donde hablan: el foro público de los medios de comunicación, el mundo de la política y del poder en Cosío Villegas, y el mundo de la pedagogía y de la religión, en Bravo Ugarte.

Pareciera que en Bravo Ugarte hay la voluntad de atemperar los conflictos, lo cual no significa que evada la crítica o la confrontación, aunque ésta se realiza con afabilidad. Sabe moverse entre los bandos contrarios, con el objetivo de fijar la verdad del pasado y una síntesis superior. En cambio, Mariano Cuevas, su correligionario, es polémico. Defiende su verdad a sangre y fuego. La verdad ha de pronunciarse, no atemperarse, o no es "verdadera".

La disciplina de la historia llega al siglo xx con un nuevo sentido de realidad del pasado. Ya no importa si esta actividad se realiza en el ámbito civil o en el eclesiástico. Cada uno de sus agentes es capaz de distinguir el juicio del historiador de otro que no lo es. Pero al mismo tiempo este deseo de objetividad e imparcialidad está también impulsado en México por el marco político o el conflicto estatal-eclesiástico. Esta consideración podría ayudar, quizás, a explicar las diferencias existentes entre dos historiadores miembros de la misma institución: Bravo Ugarte y Mariano Cuevas. Se trata de dos generaciones que han vivido de diferente manera la conflictiva resultado de las leyes de Reforma de la segunda mitad del siglo xix. Cuevas es hijo directo del conflicto (1879-1949); Bravo Ugarte lo es de la Revolución. La diferencia entre uno y otro estará dada por la que puede haber entre el régimen revolucionario y el porfirista. La Revolución busca distinguirse del pasado inmediato ejemplificada por la obra de *Historia moderna* de Cosío Villegas: a partir de la diferencia que existe entre juarismo y porfirismo, ambos unidos por el liberalismo. En cierto modo, la obra de Bulnes y la de Riva Palacio, encuentran en la de Cosío Villegas su complementación o actualización. Cuevas sería un historiador "porfirista" a la manera de Bulnes, mientras que Bravo Ugarte no sería ni juarista ni porfirista, sino simplemente "revolucionario institucional". La Revolución, lo propio de Bravo Ugarte, crea un nuevo consenso, una nueva armonía, que cuadra con una epistemología histórica que persigue la imparcialidad y objetividad.

Luis González, quien lo conoció y apreció, nos entrega una inmejorable semblanza póstuma de Bravo Ugarte:

> Aquel silencioso sacerdote e historiador se mantuvo al margen de las tentaciones más comunes de las muchas que suelen intranquilizar a religiosos y sabios. Vivió dignamente la sumisión, la pobreza y la humildad. Su vida fue oscura, en blanco y negro, nada pintoresca, igual que su labor historiográfi-

ca. Huyó de lo pintoresco, pero se ancló firmemente en lo básico. Sus obras, al contrario de lo que pasa con la mayoría de los textos históricos, tienen poca semejanza con los ríos. La vida misma del autor fue poco fluvial. Su muerte, acaecida en 1968, en nada se asemejó al chorro que cae, transcurrió sin ruido.[56]

[56] Luis González y González, "José Bravo Ugarte (1898-1968)", en *75 años de la Academia Mexicana de la Historia*, México, 1994, p. 46.

7. “CRÍTICA” Y “CRISIS” DE LA HISTORIOGRAFÍA MODERNA EN MÉXICO

Dada la índole de la crisis que por todos rumbos invade
a nuestra cultura, acertar o no acertar es secundario.
Lo que importa es expresarse con valor; darle la cara a los
verdaderos problemas,
que siempre son los propios,
los íntimos.

EDMUNDO O'GORMAN (1946)

7.1 LA CRISIS DE LA HISTORIA EN MÉXICO

El historiador norteamericano Robert A. Potash celebraba en 1960 que la instauración de la historiografía profesional en México había permitido superar una historia dividida por las ideologías políticas o confesionales. Entre los rasgos de esa “nueva historia” destacó los valores de la objetividad e imparcialidad. Puso como ejemplo los trabajos del jesuita José Bravo Ugarte, que comparados con los de su correligionario Mariano Cuevas, mostraban la distancia que la historiografía mexicana había recorrido en esos veinte años. Como parte de la que denominó “escuela objetiva”, Potash mencionó la obra realizada bajo la dirección de Daniel Cosío Villegas, de la cual destacó lo siguiente: “En esta obra puede verse la culminación y el símbolo de los diversos avances logrados por la historiografía mexicana en los pasados decenios. Con amplias miras y monumental tamaño, se ha propuesto presentar la historia social, cultural, económica y política correspondiente a casi medio siglo”. No obstante, en su balance tuvo a bien incluir además la contribución historiográfica de Edmundo O'Gorman, considerando que su posición “existencialista” no afectaba su trabajo de erudición e interpretación. Reconocía que aun cuando ese método no era fundamental para establecer los nuevos “hechos” sobre el periodo, el historiador O'Gorman había conseguido producir una brillante interpretación sobre el significado de la revolución de Ayutla.[1]

[1] Robert A. Potash, “Historiografía del México independiente”, en *Historia Mexicana,* 39, enero-marzo de 1961, pp. 395-396.

La visión que nos proporciona Potash muy bien puede sintetizar el triunfo final de la escuela objetiva representada por Ranke en el momento en que la historiografía se había afirmado en su dimensión profesional. Con todo, esta imagen no deja de tener también un lado paradójico ya que se puede observar que desde el momento de su profesionalización el tema de la "crisis" había estado presente en el desarrollo de la historiografía profesional. Es posible identificar en México testimonios que desde la década de 1940 no han dejado de llamar la atención sobre la pregunta acerca del sentido y la función de la historiografía en la sociedad contemporánea. Incluso se podría decir que la profesionalización de la historia, además de la producción de un saber cierto y seguro sobre el pasado, implicaba también el responder a cuestiones como las planteadas por O'Gorman en el epígrafe de este capítulo y que se podrían relacionar con la revisión de cultura histórica moderna heredada por Ranke.

Una década después de lo que apuntó Robert Potash, Luis González y González realizó otro balance de la historiografía mexicana en 1973. El autor de *Pueblo en vilo* destacó la situación paradójica de la historiografía de la siguiente manera. Por un lado celebró el incremento numérico de las obras de historia y de las instituciones dedicadas a la formación de historiadores. Pero por el otro lado, lamentó la ausencia del contrapeso necesario de "una crítica rigurosa". Seguían faltando, dice, "los encargados de aplicar la justicia distributiva, de poner cada obra en su sitio"; en su lugar, añade, domina entre los historiadores, e incluso entre los expertos de otras disciplinas afines, "la incomprensión" y el "desdén mutuo". Con base en su experiencia recordaba que a diferencia de la década fundacional de 1940 cuando se trataba de profesores e investigadores comprometidos con "ideales", en la década de 1970 lo que imperaba era el individualismo y la ausencia de propósitos definidos; en 1973, señaló, "cada cual se rasca con sus propias uñas, cada músico de la orquesta toca lo que quiere. Nada ni nadie orienta al conjunto. La inconformidad no parece ser un principio orientador suficiente".[2]

Inmediatamente después de la incorporación de la disciplina de la historia en los centros universitarios, Edmundo O'Gorman dedicó un estudio completo al tema de la "crisis de la ciencia histórica", en el que denunciaba su carácter instrumental y su falta de ayuda para una "auténtica" comprensión de la historicidad de toda obra humana.[3] Una década después, Luis Villoro, formado también en los seminarios de José Gaos,

[2] Luis González y González, "La cultura humanística", en *Historia de México*, t. 12, México, Salvat, 1978, p. 2761.

[3] Edmundo O'Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, Imprenta Universitaria, 1947, pp. 244-248; 256-277.

secundó la misma idea al señalar que no se trataba de una crisis de instrumentos y técnicas o número de publicaciones, sino de "los principios en que se basa la labor historiográfica y de su función humana". Dentro del vasto territorio de los trabajos monográficos, no se advertía una dirección clara acerca del sentido de esa producción. Por esa razón, Villoro invitaba en 1957 a los historiadores mexicanos a "plantearse con mayor gravedad el problema del objeto y métodos de su ciencia". No estaba resuelta, por ejemplo, la ambigüedad existente entre la búsqueda exhaustiva de la información sobre el pasado y la esperanza de convertir ese cúmulo de datos en una "enseñanza práctica" para la vida, aludiendo en particular a la *Historia moderna* de Daniel Cosío Villegas.[4]

Por su parte, don Daniel se refirió expresamente en dos ocasiones a la crisis de la historia. La primera vez —como vimos en el capítulo 6— lo hizo para denunciar el desvío de la "Revolución mexicana" de sus cauces originales, y la segunda para mostrar su admiración por el rigor documental en las investigaciones del *Latinamerican scholar* norteamericano.[5] De alguna manera estos dos aspectos críticos acompañan y dan un sello particular a su incansable labor a favor de la creación de instituciones y de nuevos espacios para la investigación histórica y sociológica. Cabe recordar que Cosío Villegas es miembro de una generación que, bajo el impacto de la Revolución, asume un compromiso explícito en la construcción de un nuevo México. En ese sentido, escribió en 1925: "En el lenguaje de Ortega y Gasset diríamos que la Revolución no puede triunfar si no cambia la sensibilidad vital, si no surge una nueva generación. Esta generación somos nosotros y por eso afirmamos que nosotros somos la Revolución".[6]

Bajo la impronta de este activismo "revolucionario" Cosío Villegas se propuso construir otro país mediante el impulso de una nueva ciencia social e histórica. Desde esa perspectiva, cabe preguntarse en torno a sus expectativas respecto de la investigación histórica. En su respuesta confluyen las dos nociones de crisis mencionadas: la primera está relacionada con la desviación del cauce auténtico de la Revolución mexica-

[4] Luis Villoro, "La tarea del historiador desde una perspectiva mexicana", en *Historia Mexicana*, 35, enero-marzo de 1960, pp. 329-339.

[5] Ambos ensayos —"La crisis de México" e "Historia y ciencias sociales en América Latina"— han sido recogidos respectivamente en Daniel Cosío Villegas, *Ensayos y notas*, t. I, pp. 113-151, y t. II, pp. 109-140, México, Editorial Hermes, 1966.

[6] Citado por Víctor Díaz Arciniega, "1925: la Revolución cierra filas", en *Revista Iberoamericana*, 150, Madrid, enero-marzo de 1990, pp. 27-28. No es una apreciación exclusiva de Cosío. Se encuentra también en Alfonso Reyes, quien como miembro de la generación ateneísta, "primera señal pública emancipada del régimen", lugar donde "amanecía la Revolución", está el germen del sello de la nueva historiografía profesional.

na, y la segunda, con el hecho de que las ciencias sociales y la historia no acababan de ser lo suficientemente útiles y rigurosas para la sociedad. En ese sentido, concibe a la historia como una disciplina capaz de ofrecer una respuesta a los problemas del presente, siempre y cuando se realice con el rigor del trabajo documental y del método. Quizás por esa razón su historiografía transpira la urgencia y la intensidad del presente deseando que se convierta en un foco de orientación para la acción y la crítica.[7]

El proyecto de Cosío consistía en explicar el ingreso de México en la modernidad, tomando el año de 1857 como el punto de partida. Basado en los principios metódicos compartidos por el gremio de los historiadores Cosío Villegas aspiraba a la realización de una historia integral. En palabras de Cosío: "Así aquella vida que parecía idéntica, cambia, y a veces prodigiosamente: mueren pueblos y brotan ciudades; se abandona la mina, se ensaya la industria y la agricultura. Relatando todo esto, el historiador hace conocer otra vida que no es la política, sino la social y la económica, distintas de aquella, pero a ella ligadas. Y las tres juntas, dan una visión más redonda, más cuerda y hasta más agradable del mexicano, de todos los mexicanos". En cuanto al método, podría resumirse en el prin-

[7] Preocupado por el rumbo de la nación, durante la década de los cuarenta, un sentimiento parece inspirar su inclinación por la historia: la percepción de que la Revolución había sido traicionada. Cosío comenta en sus *Memorias* que la crisis se originaba en la designación por Lázaro Cárdenas de Manuel Ávila Camacho para sucederle en la presidencia. Su sospecha, señala, se confirmaría más tarde al observar que Miguel Alemán desde el inicio de su presidencia se proponía principalmente el progreso material, "como antes lo había hecho Porfirio Díaz. Aparte de publicar en marzo de 1947 mi ensayo 'La crisis de México', en que expresé mis temores de que así fuera, me asaltó la duda angustiada de si México, en efecto, entraba en una etapa de su vida que no pocos comenzaron a llamar 'neoporfirismo'. Para cerciorarse, era necesario, primero, averiguar qué había sido realmente el porfirismo, y después, seguir el curso de la revolución para ir localizando las semejanzas y las diferencias del nuevo con el antiguo régimen. Y nada se adelantaría, por supuesto, limitándose a imaginar esas semejanzas y tales diferencias; por el contrario era menester investigarlas a fondo, para que salieran de las fuentes mismas de la historia, de los documentos, de la prensa periódica y de la literatura secundaria. Entonces me dispuse a investigar y escribir la historia de esos setenta y cinco años". La empresa se inició en enero de 1948 con apoyo financiero de la Fundación Rockefeller, el Banco de México y la Secretaría de Hacienda. Estableció sus cuarteles en El Colegio de México. En el Centro de Estudios Históricos Cosío fundó el Seminario de Historia Moderna de México, que comenzó a trabajar hacia 1950, y que culminó con una obra de 10 volúmenes en 1971, cinco de los cuales fueron escritos por Cosío. Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, México, Joaquín Mortiz/SEP, 1986 (Lecturas Mexicanas, 55), pp. 199-200. Una teoría del saber teórico de la historia como saber práctico se encuentra también en el discurso de ingreso de Jesús Reyes Heroles a la Academia Mexicana de la Historia en 1968. "La historia como acción", en Álvaro Matute, *La teoría de la historia en México, 1940-1973*, México, SepSetentas, 1974, pp. 173-198.

cipio "de no admitir ninguna afirmación o hipótesis sin hallarle una comprobación documental y tan primaria como fuere posible. Sólo así podía darse a todo el estudio una cimentación firme, y sólo así puede avanzar el conocimiento y la inteligencia de nuestra historia". Según Cosío esta empresa era la más difícil de cuantas había emprendido, pues "la historia exigía más que las otras disciplinas donde yo había operado un lenguaje limpio, expresivo y aun emotivamente literario" El milagro de "una historia latinoamericana más nueva y sustanciosa ha de venir del historiador mismo y no del cultivador de las ciencias sociales. Pero será necesario hacer una reforma revolucionaria en su preparación".[8]

La necesidad de convertir a la historiografía en una ciencia social fue asumida también por Enrique Florescano en 1970.[9] Enrique Semo llamó la atención sobre la necesidad de tomar en cuenta la condición de clase desde la cual el historiador recupera la historia, sin descuidar el rigor y el sentido crítico propio de la disciplina: "la orientación ideológica progresista no es por sí misma una garantía de sabiduría o maestría profesional".[10] Luis González, por su parte, alertó sobre el alejamiento del público lector de las obras producidas por los historiadores. En su peculiar estilo sentenció que ante la "'seriedad' y resequedad de sus resultados, el público lector 'rezonga'".[11]

Así, desde posiciones políticas y preocupaciones sociales diversas durante el periodo de la profesionalización y expansión de la historiografía, la crítica de la historia señala una insatisfacción sustancial en cuanto a las posibilidades del saber histórico para transformar y explicar la evolución de la sociedad. Bien sea destacando algunas carencias técnicas y de aplicación en las fuentes primarias o bien apurando la necesidad de convertir a la historia en un saber efectivo, la historiografía no acababa de encontrar su lugar específico. Se coincide en que la disciplina de la historia posee una identidad relacionada con el método y que todavía puede tener un mayor alcance social si se perfecciona su estilo de narrar o de explicar. Nos parece, sin embargo, que la cuestión abierta por Luis Villoro acerca de las relaciones que podría haber entre producción de un saber confiable sobre el pasado y su dimensión práctica no fueron suficientemente reflexionadas. Más bien, esas premisas se dieron por pre-

[8] Todas las citas están tomadas de Daniel Cosío Villegas, "Historia y ciencias sociales en la Amétrica Latina", en *Ensayos y notas II*, México, Editorial Hermes, 1966, pp. 109-140.

[9] Enrique Florescano, "Hacia una historia abierta y experimental", en *Diálogos*, 6/1, enero-febrero de 1970, pp. 21-23.

[10] Enrique Semo, *Historia mexicana. Economía y lucha de clases*, México, Era, 1978, pp. 15-27.

[11] Luis González, "La historia académica y el rezongo del público", en *Memorias de El Colegio Nacional*, IX, 1978, pp. 195-208.

supuestas. Tanto el historiador enmarcado por una ética liberal como el socialista dan por hecho que debe haber una línea directa entre la labor del académico y los destinos de la nación, es decir, presuponen que la historiografía es un saber capaz de enseñar a actuar correctamente y a transformar el "mundo en que se actúa".[12] Al respecto es sumamente revelador el discurso de ingreso en la Academia Mexicana de la Historia en el mes de agosto de 1968 de un hombre político como Jesús Reyes Heroles:

> Si la política es actividad cultural y la cultura, en su sentido más trascendente, tiene un significado político no sólo se ha dado en el pasado y existe en el presente, sino que tiende a subsistir y está sustancialmente justificada. La figura o tipo exige que el intelectual sea modestamente receptivo a la realidad, se deje influir por ésta, la capte y exprese sin desprecio, aquilatándola como fuente de cultura, y el político se mantenga vinculado con el mundo de las ideas, procure racionalizar su actuar y encuentre en el pensar una fuente insoslayable de la política.[13]

Esta declaración adquiere todavía mayor relevancia a la luz del significado político y cultural del movimiento estudiantil de 1968 y su impacto en los recintos universitarios.

En 1981 Enrique Florescano elaboró una retrospectiva de la disciplina de la historia en la que denunció —en la línea de la crítica hecha en 1975 por Michel de Certeau a la institución historiográfica francesa— el carácter ambiguo de su funcionamiento en los centros académicos. Sus observaciones, sin embargo, no dejan de tener también un lado paradójico. Por un lado, al igual que Luis González, encontraba en el año de 1940 el origen de un tipo de historiador desligado de posiciones políticas partidistas —objetivo e imparcial— en contraste con la situación prevaleciente en la década de los setenta en la que supuestamente el campo de la historia estaba dominado por intereses particularistas y gremialistas. Pero al mismo tiempo descubría también que mientras los primeros historiadores profesionales habían abanderado la causa de la nación, sus herederos sólo se preocupaban en mantener sus privilegios. En su esbozo de una sociología política de la historiografía recogía un rasgo no contemplado del todo en la epistemología de la historia: el reconocimiento de que a la producción de verdad sobre el pasado subyacen no sólo aspectos metodológicos aparentemente neutros, sino también otros rela-

[12] J. Reyes Heroles, "La historia como acción", en Álvaro Matute, *La teoría de la historia en México, 1940-1973.*

[13] J. Reyes Heroles, "La historia como acción", p. 197.

cionados con el carácter público o político de la misma institución historiográfica.[14]

El interés por esclarecer más puntualmente las relaciones entre la dimensión cognitiva y la dimensión política de la historia quedó plasmado en el libro *Historia, ¿para qué?*[15] El tema que articula las diferentes colaboraciones —bajo el impacto del 68— es el de las relaciones entre la producción del saber histórico y su función social y política. En esos momentos se abría de nuevo la cuestión acerca de qué tanto la historia se debía al mundo de la política y qué tanto al mundo de la ciencia. En opinión de uno de los colaboradores —Arnaldo Córdova—, la revuelta estudiantil del 68 había hecho saltar "en pedazos la religión empirista en las ciencias sociales", el "culto al dato objetivo", y dejaba ver el carácter incuestionablemente político de la escritura contemporánea de la historia de México. El funcionamiento de la historiografía revelaba que no había hecho más que circular alrededor del mito fundador de la nación moderna: la Revolución mexicana.

Por su parte, Enrique Krauze publicó una reseña crítica del libro.[16] Agrupó las colaboraciones en dos conjuntos: situó de un lado a los amantes de la historia como saber práctico, recordando la posición esgrimida tradicionalmente por Cosío Villegas y proseguida a su entender por Córdova, Florescano, Héctor Aguilar Camín y Adolfo Gilly; y, del otro ubicó a los seguidores de la verdad de la historia por la historia misma en el que aparecen Luis González, Luis Villoro, José Joaquín Blanco, Carlos Monsiváis y Carlos Pereyra. En su opinión, de un lado, estaban los que hacían del Estado de la Revolución el motor de la explicación de la historia, y, del otro, los defensores de la historia en sentido moderno, es decir, aquellos que no buscaban en el pasado enseñanzas para el presente. En su réplica, Gilly y Córdova consideraron la posición de Krauze como "idealista" al no contemplar los factores políticos y sociales que intervienen en la construcción del saber histórico. Argumentan que el Estado y sus instituciones no son meras invenciones de los historiadores, sino que su presencia se manifiesta irremediablemente en el funcionamiento de la historiografía. Se tienen en suma dos posiciones aparentemente irreconciliables, de manera que el problema estaba en saber si la historiografía constituye una dimensión irreductible de la experiencia humana o se mezcla irremediablemente con el campo de la política y de la economía.

[14] Enrique Florescano, "Los historiadores y el poder", en *Nexos*, 46, octubre de 1981, pp. 27-37.

[15] A. Moreno Toscano, coord., *Historia, ¿para qué?*, México, Siglo XXI, 1980.

[16] Enrique Krauze, "Historia, ¿para qué?", en *Caras de la historia*, México, Cuadernos de Joaquín Mortiz, 1983, pp. 15-38.

La importancia de estas comunicaciones radica en que hicieron revivir algunos de los dilemas presentes en el origen de la disciplina de la historia, tal como se vio en los capítulos tercero y cuarto. Nos llama la atención, sin embargo, que en esa discusión no se encuentre la participación de historiadores como Edmundo O'Gorman y algunos otros que desde la década de los cuarenta reflexionaron sobre el papel del sujeto-historiador en la producción del saber histórico. Tampoco se advierte la reflexión crítica sobre el carácter instrumental del "método" en la investigación histórica y sus implicaciones en la formación de la escritura y explicación del pasado. Se dio primacía a la relación que podía haber entre la política y la historia —también abordado por Ranke como vimos— y solamente un lugar secundario al propiamente filosófico o relacionado con la epistemología y sociología del conocimiento histórico. Krauze dio salida a la cuestión indicando solamente que al final se trataba de un asunto de "consistencia intelectual", pero dejó abierta asimismo una cuestión de mayor envergadura: cómo realizar una escritura de la historia que no fuera expresión meramente de intereses particularistas —políticos o de otra índole— haciendo eco a los problemas heredados de la Ilustración europea. Con una mayor afinidad al cuestionamiento de O'Gorman que a la posición de Cosío, subrayó el problema de los "estadólatras" en intentar reducir aspectos de la vida privada o íntima a los intereses propios de la sociedad política. "Córdova, afirmó, magnifica el papel y la vocación del Estado mexicano y de esa manera reduce las articulaciones complejas, contradictorias, variadas, plurales, de la sociedad civil".

7.2 La "crítica" en el pasado reciente de la historiografía

Después de 1980 han aparecido una serie de libros reveladores en muchos sentidos acerca del estado que guarda la disciplina de la historia en México. La mayoría se deben a la celebración de algún aniversario institucional,[17] o de algún macroevento histórico como el del Quinto Centenario,[18] o el de los 75 años de Revolución en México en el campo de la educación, la cultura y la comunicación,[19] u homenajes a historiadores

[17] Por ejemplo, Alicia Hernández Chávez y Manuel Miño Grijalbo, coords., *Cincuenta años de historia en México*, 2 vols., México, El Colegio de México, 1991; Gisela von Wobeser, coord., *Cincuenta años de investigación histórica en México*, México, UNAM/Universidad de Guanajuato, 1998.

[18] "México e Hispanoamérica. Una reflexión historiográfica en el Quinto Centenario", en *Historia Mexicana*, 166, octubre-diciembre de 1992.

[19] *México, 75 años de Revolución. Educación, cultura y comunicación II*, México, FCE/ INEHRM, 1988. Luis González y González presentó los "75 años de investigación histórica en México",

representativos de la historiografía contemporánea como Edmundo O'Gorman, Moisés González Navarro, Luis González, Josefina Vázquez, entre otros.[20]

No es la primera vez que esto sucede en el ámbito de la cultura. En México siempre se encuentra el motivo para celebrar y conmemorar tanto en el circuito académico como oficial. La novedad, esta vez, quizás, se pueda descubrir si se agrupan estos textos dentro de un conjunto mayor en el sentido de ver cómo una generación hace el balance sobre la etapa de la profesionalización de la historia en México, a la vez que intenta realizar un diagnóstico de la situación actual de la disciplina. Novedosos, por ejemplo, son los proyectos de rescate autobiográfico, que intentan rendirle homenaje a la vez que dejar ver al historiador de "carne y hueso" ausente generalmente de su obra. Textos de una gran riqueza por su carácter testimonial y en algunos casos fascinantes y conmovedores, por cuanto permiten vislumbrar la frágil y azarosa vía de las subjetividades de los historiadores.[21]

A este conjunto de textos se pueden añadir otros igualmente relevantes por dos razones: bien por cuestionar ciertos lugares comunes acerca de las expectativas respecto de la historiografía y su utilidad social,[22] o bien como en el caso de Luis González,[23] por entregar por primera vez y con mucho éxito editorial, un manual de introducción a la historiografía —o en palabras de su autor, de cómo escribir "novelas verídicas"—, o el intento de Enrique Florescano por realizar una sociología y balance crítico del oficio de historiar en México.[24] A este interés se suman pequeños simposios reunidos para reflexionar sobre el oficio del historiador desde las perspectivas de su especialidad (historia política, re-

pp. 651-704. Además del gran esfuerzo de síntesis que supone esta tarea, no deja de llamar la atención que la historiografía se presente como un hecho cultural de la Revolución.

[20] Algunos ejemplos son el "Homenaje a don Edmundo O'Gorman", en *Historia Mexicana*, 184, abril-junio de 1997; Shulamit Goldsmit y Guillermo Zermeño, coords., *La responsabilidad del historiador. Homenaje a Moisés González Navarro*, México, Universidad Iberoamericana, 1992; Luis Jáuregui y José Antonio Serrano Ortega, coords., *Historia y nación II. Política y diplomacia en el siglo XIX mexicano*, México, El Colegio de México, 1998 (actas del Congreso en homenaje a Josefina Vázquez).

[21] Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort, comps., *Historiadores de México en el siglo XX*, México, FCE/CNCA, 1995; Jean Meyer, coord., *Egohistorias. El amor a Clío*, México, CMCA, 1993; Alicia Olivera, Salvador Rueda y Laura Espejel, *Historia e historias. Cincuenta años de vida académica del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, UNAM, 1998.

[22] Alejandra Moreno Toscano (coord.), *Historia, ¿para qué?*, México, Siglo XXI, 1980; Enrique Krauze presentó su reacción a este libro, en *Caras de la historia*, México, Cuadernos de Joaquín Mortiz, 1983, pp. 15-38.

[23] Luis González, *El oficio de historiar*, México, El Colegio de Michoacán, 1988.

[24] Enrique Florescano, *El nuevo pasado mexicano*, México, Cal y Arena, 1991.

gional, cuantitativa, mentalidades, género, ...) o de la reflexión personal o teórica más general,[25] o los balances historiográficos periódicos acostumbrados como el reunido en Oaxtepec en 1988.[26]

No es del todo seguro que la mayoría de los trabajos mencionados concentren su atención en el tema de la "crisis" de la disciplina; podría pensarse más bien que intentan mostrar sus avances dentro de un proceso de perfeccionamiento progresivo y ampliación de miras temáticas y de enfoques. Por ello no deja de reiterarse la labor, encomiable sin duda, de quienes sentaron las bases (institucionales y de liderazgo) para el trabajo de las siguientes generaciones. Al mismo tiempo se advierten indicaciones sobre una cierta crisis de sentido, de liderazgo y de orientación. Quizás el punto decisivo estaría en saber hasta dónde la historiografía tal y como se ha practicado ha conseguido entenderse a sí misma. ¿Hasta dónde ha podido reconocer los márgenes dentro de los cuales cumple una función en las sociedades modernas? ¿Hasta dónde ha sido capaz de identificar los retos y posibilidades originados en el desarrollo y ampliación de los medios masivos de comunicación?

En los prólogos de algunos de los libros se señala que el tiempo presente está marcado por la aceleración y el cambio incesante que ha permitido arrojar nuevas interpretaciones sobre el pasado.[27] En este caso, se suele acudir a factores extrínsecos al funcionamiento de la disciplina para explicar, por ejemplo, la modificación del sentido de la idea de la "Revolución mexicana", considerada como uno de los "grandes" momentos de la historia de México. Su explicación recae por lo general en hechos como la desaparición del muro de Berlín y el fin de la guerra fría, o en el influjo de otras historiografías en la nacional. A partir de este diagnóstico la percepción que se tiene es la de un cierto desfase entre el funcionamiento de la historiografía y los imperativos del tiempo presente. En ese marco hay historiadores como Florescano que reconocen que pese a sus "logros indiscutibles, falta mucho por realizar" en el campo de la historia, e incluso llega a afirmar lo siguiente: "Los historiadores mexicanos tenemos el reto de mejorar la calidad de nuestros trabajos, utilizar metodologías más adecuadas y divulgar los resultados a los que hemos llegado, para lograr que lleguen a un público más amplio".[28]

[25] *Panorama actual de la historiografía mexicana*, México, Instituto Mora, 1983; *El historiador frente a la historia*, México, UNAM, 1992; *Reflexiones sobre el oficio del historiador*, México, UNAM, 1995.

[26] *Memorias del Simposio de Historiografía Mexicanista*, México, Comité Mexicano de Ciencias Históricas/UNAM-IIH, 1990.

[27] Por ejemplo, Gisela von Wobeser, "Prefacio", en *Reflexiones sobre el oficio del historiador*, p. 7.

[28] Gisela von Wobeser, "Prefacio", en *Reflexiones sobre el oficio del historiador*, p. 8.

El autor de *El nuevo pasado mexicano* es, al lado de Luis González, uno de los historiadores que probablemente ha hecho mayor énfasis en los rasgos críticos de la cultura académica de la historia en México. Por un lado, ha señalado que "en los últimos 30 años la investigación sobre el pasado mexicano sufrió un cambio cualitativo que modificó de manera notable la imagen y la comprensión de ese pasado".[29] En referencia a uno de los creadores de la institución profesional de la historia, Silvio Zavala, destaca que "su aportación más notable al desarrollo de la investigación histórica contemporánea quizá sea el rigor para establecer los hechos históricos mediante un manejo acucioso de las fuentes originales".[30] Finalmente, observa, que gracias a esos antecedentes, se tiene en los últimos treinta años una historiografía más objetiva, plural y compleja sobre los distintos periodos. Paradójicamente señala por otro lado, que si bien no sólo se tienen avances —debidos en gran parte a historiadores extranjeros— también existen "retrocesos, inconsistencias, fallas en la investigación histórica". En su opinión hay un desfase entre los avances de los estudios históricos a nivel mundial, y los esfuerzos que se realizan en México. No se está a la par en cuanto a la calidad. Hay una pérdida "de dirección en las instituciones".[31]

Después de examinar estos balances se puede concluir que además de paradójico el diagnóstico acerca del estado que guarda la disciplina de la historia en México podría ser más bien pesimista. Incluso Florescano llega a señalar que actualmente la historiografía mexicana y sus instituciones parecen avanzar sin un rumbo bien definido y sin el rigor que los tiempos requieren si se le compara con la que se escribía en el pasado reciente o en el momento fundacional. En su opinión no hay una generación que haya hecho el relevo necesario a las contribuciones de los fundadores. En su reseña sobre *El nuevo pasado mexicano* sugiere incluso la conveniencia de establecer un nuevo "pacto académico" para superar la crisis en la que se debate la historiografía.[32]

Aun cuando podamos compartir algunas de estas apreciaciones nuestra posición es que la "crisis" de la historia no se debe tanto a una falta de

[29] Enrique Florescano, "La nueva interpretación del pasado mexicano", en *El historiador frente a la historia*, p. 7.

[30] Enrique Florescano, "La nueva interpretación del pasado mexicano", p. 8.

[31] Enrique Florescano, "La nueva interpretación del pasado mexicano", p. 18; véase también *El nuevo pasado mexicano*, 1991, pp. 159-160.

[32] Enrique Florescano, *El nuevo pasado mexicano*, p. 164. Muchos de sus ensayos aparecieron en diversas publicaciones periódicas antes de presentarse en forma de libro. Sus ensayos sobre la sociología de la historia se han publicado recientemente en una colección de gran tiraje bajo el título, E. Florescano, *La historia y el historiador*, México, FCE (Fondo 2000. Cultura para todos), 1997.

liderazgo, o a que su resolución se encuentre en el regreso a un supuesto momento originario de la disciplina. Nos parece más bien que hace falta una mayor reflexión sobre el sentido y función de un discurso sobre el pasado enmarcado por un tiempo específicamente moderno. En todo caso se trataría de un regreso al pasado de la historiografía para identificar el sentido y función que tiene la producción del saber histórico en la modernidad. No se trata del regreso a un supuesto rigor académico o a las formas tradicionales del liderazgo intelectual sino de la revisión de la forma como se constituyó "teóricamente" la disciplina, de cómo ha llegado a comprenderse a sí misma. ¿Qué sentido de temporalidad desarrolló? ¿A partir de qué idea de cambio social se estructuró? Habría que saber hasta dónde este "nuevo pasado mexicano" ha modificado nuestra percepción lineal y progresiva de la evolución histórica, que en cierto modo, condena a países como México, a un atraso crónico.

Después de esta revisión somera sobre la presencia de la idea de "crisis de la historia" en México que acompaña paradójicamente a su periodo de mayor expansión y consolidación, quisiéramos entonces plantear la hipótesis de que la "crisis" aludida se origina en el carácter ambiguo de la historiografía que surge en la modernidad. En ese sentido se desea subrayar no tanto "la crisis de la historia" en sí, sino más bien la "crisis" de una cierta noción de "crítica" histórica que ha acompañado a la historiografía académica desde su nacimiento. Para ello nos basaremos fundamentalmente en las nociones de "crítica" y "crisis" desarrolladas por el historiador alemán Reinhart Koselleck y por el sociólogo Niklas Luhmann.[33]

7.3 Hacia una nueva noción de "crítica"

Hasta aquí se ha intentado sugerir que el uso de la palabra "crisis" que parece acompañar a la disciplina de la historia desde su origen designa una situación en la que las expectativas no se corresponden con las prácticas. Su uso señala una carencia que sugiere la distancia que habría entre lo que debería de ser —su aspecto normativo— y lo que se es. Esta forma de percibir el desarrollo de algo —en nuestro caso de la historiografía— corresponde a una experiencia típicamente moderna.[34] Por

[33] *Cf.* Niklas Luhmann, "En el ocaso de la sociología crítica", en *Revista de la Universidad de Guadalajara*, 1, tr. Javier Torres Nafarrate y Brunhilde Erker, Guadalajara, 1992, pp. 11-20; Reinhart Koselleck, *Crítica y crisis del mundo burgués*, tr. Rafael de la Vega, Madrid, Ediciones Rialp, 1965.

[34] El punto crucial para determinar la particularidad de esta forma de experiencia estaría en el distanciamiento progresivo entre el pasado y el futuro, entre una normatividad

ejemplo, Daniel Cosío Villegas podría haberse sorprendido del curso azaroso e incierto que tomó la Revolución mexicana después de 1976, y sin haber dispuesto finalmente de la clave para entender el presente a partir de la investigación minuciosa del pasado. Esta "crisis" de sentido relacionada con los estudios históricos originada en el desajuste entre los propósitos iniciales y sus efectos, se constituye en el comienzo de nuevas interrogaciones sobre la práctica de la historia, por ejemplo, acerca de las relaciones entre la escritura del historiador y la realidad referida, o entre el pasado relatado y el presente desde donde se relata, entre el mundo de las representaciones y el mundo representado, o el del significado que tiene para el presente esta clase de escrituras sobre el pasado.[35]

Niklas Luhmann, al referirse a la construcción del saber histórico y sociológico en la modernidad, recuerda que la noción de "crisis" apareció precisamente en el momento en que estas nuevas ciencias intentaron fijar a la sociedad como su objeto de estudio. En razón de ello se obligaron a explicitar su punto de vista lógico y metodológico, sustentado en el ejercicio de la "crítica" y orientada ésta por una noción de "crisis". Es importante tener en cuenta que esta noción fue tomada prestada de un campo de la ciencia experimental, la medicina, y trasladada para obser-

extraída del recuerdo y otra clase de normatividad que se fija no en función de lo ya acontecido, sino de lo que falta o podría suceder en el futuro. La hipótesis que desarrolla Reinhart Koselleck en su libro *Futuro pasado* sobre la especificidad del "tiempo histórico" se basa en la observación de la distancia creciente que se presenta en la modernidad entre pasado y el futuro, entre el espacio de experiencia y el horizonte de expectativas. Esta relación, por ejemplo, en el campo de la biografía hace ver que cuanto más viejo —a mayor experiencia— el horizonte de expectativas se ve reducido, y viceversa. La especificidad del tiempo histórico moderno consiste en la pretensión de experimentar lo propio como "un tiempo siempre nuevo", y en esa medida la balanza se inclina en dirección no del pasado sino del futuro. Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, 1993, pp. 15-16. Koselleck identifica la aparición de este tiempo nuevo cuando el uso de la palabra "historia" en el siglo XVIII comienza a asociarse con otras palabras como las de "revolución", "azar", "destino", "progreso", "desarrollo". Si bien éste es el trabajo más conocido de Koselleck, para nuestro caso es necesario referirnos también al que fue producto de su tesis doctoral *Crítica y crisis del mundo burgués* (Madrid, Rialp, 1965) para identificar desde una perspectiva sociocultural la aparición de la variante crítica-crisis que es también un componente sustancial del pensamiento ilustrado y articuladora de la nueva comprensión de la sociedad que surge tras la caída del Estado absolutista europeo y —podríamos decir por extensión— de la que surge a raíz de las independencias de los países hispanoamericanos. En ese trabajo Koselleck desarrolla la idea de que la "crítica" ejercida durante el Antiguo régimen no se corresponde necesariamente con la "crisis" política y social que se desencadenaría posteriormente. Así, si bien toda "crítica" antecede a la "crisis", el nuevo régimen mantiene una deuda insoluble con el pasado.

[35] Al respecto, véase Hayden White, "El texto historiográfico como artefacto literario", en *Historia y Grafía*, 2, México, Universidad Iberoamericana, 1994, pp. 9-34.

var los fenómenos históricos y sociales. Con esta noción se quiere indicar fundamentalmente una situación de pasaje que oscila entre una posición inicial y una terminal. El rasgo principal que la caracteriza es el de estar siempre de paso, es decir, que no refiere a un estado inmutable o esencial. La expresión "síntoma de la crisis", por ejemplo, designa una situación en tránsito entre algo mejor o peor o viceversa. Sus signos sirven para alertarnos frente a algo que se percibe como amenaza o como posibilidad futuras.

El punto decisivo y efectivamente problemático de estas consideraciones está en que estas oscilaciones presuponen necesariamente una situación de estabilidad no transitoria. Se podría decir que se trata de un factor "teórico" que preexiste a la observación de "los hechos". Si lo trasladamos a la observación histórica o sociológica significa que no hay observación del cambio social o histórico que no presuponga un modelo histórico o sociológico de naturaleza fundamentalmente estable. Sin esta condición no es posible tener la experiencia de estar en un continuo tránsito. El punto ciego de esta "experiencia típicamente moderna" está en que ese modelo que preexiste a los hechos generalmente permanece en estado de latencia y se proyecta en el nivel de lo deseable o normativo, de lo que debería de ser. El campo de sus relaciones no es con el mundo de los "hechos" en permanente tránsito, sino con formas de percepción que dentro de sus limitaciones aspiran a establecerse como la única medida de lo que sucede y de sus posibilidades, de lo deseable y de lo detestable. En el marco de las guerras napoleónicas Hegel advirtió que en periodos de grandes trastornos o de "crisis" tienden a prevalecer las "subjetividades". Al observar que ya no se trataba entonces de un mero estado de "crisis" transitorio sino que había pasado a ser constitutivo y definitorio de la época en la que escribía, se esforzó en elaborar una "teoría" que pudiera dar razón de su desenvolvimiento.[36]

[36] El pensamiento ilustrado transformó el campo de la historia en un proceso. Mediante la "crítica" la historia se convirtió asimismo en filosofía de la historia como el tribunal para dirimir la pugna entre las subjetividades. La idea de la historia en proceso o progresiva vino a sustituir la de la escatología cristiana, transfiriendo, sin embargo, a la historia como proceso categorías propias de la escatología cristiana, como las del tribunal divino y del juicio final al tribunal de la razón de cara al futuro. La impartición de justicia sobre los acontecimientos —pasados, presentes y futuros— se torna "subjetiva" porque se abandonan las medidas o magnitudes acostumbradas de corte universalista. Así el desenlace de esta historia queda abierto tanto tiempo cuanto las categorías privadas del juicio sean incapaces de dar alcance a los acontecimientos que ellas mismas han ayudado a desencadenar. El plan de salvación cristiano se convierte en este nuevo escenario en una planificación del futuro. Por ello esta clase de "crítica" adquirió básicamente un carácter utópico. Lo paradójico, como ya se mencionó, es que el "siglo de la crítica y del progreso moral desconoció a la 'crisis' en cuanto concepto central", en Koselleck, *Crítica y crisis del mundo burgués*, p. 285.

A partir de lo dicho podemos considerar a la "crisis" como una categoría analítica que permite describir el carácter histórico de las sociedades modernas que se experimentan en constante tránsito; sociedades, por tanto, que no acaban de entender la relación que puede haber entre su funcionamiento y sus consecuencias, en la cual el factor "teórico normativo" orienta su evolución. La distancia que separa el "horizonte de expectativas" y el "espacio de experiencia"[37] presupone necesariamente modelos ideales o prototípicos que orienten la acción. A partir de estos modelos de acción se procede a evaluar la cercanía o distancia que existe entre la teoría y los hechos. Los desfases que podrían presentarse entre un campo y el otro suelen ser el germen de toda clase de movimientos sociales, políticos y culturales, o de revisiones como las que se encuentra la historiografía actualmente.

Uno de los retos más importantes que enfrenta esta clase de modernidad, empero, es acabar de saber por qué las expectativas de futuro fundadas "teóricamente" no acaban de hacerse presentes completamente en la experiencia cotidiana. La confrontación entre el modelo liberal que acompaña las revoluciones democrático-burguesas y sus concreciones o "desviaciones" hace pensar también en la necesidad de revisar un modelo de ciencia histórica liberal que supuestamente tendría que servir también para impulsar las reformas sociales que se requerirían. El reconocimiento de la "crisis" de un modelo de sociedad preexistente a los hechos es una invitación también para revisar el modelo de ciencia histórica que preexiste a la explicación de los hechos históricos. Esto significa también que la noción de "crítica" que acompaña al modelo de ciencia histórica es insuficiente para explicar la forma como la historia y la sociedad se han comportado. Al observar en el siglo XX que la noción de "crisis" ya no corresponde a una situación pasajera, ni obedece exclusivamente a razones de tipo ideológico, se puede concluir con Luhmann que lo que está en crisis es nuestra noción convencional de "crítica". Sí es así, se requiere desarrollar una nueva noción de "crítica".

De acuerdo con Luhmann el punto débil de la noción convencional de "crítica" estaría en la presuposición de que el observador moderno es

[37] De acuerdo con Koselleck "la experiencia y la expectativa son dos categorías adecuadas para tematizar el tiempo histórico por entrecruzar el pasado y el futuro. Las categorías son adecuadas para intentar descubrir el tiempo histórico también en el campo de la investigación empírica, pues enriquecidas en su contenido, dirigen las unidades concretas de acción en la ejecución del movimiento social o político". En particular intenta mostrar que la coordinación de experiencias y expectativas se ha desplazado y modificado en el transcurso de la historia. Con lo cual se dejaría ver que el tiempo histórico es "una magnitud que va cambiando con la historia, cuya modificación se podría deducir de la coordinación cambiante entre experiencia y expectativa". Koselleck, *Futuro pasado*, pp. 336-337.

poseedor de un "saber superior", de alguien que cree ser dueño de una verdad moralmente impecable, pero que no consigue generalmente rebasar el nivel de observación de primer grado. Esto significa que se trata de una observación en la que primero se hace la descripción de la sociedad o de la historia y sus contradicciones y luego se pregunta acerca de por qué los otros no comparten su propia visión u opinión. En la mayoría de los casos la explicación de las diferencias se reduce a la descripción diversa de las fuentes bibliográficas o documentales utilizadas o a no compartir los mismos "marcos teóricos". El nivel de una observación de primer grado es sólo el fermento de la multiplicación de las sectas y el mejoramiento de las disciplinas se reduce al perfeccionamiento de las técnicas y métodos de investigación, sin llegar a superar el nivel del "ninguneo mutuo" advertido por Luis González en su crítica a la historiografía mexicana.

Así, nos parece, que el reto de una ciencia histórica y social futura encuentra sus bases en la razón de ser del mismo movimiento ilustrado con la que surge: en la capacidad para observar cómo el observador es observado por el otro, o con otras palabras, en la capacidad para incorporar el punto de vista del otro sin reducirlo al propio. Desde esta perspectiva el uso de la noción tradicional de "crítica" no conduce sino a elaborar descripciones externas sin esforzarse en observar cómo observa aquél a quien se describe. Una nueva noción de "crítica" estaría basada, por ello, en una teoría de observación de observaciones.[38]

7.4 Posibilidades de la "crítica" y de la "crisis" de la historiografía en México

¿Qué elementos podrían derivarse de los planteamientos de Koselleck y Luhmann para observar el funcionamiento de la variante crítica/crisis en la historiografía contemporánea de México?

Aun cuando los planteamientos teórico-históricos de Koselleck y Luhmann se ocupan de Europa y sus reflexiones se originan en la situación política e intelectual de Alemania, consideramos que sus análisis centrados en las categorías de "crítica" y "crisis" son aplicables al ámbito mexicano. Con excepción de las particularidades propias de cada con-

[38] Algunas de estas ideas han sido desarrolladas en A. Mendiola y G. Zermeño, "Hacia una metodología del discurso histórico", en Jesús Galindo Cáceres (coord.) *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación*, México, CNCA/Addison Wesley Longman, 1998, pp. 165-206. Para profundizar en esta propuesta, véase Alfonso Mendiola, "El giro historiográfico: la observación de observaciones del pasado", en *Historia y Grafía*, 15, México, Universidad Iberoamericana, 2000, pp. 181-208.

texto, sus análisis describen un fenómeno global enmarcado por las nuevas relaciones que se establecieron entre la modernidad y la historia. No ser parte de una misma experiencia no es razón suficiente para pensar en los diferentes modos de inserción en la modernidad. La no simultaneidad de las experiencias no es un argumento suficiente a favor de una cronología que mide esta inserción en términos de avance o retroceso, desarrollo o subdesarrollo. Tanto en México como en Alemania se trata de explicar la aparición y el funcionamiento del saber histórico en la época moderna y, como se ha visto en el capítulo 5, existe un asimetría temporal en sus procesos de institucionalización. Sin embargo, a la luz de las reflexiones de Luhmann y Koselleck se puede observar también que esos desfases cronológicos son de menor importancia frente a la condensación de tiempos y lugares regidos por reglas y convenciones semejantes que han venido a caracterizar la complejidad del tiempo presente.

Existen, es verdad, las diferencias propias de cada uno de los procesos de formación del espacio de opinión pública relativos al discurso de la historia.[39] Éste es el resultado de procesos sociales complejos observables mediante la investigación histórica. En ambos países, sin embargo, están presentes dos categorías históricas que determinan la simultaneidad de experiencias no simultáneas: la de revolución o permanente actualización y la de la nación. Koselleck sitúa con razón el nacimiento de la ciencia histórica moderna en el contexto de la Revolución francesa y de las guerras napoleónicas. Del mismo modo, se puede afirmar que además de la guerra de 1848 con Estados Unidos, la Revolución mexicana se constituye en el referente explicativo de la emergencia de las nuevas instituciones profesionales dedicadas a la investigación histórica.

Octavio Paz repitió en diversas ocasiones que México no había pasado por el tamiz de la Ilustración, por lo cual había carecido de "crítica". Quizás por esa razón el premio Nobel sintió que a través de su obra se inauguraba la edad de la razón y de la "crítica" en México. Aun cuando pudiera haber algo de verdad, su percepción no sería del todo comprensible si no se considerara la formación del estado de la Revolución y su relación con los intelectuales, o las condiciones que hicieron posible su participación en la vida pública nacional. El carácter de las ciencias sociales y de la historia en el siglo XX no se entiende sin tomar en cuenta estos factores. La Revolución, se ha dicho repetidas veces de manera retrospectiva, significa no el origen sino sólo la "aceleración" de la inserción de México en la modernidad. Quizás lo que separe a México de otros países

[39] *Cfr.* J. Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, en especial el apartado "La publicidad como principio de mediación entre política y moral (Kant)", pp. 136-149.

que se insertan igualmente en la modernidad sin haber pasado por un proceso "revolucionario", sea el hecho de que la Revolución mexicana se constituyó en referente obligado en el campo de las representaciones de una visión integral de la historia.[40] Este es el resultado de la participación de diversos medios de comunicación, y uno de ellos, sin duda importante, el de la escritura de la historia.

El desarrollo de la "crítica" en el mundo moderno antecedió al derrumbe de las instituciones políticas del antiguo régimen. Sin embargo, los "críticos" carecían de la información necesaria para prever que su "crítica" anticipaba la crisis generalizada que luego sobrevendría. Incluso personajes de la Ilustración como Goethe serían sorprendidos por la violencia revolucionaria. Sobre esta ambigüedad se sientan las bases del nacimiento de la crítica histórica moderna. El régimen revolucionario encuentra su solución en la absorción de la crítica liberal presentándose a sí mismo como la culminación de un proceso histórico en constante progreso. En la elaboración de esta representación, la tarea de los historiadores será de gran importancia, sólo que ahora su cimentación ya no tendrá únicamente bases políticas o militares sino también "científicas".[41]

A los críticos o miembros de "la Ilustración mexicana" representada en el Ateneo de la Juventud (1906) también los tomó por sorpresa la llegada de la Revolución. "La revolución es la revolución", llegaría a decir Luis Cabrera. Consumada la Revolución, la crítica reapareció como promotora de la modernización representada por la Revolución. En el campo de la historiografía Silvio Zavala desarrolló en la década de 1930 la crítica de las "formas tradicionales" de hacer historia apoyado en instituciones que le dieran estabilidad y continuidad. Con ello le dio un nuevo impulso a un discurso histórico científico en proceso de elaboración desde la segunda mitad del siglo anterior. Silvio Zavala con Daniel Cosío Villegas y Alfonso Reyes hicieron realidad el sueño de un nuevo discurso sobre el pasado en gestación antes de la Revolución.[42] Podríamos acep-

[40] Al respecto, véase Víctor Díaz Arciniega, *Querella por la cultura revolucionaria (1925)*, México, FCE, 1989; Guillermo Palacios, "Calles y la idea de la revolución", en *Historia Mexicana*, XXII, 3, 1973, pp. 261-278.

[41] *Cf.* Roger Chartier en su ensayo *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución francesa*, tr. Beatriz Lonné, Barcelona, Gedisa, 1995.

[42] De Silvio Zavala escribió Alfonso Reyes lo siguiente: "En el descubrimiento o en la depuración de los datos, en la explicación, la narración o la síntesis, se abre Silvio Zavala con la brújula de su cordura y con esa sensibilidad para las pesas y los valores que no es facultad aprendida, sino una virtud tan innata en él como las exquisitas condiciones de su trato caballeroso y sereno. Consagrado al estudio del pueblo mexicano y su formación, singularmente a lo largo de los siglos modernos, nuestra historia no sólo le debe ricas aportaciones en cuanto al material mismo de las noticias, sino también un sentido, una orienta-

tar con Zavala que la crítica desarrollada por la "historia anticuaria" ya no era suficiente en ese momento para responder a la "crisis" desencadenada durante el periodo revolucionario. La cuestión, entonces, es saber si esa "crítica" era suficiente para entender el alcance de la crisis que estaba en proceso según lo apuntado por O'Gorman al comienzo de este capítulo.

Al regresar a México en 1937 después de su estancia formativa en Madrid, Zavala estaba convencido de estar introduciendo en el oficio de la historia algunas virtudes de las que, según él, se carecía en el medio, como la sobriedad, la objetividad, la imparcialidad, la honestidad intelectual. Para ello era necesario inculcar en los estudiantes espíritu de trabajo y control sobre la imaginación para evitar ser desbordados al momento de la interpretación de los textos.[43] La institucionalización de la disciplina permitió dar un espacio propicio a las ideas sobre el método desarrolladas a fines del siglo XIX por metodólogos como el alemán Bernheim y sus divulgadores en Francia, Langlois y Seignobos. La forma institucional que adoptó la historia permitió homogeneizar a la historia alrededor del discurso del método.[44]

La noción de "crítica" quedó circunscrita a la noción de "método" enmarcada por la idea y el proyecto de un país nacional-revolucionario. Por otro lado, como hemos visto la noción de "crisis" ha acompañado la evolución de la historiografía. La crisis aparece al señalar una carencia: la falta de público, la falta de métodos más precisos, la falta de vinculación con la sociedad... Sin embargo, el único punto que permanece estable es el discurso del método. El "método" y la idea de nación enmarcada por la idea de progreso se constituyeron en los elementos preexistentes de la crítica al momento de recoger y observar los hechos históricos. Una de las consecuencias de esta postura que nos remonta a la segunda mitad del siglo XIX ha sido destacada por Jauss en referencia a la crítica desarrollada por la "teoría crítica" de Max Horkheimer y Theodor Adorno:

> La Ilustración burguesa con su separación de naturaleza y civilización ha producido la conciencia de una alienación fundamental de la vida social y

ción, un tratamiento aséptico. Todo lo cual señalarán su sitio eminente en el drama de nuestra cultura nacional". *Homenaje a Silvio Zavala. Estudios históricos americanos*, México, El Colegio de México, 1953, p. 7.

[43] Silvio Zavala, "Conversación sobre la historia", entrevista con el historiador Peter Bakewell, publicada orginalmente en *The Hispanic American Historical Review*, vol. 62, núm. 4, 1982, pp. 553-568, y también en *Memoria de El Colegio Nacional*, t. x, núm. 1, 1982, pp.13-28.

[44] *Cf.* D. Cosío Villegas, "Historia y ciencias sociales en la América Latina", 1966, pp. 109-140.

> ha abierto el camino del progreso de la razón instrumental que incluye al mismo tiempo una regresión, puesto que el dominio de la naturaleza extrahumana se paga con el rechazo de la naturaleza del hombre.[45]

Esperamos poder explicar esta observación "crítica" a partir de la contribución de Edmundo O'Gorman en su libro sobre la *Crisis y porvenir de la ciencia histórica.*[46] Como sabemos se trata de un texto que su autor entregó a la imprenta universitaria en 1946, unos meses antes de cumplir los cuarenta años. Sin duda todavía puede sorprender su brillantez intelectual en algunos pasajes, aun cuando otros seguramente el mismo O'Gorman podría hoy haber matizado o ampliado. Pero visto en retrospectiva, especialmente a la luz de los debates actuales sobre la historiografía, aparece todavía como un texto lleno de sugerencias para entender la ambigüedad de la historiografía moderna.

El libro está dividido en dos partes y se propone establecer las bases teóricas para el análisis crítico de la "idea del descubrimiento de América". *Crisis y porvenir* está dedicado a José Gaos, maestro y amigo de O'Gorman y discípulo de Ortega y Gasset y traductor de Martin Heidegger. Sus reflexiones sobre la "crisis" están bañadas sobre todo por el libro del filósofo alemán, *Ser y tiempo.*[47]

En O'Gorman la concepción de la "crisis" no se encuentra fuera de la historia, sino como en Luhmann y Koselleck, es constitutiva del mismo proceso histórico. Como lo sugiere el trabajo de Luhmann, se podría añadir: la historia está en "crisis" por ser esta noción constitutiva de la modernidad. Pero es un rasgo que como se ha visto no es fácil de identificar en la medida en que se trabaja con una noción de observador de primer grado. En palabras y en el estilo particular de O'Gorman: "A decir verdad, para la mayoría de quienes consagran a la historia sus desvelos, lo que esos desvelos significan no es cosa que por sabida callan, sino por ignorada".[48]

Para dar cara a la "crisis" se requiere, sin duda, del ejercicio de la

[45] H.R. Jauss, *Las transformaciones de lo moderno. Estudios sobre las etapas de la modernidad estética,* tr. Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina, Madrid, Visor, 1995, p. 67.

[46] Edmundo O'Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica,* México, Imprenta Universitaria, 1947.

[47] El mismo O'Gorman comenta que en la década de los cuarenta al venir los maestros españoles los temas de filosofía y teoría de la historia eran discutidos en el medio mexicano. Eran temas discutidos. Él participó, dice, "en la medida de mis posibilidades" con un libro, *Crisis y porvenir...* Y añade: "ya es muy viejo, no lo he vuelto a leer, no sé hasta qué punto suscribiría todo, pero de todas maneras lo que en ese libro expuse sigue siendo el meollo de lo que pienso a ese respecto", en *Premio Universidad Nacional 1986. Entrevistas.* México, UNAM/Secretaría General, 1987, p. 127.

[48] O'Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica,* p. XII.

"crítica", único camino de redención, o como lo llama, de "la salvación intelectual". La crítica presupone tomar parte en la esfera de opinión pública, por eso no está contemplado el buscar refugio en la ambigüedad o en el silencio, por tenerla por cobardía, y todavía más si sólo queda amparada en la fama. Se trata de intentar "por cuenta y riesgo propios, hasta donde den las fuerzas, de aclarar por sí mismo y para los demás el significado de las propias actividades del espíritu". Esa es la forma que concibe O'Gorman de "salvación intelectual" para quien se concibe a sí mismo "como hombre de ciencia".[49]

Es sabido que durante la década de los cuarenta se tuvo en México el principio y fin de la disputa en torno al método de la historia.[50] Sin embargo, como se ha tratado de mostrar, la pregunta acerca de su función social siguió abierta. La posición defendida por Zavala se vio reforzada por la presencia de Rafael Altamira, quien defendió la noción de causalidad proveniente de la tradición aristotélica, en contra de una posición "relativista" que parecían defender los "historicistas" del corte de Benedetto Croce.

La invitación de O'Gorman a elevar el grado de crítica en la historia, pero sobre todo a no disfrazar la subjetividad del historiador bajo el velo de la imparcialidad y la objetividad, no encontró al parecer demasiado eco. Al defender la naturaleza polémica de la historia, propia de la modernidad, se ganó el adjetivo de filósofo en oposición al de historiador. Un equívoco que como hemos visto enfrentó a Hegel y Marx contra Ranke en el siglo XIX, pero que es difícil asimilar a la posición filosófica representada por Heidegger entre otros en el siglo XX y proseguida en México por O'Gorman. La noción de crítica desarrollada por esta posición presupone una relación entre el sujeto y el objeto en la que ambos están implicados, es decir, la crítica no se realiza frente a un objeto que sea independiente del observador. Bajo esta premisa las nociones clásicas de imparcialidad y objetividad deben revisarse.

Este punto se esclarece cuando O'Gorman en su libro pasa revista al proceso de institucionalización de la historiografía en Alemania. O'Gorman consigue dejar al descubierto el carácter político-ideológico de la arquitectura científica de la historiografía de corte rankeano. El beneficiario y destinatario principal de esta clase de historia, apunta O'Gorman, no es sino "el nacionalismo moderno".[51] Niebuhr, padre de la historiografía moderna alemana, a pesar de su propósito desinteresado en la verdad histórica, no puede ocultar su interés en que su patria supere "la tris-

[49] O'Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, p. XII.
[50] *Cf.* Álvaro Matute, *La teoría de la historia en México*.
[51] O'Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, p. 34.

te época de la humillación prusiana" por las fuerzas napoleónicas. Su interés en la historia de Roma tiene la función de fortalecer mentalmente y "regenerar a los jóvenes para hacerlos capaces de realizar grandes cosas".[52] La obra de Ranke no se puede desvincular del proceso de unificación alemana, advierte O'Gorman. Su verdad histórica no era otra cosa más que Alemania.[53] Estos son sólo algunos pasajes del ejercicio de una noción de crítica que consigue develar el carácter ideológico del discurso histórico científico.

En este trabajo O'Gorman realizó la crítica de una noción político-instrumental de la noción de método que se impuso en México durante la década de los cuarenta. Bajo el supuesto de una búsqueda irrestricta de objetividad, la escuela metódica dejó sin resolver el problema implicado en las formas de explicación del pasado, que presuponen necesariamente para su realización una cierta idea del futuro y de las expectativas depositadas en la historiografía. El problema de la historia en la modernidad ya no se reduce exclusivamente a uno de carácter epistemológico —el conocimiento del pasado— sino también de saber cómo se vincula el saber histórico en la producción de futuros posibles. La crítica de una noción de crítica reducida a una cuestión de "método" se orienta en ese sentido a la cuestión de saber cómo y por qué las modernidades requieren de la historiografía para su comprensión. La obra de O'Gorman puede ser un excelente preámbulo en la dirección de saber lo que en este horizonte de temporalidad todavía hay de deseable, de pensable, de cognoscible. Lo natural en el hombre, glosando a Kant, no radica tanto en regresar al "origen", como en su capacidad para "volver a mirar".[54]

[52] O'Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, pp. 37-38.
[53] O'Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, pp. 47-50.
[54] H.R. Jauss, *Las transformaciones de lo moderno*, p. 24.

EPÍLOGO

A partir de una cierta noción de "crisis" propia de la modernidad nos hemos aventurado a hacer una revisión histórica del modelo historiográfico que surge con la aparición de los estados nacionales. Hemos visto que el nuevo modelo de ciencia del pasado toma prestado del antiguo régimen técnicas relacionadas con la edición crítica de los textos antiguos y que fundamenta su operación en el desarrollo de una filosofía de la conciencia de corte cartesiano. Un acercamiento a la historia de la escritura nos ha permitido observar la relación que podría haber entre el desarrollo de una cultura alfabética y la construcción de una filosofía que hace de la práctica lectográfica el motor de la interpretación y transformación del mundo, y que además crea las condiciones para la aparición de una visión antropocéntrica del conocimiento de los objetos humanos y naturales. Así, más que ver durante el periodo de las revoluciones políticas napoleónicas una especie de *big bang* de la modernidad, nos ha interesado iniciar una exploración para observar cómo la modernidad propia de los estados nacionales se propuso hacer uso del pasado, cómo elaboró específicamente una relación con el pasado que la modernidad denominó científica para diferenciarse de las formas utilizadas por las "sociedades premodernas", permeadas todavía por una fuerte carga de oralidad en sus interacciones sociales.

Para observar la génesis de la historiografía hemos vuelto nuestra mirada a Leopoldo von Ranke que más allá de sus logros profesionales se convirtió en el siglo xx en uno de los maestros emblemáticos capaces de sintetizar en una sola frase los ideales de la escritura moderna del pasado. Hemos visto cómo aun antes del colapso de las filosofías de la historia de corte liberal-positivistas o socialistas, el entorno institucional rankeano pudo establecer una aspiración programática para la historiografía, la del conocimiento puro del pasado buscando con ello ver la naturaleza humana cara a cara y dentro de lo posible, promover su mejoramiento. Ha quedado claro que en principio, a diferencia del pasado, estas tareas de perfeccionamiento dejaron de corresponderle al historiador moderno, dejando esas funciones en manos de la nueva ciencia de la política o de la economía. Querer develar la naturaleza del ser humano no importando sus consecuencias es una aspiración que no se entendería sin la im-

pronta del romanticismo o aquella fundada en el deseo de un regreso a la naturaleza antes de su perversión efectuada por las obras del hombre.

Así, la crítica histórica, artística y científica constitutivas de la modernidad romántica son profundamente revisionistas y radicales, al grado de generar un tiempo específicamente moderno que no requiere del pasado para existir. Adquiere en lo esencial un carácter autoreferencial, etnocéntrico y, podríamos añadir, subjetivo. De esa manera, la modernidad aparece como una entidad abierta permanentemente a lo nuevo pero también sujeta a un curso azaroso. Como hemos visto a partir de la crítica reciente a Ranke, la visión que se proyecta en su historiografía nunca se realiza del todo pues la carencia originada en el desconocimiento del futuro es cubierta con metáforas provenientes del campo de la física para entender el reino de la política moderna, o de la teología para descubrir la reconciliación final entre naturaleza e historia.

La declinación de los sistemas filosóficos orientados a predecir el curso de los acontecimientos futuros ha fortalecido la concepción de la actividad historiográfica entendida como no filosófica y al margen de la política. Sin embargo, la historiografía de cuño rankeano que en principio aspira a la revelación del pasado por el pasado mismo, deja ver sus debilidades cuando se le inserta en los sistemas de comunicación que la hacen posible, cuando se le contempla frente a la deuda que adquiere con el futuro al momento de escriturar la historia, en un grado tal que hace imposible su afán de ofrecer una imagen pura y definitiva del pasado.

El reconocimiento de esa imposibilidad ha conducido a las reflexiones historiográficas contemporáneas al análisis del acto sin el cual no hay historia en sentido moderno: la escritura. Pero la pregunta por la relación entre la historia como experiencia y la escritura como su representación ha sido sólo el inicio de nuevos cuestionamientos relacionados con las diversas formas de comunicación que intervienen en la conformación de las identidades modernas. La revisión crítica del carácter etnocéntrico y universalista de la historiografía moderna hecha desde una posición subalternista ofrece un potencial inédito para observar críticamente los lazos que han unido a la historiografía científica con la constitución de las identidades nacionales. Este esfuerzo, como se ha visto, ha significado la creación de una plataforma que favorece los intercambios del diálogo necesario entre diferentes disciplinas y diferentes regiones donde funciona la historiografía moderna. Queda abierta la cuestión de cómo escribir la historia en el caso de países que se integran tardíamente a la modernidad y de manera periférica.

Hemos querido también iniciar el examen de la formación del discurso histórico moderno en México. Nos hemos preguntado por los nexos que podría haber entre la institucionalización de la historiografía en

Alemania y la aparición de un discurso nuevo sobre el pasado que hace suyas en lo fundamental las premisas del paradigma científico de la historiografía moderna. La revisión de la génesis de la historiografía moderna en México ha permitido constatar la paradoja de un saber histórico que ya no aspira a moralizar al presente, pero que acaba por sucumbir ante los imperativos de una modernidad que al perder sus referentes tradicionales se ve en la necesidad de dotar de sentido a su actuar a través de la historia. Y no sólo eso, sino que toma parte también en la campaña pedagógica dirigida a la construcción y formación de un nuevo tipo de ciudadanía.

La paradoja fundamental en la que se debate actualmente la historiografía científica ha sido puesta de relieve por el historiador Reinhart Koselleck, entre otros. Si recordamos el epígrafe con el que se abre el capítulo tercero encontramos la llave para acercarnos al problema que representa la aspiración de la historiografía moderna a convertirse en una pragmática capaz de orientar al presente, presente en México de manera ejemplar por la figura de Daniel Cosío Villegas.

El principal problema que enfrenta la historiografía moderna —abierto en esta investigación— sigue siendo cómo acabar de entender el funcionamiento de la historiografía en las sociedades modernas. De acuerdo con lo apuntado por Koselleck, el problema consiste en que al saber histórico moderno se le exigió un mayor contenido de realidad "antes de poder satisfacer esa pretensión", además de que en general su funcionamiento se ha orientado a una suerte de impartición de justicia sobre el pasado sin caer en la cuenta del todo de las enormes dificultades epistemológicas que dicha tarea conlleva.

En la "disputa" por la historia que tuvo lugar en México en la década de 1940 se alcanza a adivinar que frente a las dificultades de hacer del historiador un juez del pasado y un "maestro" para la vida, se optó por enfatizar todavía más el carácter "realista" de la historia contrapuesto al de la "ficción". Al reforzamiento de esta aspiración —que nos recuerda a la posición esgrimida por la historiografía moderna de corte rankeano— colaboró la caída de las filosofías de la historia o crisis del "historicismo" de aquellas décadas. Sin embargo, seguimos pensando que hay aspectos de aquella "disputa fundacional" de la historiografía del siglo xx en México que no han quedado resueltos del todo y que conviene investigar con mayor profundidad. Este propósito tiene una mayor relevancia a la luz de la "crisis" que afecta al presente. Este deseo de "volver a mirar" —constitutivo de toda mirada historiadora— ya no aspiraría como en el caso de Ranke a descubrir en el pasado el origen de los males del presente para encauzarlo por la vía correcta. Ya no se trataría de identificar las bases que dan sustento a una genealogía lineal y progresiva, sino más

bien, como lo adelantó Michel de Certeau en la década de los setenta, de obtener una comprensión más compleja de los problemas que aquejan al presente. En ese sentido cabría aceptar que no por modificar el modo de escribir la historia se transformará la Historia, al menos en el momento en que ocurre la observación histórica; e incluso, que un corte epistemológico tampoco equivaldría necesariamente a un paso ascendente en la evolución histórica.[1]

[1] Michel de Certeau, *El estallido del cristianismo*, p. 44.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Addison, Joseph, *Los placeres de la imaginación y otros ensayos de* The Spectator, Tonia Requejo, intr., ed. y tr., Madrid, Visor, 1991.

Aguilar Villanueva, Luis F., *Weber: La idea de ciencia social*, 2 vols., México, UNAM/Porrúa, 1988.

Alamán, Lucas *et al.*, *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, t. I, México, Tipografía de Rafael/Librería de Andrade, 1853.

Alcedo, Antonio, *Diccionario Geográfico Histórico de las Indias Occidentales o América*, 5 vols., Madrid, Imprenta de Benito Cano, 1786-1789.

Altamira y Crevea, Rafael, *La enseñanza de la historia*, nueva edición de Rafael Asin Vergara, Madrid, Akal, 1997 (1894).

Altamira y Crevea, Rafael, *De historia y arte (estudios críticos)*, Madrid, Librería de Victoriano Suárez, 1898.

Altamira y Crevea, Rafael, *Proceso histórico de la historiografía humana*, México, El Colegio de México, 1948.

Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, tr. Eduardo L. Suárez, México, FCE (Colección popular), 1993.

"Antigüedades mexicanas", *Comunicado, Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, II/8, México, Imprenta de Torres, 1851.

Arasse, Daniel, "El artista", en *El hombre de la Ilustración* (Michel Vovelle), Madrid, Alianza Editorial, 1995.

Autores y traductores del exilio español en México, México, FCE, 1999.

Banegas Galván, Francisco, *Historia de México. Libro II*, Morelia, Tipografía Comercial, 1923.

Bann, Stephen, *The Inventions of History. Essays on the Representation of the Past*, Manchester, Manchester University Press, 1990.

Bartra, Roger, "Los mitos de la melancolía y los paradigmas de la ciencia", en *Cultura y melancolía. Las enfermedades del alma en la España del Siglo de Oro*, Barcelona, Anagrama, 2001, pp. 197-230.

Beck, Ulrich, Anthony Giddens y Scott Lasch, *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*, tr. Jesús Alborés, Madrid, Alianza Universidad, 1997.

Benjamin, Walter, *Para una crítica de la violencia*, tr. Marco Aurelio Sandoval, México, Premiá, 1982.

Berger, John, *Puerca tierra*, Madrid, Alfaguara, 1989.

Berlin, Isaiah, *Las raíces del romanticismo*, ed. Henry Hardy, Madrid, Taurus, 2000.

Bertaud, Jean-Paul, "El soldado", en *El hombre de la Ilustración* (Michel Vovelle), Madrid, Alianza Editorial, 1995.

Bertrand, Pierre, *El olvido. Revolución o muerte de la historia*, tr. Tununa Mercado, México, Siglo XXI, 1977.

Blumenberg, Hans, *La legibilidad del mundo*, tr. Pedro Madrigal Devesa, Barcelona, Paidós, 2000.

Bolaños Cacho, Miguel, "La geografía como factor indispensable en la integración nacional", en *Boletín Extraordinario de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, 5ª época, México, Imprenta de la Secretaría de Fomento, 1905.

Bourdieu, Pierre, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, tr. Thomas Kauf, Barcelona, Anagrama, 1995.

Buck-Morss, Susan, *Origen de la dialéctica negativa. Theodor W. Adorno, Walter Benjamin y el Instituto de Frankfurt*, tr. Nora Rabotnikof Maskivker, México, Siglo XXI, 1981.

Buck-Morss, Susan, *Dialéctica de la mirada. Walter Benjamin y el proyecto de los Pasajes*, Madrid, Visor, 1995.

Bravo Ugarte, José, *Historia de México*, 3 vols., México, Editorial Jus, 1941-1944.

Bravo Ugarte, José, "Carlos Pereyra, el historiador de la Hispanoamericanidad", en *Academia Mexicana de la Historia*, 1945.

Bravo Ugarte, José, *Compendio de historia de México*, México, Editorial Jus, 1946.

Bravo Ugarte, José, *Historia de México. Tomo I, Elementos prehispánicos. Apéndice: cuestiones fundamentales de la historia*, México, Editorial Jus, 1951.

Bravo Ugarte, José, "El Porfirio Díaz de CosíoVillegas", en *Historia Mexicana*, 11, enero-marzo de 1954, pp. 439-441.

Bravo Ugarte, José, "La *Historia moderna de México*, de Cosío Villegas", en *Historia Mexicana*, 18, octubre-diciembre de 1955.

Bravo Ugarte, José, "El segundo tomo de la *Historia moderna de México*", en *Historia Mexicana*, 20, abril-junio de 1956.

Brown, Peter, *El mundo en la Antigüedad tardía. (De Marco Aurelio a Mahoma)*, tr. Antonio Piñero, Madrid, Taurus, 1989.

Buarque de Holanda, Sergio, "O atual e o inatual na obra de Leopold von Ranke", en *Livro dos prefacios*, Sao Paulo, Companhia das Letras, 1996 [1974], pp. 162-218.

Bulnes, Francisco, *El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el Imperio*, México, Librería de Charles Bouret, 1904.

Burke, Peter, "Historia popular o historia total", en *Historia popular y teoría socialista* (Raphael Samuel, ed.; tr. Jordi Beltrán), Barcelona, Crítica/Grijalbo, 1984.

Carbonell, Charles-Olivier, *La historiografía*, tr. Aurelio Garzón del Camino, México, FCE (Breviarios, 353), 1986.

Casanova, Julián, *La historia social y los historiadores. ¿Cenicienta o princesa?*, Barcelona, Crítica/Grijalbo, 1a. reimpresión 1997 [1991].

Cassirer, Ernst, *Antropología filosófica. Introducción a una filosofía de la cultura*, tr. Eugenio Ímaz, México, FCE (Colección popular, 41) (15a. impresión), 1993.

Certeau, Michel de, Dominique Julia y Jacques Revel, *Une politique de la langue. La revolution française et les patois*, París, Gallimard (Bibliotèque des Histoires), 1975.

Certeau, Michel de, y Jean Marie Domenach, *El estallido del cristianismo*, tr. Miguel de Hernani, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1976.

Certeau, Michel de, *La escritura de la historia*, tr. Jorge López Moctezuma, México, Universidad Iberoamericana, 2a. edición, 1993.

Certeau, Michel de, "La historia, ciencia y ficción", en *Historia y psicoanálisis*, tr. Alfonso Mendiola Mejía, México, Universidad Iberoamericana, 1995, pp. 51-75.

Certeau, Michel de, *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*, nueva edición establecida y presentada por Luce Girad, tr. Alejandro Pescador, México, Universidad Iberoamericana, 1996.

Certeau, Michel de, "La economía escrituraria", en *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*, tr. Alejandro Pescador, México, Universidad Iberoamericana, 1996.

Certeau, Michel de, "El mito de los orígenes", en *Historia y Grafía*, 7, México, Universidad Iberoamericana, 1996, pp. 11-29.

Chakrabarty, Dipesh, "La poscolonialidad y el artilugio de la Historia: ¿quién habla en nombre de los pasados 'indios'?", en *Pasados poscoloniales*, S. Dube, coord., tr. Germán Franco Toriz, México, El Colegio de México, 1999, pp. 623-658.

Chakrabarty, Dipesh, "Debate: invitación al diálogo", en Rivera y Barragán, *Debates post coloniales*, 1997.

Chakrabarty, Dipesh, "Historias de las minorías, pasados subalternos", en *Historia y Grafía*, 12, Universidad Iberoamericana, 1999, pp. 87-111.

Chartier, Roger, "El mundo como representación", en *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, tr. Claudia Ferrari, Barcelona, Gedisa, 1992.

Chartier, Roger, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución francesa*, tr. Beatriz Lonné, Barcelona, Gedisa, 1995.

Chartier, Roger, "Espacio público y opinión pública", en *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución francesa*, tr. Beatriz Lonné, Barcelona, Gedisa, 1995.

"50 años de la Casa de España en México", *Boletín Editorial*, 20, México, El Colegio de México, julio-agosto de 1988.

Clanchy, M.T., *From memory to written record. England 1066-1307*, Oxford, Blackwell, 4a. reimpresión, 1997.

Correspondencia Alfonso Reyes/Daniel Cosío Villegas (1922-1958), Alberto Enríquez Perea, comp. y notas, México, El Colegio de México, 1999.

Cosío Villegas, Daniel, "Llamada general", en *Historia Mexicana*, 15, enero-marzo de 1955.

Cosío Villegas, Daniel, "Segunda llamada particular", en *Historia Mexicana,* 18, 1955.

Cosío Villegas, Daniel, *Ensayos y notas,* t. I y t. II, México, Editorial Hermes, 1966.

Cosío Villegas, Daniel, "Historia y ciencias sociales en la Amétrica Latina", en *Ensayos y notas II,* México, Editorial Hermes, 1966, pp. 109-140.

Cosío Villegas, Daniel, *Memorias,* México, Joaquín Mortiz/SEP (Lecturas Mexicanas, 55), 1986 [1976].

Croce, Benedetto, *La historia como hazaña de la libertad,* tr. Enrique Díez-Canedo, México, FCE (Colección popular), 3a. reimpresión, 1986 [1938].

Cuevas, Mariano, *Historia de la Nación mexicana,* México, Talleres Tipográficos Modelo, 1940.

Demandt, Alexander, "Ranke unter Weltweisen", en *Öffentliche Vorlesungen,* Berlín, Humboldt-Universidad de Berlín, 1995, pp. 7-29.

Díaz Arciniega, Víctor, *Querella por la cultura revolucionaria (1925),* México, FCE, 1989.

Díaz Arciniega, Víctor, "1925: la Revolución cierra filas", en *Revista Iberoamericana,* 150, Madrid, enero-marzo de 1990.

Díaz Arciniega, Víctor, *Historia de la Casa. Fondo de Cultura Económica (1934-1996),* México, FCE, 2a. edición, 1996.

Diderot, D., y J.W. Goethe, *Ensayo sobre la pintura/Comentario al ensayo sobre la pintura,* tr. y notas Armando D. Delucchi, Jorge O. Demarchi y Emilio Estiú, Mar del Plata, Universidad Nacional de la Plata, 1963.

Dilthey, Wilhelm, *Der Aufbau der geschichtlichen Welt in den Geistes wissenschaften,* Francfort, Suhrkamp, 1970.

Dilthey, W., *Introducción a las ciencias del espíritu,* prol. José Ortega y Gasset, Madrid, Alianza Editorial, 1980 [1956].

Dube, Saurabh, "Historia desde abajo en India", tr. Germán Franco Toriz, en *Estudios de Asia y África,* 103, México, El Colegio de México, mayo-agosto de 1997.

Dube, Saurabh, comp., *Pasados poscoloniales. Colección de ensayos sobre la nueva historia y etnografía de la India,* tr. Germán Franco Toriz, México, El Colegio de México, 1999.

Dube, Saurabh, *Sujetos subalternos. Capítulos de una historia antropológica,* tr. Germán Franco y Ari Bartra, México, El Colegio de México, 2001.

Dube, Saurabh, "Desaprendizaje de lo aprendido", en *Sujetos subalternos. Capítulos de una historia antropológica,* tr. Germán Franco y Ari Bartra, México, El Colegio de México, 2001, pp. 235-259.

Dube, Saurabh, "Insurgentes subalternos y subalternos insurgentes", en *Sujetos subalternos. Capítulos de una historia antropológica,* tr. Germán Franco y Ari Bartra, México, El Colegio de México, 2001, pp. 39-89.

Dupont, Florence, *La invención de la literatura,* tr. Juan Antonio Matesanz, Madrid, Editorial Debate, 2001.

"El Colegio de México", México, 1948.

El historiador frente a la historia, México, UNAM, 1992.

Evangelisti, Silvia, "Angélica Baitelli: la historiadora", en *La mujer barroca,* ed. de Giulia Calvi, Madrid, Alianza Editorial, 1995, pp. 89-102.

Fagg, John E., "Rafael Altamira (1866-1951)", en *Essays in modern European historiography* (S. William Halperin, ed.), Chicago, The University of Chicago Press, 1970, pp. 3-21.

Ferrone, Vicenzo, y Daniel Roche, "Historia e historiografía de la Ilustración", en *Diccionario histórico de la Ilustración,* Madrid, Alianza Editorial, 1988.

Florescano, Enrique, "Hacia una historia abierta y experimental", en *Diálogos,* 6/1, enero-febrero de 1970, pp. 21-23.

Florescano, Enrique, "Los historiadores y el poder", en *Nexos,* 46, octubre de 1981, pp. 27-37.

Florescano, Enrique, *El nuevo pasado mexicano,* México, Cal y Arena, 1991.

Florescano, Enrique, "La nueva interpretación del pasado mexicano", en *El historiador frente a la historia,* México, UNAM, 1992.

Florescano, Enrique, y Ricardo Pérez Montfort, comps., *Historiadores de México en el siglo xx,* México, FCE/CNCA, 1995.

Florescano, Enrique, *La historia y el historiador,* México, FCE, 1997.

Fonseca Brefe, Ana Claudia, "Os primordios do Museu: da elaboraçao conceitual a instituiçao publica", *Projeto Historia,* 17, noviembre de 1998, PUC-SP.

Fontana, Josep, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social,* Barcelona, Crítica/Grijalbo, 1982.

Foucault, Michel, *La arqueología del saber,* tr. de Aurelio Garzón del Camino, México, Siglo XXI, 1970.

Frühwald, Wolfgang, Hans Robert Jauss, Reinhart Koselleck, Jürgen Mittelstrass, Burkhart Steinwachs, *Geisteswissenschaften heute. Eine Denkschrift,* Francfort, Suhrkamp, 1991.

Gabilondo Pujol, A., *Dilthey: vida, expresión e historia,* Madrid/Bogotá, Editorial Cincel, 1988.

Gadamer, Hans-Georg, *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica,* tr. Ana Agud Aparicio y Rafael Agapito, Salamanca, Ediciones Sígueme, 3a. edición, 1988.

Gadamer, Hans-Georg, *La actualidad de lo bello,* tr. Antonio Gómez Ramos, Barcelona, Paidós/ICE-UAB, 1991.

Galindo y Villa, Jesús, "Las nuevas directrices de los estudios históricos", en Álvaro Matute Aguirre, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo xx. La desintegración del positivismo (1911-1935),* México, FCE, 1999.

García Canclini, Néstor, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad,* México, CNCA/Grijalbo, 1990.

García Granados, Ricardo, "El concepto científico de la Historia", en *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia* (Juan A. Ortega y Medina), México, UNAM, 2a. edición, 1992.

García Icazbalceta, Joaquín, "Historiadores de México", en *Diccionario Universal de Historia y de Geografía,* t. IV, México, Tipografía de Rafael/Librería de Andrade, 1854, pp. 132-138.

García Márquez, Gabriel, "Conversación con Akira Kurosawa", en *La Jornada,* México, 2 de junio de 1991, p. 38.

Garciadiego, Javier, "Críticas, polémicas y diatribas", en *Cien años de Daniel Co-*

sío Villegas (Obras completas), México, Clío/El Colegio Nacional, 1998, pp. 69-107.

Garciadiego, Javier, *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución mexicana,* México, El Colegio de México, 2000, 1a. reimpresión.

Gargani, Aldo, coord., *Crisis de la razón. Nuevos modelos en la relación entre saber y actividad humana,* México, Siglo XXI, 1983.

Garrido, Luis, "Doctor Rafael Altamira. Su obra", en *Memoria de la Academia Nacional de Historia y Geografía,* vol. 5, 2a. época, México, Ignacio Fuentes, 1945, pp. 16-21.

Gay, Peter, *Style in History,* Nueva York, Basic Books, 1974.

Geary, Patrick J., *The Myth of Nations. The Medieval Origins of Europe,* Princeton, Princeton University Press, 2002.

Gilbert, Felix, *History: Politics or culture? Reflections on Ranke and Burckhardt,* Princeton, Princeton University Press, 1990.

Goethe, J.W., *Fausto y Werther,* México, Editorial Porrúa (Colección "Sepan cuantos..."), 1992.

Goldsmit, Shulamit y Guillermo Zermeño, coords., *La responsabilidad del historiador. Homenaje a Moisés González Navarro,* México, Universidad Iberoamericana, 1992.

González, Fernando M., *La guerra de las memorias. Psicoanálisis, historia e interpretación,* México, IIS/UNAM, 1998.

González y González, Luis, "Historia de la historia", en *Historia Mexicana,* 58-59, octubre de 1965-marzo de 1966.

González y González, Luis, "La historia académica y el rezongo del público", en *Memorias de El Colegio Nacional,* IX, 1978, pp. 195-208.

González y González, Luis, "La cultura humanística", en *Historia de México,* t. 12, México, Salvat, 1978.

González y González, Luis, *El oficio de historiar,* México, El Colegio de Michoacán, 1988.

González y González, Luis, "José Bravo Ugarte (1898-1968)", en *75 años de la Academia Mexicana de la Historia,* México, Academia Mexicana de la Historia, 1994.

Gooch, George P., *Historia e historiadores en el siglo XIX,* tr. Ernestina de Champourcín y Ramón Iglesia, México, FCE (1a. reimpresión), 1977 [1913].

Grafton , Anthony, *Defenders of the text. The traditions of scholarship in an Age of Science, 1450-1800,* Cambridge, Harvard University Press, 1991.

Grafton , Anthony, *Los orígenes trágicos de la erudición. Breve tratado sobre la nota al pie de página,* tr. Daniel Zadunaisky, Buenos Aires, FCE (Argentina), 1998.

Griewank, Karl, *Der neuzeitliche Revolutionsbegriff. Entstehung und Geschichte,* Francfort, Suhrkamp Verlag, 1973.

Guerra, François-Xavier, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas,* México, FCE, 1993.

Guerra, François-Xavier y Mónica Quijada, coords., *Imaginar la nación,* Münster, LIT Verlag, AHILA, 1994.

Guha, Ranajit, *An Indian historiography of India: A nineteenth century agenda and its implications,* Calcuta, K.P. Bagschi, 1988.

Guha, Ranajit, "Sobre algunos aspectos de la historiografía colonial de la India", en *Debates post coloniales: una introducción a los estudios de la subalternidad* (Silvia Rivera Cusicanqui y Rossana Barragán, comps.), La Paz, Bolivia, Historias/SEPHIS/Aruwiyiri, 1997.

Guha, Ranajit, "Prefacio a los *Estudios de la Subalternidad. Escritos sobre la historia y sociedad surasiática*", en *Debates post coloniales: una introducción a los estudios de la subalternidad* (Rivera Cusicanqui y Rossana Barragán, comps.), La Paz, Bolivia, Historias/SEPHIS/Aruwiyiri, 1997.

Guha, Ranajit, ed., "Introduction", *A Subaltern Studies Reader*, 1986-1995, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1997.

Guha, Ranajit, "Subaltern Studies: projects for our time and their convergence", texto inédito.

Gumbrecht, Hans-Ulrich, "Who were les philosophes?", en *Making Sense in Life and Literature*, tr. Glen Burns, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1992.

Günther, H., "Revolution", en *Historisches Wörterbuch der Philosophie* (Joachim Ritter y Karlfried Gründer eds.), vol. 8, Basel, Schwabe Verlag, 1992, pp. 957-974.

Gutiérrez Talamás, Laura, "Fiestas cívicas y cultura política. La elaboración de la nación desde el ámbito local", tesis de maestría en historia, México, Universidad Iberoamericana, 1996.

Haarmann, Harald, *Historia universal de la escritura*, tr. Jorge Bergua Cavero, Madrid, Gredos, 2001.

Habermas, Jürgen, *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, tr. Antonio Domenech, Barcelona, Gustavo Gili, 1981.

Habermas, Jürgen, *Teoría de la acción comunicativa*, 2 vols., tr. Manuel Jiménez Redondo, Madrid, Taurus, 1987.

Habermas, Jürgen, *La lógica de las ciencias sociales*, tr. Manuel Jiménez Redondo, Madrid, Tecnos, 1988.

Habermas, Jürgen, *El discurso filosófico de la modernidad (doce lecciones)*, tr. Manuel Jiménez Redondo, Madrid, Taurus, 1989.

Hansen, Klaus P., ed., *Kulturbegriff und Methode. Der stille Paradigmenwechsel in den Geisteswissenschaften*, Tubinga, Gunter Narr Verlag, 1993.

Hartog, François, *Le miroir d'Herodote. Essai sur la representation de l'autre*, París, Gallimard (Folio Histoire), 1991.

Hartog, François "Temps et histoire. Comment ecrire l'histoire de France?", en *Annales HSS*, núm. 6, noviembre-diciembre de 1995, pp. 1219-1236.

Hartog, François, *Le XIXe siècle et l'histoire. Le cas Fustel de Coulanges*, París, Éditions du Seuil, 2001.

Hegenroether, cardenal, *Historia de la Iglesia*, tr. Fernando Díaz Carmona, Madrid, Biblioteca de la Ciencia Cristiana, 1883.

Heller, Agnes, *Teoría de la historia*, México, Fontamara, 1984.

Hernández Chávez, Alicia y Manuel Miño Grijalbo, coords., *Cincuenta años de historia en México*, 2 vols., México, El Colegio de México, 1991.

Hobsbawm, Eric J., *The Invention of Tradition*, Eric Hobsbawm y Terence Ranger, eds., Cambridge, Cambridge University Press, 1983.

Hobsbawm, Eric J., *Nations and Nationalism since 1780. Programme, Myth, Reality.* Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

Homenaje a Silvio Zavala. Estudios históricos americanos, México, El Colegio de México, 1953.

"Homenaje a don Edmundo O'Gorman", en *Historia Mexicana,* 184, abril-junio de 1997.

Horstman, A., "Mythos, Mythologie", en *Historisches Wörterbuch del Philosophie,* vol. 6, Basel, Schwabe Verlag, 1984.

Humboldt, Guillermo de, "Sobre la tarea del historiógrafo", en *La teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana* (Juan A. Ortega y Medina), México, UNAM, 1980.

Iggers, Georg G., "The image of Ranke in American and German historical thought", *History and Theory,* 2, 1961, pp. 17-40.

Jáuregui, Luis y José Antonio Serrano Ortega, coords., *Historia y nación II. Política y diplomacia en el siglo XIX mexicano,* México, El Colegio de México, 1998.

Jauss, Hans Robert, *La literatura como provocación,* tr. Juan Godo Costa, Barcelona, Península, 1976.

Jauss, Hans Robert, *Las transformaciones de lo moderno. Estudios sobre las etapas de la modernidad estética,* tr. Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina, Madrid, Visor, 1995.

Jiménez Marce, Rogelio, "Historia y retórica: la pasión por la polémica en Francisco Bulnes", tesis de maestría en historia, México, Instituto Mora, 2000.

Kenyon, John, *The history men. The classic work on historians and their history,* Londres, Weindenfeld, 2a, edición, 1993.

Kant, Emmanuel, *Filosofía de la historia,* tr. y presentación Eugenio Ímaz, México, FCE, 4a. reimpresión, 1985.

Knight, Alan, "Pensamientos sobre la historiografía de la Revolución mexicana (1910-1940)", ponencia inédita.

Koselleck, Reinhart, *Crítica y crisis del mundo burgués,* tr. Rafael de la Vega, Madrid, Ediciones Rialp, 1965.

Koselleck, Reinhart, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos,* tr. Norberto Smilg, Barcelona, Paidós, 1993.

Koselleck, Reinhart, *Zeitschichten,* Francfort, Suhrkamp, 2000.

Krauze, Enrique, "Historia, ¿para qué?", en *Caras de la historia,* México, Cuadernos de Joaquín Mortiz, 1983, pp. 15-38.

Lafont, Cristina, *La razón como lenguaje,* Madrid, Visor, 1993.

Langlois, C.V. y C. Seignobos, *Introducción a los estudios históricos,* Buenos Aires, Editorial La Pléyade, 1972.

Leduc, Jean, *Les historiens et le temps. Conceptions, problématiques, écritures,* París, Éditions du Seuil, 1999.

Lepenies, Wolf, "El fracaso de la clase interpretante: intelectuales en las dos Alemanias", en *La Jornada Semanal,* nueva época, núm. 108, 7 de julio de 1991, pp. 14-21.

Lida, Clara E., y José A. Matesanz, *El Colegio de México: una hazaña cultural 1940-1962,* México, El Colegio de México (Jornadas, 117), 1990.

Litmanovich, Juan Alberto, *Cuando el archivo se hace acto. Ensayo de frontera, entre dos, psicoanálisis e historia: Michel de Certeau y Jacques Lacan*, México, Ediciones de Noche, 2000.

Lowe, Donald M., *Historia de la percepción burguesa*, tr. Juan José Utrilla, México, FCE (Breviarios, 430), 1986.

Luhmann, Niklas, "The form of writing", en *Stanford Literature Review*, vol. 91, primavera de 1992.

Luhmann, Niklas, y Raffaele de Georgi, *Teoría de la sociedad*, tr. Miguel Romero y Carlos Villalobos, México, Universidad Iberoamericana, 1993.

Luhmann, Niklas, *La ciencia de la sociedad*, tr. Silvia Pappe, Brunhilde Erker y Luis Felipe Segura, México, Universidad Iberoamericana, 1996.

Luhmann, Niklas, "La modernidad de la sociedad moderna", en *Observaciones de la modernidad. Racionalidad y contingencia en la sociedad moderna*, tr. de Carlos Fortea Gil, Barcelona, Paidós, 1997, pp. 13-47.

Luhmann, Niklas, "La cultura como un concepto histórico", tr. Javier Torres Nafarrate, *Historia y Grafía*, 8, México, Universidad Iberoamericana, 1997, pp. 11-33.

Luhmann,Niklas, "How can the mind participate in communication?", en Hans Ulrich Gumbrecht y K. Ludwig Pfeiffer, *Materialities of Communication*, Stanford, Stanford University Press, 1994.

Luhmann, Niklas, "Tiempo universal e historia de los sistemas", en Silvia Pappe, coord., en colaboración con Guillermo Zermeño, *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*. México, Universidad Iberoamericana/Universidad Autónoma Metropolitana-A, 2000, pp. 359-424.

Luhmann, Niklas, *La realidad de los medios de masas*, tr. y prol. Javier Torres Nafarrate, Barcelona, Universidad Iberoamericana/Anthropos, 2000.

Luhmann, Niklas, "La opinión pública", en *Stato di Diritto e Sistema Sociale*, Nápoles, Guida, 1978, tr. Cecilia Gayet, mimeo.

Malagón Barceló, Javier, "Altamira en México (1945-1951). Recuerdos de un discípulo", en *Estudios sobre Rafael Altamira* (Armando Alberola, ed.), Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, 1987, pp. 209-223.

Maldonado Olea, Pedro, "La historia, maestra de la humanidad", en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, 5ª época, t. v, núm. 5, México, Imprenta Arturo García Cubas, 1912.

Matute, Álvaro, *La teoría de la historia en México, 1940-1973*, México, SepSetentas, 1974.

Matute Aguirre, Álvaro, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*, México, FCE, 1999.

Mayer Celis, Leticia, *Entre el infierno de una realidad y el cielo de un imaginario. Estadística y comunidad científica en el México de la primera mitad del siglo XIX*, México, El Colegio de México, 1999.

McClelland, Charles E., *State, Society, and University in Germany 1700-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980.

Memorias del Simposio de Historiografía Mexicanista, México, Comité Mexicano de Ciencias Históricas/UNAM-IIH, 1990.

Mendiola, Alfonso, y Guillermo Zermeño, "De la historia a la historiografía. Las transformaciones de una semántica", en *Historia y Grafía*, 4, México, Universidad Iberoamericana, 1995, pp. 245-261.

Mendiola, Alfonso, y Guillermo Zermeño, "Hacia una metodología del discurso histórico", en *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación* (Jesús Galindo Cáceres, coord.), México, Addison Wesley/Longman, 1998, pp. 165-206.

Mendiola, Alfonso, "François Hartog: el nacimiento del discurso histórico occidental", en *Historia y Grafía*, 11, México, Universidad Iberoamericana, 1998, pp. 159-162.

Mendiola, Alfonso, "El giro historiográfico: la observación de observaciones del pasado", en *Historia y Grafía*, 15, México, Universidad Iberoamericana, 2000, pp. 181-208.

Mendiola, Alfonso, "Retórica, comunicación y realidad. La realidad referida por los relatos de batalla en las crónicas de la conquista de México", tesis de doctorado en historia, Universidad Iberoamericana, 2001.

Mendiola, Alfonso, "Las tecnologías de la comunicación: de la racionalidad oral a la racionalidad impresa", manuscrito inédito.

Mendiola Mejía, Carlos, *Exposición sistemática del concepto "yo" de la* Crítica de la razón pura, tesis de licenciatura en filosofía, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 1989.

Menke, Cristoph, *La soberanía del arte. La experiencia estética según Adorno y Derrida*, tr. Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina, Madrid, Visor, 1997.

"México e Hispanoamérica. Una reflexión historiográfica en el Quinto Centenario", en *Historia Mexicana*, 166, octubre-diciembre de 1992.

México, 75 años de Revolución. Educación, cultura y comunicación II, México, FCE/INEHRM, 1988.

Meyer, Jean, coord., *Egohistorias. El amor a Clío*, México, CMCA, 1993.

Michelet, Jules, *El pueblo*, tr. Odile Guilpain, México, UNAM/FCE, 1991.

Miranda, José, "La República restaurada, ¿fruto logrado?", en *Historia Mexicana*, 18, octubre-diciembre de 1955.

Morales, Luis Gerardo, *Ancestros y ciudadanos. El Museo Nacional de México, 1790-1925*, tesis de doctorado en historia, México, Universidad Iberoamericana, 1998.

Moreno Toscano, Alejandra, coord., *Historia, ¿para qué?*, México, Siglo XXI, 1980.

Moreri, Luis, *El gran diccionario histórico, o miscellanea curiosa de la historia sagrada y profana, que contiene en compendio la historia fabulosa de los dioses, y de los héroes de la antigüedad pagana: las vidas y las acciones notables de los patriarchas*, etcétera. tr. Joseph de Miravel y Casadevante, París/Lyon, Libreros privilegiados/ Hermanos Detournes, 1753.

Nisbet, Robert, *Historia de la idea de progreso*, tr. Enrique Hegewicz, Barcelona, Gedisa, 1996.

Noiriel, Gérard, *Sur la "crise" de l'histoire*, París, Belin, 1996.

Novick, Peter, *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, tr. Gertrudis Payás e Isabel Vericat, 2 vols., México, Instituto Mora, 1997.

O'Gorman, Edmundo, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, Imprenta Universitaria, 1947.

O'Gorman, Edmundo, *La idea del descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos*, México, UNAM, 1976 [1951].

O'Gorman, Edmundo, "Introducción", en *Los nueve libros de la historia* (Herodoto), México, Editorial Porrúa, 1971, pp. IX-XXII.

O'Gorman, Edmundo, "Introducción", en *Historia de la guerra del Peloponeso* (Tucídides), 3a. edición, México, Editorial Porrúa, 1985, pp. XIII-LIX.

O'Gorman, Edmundo, en *Premio Universidad Nacional 1986. Entrevistas*, México, UNAM/Secretaría General, 1987.

Olivera, Alicia, Salvador Rueda y Laura Espejel, *Historia e historias. Cincuenta años de vida académica del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, UNAM, 1998.

Olson, David R., *El mundo sobre el papel. El impacto de la escritura y la lectura en la estructura del conocimiento*, tr. Patricia Willson, Barcelona, Gedisa, 1998.

Ong, Walter J., *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, tr. Angélica Scherp, México, FCE, 3a. reimpresión, 1999.

Ortega y Medina, Juan, y Rosa Camelo, coords., *En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884*, México, UNAM, 1996.

Palacios, Guillermo, "Calles y la idea de la Revolución", en *Historia Mexicana*, XXII, 3, 1973, pp. 261-278.

Palti, Elías José, *Giro lingüístico e historia intelectual*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1998.

Panorama actual de la historiografía mexicana, México, Instituto Mora, 1983.

Papaioannou, Kostas, *La consagración de la historia*, México, FCE (Breviarios, 485), 1989.

Paz, Octavio, *Corriente alterna*, México, Siglo XXI, 1967.

Paz, Octavio, "La nueva analogía", en *Memoria de El Colegio Nacional*, 1967-1968, pp. 63-80.

Pereyra, Carlos, *El sujeto de la historia*, Madrid, Alianza Universidad, 1984.

Peset, Mariano, "Rafael Altamira en México: el final de un historiador", en *Estudios sobre Rafael Altamira* (Armando Alberola, ed.), Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, 1987, pp. 251-271.

Pfeiffer, K. Ludwig, "Dimensions of Literature: A Speculative Approach", en *Materialities of Communication* (H.U. Gumbrecht y K. Ludwig Pfeiffer, eds.), tr. William Whobrey, Stanford, Stanford University Press, 1994.

Pi-Suñer Llorens, Antonia, "Introducción", en *En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884* (Juan Ortega y Medina y Rosa Camelo, coords.), México, UNAM, 1996.

Portelli, Alessandro, "The peculiarities of oral history", en *History Workshop*, 12, otoño de 1981.

Potash, Robert A., "Historiografía del México independiente", en *Historia Mexicana*, 39, enero-marzo de 1961.

Rabasa, José, Javier Sanjinés y Robert Carr, "Subaltern Studies in the Americas", *dispositio/n, American Journal of Cultural Histories and Theories*, vol. XIX, núm. 46, The University of Michigan, 1994.

Ramos Pedrueza, Antonio, "El jurado como institución nacional. (Estudio leído en el Primer Congreso Jurídico Nacional)", en *Conferencias*, México, Eusebio Gómez de la Puente, 1922, pp. 97-122.

Ranke, Leopold, *Pueblos y estados en la historia moderna*, tr. Wenceslao Roces, México, FCE, 1a. reimpresión 1979.

Ranke, Leopold von, *Historia de los papas en la época moderna*, México, FCE, 8a. reimpresión, 2000 [1834-1836] [1874].

Ranke, Leopold von, *Sobre las épocas de la historia moderna*, ed. Dalmacio Negro Pavón, Madrid, Editora Nacional, 1984.

Reflexiones sobre el oficio del historiador, México, UNAM, 1995.

Reyes Heroles, Jesús, "La historia como acción", en *La teoría de la historia en México* (Álvaro Matute), 1940-1973, México, SepSetentas, 1974, pp. 173-198.

Rivera Cusicanqui, Silvia, y Rossana Barragán, comps., *Debates post coloniales: una introducción a los estudios de la subalternidad*, La Paz, Bolivia, SEPHIS, 1997.

Rorty, Richard, *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, Madrid, Editorial Cátedra, 1989, pp. 15-21.

Rorty, Richard, *El giro lingüístico*, intr. Gabriel Bello, Barcelona, Paidós/ICE-UAB, (Pensamiento contemporáneo, 11), 1990.

Rorty, Richard, "La historiografía de la filosofía: cuatro géneros", en *La filosofía en la historia. Ensayos de historiografía de la filosofía* (R. Rorty, J.B. Schneewind, Q. Skinner, comps.), tr. Eduardo Sinnott, Barcelona, Paidós, 1990.

Rossi, Pietro, *Historia comparada y ciencias sociales: de Max Weber a las teorías de la modernización*, México, El Colegio de México (Lecciones de historia, 2), 1994, 23 pp.

Rozat, Guy, *Indios imaginarios e indios reales en los relatos de la conquista de México*, México, Tava Editorial, 1992.

Rozat, Guy, "Lafitau: Entre Pérez de Ribas y Clavijero", en *Historia y Grafía*, 7, Universidad Iberoamericana, 1996, pp. 125-154.

Said, Edward, "Prologue", *Selected Subaltern Studies*, Oxford, Oxford University Press, 1988.

San Agustín, *La ciudad de Dios*, México, Editorial Porrúa (Sepan cuantos), 9a. edición, 1988.

Sánchez Cuervo, Antolín C., "Problemas historiográficos en la definición del krausismo en México", en *Quatrivium*, órgano de difusión del Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades, núm. 12, México, UAEM, 1999, pp. 99-109.

Schaff, Adam, *Historia y verdad (Ensayo sobre la objetividad del conocimiento histórico)*, tr. Ignasi Vidal Sanfeliu, México, Grijalbo, 1974 [1971].

Schneider, Boris, *Einführung in die neuere Geschichte*, Stuttgart, W. Kohlhammer, 1974.

Schorske, Carl E., "La historia y el estudio de la cultura", en *Pensar con la historia. Ensayos sobre la transición a la modernidad*, tr. Isabel Ozores, Madrid, Taurus, 2001.

Searle, John, *Actos de habla. Ensayo de filosofía del lenguaje*, Madrid, Cátedra, 1980.

Semo, Enrique, *Historia mexicana. Economía y lucha de clases*, México, Era, 1978, pp. 15-27.

"Señas de escritores y artistas mexicanos", México, Imprenta de la Secretaría de Relaciones Exteriores, 1928.

Silva, Renán, "Prácticas de lectura, ámbitos privados y formación de un espacio público moderno. Nueva Granada a finales del Antiguo Régimen", en *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX* (François-Xavier Guerra y Annick Lemperiere, eds.), México, FCE, 1998, pp. 124-136.

Spivak, Gayatri Chakravorty, "Estudios de la subalternidad: deconstruyendo la historiografía", en *Debates post coloniales* (Rivera y Barragán), pp. 247-278.

Starobinsky, Jean, *Jean-Jacques Rousseau. La transparencia y el obstáculo,* Madrid, Taurus, 1983.

Starobinski, Jean, 1789, *Los emblemas de la razón,* tr. José Luis Checa Cremades, Madrid, Taurus, 1988.

Taylor, Charles, *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna,* Barcelona, Paidós Básica, 1996.

Thesauro, Manuel, *Filosofía moral derivada de la alta fuente del grande Aristóteles stagirista traducida al español por Don Gómez de la Rocha y Figueroa,* Madrid, Imprenta de Ángel Pascal, 1682-1718.

Toro, Alfonso, "Importancia del estudio de la historia" y "Métodos de investigación histórica", en *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)* (Álvaro Matute Aguirre), México, FCE, 1999.

Toulmin, Stephen, y June Goodfield, *El descubrimiento del tiempo,* Buenos Aires, Paidós, 1968.

Tugendhat, Ernst, "Acerca de la relación entre ciencia y verdad", en *Ser, verdad, acción. Ensayos filosóficos,* tr. Rosa Helena Santos-Ihlau, Barcelona, Gedisa, 1998.

Valverde y Téllez, Emeterio, "Discurso sobre la filosofía de la historia" (1923), en *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)* (Álvaro Matute Aguirre), México, FCE, 1999.

Van Horn Melton, James, *The rise of the public in Enlightment Europe,* Cambridge, Cambridge University Press, (New Approaches to European History), 2001.

Varela, Javier, *La novela de España. Los intelectuales y el problema español,* Madrid, Taurus, 1999.

Venturi, Franco, *Los orígenes de la enciclopedia,* Barcelona, Crítica/Grijalbo, 1980.

Vergara y Anderson, Luis, "La producción textual del pasado. Una lectura crítica de la teoría de la historia de Paul Ricoeur", tesis de doctorado en historia, Universidad Iberoamericana, 1999.

Vernant, Jean-Pierre, "Las razones del mito", en *Mito y sociedad en la Grecia antigua,* tr. Cristina Gázquez, Madrid, Siglo XXI de España, 1982, pp. 170-220.

Vernant, Jean-Pierre, *Érase una vez... El Universo, los dioses, los hombres. Un relato de los mitos griegos,* México, FCE, 2a. edición, 2000.

Veyne, Paul, *Cómo se escribe la historia. Ensayo de epistemología,* tr. Mariano Muñoz Alonso, Madrid, Fragua, 1972.

Vico, Giambattista, *Principios de una ciencia nueva sobre la naturaleza común de las naciones, I. Del establecimiento de los principios,* tr., pról. y notas Manuel Fuentes Benot, Madrid, Aguilar, 4a. edición, 1981.

Villacañas, José Luis, y Faustino Oncina, en *Historia y hermenéutica* (Reinhart Koselleck/Hans Georg Gadamer), Barcelona, Paidós/UAB, 1997, pp. 9-53.

Villoro, Luis, "La tarea del historiador desde una perspectiva mexicana", en *Historia Mexicana*, 35, enero-marzo de 1960, pp. 329-339.

Watzlawick, Paul, y Peter Krieg, comps., *El ojo del observador. Contribuciones al constructivismo*, tr. Cristóbal Piechocki, Barcelona, Gedisa, 1994.

Webster, Charles, *De Paracelso a Newton. La magia en la creación de la ciencia moderna*, México, FCE (Breviarios, 452) 1a. reimpresión, 1988.

White, Hayden, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, tr. Stella Mastrangelo, México, FCE, 1992.

White, Hayden, "El texto historiográfico como artefacto literario", en *Historia y Grafía*, 2, México, Universidad Iberoamericana, 1994, pp. 9-34.

Wideman, Franz, *Hegel*, Hamburgo, Rowohlt, 18a. edición, 1996.

Wobeser, Gisela von, "Prefacio", en *Reflexiones sobre el oficio del historiador*, México, UNAM, 1995.

Wobeser, Gisela von, coord., *Cincuenta años de investigación histórica en México*, México, UNAM/Universidad de Guanajuato, 1998.

Zavala, Silvio, "Conversación sobre la historia", entrevista con el historiador Peter Bakewell, en *Memoria de El Colegio Nacional*, t. x, 1, 1982, pp. 13-28.

Zermeño, Guillermo/Alfonso Mendiola, "Identidad, crítica y recuerdo ritual", en *La Jornada Semanal*, nueva época, 22, 12 de noviembre de 1989, pp. 29-32.

Zermeño, Guillermo, "La historia, ¿una ciencia en crisis?: teoría e historia en México, 1968-1988. Una primera aproximación", en *Memorias del Simposio de Historiografía Mexicanista*, México, Comité Mexicano de Ciencias Históricas, 1990, pp. 26-32.

Zermeño, Guillermo, "En busca del lugar de la historia en la modernidad", en *Metodología y cultura* (Jorge A. González y Jesús Galindo Cáceres, coords.), México, CNCA, 1994, pp. 161-203.

Zermeño Padilla, Guillermo, comp., *Pensar la historia. Introducción a la teoria y metodología de la historia en el siglo XX*, México, Universidad Iberoamericana (Antologías universitarias, 1), 1994.

Zermeño, Guillermo, "Condición de subalternidad, condición postmoderna y saber histórico.¿Hacia una nueva forma de escritura de la historia?", en *Historia y Grafía*, 12, Universidad Iberoamericana, 1999, pp. 11-47.

Zermeño, Guillermo, "'Crítica' y 'crisis' de la historiografía contemporánea en México: retos y posibilidades", en Hugo Cancino Troncoso, Susanne Klengel, Nanci Leonzo, eds., *Nuevas perspectivas teóricas y metodológicas de la historia intelectual de América Latina*, Madrid/Francfort, Vervuert/Universidad Iberoamericana, 1999, pp. 75-93.

Zermeño, Guillermo, "Sobre las huellas de Ranke", en *Historia y Grafía*, 15, Universidad Iberoamericana, 2000, pp. 11-48.

Zubieta, Ana María, dir., *Cultura popular y cultura de masas. Conceptos, recorridos y polémicas*, Buenos Aires, Paidós, 2000.